



KYLIE SCOTT



Cervezas
inesperadas

DIVE BAR

SEDA NEW ADULT

Libros de
seda
DIVE BAR



© *Jenny Ruddle Photography*

Kylie Scott es autora de best sellers del New York Times y del USA Today, Kylie Scott fue elegida escritora romántica del año 2013-2014 por la Australian Romance Writer's Association. Sus libros han sido traducidos a más de diez idiomas. Le encantan las historias románticas, la música rock y las películas de terror. Vive en Queensland, Australia, con sus dos hijos y su marido. Lee, escribe y nunca titubea cuando cuenta algo en Internet.



Su hermano pequeño ha perdido el interés por ligar usando Internet así que un día Joe Collins, un barman atractivo y extraordinario, decide entrar en su cuenta y cerrarla... Hasta que lee sobre ella.

Alex Parks es divertida, amable y bonita, todo lo que él ha estado buscando siempre en una mujer. En poco tiempo, ambos inician una relación por email durante la que se cuentan incluso sus secretos más oscuros... Y es que, cuando se trata de amor, lo mejor es ir al grano en lugar de dar rodeos.

Giros inesperados. Libro 2 de la serie Dive Bar

Título original: *Twist*

Copyright © Kylie Scott, 2016

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Rocco Ceselin/Licensing Project

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: noviembre de 2017

ISBN: 978-84-16973-33-0

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Kylie Scott

GIROS INESPERADOS

El amor es
scilla

A mis lectores, gracias.

Reconocimientos

En primer lugar, doy las gracias a todos los críticos y bloggers que emplean parte de su tiempo en leer mis libros. A Rose y a todo su extraordinario equipo de St Martin's Press, a Cate y Pan Macmillan de Australia y a Catherine y Pan Macmillan del Reino Unido. A Amy Tannenbaum, una magnífica agente que, además, cuida de mi salud mental, y a todo el equipo de Jane Rotrosen Agency. A la Asociación de Lectores de Novela Romántica de Australia, por su inquebrantable apoyo. A las *Groupies*, que solo me dan alegrías. A la que sostiene ser mi hermana, Mish, que lo hace todo, y todo lo hace bien. A mi niña, Sali Pow, te quiero. A mi querido marido e hijos, a mis amigos, a mi familia y a todas las personas que han estado a mi lado durante este increíble y a veces duro viaje, muchísimas gracias. A By Hang Le, que aún no ha contestado a mi propuesta de que huyamos juntos, lo cual ya empieza a ser un poco extraño. Finalmente, a Joanna Wilde: no tengo nada más que decirte.

Si hay algo que he aprendido durante estos últimos años es que... no resulta nada fácil tenerlo todo controlado y que es imprescindible formar parte de un buen equipo para lograrlo. Ese es mi caso, y también dispongo de la comunidad de la novela romántica. Por eso les estoy extremadamente agradecida.

CAPÍTULO 1

A la mierda lo de ir sobre seguro.

Me quedé de pie, sin decidirme aún a entrar al Dive Bar. Me temblaban las manos y el corazón me latía en el pecho a mil por hora. ¡Malditos nervios! Pero había que pasar por ello. Ni loca volvería ahora a Seattle para esconderme de nuevo, ya no. ¡Mucho cuidado, un tipo guapo al que has conocido por Internet! Había sido así y aquí estaba, mi destino me había conducido a Coeur d'Alene, en el norte de Idaho, aunque con un billete de vuelta en el bolsillo.

Bueno, así estaban las cosas.

Respiré hondo y después expulsé el aire con lentitud. Mi mejor amiga, Val, me había maquillado ya hacía unas horas, y la verdad es que sabía lo que se hacía. Allí estaba, todo en su sitio, sin que una sola molécula se hubiera atrevido a moverse. Estiré las arrugas del vestido, corto y negro. Enderecé la espalda y adelanté el pecho, como Val me había enseñado. Pero sí, tenía los dedos de los pies fríos como témpanos, con esos estúpidos y altísimos tacones de aguja, y piel de gallina en todo el cuerpo, brazos y piernas al aire incluidas. Pero daba igual. La chica de la tienda y mi amiga habían jurado que, con este vestido, estaba estupenda, que era muy ponible y que mejoraba muchísimo mi aspecto habitual, si incluimos el Wonderbra por arriba y los pantis Spanx por abajo.

Lo cierto es que me sentía más o menos como una especie de prostituta de lujo. Daba igual. La primera impresión es muy importante. Y si Val y la vendedora tenían razón, esta primera impresión en particular era estupenda, todo lo contrario que las pintas que llevaba habitualmente: botas, *jeans* y

camisa de botones. Por otra parte, nunca había estado tan colada por un tipo como lo estaba ahora por Eric Collins. Las citas anteriores habían sido simplemente como rascarse un grano.

Sí, ya lo sé. Estaba anonadada de puro miedo. Era una mujer soltera que, de vez en cuando, tenía algún episodio de sexo informal, que nunca había dado lugar a ninguna clase de compromiso con los implicados, quiero decir exactamente eso: ninguna. Si queréis, podéis quemarme en la hoguera y arrojar mis cenizas al río para que se las lleve el agua. Valerie me decía que eso era cobardía emocional, pero la verdad es que a mí me gustaba mi vida, sin apenas complicaciones y que solía desarrollarse en casa y normalmente en pijama. ¿Relaciones? Para mí eran algo muy complicado, casi infernal. Y no obstante, aquí estaba, en el norte de Idaho, con la esperanza de embarcarme en algo complejo, y en contra de lo que mi temperamento y mi buen juicio me aconsejaban. El mundo exterior me aterrorizaba, pero Eric Collins era mucho más que un ligue interesante de Internet, no podía dejarlo pasar. Tenía que verlo, frente a frente, y averiguar por qué había desaparecido como por ensalmo desde hacía unas semanas. Además, eso de presentarme el día de su cumpleaños le añadía cierto morbo al asunto.

Puede que todo se debiera a que, cuando era pequeña, había jugado demasiado con la Barbie vestida de novia. Quién sabe.

De la puerta del restaurante colgaba el cartel de cerrado, y las luces exteriores estaban apagadas. No obstante, dentro había movimiento. El fresco aire de la noche arrastraba el sonido de la música y de charlas bastante animadas. En la distancia se escuchaban truenos e incluso se divisaba algún relámpago. Al parecer, hasta el tiempo me empujaba a dejar las cosas para más tarde.

Pese al cartel, la puerta no estaba cerrada, así que entré, arrastrando mi maleta con ruedas. Inicialmente nadie notó mi presencia. Había más o menos una docena de personas en la larga barra del bar, bebiendo y comiendo. Mi estómago se encogió cuando noté el magnífico olor de la *pizza*. En el vuelo o antes había estado demasiado nerviosa como para comer algo.

Jadeé. Allí estaba.

¡Madre mía! La foto de su perfil ni siquiera se acercaba a hacerle un poco de justicia. El tipo avergonzaría a cualquier supermodelo. Literalmente refulgía, con el pelo largo y oscuro brillando a la luz de las lámparas, más o menos como la sonrisa, que dejaba ver unos dientes blancos y perfectos. No

es que no le admirara también por su manera de ser y su inteligencia. Después de todo, nuestra relación no había pasado del nivel platónico, algo por otra parte imposible de superar en el ciberespacio. Probablemente, el hecho de ver algo de carne, y músculo, me había descentrado. Seguro que era eso.

Toda la tensión que había sentido se liberó. Relajé los hombros, seguro que se notó. Empecé a sonreír, cada vez más. Se suele decir que, en Internet, la gente no cuenta la verdad sobre sí misma. De hecho, hay quien dice que la red global se habría inventado solo para mentir a los desconocidos, y también para compartir fotos de gatitos. La verdad es que mis experiencias anteriores tendían a dar la razón a tales especulaciones. Hasta ahora, más de quinientos perversos habían intentado conseguir fotos de mis tetas. Puede que alguno de ellos tuviera ya cinco esposas y alrededor de cuarenta y tres críos y que esperaran que me uniera a la familia y aportara alguna criatura que otra más.

Pero no. El tipo era exactamente lo que había dicho que era. Por mi parte, lo que yo esperaba era estar a la altura de sus propias expectativas. Aunque por un momento me había librado de la tensión física externa, esta reapareció internamente, en forma de enorme nudo en la boca del estómago. No debería haber contado mentiras acerca de mis enormes muslos o de mi talla de sujetador, algo por debajo de la normal. Ahora, en vivo y en directo, podían pasar solo dos cosas: que le gustara o que no. Y ya no podía hacer nada más al respecto.

Una persona se volvió y advirtió mi presencia. Pronto la siguieron todos los demás. Se hizo un denso silencio. De espera y expectativa.

—Hola —dijo alguien—. Lo siento, pero esta noche ya hemos cerrado. Celebramos una fiesta privada.

—Lo sé —contesté, rodeando las mesas mientras me dirigía hacia él. No dejé de mirarlo en ningún momento. Sentí las lágrimas a punto de asomar, acongojada por la emoción del momento. No olvidaría esa noche en toda mi vida. Era magnífico, impresionante. Me había quedado por completo con él simplemente a fuerza de leer sus correos, y ahí estaba ahora, en la misma habitación que yo, sintiendo la conexión entre los dos, lo que terminaba de cerrar el círculo.

Eric Collins se encogió visiblemente. Seguro que se sentía atraído hasta el tuétano, y precisamente por mí, Alexandra Parks, ni más ni menos.

Una vez que me puse a su lado, ya no pude aguantar más: entré en acción

y me lancé sobre él. E hizo lo que ya sabía que haría: me recogió en sus brazos.

—Feliz cumpleaños, Eric —dije, la voz temblorosa tanto por los nervios como de la alegría.

—Gracias.

Me reí. Quizá la risa sonó un poquito histérica.

—Ni me puedo creer que esté aquí.

Sus exquisitos ojos, de color verde jade, me miraron asombrados.

—Así que... ¡sorpresa! —exclamé.

—¡Vaya! —Se produjo una pausa. Después me miró desde las alturas, se mordió los perfectos labios y habló—. ¿Te conozco?

El mundo se detuvo.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Nos hemos visto antes? —Su voz, aún cuando hablara entre dientes, como ahora, era profunda y muy masculina.

—Eric... —dije en tono de reproche.

Se quedó callado. Lo único que hizo fue mirarme con expresión confusa. Como si fuera una completa extraña.

—¿Me tomas el pelo? —pregunté, mientras, aún abrazada a él, todo el cuerpo se me ponía rígido—. Eric, soy yo, Álex.

Nada.

Ni una puta mínima reacción.

Todo el mundo nos miraba, y en todas las caras podía leerse la misma expresión de estupefacción: cejas levantadas, sonrisas heladas, etc. ¡Dios! Durante meses y meses había imaginado este momento, pero nunca pensé que podría convertirse en algo ni siquiera parecido a lo que estaba ocurriendo. Fuera lo que fuese.

Me separé de los supuestamente bienamados brazos, mientras las dudas se abrían paso en mi mente, primero de forma tenue, después a borbotones. Pronto se convirtieron en un auténtico *tsunami* de desencanto, que me destrozó el corazón y la mente. El pánico me invadió de forma feroz. Eso era lo que pasaba por salirse de la zona de seguridad. Cosas horribles. Acontecimientos que te destrozan el alma. ¿Por qué demonios había tenido que alejarme de mi casa?

—No entiendo lo que ocurre —dije, probablemente con voz aguda y rota—. ¡Pues claro que me conoces! Llevamos meses hablando. Por correo

electrónico.

Sin respuesta de nuevo.

—Nos pusimos en contacto por *Hearting.com*, ¿no te acuerdas?

Todos seguían mirándome con ojos de asombro. Incluido Eric. Yo le miré con mala cara.

—O sea que has estado tomándome el pelo a base de bien. No le has hablado de mí a nadie y ahora pretendes negarlo todo, ¿verdad? ¿Es eso lo que quieres hacer? ¿En serio?

—O puede que no le haya hablado a nadie de ti porque no tengo ni la menor idea de quién eres —replicó, mirándome de arriba abajo. Una sombra de duda cruzó su cara como un relámpago—. Espera un momento. ¿Eres la chica con la que hice el amor al estilo perrito en el vestidor, en aquella fiesta en Spokane? —Esbozó una sonrisa que pretendía ser comprensiva, o de disculpa, e incluso algo lasciva, todo a la vez—. ¡Mierda, eres esa!, ¿no? Lo siento, tendría que haberte reconocido. Igual si me enseñaras el cuello...

Por supuesto, ni me moví.

—A veces me cuesta recordar las caras después de una noche loca, ya sabes... Y tiendo a mezclar unas con otras, como el alcohol. El ron, las margaritas, el licor de melocotón, otros cócteles que me invento... —Se mojó los labios—. Es lo mío, disfruto con eso.

Negué con la cabeza, muy despacio.

—No me la metiste por detrás estando yo a cuatro patas en un armario, o lo que fuera.

—¿No? ¿Estás segura? —preguntó—. ¿Me dejas mirarte la parte de atrás del cuello, aunque sea solo un momento, por favor? De esas cosas sí que me suelo acordar.

—Eric, no nos hemos conocido en ninguna puta fiesta guarra —dije entre dientes, y enseñándolos; sí, como un perro, sin el diminutivo—. Ha sido por correo electrónico. Tú y yo. De forma constante y durante meses.

—No, no he sido yo.

—Sí, has sido tú.

—¡Venga ya! No tiene ningún sentido —dijo Eric enfáticamente, apoyando las manos en las caderas—. Todas las personas que están aquí tienen claro que yo no hago esas cosas. Mi campo de atención no es tan amplio, ni mucho menos.

—Eso es verdad —dijo una voz, al tiempo que los demás asentían, casi sin

excepción. Puede que a ellos los hubiera convencido, pero a mí no podía tomarme el pelo, ni mucho menos.

—Muy bien —contraataqué—. ¿Y entonces qué ha pasado? ¿Me lo he inventado o me lo he imaginado?

—Pues depende —dijo sonriendo maliciosamente—. ¿Te he estado mandando correos constantemente al tiempo que tomabas tu medicación?

—¡Eric! —le riñó una mujer. Delgada, pelirroja y preñada.

—Tú eres Nell —constaté, señalándola con dedo acusador—. Me ha hablado de ti. También me ha mandado fotos de todos vosotros, tomadas aquí, en el Dive Bar.

La mujer abrió unos ojos como platos.

—Aunque en ningún momento me dijo que estuvieras embarazada. Felicidades.

—Gracias —dijo con cierto tono de duda.

Después me volví hacia la otra persona pelirroja del grupo. Un chico alto, atractivo y con la piel absolutamente cubierta de tatuajes.

—Y tú eres Vaughan, el hermano de Nell. Eres músico. Hace poco te has comprometido con esa chica, Lydia, la preciosa rubia que está sentada a tu lado. Hola.

—Hola. —Los labios de Lydia se entrecerraron a causa de la sorpresa—. ¡Vaya, esto es como un programa de sorpresas de la tele!

—Si estuviera loca, o alucinada, ¿cómo podría saber todas esas cosas? —pregunté ácidamente mientras me volvía hacia Eric. Ahora era yo la que había puesto los brazos en jarras—. ¿Cómo podría saber que fuiste al instituto con la mayoría de estas personas? ¿Y que de pequeños viviais casi todos muy cerca unos de otros?

Eric abrió la boca como si fuera un pez, pero no dijo nada.

—¡Dios mío! —Una mujer morena con aspecto simpático, bastante guapa y de pelo negro y rizado dio un paso hacia mí—. ¿Eres una de esas adivinas? Mi madre siempre está viendo en la tele esa mierda de programas. Yo no me creía ni media palabra, pero ahora...

—No, qué va. No es más que una acosadora —dijo Eric despectivamente—. Tiene que ser eso. Tal como soy, alguna vez tenía que topar con alguna, era inevitable.

—¡No soy ninguna acosadora! —Aunque dada la forma en que apreté los puños, quizá pronto sería acusada de agresión y demás parafernalia.

—A ver —dijo la morena de los rizos—. ¿Quién soy yo?

—Eres Rosie, una de las camareras del restaurante.

—¡A la primera, joder! —exclamó Rosie alborozada—. ¿Puedes decirme algo acerca de mi futuro?

—Pues no, lo siento. Créeme, no soy adivina.

—¡Vaya! —Se le deshizo la sonrisa de inmediato—. ¡Qué putada!

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó una voz estentórea desde detrás de nosotros.

Di un salto y me quedé mirando los ojos de asombro de un tipo al que lo único que se me ocurría para describirlo era compararle con un pie grande en versión rubia. Llevaba una caja de por lo menos treinta y dos cervezas al hombro. La dorada melena le caía sobre los hombros y una barba pobladísima y del mismo tono ocultaba toda la parte inferior de su cara. Supongo que le venía bien para mantenerlo caliente en invierno, pero en serio, ¿quién necesitaba tantísimo pelo?

—¡Hola, hermanito, bienvenido a esta casa de locos! —saludó Eric, dándole una palmada en la espalda al Yeti—. No se te habrá ocurrido contratar a una *stripper*, que encima ejerce de adivina, como sorpresa de cumpleaños, ¿verdad?

Sus ojos oscuros se quedaron fijos en mí. Joe, claro. Se trataba de su hermano Joe. Lo que pasaba era que, de carne y hueso, el tipo era bastante más grande de lo que yo había imaginado. No, bastante no era suficiente: mucho más grande. Aunque la verdad es que tampoco había pasado demasiado tiempo imaginándomelo, ni a él ni a nadie más.

—¿Cómo? —preguntó, dirigiendo la espesa barba hacia Eric con gesto confundido—. No, claro que no.

—¿Una *stripper*, dices? —espeté—. ¿Eso crees que soy? ¿En serio?

La mirada de Eric apuntó directa a mis zapatos.

—Tienes que admitir que esos tacones de aguja son cosa seria.

En eso tenía razón, la verdad. De todas maneras, dudaba mucho de que yo tuviera el aspecto de una mujer que se ganara la vida quitándose la ropa en las fiestas. Dejando aparte el hecho de que tuviera aptitudes para el baile, o que fuera capaz de deslizarme, hacia arriba o hacia abajo, por una barra de estriptis.

—Bueno, ya está bien —intervino Nell de manera autoritaria—. Me da la impresión de que esta pobre chica ha sido víctima de una suplantación de

identidad.

Me quedé helada.

—Mira, eh..., está claro que aquí pasa algo. ¿Por qué no hablamos sobre ello en el despacho de la parte de atrás? —propuso Joe—. Un poco más en privado, quiero decir. No hace falta que la avergoncemos.

—Me temo que, en un control de vergüenza, ya habría superado todos los registros —dije, intentando dedicarle una sonrisa muy, pero que muy forzada—. Gracias de todas maneras.

El caso es que, para mi extrañeza, la piel del tipo, quiero decir, las mínimas partes visibles de su cara, se habían vuelto más o menos del color de la ceniza. Parecía que iba a vomitar de un momento a otro. O a desmayarse, quién sabe. Sería mejor quitarse de en medio.

—¿Estás bien? —pregunto Vaughan, que al parecer también lo había notado.

—Sí, sí, mejor que nunca. —Fue un milagro que no lo alcanzara un rayo justiciero. Hasta yo, una persona absolutamente poco ducha en relaciones sociales, me di cuenta de que había mentido de forma flagrante.

—O sea que, hasta ahora, nunca habías visto en persona a Eric —preguntó Nell, retomando el hilo—. Solo os habéis relacionado por correo electrónico.

—Sí —respondí, moviendo la cabeza vigorosamente—. Solo hemos hablado por correo electrónico.

Nell se acercó a mí con cara de susto. Bajó la voz al hablar.

—No ha podido ser Eric. Estoy casi segura de que ni siquiera sería capaz de encontrar el botón de encendido de un ordenador, así que no digamos ya intercambiar correos de forma habitual. Le costó más o menos el doble de años que a los demás deletrear su propio nombre.

Eric alzó la frente, bastante cabreado.

—¡Oye, eso no viene a cuento!

—¡Calla, joder! —ordenó Nell, agitando la mano en dirección a él—. Dudo que fuera capaz de abrir una cuenta en ese portal de citas.

—Sí que lo hice —afirmó Eric con toda tranquilidad—. ¡Coño, Nell, deja de actuar como si mi mitad del bebé fuera a ser estúpida y tu mitad la de un genio! Tampoco es eso, joder...

—¡Ni se te ocurra decir nada sobre mi bebé! —le advirtió Nell, al tiempo que le golpeaba el pecho con el pulgar.

Y, de repente, caí en la cuenta de lo que pasaba. Todo quedó meridiana y

tremendamente claro.

—¿El bebé es tuyo? —pregunté, dirigiéndome a la asquerosidad de tipejo que estaba frente a mí—. ¡No me extraña nada que aparentes no saber quién soy! ¡Dios, qué pedazo de cabrón! Con todas esas cosas que me decías y, mientras tanto, te lo estabas montando con ella, y con consecuencias.

—¿Cómo dices? —Antes me miraba como si estuviera para que me llevaran al siquiátrico, pero ahora ya fue el colmo—. ¡No, joder, ni mucho menos! Joe me ayudó a abrir la cuenta en esa estupidez de portal, y después la olvidé casi de inmediato. No la necesitaba, así que le dije a Joe...

Se hizo el silencio. Sepulcral.

—Joe —repitió Eric al cabo de un momento casi eterno. Después pestañeó y miró a su hermano.

Nell hizo exactamente lo mismo: traspasar con la mirada al rubio enorme de pelo largo. Pelo por todas partes.

Pese a su tamaño, o quizá debido a él, Joe pareció empequeñecer bajo la mirada de ambos. Tenía esa cara de «tierra, trágame» que todos hemos experimentado alguna vez.

—¿Has sido tú quien le ha escrito? —preguntó Eric.

—Sí. —El pie grande rubio no parecía estar muy orgulloso de ello—. Si, he... hemos estado chateando durante algún tiempo. Nos conocemos.

—No, no nos conocemos —espeté, mirándolo y dándome cuenta de que no era mi tipo, ni de lejos. ¿Su hermano? Pues sí. ¿Pero él? ¡Para nada!—. A quien conozco es a Eric, no a ti.

Pie Grande suspiró.

Señalé con dedo acusador al tipo de precioso pelo negro que, hasta ese momento y durante varios meses, había sido el hombre de mis sueños.

—Esta es la persona cuya foto aparece en el perfil. El hombre al que, básicamente, he entregado mi corazón. No a ti. Ni siquiera sé quién eres.

—Déjame que te explique. —La mirada de Joe/Pie Grande se centró absolutamente en mí, intensa y acuciante. Sus ojos, pardos y oscuros, rebosaban sinceridad y seriedad, como si deseara por todos los medios intentar librarme de la tormenta emocional que sentía—. Leí tu mensaje y... no sé qué decirte. Me pareciste alguien a quien...

—¿A quien se le podía mentir?

—¡No! —exclamó, pasándose la mano por la cara con gesto atribulado—. ¡Joder! Sonabas tan divertida, tan auténtica, que...

—¿Auténtica? —No pude por menos que sacudir la cabeza y dar otro paso atrás.

—Sí. Auténtica. Al principio solo intentaba ayudar a mi hermano. Procurar que, para variar, se interesase por una chica simpática y agradable. Alguien que pudiera ofrecerle algo más que una talla de sujetador extragrande. —Su mirada se posó en mis pechos, artificialmente elevados y, pese a ello, de un tamaño bastante modestito. Inmediatamente, una expresión de pánico inundó su cara—. Eso no significa que tus... que no...

—¡Ni te atrevas!

—Pero entonces empecé a conocerte mejor y me di cuenta de que eras una persona con la que se podía hablar. —La mirada que dirigió al grupo allí reunido fue bastante bovina, la verdad—. Supongo que me sentía solo. No sé.

¡Mira tú! ¿El pobre capullo estaba avergonzado? Mi corazón sangró por él.

—Pero a quien tú te dirigías era a Eric, así que...

—¿Así que...?

No dijo nada.

—¿De verdad estás intentando decirme que tu motivación era sincera? ¿En serio? —No pude hacer otra cosa que negar con la cabeza. Por el asombro o por el horror, o quizá por las dos cosas—. Yo creí en ti, y has resultado ser una mentira, nada más. Bueno, una sarta de mentiras, una detrás de otra.

Apretó los labios con firmeza.

—Eso no es cierto. Soy tu amigo.

—¡Sí, unas narices! Un amigo no sería capaz de hacerme esto.

Surgieron rumores sordos del grupo. Pero, dijeran lo que dijeren, no me importaba nada. Mierda para Eric, para Joe, para todo el género masculino, para Internet, para todas mis esperanzas y mis sueños. Tenía que salir huyendo hacia mi apartamento y encerrarme en él unos cuantos años. Di otro paso atrás y golpeé una banqueta con el trasero. Hizo un ruido infernal al caer al suelo.

—¡Vaya, lo siento! Yo...

Las caras que me rodeaban se volvieron borrosas de repente, y sentí un fuerte pitido en los oídos. ¡Le había contado cosas profundamente personales a toda esta gente! Abiertamente, claramente, sinceramente... Pero solo era una chica estúpida más, que soñaba con el amor y con una vida más completa. En ese sitio no había nada para mí.

Era hora de marcharse.

Me volví y avancé hacia la maleta. Agarré el mango de plástico y avancé todo lo rápido que pude hacia la puerta. Fuera, el frío aire de la noche me golpeó como una bofetada ganada a pulso. Ya en la acera tropecé gracias a los asquerosos tacones. Pero seguí andando, cada vez más rápido, procurando poner la mayor distancia posible con el desastre que dejaba atrás.

La maleta rodaba y se tambaleaba por el asfalto. Me sentía entumecida de los pies a la cabeza. Como si no existiera. Las primeras gotas de lluvia podrían haberme atravesado, en lugar de empapar la tela de algodón de mi vestido.

—¡Álex! —Oí mi nombre. Alguien lo gritó desde detrás de mí. Era una voz de hombre. La suya.

Solo consiguió hacerme ir más deprisa. Pero por delante no había ni la más mínima señal de automóviles, ni de vida. Todo el mundo, y no solo yo, parecía haberse vaciado. Ahí estaba yo, sola, perseguida por esa voz y víctima de la tormenta.

¡Dios, que equivocación había cometido viniendo aquí! ¡Qué maldita equivocación!

¿Qué demonios había hecho?

CAPÍTULO 2

Mujer heterosexual de 29 años.

Artista gráfica. Trabajo desde casa.

Nacida y criada en Seattle.

Disfruto leyendo novelas, viendo series y películas de acción, de terror y de ciencia ficción. También programas acerca de obras de reforma de casas antiguas.

Sin mascotas, a no ser que cuente como tal la ardilla del árbol de fuera. Se llama Marty.

De todo lo que tengo, lo que más valoro es mi ordenador portátil. En él está todo mi trabajo, aunque también hay una copia en un disco duro, que le he confiado a Marty.

Estoy muy orgullosa de haber sido capaz de poner en marcha y sacar adelante mi actividad profesional como diseñadora gráfica.

Dentro de cinco años me veo a mí misma llevando el mismo negocio, aunque a mayor escala, invirtiendo en una casa y muy centrada en renovarla y acondicionarla a mi propio gusto.

Busco a alguien que trabaje, que le guste el arte, que sea limpio, atractivo y con sentido del humor.

Me gustaría salir una noche a divertirme con mi nuevo amigo.

La compatibilidad sexual es importante.

Lo que más valoro en una relación es la honestidad.

Hombre heterosexual de 28 años.

Restaurador.

*Nacido y criado en el norte de Idaho.
Me gusta el cine y la música.
Lo que más valoro en la vida son la familia y los amigos.
Orgulloso de haber puesto en marcha y de gestionar un
restaurante/bar de mi propiedad (compartida con otros).
En cinco años me veo a mí mismo bien establecido junto a la
mujer de mis sueños, para formar una familia y en una casa que
hayamos contribuido a construir casi con nuestras propias manos.
Busco una mujer atractiva y abierta a relacionarse con nuevas
amistades, empezando por una noche divertida saliendo por ahí.
La compatibilidad sexual es extremadamente importante.
Lo que más valoro en una relación es la tolerancia.*

—¡Álex! —me llamó una profunda voz masculina.

No tenía intención de darle ni la más mínima oportunidad. ¡Menudo imbécil! Seguro que me vendría mejor para la salud mental encapricharme de tipos que salieran en la televisión. Mucho más seguro, sin duda. Y por lo que se refiere a Valerie, que me animó encarecidamente a comprar ese billete de avión y me llenó de falsas esperanzas, las posibilidades de que, en un futuro próximo, le diera un golpe en la cabeza con lo primero que tuviera a mano eran excepcionalmente altas. ¿Y qué decir de todos esos desgraciados? Esos capullos insensibles y desalmados que me habían estado tomando el pelo de una forma tan inhumana... Sin duda, los hombres eran las criaturas más repulsivas de la creación.

—¡Oye, para un momento! —La enorme mano de Joe me rodeó por la cintura, obligándome a que me detuviera.

Sin pensarlo siquiera, le enseñé los dientes como si fuera una loba. Sin palabras, le dejé bien claro lo que le haría si seguía agarrándome.

—¡Caramba! —Dio un paso atrás, liberándome.

—No vuelvas a tocarme —dije con frialdad..., bueno, con toda la frialdad que resulta posible cuando el cielo se ha abierto y diluvia como si no hubiera un final. Una escena impresionante, en una palabra, o de película, si preferís dos.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo—. Lo siento mucho.

—¡Lárgate! —espeté en tono airado—. Joe, Eric, quien demonios seas, me

importa una mierda. Solo déjame en paz.

Me di la vuelta y seguí mi camino, que en ese momento era cualquiera que me alejara del Dive Bar de las narices y de toda esa gentuza, tan rápido como resultara posible, que no era mucho con lo que caía y los zapatitos en los que iba subida.

—Espera, por favor —imploró desde detrás de mí—. Álex, tienes que dejar que te lo explique. Sé que no debería de haberte mentido, pero es que Eric no te iba a volver a escribir. Yo te iba a mandar una nota, diciéndote que no te preocuparas. Pero la cosa fue que me resultaba muy agradable hablar contigo.

—Pues me alegro por ti.

Seguí avanzando fatigosamente, con la cabeza gacha y los hombros hundidos. Me caían sobre la cara mechones de pelo absolutamente empapados, y el frío y la humedad me calababan hasta los huesos, haciéndome tiritar. También me sentía muy pesada, entre otras cosas debido a los aproximadamente doscientos litros de agua, cien en cada lado, que había absorbido mi nuevo sujetador, ese que realza el pecho de forma milagrosa. Y la adquisición en las rebajas de fin de temporada, los zapatos suecos de diseño de cuatrocientos dólares, estaban ya completamente destrozados, no podía hacer nada por ellos. El dinero ya había volado de mi cuenta de ahorros, destinada a la casa de mis sueños. Una razón más para odiar a este tipo.

Necesitaba un refugio. Un refugio, ropa seca y una copa con mucho alcohol, exactamente en ese orden. Junto a mí oía unos pasos sonoros y que chapoteaban, y un tremendo relámpago, seguido casi de inmediato por el correspondiente trueno, me dio un susto de muerte.

—De verdad, siento muchísimo haberte hecho sentir tan mal. Sé que buscas un tipo físicamente atractivo y con una cara bonita, y está claro que yo no soy así —prosiguió—. En todo caso, y desde el punto de vista puramente físico, tú tampoco eres mi tipo al cien por cien; no te lo tomes a mal.

¡Qué desilusión!

—Pero, en cualquier caso, creo que eres estupenda, y ser amigo tuyo es algo fantástico. Nos podemos apoyar mutuamente, Álex.

Apreté el paso. Pero, por desgracia, el tipo tenía las piernas muy largas. Mantenerse a mi altura no le supuso el más mínimo problema.

—Podemos hablar sobre cualquier cosa sin preocuparnos del qué dirán, ni

de que cotilleen acerca de nosotros. Te juro que, durante estos últimos meses, el poder hablar contigo ha sido lo único que me ha mantenido cuerdo.

Empecé a correr tan rápido como pude, intentando escapar de él. Pero ni por esas.

—¡Joder! ¡Te dije que deberíamos postergar nuestra cita!

Me paré de repente.

—¡A ver, espera! ¿Estás intentando echarme a mí la culpa ahora de todo lo que ha pasado?

—No —gruñó—. Lo único que pretendo es hacer una puntualización.

—¿De qué se trata? —Hice un gesto torvo con la boca—. ¿Eh?

El agua le corría por la barba casi a chorros y le caía sobre la camiseta, ya completamente empapada y pegada a su cuerpo. Me dio la impresión de que soportaba el diluvio bastante mejor que yo. ¡Cabrón! Hasta a la escasa luz de las farolas se notaba que era un tipo fuerte y que estaba en forma. Tenía los hombros muy anchos. No como su hermano, que era más bien estrecho y extremadamente delgado.

—Pues se trata de que es evidente que funcionamos bien como amigos, y que merecería la pena continuar así. Y, por otro lado, estoy seguro de que no te habría interesado mantener contacto conmigo si no hubieras visto la foto de Eric. ¿Estoy en lo cierto?

—Creo que nunca lo sabremos.

—¡Y una mierda!

—¡Qué te den! —respondí de inmediato, golpeándole en el pecho con el dedo—. Me mentiste. Una y otra vez, sin parar. Me hiciste creer que eras otra persona. ¿Eso significa para ti la amistad? Échale la culpa a tu inseguridad, a tu soledad, a la rivalidad entre hermanos, a lo que sea. Me da igual. Pero elegiste mentirme. Tú elegiste mentirme a mí, no yo a ti. Eso es todo. Punto final.

Lo tenía claro. Y lo dejé allí de pie, en medio de la tormenta. ¡Que sufriera!

Era evidente que los tipos con pinta de leñador eran los peores. Por otra parte, tampoco me habían gustado nunca las barbas. Como mínimo, me resultaban indiferentes. A partir de ahora las odiaría por definición. Estaba claro que eran un escondrijo peludo para labios y lenguas mentirosas, ni más ni menos. Asquerosos desgraciados de whiskería. ¡Qué ardieran todos en el infierno!

—Es muy tarde, de noche, y estamos en mitad de una tormenta. — Perogrullo, también conocido como el profeta de las obviedades, permanecía a mi lado. ¡Qué pesado!—. ¿Qué vas a hacer, Álex?

No le hice ni caso y seguí caminando. La parte de la ciudad en la que se encontraba el Dive Bar no ofrecía muchas opciones, la verdad. De hecho, solo un par de tiendas, obviamente cerradas ya. No obstante, Coeur d'Alene no era un sitio pequeño. Tan pronto como pudiera librarme de mi barbudo acosador, llamaría a un Uber. Y me iría al hotel más cercano, o lo que fuera.

—El centro está a unas seis manzanas. ¿De verdad pretendes ir andando hasta allí con la que está cayendo?

Bueno, al menos ahora sabía que iba en la dirección correcta.

—Por lo menos déjame que te ayude con la maleta.

Sin hacerle ni caso, tiré con más fuerza del mango de la susodicha, que medio rodaba y medio saltaba entre los charcos.

Durante todo el camino me acompañó el ruido constante de sus gruñidos, salpicados de vez en cuando por algún juramento de frustración. Eso, el renqueo de la maleta y el ruido de la lluvia. Alguna vez tendría que darse por vencido. Seguro.

Pero no, no cejó.

Cuando por fin llegué a la entrada del Hotel Lake, él continuaba pisándome los talones. No le hice ni caso durante todo el camino. Se quedó fuera, bajo la lluvia, mientras yo entraba en el vestíbulo. El hotel parecía agradable. En la recepción había un fuego muy acogedor y el mostrador era de cuero. Los ventanales iban de suelo a techo, aunque en ese momento se abrían a la más completa oscuridad.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó un amable recepcionista, cuya sonrisa parecía haberse quedado helada al verme.

—Quiero una habitación, por favor —dije con la mayor dignidad de la que fui capaz, que la verdad es que no era mucha, dado que estaba inundando el suelo, cuyo alicatado brillaba cegador. Además, tenía las piernas llenas de manchas de barro. Los zapatos suecos de tacón de aguja, después de andar varios kilómetros entre charcos y no poco barro, se habían convertido en un triste remedo amarronado. Estupendo. La lluvia, que además de torrencial era muy fría, me había convertido prácticamente en una estatua de hielo, y lo que

quedaba de mis pies estaba cubierto de ampollas. Creo que en mi vida había sentido más lástima de mí misma—. ¿Hay alguna disponible?

—¡Por supuesto! —Lo cierto es que se tomó un poco más de tiempo de lo que resultaba normal en dejar de mirarme y centrar la atención en el ordenador. Comprensible, dado mi aspecto—. Tengo una estándar, y también una...

—¿Tiene minibar?

—Sí, señora. Todas nuestras habitaciones lo tienen.

—Pues entonces me quedo la estándar.

Pestañeó, al parecer un tanto sorprendido.

—¡Ah, muy bien! Enseguida lo organizo.

Estuve a punto de llorar de alegría y de gratitud, pero afortunadamente me contuve, pues el chico de detrás del mostrador ya debía de estar suficientemente alucinado con las pintas que llevaba. Miré hacia atrás con toda la sutileza que pude, que la verdad no fue demasiada. En la calle no había nadie. Pie Grande se había marchado. ¡Uf!

Empecé a preguntarme cuánto tardaría esta pequeña aventura en convertirse en una historia graciosa que pudiera contarle a mis amigos. Lo que pasa es que, en este momento, no encontraba la cosa nada divertida. Ni pizca. Mi Eric, el atractivo chico de Internet, no existía. O bueno, como si no existiera. Porque el tipo con el que me había relacionado todos estos meses, hablando sobre prácticamente todas las cosas de la vida, era un impostor, un absoluto mentiroso. Y, como todo el mundo sabe, los mentirosos no son de fiar.

Volví a mirar hacia atrás, esta vez abiertamente. No, no estaba. Probablemente no volvería a verlo jamás, para mi alivio. Mañana regresaría a casa. De nuevo a la seguridad de mi apartamento y de mi vida, perfectamente organizada y sin complicaciones. Con el tiempo me olvidaría de todo lo que había compartido en esos correos electrónicos, la sensación de compañerismo y la alegría que siempre me producía ver ese nombre en mi bandeja de entrada. El modo como mi existencia empezó a organizarse alrededor del momento en que llegaban sus mensajes nocturnos. No fue la primera vez que esa noche me tragaba las lágrimas, sin dejar que salieran de los ojos, haciendo caso omiso del picorcillo de la salinidad.

Sí, lo olvidaría todo. Y me iría bien.

CAPÍTULO 3

Mensaje enviado hace cinco meses:

Álex,

He visto tu perfil. Tengo previsto un viaje de negocios a Seattle. Me encantaría que quedáramos para cenar, si te viene bien.

ERIC

Mensaje recibido:

Hola, Eric:

Encantada de conocerte. ¿En qué fechas tienes previsto venir por aquí? Me gustaría saber algo más sobre tu restaurante. ¿De verdad piensas en diseñar tu casa tú mismo? Yo también tengo pensado actualizar mi apartamento, aunque ya veremos cuándo. Pero una casa entera... ¡caray!

ÁLEX

—¡Me tomas el pelo! —gritó Val, cuyo estallido me llegó a través del teléfono móvil como un graznido metálico.

—No, ni mucho menos. —Las puertas del ascensor se abrieron hacia los lados y me adentré en la recepción del hotel. El brillo del sol de la mañana entraba a raudales por los ventanales del vestíbulo, lo que contribuyó un poco

a mejorar mi estado de ánimo, bastante abatido—. Ya me gustaría, ya.

—¡Jodido capullo mentiroso!

—Yo no sería capaz de definirlo mejor. —Me paré para sonarme la nariz. La verdad es que el ruido fue muy desagradable. Por supuesto, y como consecuencia del delicioso paseo nocturno, había amanecido con un resfriado de los de no te menees: me escocía la garganta, tenía la nariz completamente rojiza y como una fuente y me dolía la cabeza. Básicamente, era como si alguien me hubiera agarrado por los pies y aprovechado para taponarme las fosas nasales con cemento rápido. Y justo en el momento en que estás casi convencida de que las cosas llevan camino de mejorar sustancialmente.

—¡Dios, sueñas fatal! —dijo—. Pensándolo bien, lo cierto es que, por correo electrónico, parecía infinitamente mejor que cualquiera de los otros con los que te habías topado. La verdad es que tenía muchas esperanzas.

—Las dos las teníamos —suspiré.

—Y yo te animé. —Hizo una pausa—. Seguro que dentro de nada vas a empezar a reprocharme que tú tenías razón y yo no, y también me darás la charla acerca de tu teoría de la vida que incluye huir de las complicaciones como de la peste...

—¡Bah! Te la sabes de memoria, y no tengo fuerzas para eso, al menos ahora.

—¡Vaya, pobrecita! Si ni siquiera eres capaz de soltarme el habitual «¡Te lo dije!», entonces es que estás fatal de verdad. —Oí un fuerte suspiro a través del teléfono.

Valerie y yo nos habíamos apoyado mutuamente desde que el mismo grupo de abusonas se cebó con nosotras en primero de Secundaria. Desde muy pequeña yo era tímida, algo torpe y bastante despistada. O sea, una víctima fácil para las chicas despiadadas que querían establecer a toda costa su supremacía en los pasillos del instituto. Por aquel entonces, Valerie se llamaba Vincent, y él tampoco estaba bien integrado. Nos apoyamos mutuamente para soportar los insultos, las amenazas y, para terminar de arreglarlo, su cambio de sexo. Así que supongo que, entre las obligaciones que se había impuesto, estaba la de hasta tomar las armas si hacía falta a la hora de defenderme y ayudarme. Sin embargo, yo ya había tenido bastante. Estaba emocionalmente destruida y físicamente medio muerta. No tenía las más mínimas ganas de revivir todo lo que había ocurrido la noche anterior.

—Voy a ir para allá —anunció con voz decidida.

Fruncí el ceño de puro asombro.

—¿Y para qué demonios ibas a venir tú aquí? Si todo va bien, esta tarde a primera hora estaré metida en un avión, volando de vuelta a casa. Como muy tarde esta noche.

—Me da igual. Esa pareja de capullos, Eric y Joe o cómo demonios se llamen, se merecen una buena patada en el trasero, y se la vamos a dar. Voy a ir.

—No vas a venir.

—Pues claro que voy a ir, y me voy a poner mis tacones de aguja de guerra —afirmó—. No los has visto. Imitan la piel de leopardo. La piel de esos tipos será para ellos como la hierba fresca.

—¡Por cierto, ahora que me acuerdo! Mis zapatos de tacón están hechos una mierda.

—¡No! ¿Te refieres a los suecos que estaban a mitad de precio? —preguntó con un jadeo.

—Pues sí. Ya te dije que no se puede confiar en mí a la hora de llevar prendas de diseño. Soy como Atila.

—¡Pero esos zapatos te sentaban de maravilla! Bueno, pues ahora con mucha más razón. Voy a ir y me los voy a cargar.

Respiré hondo. Por la boca, no por la nariz, claro. En ese momento, la nariz no era una opción a la hora de respirar.

—¡Dios! Suenas fatal, la verdad —dijo Val.

Gruñí y volví a sonarme. En esos momentos era una auténtica fábrica de mucosidad.

—¡Vaya desastre! No creo que debas volar estando en esas condiciones —afirmó con tono de preocupación.

—Me pondré bien —dije, al tiempo que me guardaba el paquete de pañuelos de papel en el bolsillo de los *jeans*—. Solo necesito un par o tres de cafés.

Hasta a través de la gafas de sol la mañana resultaba resplandeciente. Salí fuera del hotel y me paré un momento, dejando que los ojos se ajustaran a la luz. El centro de Coeur d'Alene estaba bastante tranquilo a esa hora de la mañana. Pasaban pocos automóviles por la calle y, un poco más adelante, vi anuncios luminosos de un par de cafés en la misma acera del hotel. Las tiendas de ropa y de regalos aún estaban cerradas. El aire fresco me llegaba amenazador a la nariz y la garganta. ¡Qué asco de resfriado!

Val suspiró con mucha fuerza.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya para allá y haga en tu nombre lo que se debe hacer con ese indeseable?

—Te agradezco que me lo propongas, pero no.

—En esa zona creo que hay muchos bosques. Te garantizo que nunca encontrarían el cuerpo.

—Sé racional —dije—. Odias el campo.

—Nunca dejas que me divierta de verdad.

—Ya lo sé. Soy muy mala.

—Bueno, llámame si cambias de opinión —dijo—. Aquí estaré... afilando los tacones.

—Gracias. —Me reí por lo bajo. Fue la única muestra de alegría que pude permitirme—. Hasta luego.

Tomar café. Sí.

Eso sí que me sentía capaz de hacerlo.

Un destartado Bronco de color plata estaba aparcado justo al lado. El vehículo, básicamente una furgoneta de las grandes, parecía una especie de camión enorme, algo que quizá no fuera del todo raro por estas latitudes. Eso de conseguir que las ruedas no se quedaran atrapadas cuando nevaba mucho tenía que ser difícil. Pero no fue la furgoneta, o lo que fuera, lo que captó realmente mi atención. Para nada. Fue esa maraña ridícula de cabellos y barbas rubias, apretándose contra la ventanilla del conductor, la que hizo que me quedase quieta, sin capacidad de reacción.

¡Joder, imposible! Me acerqué un poco para asegurarme.

—¿Eh... Joe?

Blancanieves dormía como un angelito. Es un decir, claro.

No des un golpe en el cristal. Deja dormir a los jodidos acosadores y mentirosos. ¡No des un golpe en el cristal!

Y no obstante, me pudo la buena educación. Golpeé el cristal con los nudillos.

—¿Eh? —Se produjo un incontable número de pestañeos, un fuerte gruñido y algún que otro biqueo—. Sí, sí, estoy despierto.

La ventanilla empezó a bajar poco a poco.

—¡Hola! —dijo, con la típica voz ronca de quien se ha despertado de repente—. Buenos días.

Nos miramos el uno al otro, ambos perplejos.

—¿Has dormido aquí? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No quería que te fueras sin que tuviéramos la oportunidad de hablar... con algo de tranquilidad.

Me di la vuelta y me crucé de brazos.

—Mira, Álex... Bueno, ¿podemos hablar? —Se abrió la puerta del vehículo y yo di un paso atrás, más que nada para hacer sitio en la acera a su tremenda humanidad. Tenía la ropa completamente arrugada, lo cual era lógico, dadas las circunstancias. Antes de empezar la vigilia, debía de haberse ido a casa a cambiarse las ropas empapadas de anoche. Las largas piernas volvían a estar enfundadas en un par de *jeans* y el torso lo cubría una sudadera gris con capucha, bastante descolorida. La anchura de los hombros hacía que la tela estuviera un poco estirada. Los pies también eran enormes, o al menos lo eran las deportivas que llevaba y que completaban su atuendo. Me pregunté si sería verdad eso que se decía de que los hombres se compraban zapatos de tallas más grandes de las que necesitaban por la creencia de que el tamaño de los pies es fiel reflejo del pene. ¿Se aprovechaban de eso los fabricantes? En cualquier caso, allí estaba yo, mirándole la entrepierna al tipo y absolutamente aturdida.

Un poco avergonzada, levanté la vista hacia la cara. En ese momento bostezaba sonoramente. ¡Menos mal que no me había descubierto! Habría sido un desastre. Debía mantener bajo control mis enfermizos pensamientos.

—¡Por favor! —pidió, mientras me lanzaba una mira muy intensa.

—Estoy segura de que anoche ya cubrimos todos los aspectos de los que había que hablar.

Durante un momento negó con la cabeza, y después volvió a mirarme.

—Y yo estoy seguro de que no. Insisto, por favor. Deja que te invite a desayunar. Querrás comer algo, ¿no? Y café, claro.

El hecho de que hubiera dormido en su automóvil demostraba compromiso. Además, necesitaba café. Ya.

—Está bien.

Sonrió. No fue una sonrisa abierta, sino más bien una precavida curvatura de los labios.

—Estupendo. Gracias.

Asentí.

—Hay un sitio aquí al lado que está bien —afirmó, metiendo sus manazas

en los bolsillos y mirándome de reojo cuando empezamos a andar.

¡Jesús, qué frío hacía! Saqué el paquete de pañuelos y volví a sonarme la nariz. Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho esta mañana. Me dolían las aletas, que debían de estar como un semáforo cerrado. Necesitaba urgentemente pañuelos con Aloe Vera, y una nueva ración de aspirinas.

—¿Hay alguna farmacia por aquí?

—A unos cinco minutos conduciendo —respondió, mirándome con expresión de duda—. No pareces tan cabreada como anoche, pero no quiero decir nada, para no tener más problemas.

—Muy sabio por tu parte.

El tipo dejó de hablar.

—Seguramente me he enfriado después del paseíto de anoche bajo el diluvio.

—¡Vaya, qué mierda! —Hizo un gesto de enfado que pareció sincero—. No sabes como lo siento.

Me encogí de hombros.

—Estaré encantado de acercarte a la farmacia, o a donde quieras.

—No hace falta —contesté andando despacio a su lado. Ir más rápido habría requerido aplicar una energía de la que no disponía—. Cuando vaya al aeropuerto con el Uber puedo parar en una farmacia.

No hubo respuesta.

Más o menos en mitad de la manzana siguiente se detuvo frente a un café y abrió la puerta para dejarme pasar.

—Bueno, es aquí.

El sitio parecía agradable. La paredes estaban pintadas de verde, y sobre ellas había un montón de anuncios locales. En ese momento, tan temprano, solo había preparadas algunas mesas, las típicas de aluminio de estilo antiguo. Se acercó a una, al lado de la ventana, y sacó una silla, invitándome a que me sentara, cosa que hice de inmediato junto con una especie de gruñido de agradecimiento. Iba a ser un desayuno raro de narices. Quizá debería tomar mi ración de cafeína y salir pitando si más. Camino de Spokane. Seguro que pasaría unas cuantas horas dando vueltas por el aeropuerto, pero hasta eso sería mejor que revivir mi todavía muy reciente vergüenza con este tipo, que sentía en carne viva.

Lo que de verdad me apetecía era meterme en una cama enorme y cómoda

y dormir durante más o menos una semana entera. Lástima que, en estos momentos, no existiera esa posibilidad.

Joe se sentó a la mesa frente a mí, con las manos apoyadas en el borde de la mesa. Yo iba vestida como siempre, salvo anoche, claro, *jeans* ajustados y botas. Solo tenía un par de calcetines, los puestos, y unas cien tiritas cubriendo las ampollas, más de las que había sufrido en toda mi vida. También un jersey negro amplio y confortable. Nada de maquillaje y, por supuesto, el peinado había muerto en combate. Si el tipo estaba sorprendido por la falta de glamur en comparación con la noche pasada, no lo demostró.

Con toda esa ropa interior moldeadora de formas, el brillo de labios, los tacones y el vestido mínimo, se podía decir que me había disfrazado de alguien que, definitivamente, no era yo. De todas maneras, su mentira superaba con creces mi disfraz.

Los dos nos quedamos callados, observándonos mutuamente con cautela.

Una camarera, guapa y alegre, apareció frente a nosotros, y su sonrisa se amplió al ver a Joe. A mi me lanzó una mirada rápida y curiosa, y después me descartó. Podría jurar que la chica tardó menos de un nanosegundo en decidir que yo no merecía la más mínima atención frente a mi acompañante, que se podría describir como desaliñado, hirsuto y tatuado, y eso solo para empezar. Ella no podía saber que por lo que respecta a los miembros de *X-Men*, Jean Grey había hecho bien en preferir a Cíclope en lugar de a Lobezno. Toda esa ostentación de testosterona y de actitudes negativas, mezcladas con el desaliño, tanto general como facial, me resultaban poco atractivas, por no decir que casi repulsivas. A decir verdad, yo prefería la tranquilidad, la calma y el buen aspecto a los excesos y la longitud del pelo, ¡dónde va a parar! Podía quedarse tranquilamente con Joe, hasta se lo envolvería para regalo si quisiese. Se volvió y, sin la más mínima sutileza, se colocó entre él y yo, eliminándome de hecho.

Estaba claro que le dejaría una buena propina. Una que la conminara a decir «¡Que te jodan!» en cuanto saliera por la puerta.

—¡Hola! —ronroneó la camarera—. Me alegro de verte, Joe.

—Hola, Jess.

—¿Lo de siempre?

Joe se asomó para poder mirarme. Al parecer no se daba cuenta de que despertaba grandes simpatías en la chica. Sus ojos, iluminados por la luz de la mañana, adquirían un tono avellana, con ciertos toques ambarinos entre el

marrón color chocolate. La noche anterior me parecieron excesivamente oscuros y furtivos, llenos de secretos y mentiras mal guardadas, pero ahora, por la mañana, no parecía un delincuente, sino un hombre normal, dentro de su tamaño e hirsutismo. Tenía su gracia que hubiera pensado que era alguien a quien conocía, y que resultara que no tenía la más mínima pista acerca de la realidad. O al revés, no sé. Puede que no supiera demasiado acerca de él, aunque, de una forma extraña y difícil de entender, sí que me había hecho una idea, lo cual solamente contribuía a complicar las cosas.

—El café aquí está muy bueno, y también los zumos, que son recién exprimidos —explicó—. Y las tortitas, las mejores de la ciudad. ¿Te suena bien?

—Sí, claro.

Me dirigió de nuevo una sonrisa apocada y pidió para ambos. Procuré por todos los medios desconectar de las actitudes de la camarera respecto a Joe, que resultaban absolutamente evidentes: agradable y simpática, bastante más allá de lo requerido por la profesionalidad, y además, con una mano apoyada en la mesa e inclinada hacia delante, lo que permitía (a Joe, naturalmente, no a mí, ni falta que hacía) una visión supongo que absolutamente completa de todo lo que había bajo la camiseta, que no parecía escaso. Bueno, lo lógico es que yo tuviera una cierta «envidia de tetas», dado el tamaño de mis propias glándulas mamarias, bastante por debajo de los estándares. Y, de paso, debido a los acontecimientos recientes y al pedazo de catarro que arrastraba, me encontraba de un humor de perros. No obstante, si esa chica era una especie de mensaje del universo, indicándome que Joe era verdaderamente atractivo pese a mi paupérrima evaluación, bueno pues... ¡tururú! Ya sabía que las barbas puntuaban mucho para ciertas mujeres, pero no era mi caso, mala suerte. Puede que hubiera visto demasiadas veces a Keanu Reeves en la parte uno de Matrix: el pelo castaño y húmedo, la elegante forma de vestir. ¡Caramba!

—¿Seguro que no necesitas nada más, Joe? Ya sabes, lo que quieras... —indicó, chupando el extremo del bolígrafo de una forma que habría hecho sonrojarse a una estrella del porno.

—No, gracias, creo que así está bien —respondió—. Al menos por lo que a mí respecta. ¿Álex?

—Todo está bien, gracias.

—Gracias, Jess.

—Dale recuerdos a Eric —indicó la camarera.

—De tu parte —respondió Joe sonriendo amigablemente.

La guapa camarera chasqueó mínimamente los dedos y se alejó contoneando su trasero, pequeño pero firme. Sí, de acuerdo. También soy un tanto sensible respecto al tamaño de mi trasero. Si tengo que ser sincera, soy sensible a bastantes aspectos de mi propio físico.

—Simpática la chica —dije entre dientes, tirando hacia debajo del jersey negro que llevaba.

Joe no dijo una sola palabra.

—A ver, solo es una pregunta hipotética. —Levanté ligeramente la mandíbula—. Si un camarero flirteara con la chica con la que estás, ¿tú qué harías?

Pestañeó apreciablemente.

—¿Lo preguntas por algo en concreto?

—Era simple curiosidad —indiqué, negando con la cabeza—. No importa.

Tampoco pasaba nada porque seguro que, tras este incómodo desayuno, nuestros caminos nunca volverían a cruzarse. Así que la camarera había pinchado en hueso. Así es la vida, a veces es mejor dejar pasar las cosas y seguir adelante. Y tal, y tal, y tal...

—Si un camarero le tirara los tejos a una chica con la que estoy, no haría nada.

—¿Nada?

—No, a no ser que la incomodara.

Interesante.

—¿Y por qué solo en ese caso?

—Si no la incomodara, entonces el problema sería mío. —Se retrepó en la silla y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Lo único que conseguiría si le hiciera caso a ese tipo de mierda sería parecer un hombre celoso e inseguro, que no tiene la menor confianza en la chica con la que está.

—¿Y qué pasaría si a ella le gustara ese tipo de mierda y le siguiera el rollo?

—Pues que me habría equivocado de chica.

—¡Ah!

—¿Y en tu caso? ¿Qué harías si el hombre con el que has quedado empezara a flirtear con la camarera?

—Pues que me iría de allí inmediatamente. —Suspiré y miré hacia la

calle. El centro de Coeur d'Alene era bonito. Y también raro—. Ese alce es de lo más colorista.

Joe se dio la vuelta en la silla para poder mirar a través de la ventana la brillante escultura de la esquina.

—Sí. Cada verano colocan obras de arte con un motivo distinto, y las venden al final de la temporada para obtener dinero con el que pagar a los artistas locales —explicó.

—¡Qué buena idea!

Me miró con atención.

Yo aproveché para sorber los mocos. Muy femenino.

—Quería explicarte un poco mejor lo que pasó entre nosotros mientras nos escribíamos por correo electrónico —dijo con gesto muy serio—. Por qué continué utilizando el perfil de mi hermano.

¡Buf!

—Estoy segura de que lo que averigüé anoche es más que suficiente.

—No era mi intención engañarte, Álex.

—Lo que ocurre una vez puede ser un error —empecé, cruzando las piernas y moviendo hacia atrás y hacia delante la bota derecha. La verdad es que volví a cabrearme mucho. Otra vez—. Pero eso de enviar correos durante meses es otra cosa. Tenías que haberte presentado, Joe, haberme dicho quién eras en realidad. Y decidiste no hacerlo, ¡conscientemente, joder! No me extraña que pospusieses nuestra reunión una y otra vez. Tenía que haberme dado cuenta de que pasaba algo raro.

—Tienes razón. Intenté que te tragaras un montón de excusas. —Mi «amigo» exhaló un profundo suspiro—. La verdad es que no estoy acostumbrado a ser el malo de la película. Generalmente me toca limpiar lo que ensucia mi hermano.

—Por suerte para mí. —Lo que empezó siendo una especie de rumor en la base del cráneo se había convertido en un dolor de cabeza en toda regla. Me calé las gafas de sol todavía más y me rocé las sienes.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Es solo un resfriado. Sigue, por favor. Decías que no estabas acostumbrado a ser el malo, ¿no?

Las arrugas de su frente se hicieron aún más profundas.

—Supongo que piensas que no me conoces en absoluto, pero no es verdad, porque sí que me conoces. Solo he mentido en un par de detalles, pero la

persona con la que hablabas era yo.

—No me importa —dije, negando con la cabeza—. Mira, te perdono, ¿de acuerdo? Si eso era lo que querías, ahí lo tienes. No te preocupes más, ya es cosa del pasado.

—Álex, la cosa es que yo no pensé que llegaríamos a vernos. No sé... —Se rascó la cabeza—. Sabía que, si eso terminaba pasando, sería un desastre y acabarías odiándome. Y me gustabas demasiado como para permitir que ocurriera eso.

—Como amiga —puntalicé—. Lo sé.

—Pues sí, pero ha ocurrido. Estás aquí. Sería estúpido no aprovechar la oportunidad para conocernos, de verdad y cara a cara —dijo—. Lo que te pido es que te quedes unos días. Déjame que intente compensarte, arreglar las cosas.

—¡Por Dios! ¿De verdad lo dices en serio? No, de ninguna manera —respondí, completamente decidida—. Ya ha pasado algún mentiroso que otro por mi vida, Joe. No, no puedo. Me voy a casa.

Se encogió de forma perceptible.

—Es una putada que seas el perdedor que queda de pena en estas circunstancias, pero lo siento, no es problema mío.

Continuó sin decir palabra.

—Perdona, tengo que ir al baño. —Necesitaba echarme un poco de agua por la cara. Recomponerme. Lo que pasa es que cuando me incorporé, no vi a mi alrededor más que círculos blancos, girando sin parar. Me fallaron los músculos y la gravedad se puso en mi contra.

—¡Mierda, Álex!

Una mano muy fuerte me sostuvo por el brazo, impidiendo que me cayera redonda. Joe me ayudó a volver a sentarme. Puede que no fuera momento para ir a ninguna parte, los servicios incluidos. De acuerdo, me quedaría sentada. Esto pasaría en unos minutos.

—Tienes la cara gris —informó Joe, que se había puesto de rodillas frente a mí.

—La verdad es que no me encuentro nada bien. —De hecho, si hubiera tenido algo en el estómago, seguramente se lo habría vomitado encima. ¡Ja! Con eso, las cosas habrían quedado de lo más claras. Solo que me sentiría un poco mal, porque se estaba portando de una forma muy amable y todo eso.

Oí que colocaban en la mesa las tazas de café.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la camarera, dirigiéndose a Joe.

—¿Te importa traer agua, Jess?

—Enseguida.

Oí sus pisadas alejándose. También el sonido del motor de una motocicleta en la calle.

—Puede que me contagiara de un virus ayer, en el avión —dije, pensando en que lo mal que me sentía solo podía deberse a un contagio. Las únicas mujeres con tendencia a desvanecerse en situaciones de lo más inconveniente eran las protagonistas de las novelas de Georgette Heyer, y yo no me parecía a ellas en absoluto—. Esto parece más serio que un simple enfriamiento.

—Has estado a punto de perder el conocimiento. No puedes volar en estas condiciones.

—¡Joder! —El juramento me salió desde muy dentro—. Supongo que no. Miraré a ver si puedo prolongar la estancia en el hotel.

—¿Y quién va a cuidar de ti? —preguntó.

—No necesito que nadie cuide de mí.

—¡Vamos! —dijo, con el ceño absolutamente fruncido—. Si te hubieras caído te podrías haber hecho bastante daño en la cabeza, o en un brazo, o...

—Joe...

Colocaron delante de mí un vaso de agua helada.

—Gracias —murmuré, dirigiéndome a la camarera.

—Jess, ponlo todo para llevar, por favor —ordenó Joe antes de volverse hacia mí—. Te ayudaré a andar.

¡Por todos los demonios, no!

—Por favor, no te tomes esto a mal, porque estás siendo muy amable. Pero el portarse bien durante un desayuno no puede borrar meses de traiciones y mentiras. Y, en cualquier caso, no creo que pudiera relajarme en una pequeña habitación de hotel contigo enfrente, observándome todo el rato, por muy amigos que fuéramos, que no lo somos. —Me soné la nariz y reflexioné profundamente, o al menos tan profundamente como me lo permitió la cabeza, que no paraba de darme vueltas—. En cuanto me tome algunas medicinas contra los síntomas del resfriado y el dolor de cabeza me pondré bien. Y seguramente en cuanto duerma diez horas seguidas se me pasará del todo.

—Bueno, pues te llevo al hotel y después voy a la farmacia a comprar lo que me digas —dijo, como si la cosa ya estuviese decidida del todo—. Te

prometo que no te molestaré.

—Joe... —dije, haciendo un gesto de negación con todo el cuerpo.

—Álex, estás enferma.

—¿En serio? ¡No me había dado cuenta! Gracias por indicármelo.

—Y de muy mal humor. Pero es lógico, tienes muchas razones para estarlo. —Puso su enorme mano sobre la mía, acariciándome suavemente con el pulgar. Seguramente intentando someterme, o algo parecido. Aunque no tenía energía suficiente como para comprobarlo.

—Te he puesto en una situación muy embarazosa, que no te merecías —afirmó—. Pero ahora tienes un aspecto fatal. Debes irte a la cama cuanto antes. ¿Por qué no te acuestas y me dejas ir a la farmacia a por lo que necesites, e inmediatamente te lo llevo al hotel? Puedo dejártelo en la recepción. Ni siquiera tienes que verme.

—Eres muy amable, pero...

—Pero nada —me cortó—. Vamos, estoy aquí. Quiero ayudarte. Deja que te demuestre que no soy un cabrón con mala pinta.

La verdad es que sonaba bien. Muy bien. Ni siquiera me importó que se metiera con mi mal humor ni que dijera que tenía un aspecto fatal. La palabra «cama» flotó a mi alrededor como un sueño magnífico, pero inalcanzable.

—¿Tienes tiempo? —susurré—. ¿No tienes que trabajar, o lo que sea?

—No —dijo, moviendo la cabeza con resolución—. Hoy libre. Y si después necesitas alguna otra cosa, como ir al médico o lo que sea, me puedo encargar de organizarlo todo. Me puedes mandar un mensaje, o llamarme, lo que haga falta.

—¿Estás seguro? —Suspiré profundamente.

—Estoy seguro. —Alrededor de la barba se le dibujó una sonrisa, que me pareció fiable.

—De acuerdo —Suspiré aún más profundamente.

—Bien.

—En cualquier caso, me quedaré solo una noche más —aclaré.

—Muy bien.

Sonreí débilmente.

Puede que, después de todo, no fuera tan mal tipo, pese a las mentiras. Daba igual. Esta especie de cesión no se debía más que a las circunstancias adversas. Independientemente de la clase de hombre que fuera el tal Joe Collins, mañana yo estaría volando de vuelta, a territorio conocido y seguro.

A mi casa.

CAPÍTULO 4

Mensaje enviado hace seis meses:

Hola, Álex:

Gracias por tu respuesta. Disculpa por el retraso en contestar. De momento, mi viaje a Seattle se ha cancelado, pero sería estupendo que siguiéramos en contacto. ¿Qué tal te va el negocio del diseño gráfico? Veo que te interesan las obras de reforma de interiores. Tenemos previsto hacer algunas obras de remodelación en el restaurante, sobre todo con la idea de recuperar algunos de los aspectos originales, como por ejemplo la paredes de ladrillo visto que había en los años setenta y ochenta. No tengo muchas más novedades. ¿Has ido a ver a algún buen grupo últimamente? Aquí, en invierno, la música en vivo desaparece, pero después revive en primavera, y sobre todo en verano. ¡Dale recuerdos a tu amiga la ardilla Marty! No creo que puedas comunicarte mucho con ella, son esquivas, pero si lo logras avisa a un equipo del National Geographic. Bueno, perdona la broma. Todavía no nos conocemos tanto como para saber si nuestro sentido del humor es compatible.

§

ERIC.

Mensaje enviado:

¡Vaya! ¡No debería haber hecho chistecitos acerca de la ardilla!

Espero no haberte molestado.

ERIC.

Mensaje recibido:

¡Ja, Ja, ja! No te preocupes, Eric, tampoco soy tan susceptible. ¡Pues claro que me encantaría que nos mantuviéramos en contacto! Tu proyecto de reforma tiene muy buena pinta. ¿Podrías enviarme alguna foto, cuando te venga bien? ¿De cuándo es el edificio en el que estáis trabajando? Respecto a lo del diseño gráfico, he estado ocupadísima, lo cual es estupendo. La mayor parte de los encargos son para imágenes corporativas, books, tarjetas de visita o trípticos de presentación y esas cosas. A corto plazo no tengo planes de expansión, pero no los descarto para el futuro. Respecto a música, me he descargado lo último de Soviet X-Ray Record Club. Me gustan mucho. Si se deja, le daré recuerdos a Marty de tu parte, pero nada de programas de televisión.

ÁLEX.

Alguien había llamado a Thor.

Esa fue la única explicación que mi mente, embotada por completo, pudo encontrar para el tremendo ruido que sonaba en la puerta. Sin duda, Thor y su martillo ciclópeo. Thor, el maldito dios del trueno. Estaba dormida como un tronco. Casi diría que inconsciente.

Procuré incorporarme, pero me resultó difícil. Y os puedo asegurar que lo intenté con todas mis fuerzas.

Tras regresar al hotel, Joe se encargó de todo. Me quitó la cazadora y las botas y me depositó en la cama. El tipo se tomó en serio lo de cuidarme. Me arropó con mimo, utilizando la sábana camera y la manta y apretándolas tanto que faltaba poco para que precisara una palanca para quitármelas de encima. Muy poco.

—Adelante —intenté decir, pero el martilleo no cesó, ni siquiera bajó en intensidad. También es cierto que lo que me salió apenas fue una especie de

jadeo, como si acabara de terminar una carrera de maratón, o de participar en un concurso de tragafuegos para aficionados. Tenía la garganta hecha una pena, y la cabeza también para el arrastre. Además, la habitación estaba a oscuras. Por completo. No entraba ni el más mínimo rayo de luz por la ventana, ni por los extremos de las cortinas. Solo una línea luminosa por debajo de la puerta de entrada a la habitación.

—Hola —acerté a decir con tono áspero al abrir.

Por supuesto, allí estaba Thor, alias Pie Grande rubio, alias mi supuesto amigo Joe. No parecía nada contento.

—¡Joder, Álex! Estaba loco de preocupación.

—¿Cómo? ¿Y por qué? —Me volví a la cama y me senté en una esquina del colchón. ¡Mi camita adorada! lo único que deseaba era meterme otra vez en ella y volver a dormirme otro rato. Y si fuera para siempre, mejor todavía.

Cerró la puerta y encendió la luz. El resplandor repentino me hizo daño en los ojos. Llevaba en la mano una bolsa de la farmacia y un paquete marrón.

—He llamado seis veces a la recepción para ver si habías recogido las cosas de la farmacia, pero no habían tenido la más mínima noticia tuya.

—Vaya. Debo de haber dormido todo el día.

—Y la mitad de la noche —remachó, frunciendo el ceño con mucha intensidad—. Son las nueve. Se supone que debía trabajar hasta las doce, pero tenía que saber si estabas bien. Llevo un rato muy largo llamando a la puerta. Estaba a punto de llamar a recepción para que abrieran y comprobaran que seguías viva.

—Estoy viva —afirmé, agitando la mano lánguidamente—. Todavía.

—Sigues muy pálida. Como poco, parece que estás todavía peor que esta mañana. —El tipo me miraba con las manos en las caderas. La sudadera de la mañana había sido sustituida por una camiseta térmica azul. Fuera como fuese, lo cierto es que Joe tenía un físico envidiable. Calzaba grandes botas negras y llevaba unos *jeans* también negros. Su aspecto era un tanto peligroso, vestido de oscuro y aparentemente malhumorado. Aunque fuese debido al estado semicatatónico al que me había conducido el seguro incremento de glóbulos blancos en mi sangre.

—Siento que hayas tenido que dejar el trabajo —me disculpé—. Pero estoy bien, de verdad.

Sin hacer ningún comentario, me colocó la palma de la mano sobre la frente.

—Bueno, quiero decir que me siento un poco mejor —mentí.

—¿En serio? Pues tienes pinta de estar hecha una mierda.

—No flirtees conmigo. —Intenté reírme, pero lo que me salió fue un acceso de tos—. No soy tu tipo, ¿no te acuerdas?

Colocó la bolsa marrón sobre la mesilla, pero la de la farmacia casi me la tiró encima. Tabletas contra los síntomas de la gripe, aspirinas, ibuprofeno, pañuelos de papel, pastillas para la garganta, un jarabe para la tos, etcétera. Mucho etcétera.

—¡Caramba! —dije—. ¡Qué de cosas!

—He procurado asegurarme de que tuvieses todo lo que necesitaras.

—Pero solo te di veinte dólares.

—No te preocupes por eso —replicó.

La verdad es que no me gustó mucho la idea de deberle nada. Puede que debiera meter otro billete de veinte en el bolsillo de su cazadora. Saqué de la bolsa un tubito de color rosa.

—¿Bálsamo para los labios?

Se encogió de hombros. Me pasó una botella de agua del minibar, sacó dos tabletas contra los síntomas del resfriado y me las puso en la palma de la mano.

—Gracias.

Después empezó a manipular el contenido de la bolsa marrón. Primero quitó la tapa de un vaso grande y después introdujo en él una cuchara de plástico.

—Nell te ha hecho una sopa de pollo con fideos —dijo, acercándose el vaso y la cuchara—. Cuidado, que está caliente. Bueno, al menos eso espero. También hay algunas galletas en la bolsa.

—¡Ojalá me funcionara el olfato! Seguro que huele estupendamente. —El vapor que salió del vaso me calentó la cara. Soplé sobre el líquido y tomé un poco con la cuchara. Noté de inmediato una pequeña mejoría en la garganta. La buena comida parece que tiene poderes mágicos—. Ha sido muy amable. Es la chef de tu restaurante, ¿verdad?

Se puso colorado como un tomate. O por lo menos en la escasa parte de piel de la cara que se le veía.

—Bueno, más o menos. Eric es dueño de la tercera parte del restaurante, como ella y Lydia. Cada uno gestiona una sección. Yo solo trabajo para ellos.

—Es verdad. Perdona. Se me había olvidado que se me tiene que olvidar

lo que sé sobre ti.

Podéis insertar aquí un silencio de lo más incómodo.

El tipo ganó tiempo colocando sobre la mesa todas las cosas que había traído de la farmacia. Yo le observé, dándole vueltas a la sopa y tomándomela a pequeños sorbitos. Finalmente terminé y nos volvimos a quedar el uno frente al otro, y en medio un montón de mentiras, incapaces de llenar el silencio.

Bueno, eso no era del todo cierto; en realidad entre nosotros no había nada. Todas mis esperanzas románticas se habían volatilizado. Cualquier relación imaginada entre «Eric» y yo había muerto la noche anterior, de una muerte triste y antinatural. Además, delante de absolutamente todos sus amigos. No era raro que Nell me hubiera hecho una sopita. Debí de quedar como una auténtica estúpida delante de todos.

—¿Quieres que te prepare un baño caliente o algo así? —preguntó.

—No, no te preocupes. Estoy bien.

Una vez que se marchase, haría acopio de fuerzas para preparármelo yo misma. Un baño caliente, rápido y agradable. Hago hincapié en lo de «rápido». Los baños y yo teníamos una relación bastante poco agradable. Y antigua.

Cruzó los pies y los brazos, igual que por la mañana en el café. Yo me quedé mirando a la pared, un tanto incómoda sin saber muy bien por qué. El caso es que estar con él en un sitio tan pequeño era extraño. ¿Sonaría muy maleducado decirle que volviera al trabajo? Probablemente sí. Durante todo el día se había portado muy bien conmigo, se había preocupado y me había cuidado. No tenía ni idea de si pensaba que había conseguido algo. Al menos no me había portado como una arpía encolerizada. Por otra parte, ¿de dónde iba a sacar la energía para eso?

Tragué saliva con fuerza.

—¿Me puedes pasar los pañuelos, por favor?

—Claro, toma. —Tomó uno de los paquetes, lo abrió y lo puso a mi lado.

—Serías un enfermero estupendo —dije, intentando sonreír. Seguro que la sonrisa pareció extraña, forzada y frágil, como todo el resto de mí. ¡Puaf!

Una mirada divertida. Y más silencio.

Los intervalos entre las palabras eran de lo más incómodos. Difíciles y embarazosos. Y yo me sentía tan poco equilibrada que pretendía llenarlos con palabrería intrascendente.

—¿Nunca te has planteado trabajar en ese campo Joe? En la enfermería, quiero decir.

Se retiró el pelo dorado de la cara con ambas manos.

—No, en absoluto. Esta es la primera vez que me dedico a cuidar a alguien.

Una pausa.

—En el bar suelo hacer una media de cinco turnos por semana en la barra, y también trabajo con mi padre unos quince días al mes. Es carpintero. Me ha enseñado no solo ese oficio, sino todo lo que tiene que ver con la construcción en general. Solía dedicarse a construir casas, hasta que la artritis no se lo permitió. Ahora solo nos dedicamos a hacer reformas y mantenimientos.

—Ya.

—No es tan estupendo y sofisticado como ser dueño de una parte de un restaurante-bar, como mi hermano.

¡Vaya! Ni se me ocurriría puntualizar nada respecto de eso. Me tomé el resto de la sopa, disfrutando de los trocitos de verdura y de los fideos.

—O sea que tu interés por los edificios antiguos te viene del oficio de tu padre, supongo.

—Sí. —Se sentó en la silla de la habitación que, como en todos los hoteles más o menos elegantes, era moderna, con almohadones y extremadamente incómoda. ¡Menuda mezcla, Joe y almohadones de color melocotón!

¡Joder, me dolía todo el cuerpo! Me doblé casi completamente, quedándome con la cabeza casi a la altura de los pies. Tener algo caliente en el estómago ayudaba algo, pero necesitaba con urgencia que actuaran los medicamentos. Lo que digo, me dolía todo, pero lo de la cabeza era insoportable. Quizá debería arrancármela. Así dejaría de moquear, de paso.

Puede que el vapor me ayudase a respirar y a librarme de los mocos. Eché una mirada anhelante a la puerta del cuarto de baño. Me apetecía un baño, la verdad, pero era como si estuviera muy lejos. A kilómetros. A años luz. Y seguro que olía a enfermedad y a sudor. Seguro que mientras dormía había tenido accesos de fiebre. En ese momento Joe miraba hacia el otro lado de la habitación.

—Te apetece mucho un baño, ¿verdad?

Simplemente lo miré, esperando a ver si mi cerebro y mi garganta eran capaces de toser alguna respuesta.

—Mira, Álex, puedes dejarme que te ayude, de verdad que no hay problema. No voy a aprovecharme de ti, ni nada semejante.

—¡Ja! —Esta vez sonreí de verdad—. El que pensara eso no significaría que fuera una paranoica, ni nada parecido. Tengo mis razones.

—Sí, de acuerdo, lo entiendo, es lógico que no te fíes de mí. —Me miró con la pena reflejada en los ojos, llenos de arrugas alrededor. Lo cierto es que eso de ser el malo de la película no cuadraba nada con la forma en que se estaba comportando conmigo.

Bien, pero no me dejaría llevar ni sentiría pena por él. Me había jodido pero bien. Procuré por todos los medios eliminar desde el origen cualquier conato de empatía, de comprensión o de lo que fuera que sintiera en ese momento por él, pero no lo logré del todo. ¡Mira que era boba, por Dios!

—Si no te importa prepararme un baño, te lo agradeceré. Aunque tampoco te sientas obligado. Ya has hecho mucho más de lo necesario.

Antes de que terminara de hablar se levantó como un resorte y se dirigió al baño. El sonido del agua llenando la moderna bañera fue como música celestial para mis oídos. Tras nuestro intento fallido de conversación, durante el intento fallido de desayuno de la mañana, en el hotel me informaron de que esta era la única habitación que les quedaba libre. Mi habitación de la primera noche, sencilla y sin lujos, o sea, «estándar», ya no estaba disponible. Afortunadamente, la mujer de recepción se apiadó un poco de mí y me rebajó algo el precio de la «superior». Aunque también era probable que no quisiera tenerme dando vueltas por el vestíbulo e infectando a los clientes con mi legión de gérmenes. Fuera por lo que fuese, esa mujer merecía ser declarada santa súbita por el Papa de Roma. La habitación era estupenda.

—Hecho —informó, frotándose las manos—. ¡Mierda! Se me ha olvidado comprar jabón de burbujas para el baño. ¡Lo siento!

Sonreí.

—Creo que, por esta vez, lo de las burbujas es lo de menos.

La sonrisa que me devolvió no me pareció del todo convencida, sino más bien precavida. Supongo que la necesidad que tenía de agradar no quedó del todo satisfecha. Las miradas embarazosas volvieron, pues al parecer ninguno de los dos sabía cómo continuar. Por mi parte, rompí el silencio sonándome otra vez la nariz. Aunque no era un recurso, sino una necesidad. ¡Qué delicadeza, qué sonido tan femenino! Más o menos como el de un trombón, aderezado con un montón de mocos inundando el pañuelo. En serio, el

cuerpo humano a veces puede resultar espectacularmente repugnante.

—Y a propósito de reformas —empezó, sentándose otra vez—, ¿tuviste la oportunidad de ver las fotos te envié?

—¿Fotos? —repetí, haciéndome la tonta y tocando con el dedo el dobladillo de la camiseta.

—Sí, las de la planta superior del edificio Bird, en el que está el Dive Bar.

—Ah, ya.

Pausa.

—Tampoco pasa nada si no las has visto. Simplemente pensé que igual te habrían interesado.

—Sí que me interesaron. —Me di a mí misma una fuerte bofetada; mental claro, tampoco estaba para castigos físicos autoinfligidos. Tenía que colgarme un cartel que me recordara que, bajo ningún concepto, debía mostrar el más mínimo interés por el más mínimo aspecto de su vida, de su trabajo, ni de nada de nada que tuviera que ver con él. Con toda seguridad, a dicho interés le seguirían la desilusión y el desastre más absolutos. Solo había que observar los acontecimientos más recientes. Le tenía que pedir que se marchara, y punto. O fingir mi propia muerte y, cuando saliera a pedir ayuda, cerrar la puerta con llave y llamar a la policía para que no volviera a entrar.

Su mirada me traspasó. Había ilusión en sus ojos.

—Acércame el ordenador portátil que hay en la mesa —dije medio gruñendo.

Vi brillar sus ojos oscuros, esta vez creo que por la curiosidad, al tiempo que hacía lo que le había indicado. Se sentó en la cama a mi lado. Sus dedos enormes tocaron los míos cuando me dio el ordenador. Su piel estaba más fresca que la mía, aunque el roce no me resultó desagradable. Me alejé de él uno o dos centímetros mientras esperábamos a que el ordenador se encendiera.

—¿Tienes una foto de la ardilla *Marty* como salvapantallas? —preguntó, al tiempo que se le dibujaba en los labios un amago de sonrisa y señalaba con la cabeza la pantalla del ordenador.

—No tengo que explicarte nada que me concierna —contesté, frunciendo el ceño. Golpeé el teclado con dedos temblorosos, para introducir la clave y buscar el archivo correspondiente—. Sí, *Marty* aparece de vez en cuando y hasta puede olvidarse de dónde ha escondido las nueces. Pero nunca me miente ni me engaña.

—Oye, tranquila. Solo iba a decirte que la foto es estupenda. —Volvió a mirar la pantalla del ordenador. En un momento dado abrió los ojos con gesto de asombro—. ¡Caramba! ¡Qué es todo esto?

—Pues en realidad no es nada —balbuceé—. Bueno, vamos a dejarlo. Creo que sería mejor.

—Un momento. —Inclinó la cabeza, la acercó más a la pantalla y estudió los detalles—. ¿Cómo que no es nada? ¡Es magnífico!

—Solo estaba... pues eso, dejando volar la imaginación. No tiene importancia. —Me eché el pelo hacia atrás y, de paso, me froté la antigua cicatriz del borde de la frente—. En serio, no es nada. No tengo ni idea de arquitectura ni de diseño de interiores. Solo jugaba.

—¡Bobadas! —El tipo me midió con la mirada. Lo cierto es que ni me gustó ni me desagradó—. Álex, tenemos que enseñarle esto a André.

—¿A quién? ¿Te refieres al dueño del edificio?

Asintió.

—No, no. Sería una estupidez. Además, me haría sentirme de lo más incómoda.

Me echó otra mirada, que no fui ni siquiera capaz de empezar a interpretar. ¡Eso de que tuviera tal cantidad de pelo en la cara no ayudaba nada! Sus salientes pómulos no me proporcionaron ni la más mínima pista.

—No pretendo ser hipócrita ni falsamente modesta, Joe —dije, intentando buscar las palabras adecuadas—. Creo que hago bien mi trabajo, lo que me enorgullece mucho. Pero esto lo he hecho solo para pasar el rato. No tenía claro ni siquiera qué era lo que pretendía con ello, ¿estamos? Solo era algo con lo que pensaba que podríamos entretenernos, Eric y yo, quiero decir, o quien fuera. ¿Podemos dejarlo ya?

Nos miramos durante un momento, y después asintió, aunque con tristeza.

—Supongo que debería marcharme —dijo, con las cejas muy juntas. Estaba claro que no tenía ganas de irse—, para dejar que te bañes y vuelvas a la cama.

—Sí...

No nos movimos ninguno de los dos.

—Aunque debería quedarme hasta que salieras del baño. Te has tomado suficientes pastillas para el dolor como para tumbar a un elefante.

¡Por Dios! No debía dejarle que se quedara. Tenía que marcharse ya, en beneficio de ambos. Aunque cierta curiosidad, estúpida y enfermiza, se

instaló en mi mente y me pidió que lo dejara hacer. Puede que fueran las medicinas, o una malformación genética cerebral, quién sabe. ¡Dios, ojalá fueran las medicinas! Pero, se debiera a lo que se debiese, una parte de mí deseaba que se quedara un rato más.

—Bueno, ahora estoy bastante despejada —dije, antes de que mi mano me diera en la boca el cachete que me merecía. ¡A quién se le ocurre hablar cuando estás fuera de control! ¡Mierda!

Se limitó a mirarme.

—Esto... bueno. —Desde luego, mi lucidez expresiva no era la de Shakespeare. ¡A la mierda, lo diría! No fui capaz de evitarlo—. Podríamos ver una película después de que me bañara. Si quieres, claro. Pero si tienes que ir a alguna parte, o volver a trabajar, o hacer algo, puedo quedarme so...

—No. En el trabajo no me esperan. Eso estaría muy bien. —Se levantó inmediatamente, sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de los *jeans* y escribió un mensaje a toda velocidad. Pero se detuvo de inmediato y me lanzó una mirada dubitativa, con el ceño muy fruncido—. ¿Estás segura?

—Sí... —No, no estaba nada segura. Y creo que el «Sí...» sonó más a «En fin...» que a otra cosa.

Él se quedó helado.

—Quiero decir... siempre y cuando quede claro que no volveré a decir una palabra acerca de nada que tenga que ver con suplantaciones de identidad, engaños y sentirme como una tonta de las narices —espeté—. ¿Me he explicado?

Asintió despacio.

—Alto y claro. Pasaremos un rato tranquilo, y te haré compañía.

—Estupendo. —Podíamos intentarlo, por lo menos.

¡Me iba a morir!

Me sentía fatal, en todos los aspectos. Profundamente mal. Era como si tuviera todos los miembros aletargados, como si me hubiera hundido en la cama, la hubiera atravesado hasta el suelo y hubiera llegado al infierno. No obstante, mi mente permanecía activa, ligera como el aire y confusa a más no poder. Y todo con el beneficio añadido de estar absolutamente bañada en sudor. Era como si me hubieran arrojado a la mismísima Orodruin, la montaña del Fuego de Mordor.

—Sí. Se lo tomó hace alrededor de seis horas. —Era una profunda voz de hombre—. Creo que durante las doce horas anteriores no comió nada.

Oí otra voz tenue que respondía algo, pero no entendí qué.

Abrí los ojos, despacio y con precauciones. Tenía un paño húmedo sobre la frente que no me permitía ver del todo bien. La luz de la mesilla estaba encendida, y vi a Joe al lado de la cama.

—Muy bien, procuraré que tome algo. —Me miró con cara de preocupación—. Se acaba de despertar.

Hubo otra pausa, en la que volví a oír la voz de la otra persona, pero de nuevo sin entender lo que decía.

—Sí, que esté hidratada, lo entiendo. Gracias, mamá. Te volveré a llamar si se pone peor.

—¿Mamá? —inquirí con voz vacilante.

—El doctor Google y mi madre han cuidado de ti. Ella es enfermera. —Dejó el teléfono móvil sobre la mesa, tomó la caja de aspirinas y sacó dos pastillas—. ¿Puedes incorporarte un poco?

Asentí, ahuecando la ropa, que se me había pegado por el sudor, y apoyándome sobre un codo. Temblaba como una hoja.

—Sí, creo que sí.

—Tenemos que bajarte la temperatura —dijo, al tiempo que se sentaba en la cama y me ofrecía un vaso de agua—. Abre la boca.

Me tragué las pastillas y luego el agua. ¡Me supo a gloria bendita! Me bebí el vaso entero en un nanosegundo. Él lo volvió a rellenar de una botella.

—Este bébetelo más despacio, no vaya a ser que te den náuseas.

Así lo hice.

—Tengo calor. ¿Puedo quitarme de encima la manta?

—Claro.

Entre los dos, pero sobre todo él, tiramos de la manta hacia la parte de abajo de la cama. Tenía la ropa pegada al cuerpo, literalmente. Decir que resultaba repugnante era quedarse muy corta. Y seguía ardiendo, como si estuviera en el infierno, como si un pequeño sol hubiera decidido establecer su residencia dentro de mí. Empecé a intentar quitarme los calcetines con los pies, y también la camiseta térmica que llevaba puesta. A toda costa quería estar más cómoda. Era lo único que me importaba en ese momento. El tipo ya me había dicho que no le interesaba físicamente, y además él y yo no teníamos el más mínimo futuro juntos, así que me importaba tres narices que

me viera en ropa interior. Para rematar, me sentía tan enferma que a la mierda con el pudor.

—¿Quieres quitarte esto también? —Joe me había ayudado, eso sí, con mucho tiento, a quitarme la camiseta térmica, mientras yo resoplaba por los esfuerzos. La camiseta blanca sin mangas que llevaba debajo estaba pegada a la piel por el sudor. Daba igual. Al menos empezaba a sentir algo de aire fresco sobre la piel.

—Los calcetines, por favor —susurré.

Me los empezó a quitar con cierta dificultad. Y es que también estaban empapados, por supuesto, y pegados a los pies. Pero no bastaba, y necesitaba estar lo más a gusto que pudiera dentro de las escasas posibilidades que tenía. Así que metí los pulgares debajo de los *leggings* y empecé a empujar hacia abajo y a contonearme, aunque seguramente sin ninguna gracia. Me había quedado sin fuerzas. Tenía los brazos flácidos, como los de una marioneta. Eso era, una mujer marioneta.

—¿Estos también? —preguntó.

Yo asentí y el gigantón tiró hacia abajo de los malditos *leggings*. ¡Sí, joder, sí!

—Muchísimo mejor. —Lancé un suspiro de alivio y me dejé caer hacia atrás. En cualquier caso, la camiseta sin mangas y las bragas aún me parecían demasiada ropa. Me dolía todo: los dedos de los pies, los dientes, hasta las raíces del pelo. Todo.

El televisor estaba apagado, igual que el resto de las luces de la habitación, salvo la de la mesilla. El mundo parecía extraño, lleno de sombras. Y especialmente las mejillas de Joe, que parecían esculpidas en piedra. Sus ojos oscuros brillaban en la penumbra. Todo parecía el típico sueño febril. La realidad parecía alejarse, y el sueño comenzaba a apoderarse de mí otra vez.

—¿Ha terminado la película? —pregunté.

—Hace mucho —respondió sonriendo—. Te quedaste dormida.

—¡Ah!

—No te preocupes —dijo asintiendo—. De todas formas me quedé aquí, en el sillón, por si las moscas.

—Muy bien. —Se me caían los párpados, y carecía de la energía necesaria para mantenerlos abiertos. Tampoco me importaba—. Gracias.

El colchón se elevó. Oí unos pasos suaves, e inmediatamente el rumor del grifo del baño. Al cabo de un rato regresó y me colocó otro paño húmedo en

la frente.

—¡Qué agradable! —murmuré.

—Estoy aquí por si me necesitas —dijo con mucha suavidad.

Eso también fue agradable.

CAPÍTULO 5

Mensaje enviado hace cinco meses:

Hola, Eric:

Me toca a mí escribirte, y la verdad es que no sé qué decir. Mira, con toda sinceridad, mi vida es extraordinariamente aburrida. Dado que trabajo en casa y que soy mi propia jefa, puedo dedicarme solo a trabajar todo el tiempo que quiera cuando es necesario. Depende del número de encargos que tenga en cada momento. Puede que pase hasta una semana entera en la que no hable con nadie, salvo con los clientes que me han encargado trabajo. También tengo amigos y familia, claro, pero ya sabes cómo es la vida moderna, y tal, y tal, y tal. ¡Ah, y también está Marty! Él siempre es una compañía estupenda. Aparte del trabajo, siempre estoy mirando casas en venta en páginas on line (no quiero renunciar a mis sueños) y viendo la tele. Solo los programas que me gustan, claro: las películas y los de reformas. No pasa nada, ya se veía venir. Con Internet y el televisor me basta y me sobra. Nunca podrías ni siquiera pensar en competir con esas dos.

Lo siento.

ÁLEX.

P.S: Espero que te vaya bien con el restaurante y con la vida en general.

Mensaje recibido:

¡Vaya por Dios! ¡Ni siquiera nos hemos conocido todavía y ya me dejas por la televisión! Eso duele... Las cosas no van del todo mal por aquí. Empieza a hacer un poco menos de frío, lo cual está muy, pero que muy bien. El Dive Bar tiene mucho movimiento. Ya no me acuerdo de ningún día en que no estuviera lleno, o casi. Tu burbuja me suena a paz y a tranquilidad, no a aburrimiento. Por mi parte, casi lo único que hago es hablar con gente. No me parece que necesite la televisión para ser testigo de dramas. Uno de los camareros es un Romeo empedernido, aunque su campo de acción no supera al de un mosquito, lo que hace que sea difícil mantener en su puesto a camareras que sean simpáticas y mínimamente atractivas, que salen huyendo para no caer en sus garras, o lo dejan, el trabajo, quiero decir, cuando él deja de hacerles caso. Además nuestra cocinera, Nell, se está divorciando. Tanto ella como su ex son amigos míos desde la infancia, así que me duele verlos sufrir a los dos. Los días especialmente malos se oyen los golpes del cuchillo de carne de Nell por todo el restaurante. Prefiero no imaginarme siquiera en qué está pensando cuando está cortando...

ERIC

Otra vez golpes insistentes en la puerta.

—¡Hay que joderse!

Eso fue exactamente lo que me dije a mí misma. Aunque el caso es que no fui yo quien lo expresó en voz alta. Fue una voz masculina, que me era familiar, aunque a la vez inesperada, la que soltó el juramento. Me froté los ojos con la almohada y miré hacia el otro lado de la cama. ¡Alerta, un tipo enorme! ¡Ay, Dios! ¿Y si resulta que, debido a un extraño efecto secundario de las medicinas contra los síntomas del resfriado, la noche anterior había agredido sexualmente al pobre e inocente gigantón? Aunque la verdad es que me costaba creerlo, pues hacía mucho que no me daba por ahí estando sana.

—¡Hola! —dijo Joe, estirándose encima de la cama. Se había quitado las botas, pero por lo demás estaba completamente vestido.

Gracias a Dios.

—Hola —intenté decir. Pero lo que me salió fue un cruce entre un susurro y un carraspeo. ¡Dios, cómo me dolía la garganta! Como si me la rasparan con cristales rotos. Me entraban ganas de llorar de dolor y de frustración, pero razoné y llegué a la conclusión de que solo lograría que me doliera más. Aparte de hacer el ridículo, claro.

Siguieron llamando.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó, después de bostezar sonoramente.

—De puta pena. —Me salió un susurro ronco, y encima me dolió. ¡Maldito virus, o bacteria, o lo que fuera!

—Mierda —dijo entre dientes—. Te has quedado afónica.

Asentí.

—¡Maldita sea! Pero bueno, por lo menos ya no ardes de fiebre. —Se puso en pie despacio, estiró el cuello y expandió los hombros, desperezándose. Después se encaminó hacia la puerta.

El verdadero Eric Collins se convirtió en la segunda sorpresa de la mañana. Al contrario que su hermano, llevaba pantalones negros de vestir y una camisa de botones de color azul pálido, y se cubría con una cazadora de cuero. Llevaba el pelo largo, recogido en una coleta masculina, y se acababa de afeitar. En comparación con él, el aspecto de Joe era absolutamente desastrado. Lo cierto es que compartían rasgos genéticos, como la frente amplia y los labios generosos. También la nariz, ligeramente prominente. Por lo demás, costaba creer que fueran hermanos. Vamos, que se parecían como un huevo a una castaña.

—Buenos días —dijo Eric, dejando las bolsas marrones sobre el mueble con cajones de la habitación—. Le he dicho a Nell que ayer no volviste a casa por la noche y me ha mandado traer comida y eso. El café está aquí.

—Gracias. —Joe abrió la bolsa señalada y sacó dos tazas de plástico bien grandes.

—Ha llamado papá para preguntar cuándo vas a volver a trabajar —dijo—. Deberías mirar el teléfono, y llamarlo, supongo.

—Ya lo llamaré.

Eric se volvió hacia mí y me dirigió una sonrisa coqueta.

—¡Caramba! Estás bastante enferma, ¿no?

—Ya te dije que lo estaba —dijo Joe, entrecerrando las cejas.

—Perfecto, pero de entrada pensé que era solo una excusa que se había buscado para quedarse en la ciudad y hacerte ir de acá para allá para

atenderla. Para humillarte, para que pagaras tu penitencia, ¿entiendes? —Se encogió de hombros—. Me aposté cincuenta pavos con Boyd.

Sin decir una palabra, Joe dejó una de las tazas y le dio una fuerte colleja a su hermano.

—¡Joder, hombre! —Eric se recolocó el pelito—. ¡Tranquilo!, ¿de acuerdo?

—Discúlpate con Álex si no quieres que te rompa el cuello. Sabes que hablo en serio.

—Lo siento, Álex —dijo Eric como un borrego. A mis ojos, iba perdiendo atractivo según pasaban los segundos. Más bien las décimas de segundo.

—Imbécil. —Los ojos oscuros de Joe denotaban un profundo cabreo. Se volvió hacia mí, y su expresión cambió al instante—. ¿Quieres un café?

¡Y pensar que había llegado a creer que Eric era el hombre de mis sueños! El Eric de verdad tenía serios problemas de madurez, eso estaba más claro que el agua. Asomé la cabeza e intenté removerme entre la enorme cantidad de mantas que Joe había debido de echarme encima mientras dormía. Creía recordar que me había despertado tiritando, absolutamente helada y pidiendo más mantas. Por otra parte, seguía con la camiseta sin mangas y con mis bragas favoritas, de las grandes y, para rematar, amarillas. Eran comodísimas, pero poco femeninas, lo reconozco. Tenía cinco pares más como esas. Supongo que debido a mi naturaleza animal. Y ahora que lo pensaba, Joe me había visto de esa gloriosa guisa, y encima empapada en sudor y enferma a morir. ¡Y no había salido corriendo! No solo eso, sino que continuaba cuidándome como un enfermero profesional. Seguro que uno de verdad habría huido y no habría parado hasta el estado de Washington, incluso aunque le hubieran prometido un sueldo magnífico. Impresionante.

La noche anterior no soporté la película, y es que me sentía en el umbral de la muerte, tal cual. Joe no había hablado demasiado. Pero lo que sí que ocurrió fue que nos reímos de los mismos chistes, comentamos las mismas escenas y nos asombramos de los mismos giros de guion, y siempre al mismo tiempo. Así que concluí que nuestros gustos cinematográficos era prácticamente idénticos, significase eso lo que significara. La verdad es que no me esperaba sentirme tan a gusto teniéndolo cerca. Previamente me había dado cuenta de lo diferente que era respecto a lo que yo había pensado en un principio. Resultaba bastante desconcertante descubrir que, bajo esa abrumadora capa de pelo y, probablemente, de testosterona, teníamos

muchísimas cosas en común.

El enfado, el odio y la sensación de traición respecto a Joe Collins me resultaban difíciles de mantener, pese a mis deseos. Echémosle la culpa a los medicamentos.

Sin duda, además de mi poco adecuada ropa interior, seguro que tenía unos pelos de loca inenarrables, tras tanto tiempo en la cama y sin que, en unas cuarenta y ocho horas, hubiera mediado ni un triste cepillado. Incluyamos en el aspecto general el mal aliento y todos los detalles desagradables que se os ocurran. Pero también tenía su parte de encanto eso de ser como un gato, cuya única misión en la vida es que lo cuiden. Además, en dos días la puñetera infección o bien me habría convertido en una muerta viviente (¡vivan las películas de zombis!) o bien habría remitido. ¡Hay que vivir la vida!

En resumen, estos dos tipos o me aceptaban tal cual me encontraba en este momento o se largaban de mi habitación *ipso facto*.

Sin dejar de hacer muecas de dolor, Eric se dejó caer en una silla.

—También hay zumo recién exprimido. De manzana, de naranja y de lo que sea que a Nell le parezca que puede ayudar a recomponer el sistema inmunitario. Desde que está embarazada ha desarrollado un enloquecido complejo de madre. ¿Te puedes creer que la otra noche me dijo que bebía demasiado?

Joe se limitó a gruñir y empezó a buscar en las bolsas para sacar el zumo. Se sentó en la cama y me lo pasó. En la otra mano tenía uno de los vasos con café.

—Siento tener que ser quien traslada las malas noticias, pero no creo que estés en condiciones de ir a ninguna parte todavía.

Asentí con tristeza y, junto con el zumo, trasegué otras dos pastillas, eso sí, con mucha precaución. ¡Dios, que sensación de frescor más agradable! Además, fui capaz de reconocer algún sabor: ácido, con toques de ajo y jengibre. Por lo demás, el mejunje en general me supo a rayos. Si el preparado anti gérmenes de Nell no acababa con la maligna infección que me había invadido, nada lo haría. Saqué otro pañuelo de papel, con aloe vera, por supuesto, y volví a sonarme la nariz estentóreamente.

—La verdad es que, últimamente, Nell me ha estado dando la murga a todas horas —informó Eric, mirando al techo en actitud contemplativa—. ¿Crees que quiere que le proponga matrimonio otra vez?

Joe se volvió hacia su hermano mirándolo con dureza.

—Eric, la última vez que le ofreciste un anillo estuvo a punto de darte una patada en los huevos. Así que me da la impresión de que las cosas no van por ahí —afirmó sarcásticamente.

—Quizá sean las hormonas del embarazo, que la están volviendo loca...

Como no tenía qué aportar a una conversación tan disparatada, seguí bebiéndome el zumo.

El enorme rubio se volvió hacia mí después de echar un traguito de café.

—Eric dejó embarazada a Nell, pero no fue porque lo buscara. Estaba borracha, claro. Si no, de qué...

—Lo cual no significa que no quisiera acostarse conmigo.

Joe observó mi expresión de disgusto y negó levemente con la cabeza.

—Yo estaba allí y vi lo que había —espetó ácidamente mirando a su hermano.

Joe me sonrió y no pude por menos que devolverle la sonrisa. En esos momentos yo era un ser débil y casi inapreciable, pero estaba allí. Por supuesto, en sus correos no había entrado en detalles acerca de ese asunto. Me imagino que le resultaría especialmente delicado.

—He empezado a leer uno de esos libros sobre críos que me pasaste. Ya estoy comprobando su utilidad. —Eric agarró una de las bolsas de papel marrón y miró a ver lo que contenía—. ¡No me mires así, gran hermano! Ha puesto el tripe de galletas de chocolate de las que necesitaría en una semana. ¡Ni que fueran beneficiosas para la salud!

—Bien, pero yo también me voy a comer algunas. —Sí, unas cinco mil, pensé yo teniendo en cuenta su tamaño. Alargó la mano y Eric se apresuró a pasarle la bolsa—. ¿Qué me dices del libro?

—Bueno... —Eric engulló una galleta de una sola vez y después levantó un dedo mientras masticaba, indicándonos que esperáramos. ¡Qué buenos modales!—. Al parecer, los primeros días posteriores al nacimiento parece que del trasero del bebé no para de salir un material negruzco, parecido al alquitrán, pero que huele muchísimo peor. A mierda, concretamente.

—¡Vaya, qué cosas!

Se me formó una especie de nudo en la garganta. Al parecer a mis gérmenes no parecía que les gustara una conversación cuyo foco fuera la caca de un recién nacido.

—Lo que estoy pensando es que, inmediatamente después de que nazca el

bebé, voy a fingir una gripe, pero de las grandes. O sea, como la de Álex —informó Eric—. Si tengo una infección será mejor que me aleje del crío, ¿no? Podría contagiarle los gérmenes. Nell estará de acuerdo, seguro.

Joe se quedó con el vaso de café a medio camino de la boca, frunciendo el ceño y mirando a su hermano peligrosamente.

—Soy un genio, ¿verdad? —dijo Eric, a medio camino entre la afirmación y la pregunta, y al parecer muy satisfecho de su inteligencia práctica.

—No —le corrigió su barbudo hermano secamente.

—¿Cómo dices? —preguntó Eric riendo—. ¿Cómo voy a cambiarle los pañales con esa cosa horrible saliéndole de dentro? ¡Suena fatal, joder!

Joe suspiró sonoramente y se frotó la frente.

—¡Venga, hermano! ¿Cuándo te vas a empezar a comportar como un hombre de verdad?

—Por favor. Tú tampoco cambiarías esos pañales.

—¡Por supuesto que lo haría, maldita sea!

—Lo dices solo porque ella está aquí —indicó Eric, señalándome con el dedo.

—No, para nada.

—Sí, claro que sí.

Si hubiera podido hablar, le habría dicho al muy imbécil que no me metiera en eso. Lo único que pude hacer fue fulminarlo con la mirada.

—No —repitió Joe, con claridad meridiana y muy, pero que muy cabreado—. Afirmo que cambiaría ese asqueroso pañal en el caso de que el bebé fuera mío al cincuenta por ciento, porque su madre necesitaría que le demostrara que comparto las responsabilidades y, finalmente, porque hasta me gustaría hacerlo, por mucho que olera mal. ¿Eres capaz de entenderlo? ¿Acaso no tiene el más mínimo sentido para ti lo que estoy diciendo?

Se oyó un juramento entre dientes. Bueno, dos en realidad.

—¿Qué?

—Sí, muy bien, de acuerdo. —Eric se movió incómodo en la silla, y torció la boca con gesto de preocupación—. No puedo considerarlo como algo ajeno, es cierto.

En realidad, no respondió a la bronca que le acababa de echar su hermano. Por su parte, Joe tomó otro trago de café.

De repente, Eric se levantó y salió pitando.

—Tengo que marcharme. Hasta luego.

—Hasta luego.

Muda como estaba, lo despedí agitando brevemente la mano.

—Ahora se está portando bastante mejor que al principio —murmuró Joe, volviéndose hacia mí—. Después de que Nell le informara acerca del embarazo, se pasó varios días en el jardín, oculto detrás de un matorral y con una botella de *whisky* de malta. Ni siquiera hablaba. Ni se me ocurría pensar que podría abrir uno de esos libros, y mucho menos leer algo, aunque fuera lo que nos ha dicho. Para un tipo que no quería casarse, y menos tener hijos, no deja de ser un comienzo.

Asentí.

—Nell estaba pasando por un proceso de divorcio muy complicado, precisamente de otro amigo nuestro, Pat. Lo de ella y mi hermano fue un accidente, debido a que estaban bebidos. —Suspiró y se le perdió la mirada—. Es como estar atrapado en una jodida guerra. Todos somos amigos desde el colegio, pero ahora las cosas están muy complicadas, me estoy volviendo loco. No podía decirte nada acerca de esto por correo. Necesitaba un poco de cordura.

Silencio. Bastante largo.

—Bueno, qué se le va a hacer. —Se aclaró la garganta—. ¿No crees que deberías ir al médico?

Buena pregunta. Pero la cosa era que, a no ser que la medicina moderna hubiera hecho avances milagrosos esta misma noche, seguiría sin haber un remedio instantáneo para la gripe.

—No —contesté. O más bien, dibujé la palabra con los labios.

—Muy bien. Si cambias de opinión o necesitas cualquier otra cosa, me llamas al móvil. Te dejo el número aquí anotado. Mándame un mensaje. —Se puso a hacer cosas a toda velocidad, inclinándose sobre la mesita para colocar todo el material que Eric había traído del Dive Bar. ¡Vaya, un momento! ¡Bonito trasero! En serio, era casi perfecto. Lo que pasaba es que los *jeans* que llevaba lo ocultaban a las miradas y a la admiración de las curiosas, salvo en esa traicionera posición. Yo seguía prefiriendo hombres trajeados y con corbata, pero aquello no podía negarse. El trasero de Joe era digno de ser tenido en cuenta.

Se volvió y me encontré con su mirada. Compuse una sonrisa plástica para esconder la sensación de culpa por haberle sorprendido a traición y con las defensas bajas. De todas formas, no me sentía culpable, aunque quizá

debiera.

Movió la cabeza y arrugó la frente.

—¿Qué pasa?

Yo levanté las cejas.

—¿Ggg?

—¿Tengo algo en el trasero? ¿Se me ha roto el pantalón o algo? —Intentó mirárselo, tirándose del pantalón con ambas manos y sacudiéndoselo de forma francamente cómica... y atractiva.

Fastidiada. Me sentí pero que muy fastidiada. Y que me pasara esto precisamente con él... ¡Qué vergüenza! Tendría que enviar mi libido a Alaska durante una o dos temporadas, tranquilizarme y dejar de lado las estupideces.

Durante un rato continuó con las contorsiones, pero finalmente lo dejó y tomó una de las llaves de la habitación.

—Me la llevo y así, cuando vuelva por la noche, si estás durmiendo no te despertaré con las llamadas. ¿Te parece bien?

Normalmente no, no debería parecerme nada bien. Pero estaba razonablemente segura de que no era un asesino en serie. Si hubiera querido hacerme algo malo, ya me lo habría hecho. Además, su hermano, su madre, sus amigos y los recepcionistas sabían que había estado yendo y viniendo: sería el primer y único sospechoso; así que asentí. Dado el estado semicatatónico en el que estuve el día anterior y la fiebre de la noche, parecía lógico que alguien estuviera al tanto.

—Muy bien. —Volvió a sacudirse el trasero con una mano enorme, al tiempo que fruncía el ceño—. Nos vemos después, Álex.

¡Puf!

CAPÍTULO 6

Mensaje enviado hace tres meses:

Hola, Álex:

Hoy he tenido una conversación muy jugosa que voy a resumirte, porque seguro que te va a interesar. André, el dueño del edificio, ha recibido la propuesta de un grupo inmobiliario, para hacer apartamentos en la segunda planta. Antes había oficinas, pero lleva vacía más de treinta años. Simplemente sirve de almacén de cosas, la mayoría inservibles. André no tiene la menor intención de llegar a un acuerdo con los inversores, pero me ha preguntado si yo estaría interesado en construir los apartamentos. O sea, en hacer algo parecido a lo que hicimos cuando reformamos la planta de abajo para poner en marcha el Dive Bar: llegar a las paredes de ladrillo y renovarlas, pulir y abrillantar los suelos de madera, etc. Y modernizar, si es necesario, que claro que lo sería (baños, cocinas, y todo eso). No sé, pero parece interesante. Sería muchísimo trabajo, por supuesto, pero también supondría un ingreso de dinero muy importante. Creo que es una magnífica idea. Mi hermano Joe y mi padre se dedican a la construcción, ahora sobre todo a la carpintería, y podrían ocuparse prácticamente de todo el trabajo. Supongo que dentro de poco tendré más noticias al respecto.

E.

Eric, me alegro mucho de tener noticias tuyas. ¡Qué proyecto tan interesante! Gracias por las fotos que me has mandado. ¡Vaya, tu hermano tiene pinta de leñador! ¿Dónde está el parecido familiar? Por la idea que he podido hacerme con las fotos, la reforma del Dive Bar ha quedado de maravilla. Imagínate lo que sería convertir el piso de arriba en apartamentos y estudios. ¡Impresionante! Piensa un poco más en ello. Cuando hablas de los proyectos de reforma que llevas a cabo con tu padre se te ve muy apasionado. Si no habéis decidido aún una fecha concreta para empezar, dadle una vuelta más, pero os tendríais que lanzar, porque puede salir muy bien. En una ciudad ese tipo de propiedades tienen mucha demanda. Me gustaría saber algo más acerca del espacio de que disponéis, si no te importa y tienes tiempo.

Saludos.

ÁLEX

Tal como habíamos quedado, esta vez no me desperté debido a estentóreas llamadas a la puerta, sino por el zumbido de un teléfono móvil sobre la mesa.

Había pasado un día bastante tranquilo, sobre todo durmiendo. La codeína que la madre de Joe me había administrado había cumplido su misión de forma adecuada, dejándome K.O., pero sin agitaciones. Aún tenía la cabeza algo embotada, así que necesitaba descansar un poco más. Puede que, de vuelta a Seattle, me tomara libre el resto de la semana para descansar en casa. Desconectar, tomármelo con calma y esas cosas. Darme un respiro a mí misma y recobrar me por completo de la enfermedad. Ni me acordaba de la última vez que me había tomado unas vacaciones. Aunque no había ningún problema. Me encantaba mi trabajo. El diseño gráfico no era una carga, sino una delicia.

No obstante, me vendría bien un descanso.

Me quedé de piedra cuando, repentinamente, se abrió la puerta del cuarto de baño dando paso a Joe entre una nube de vapor, con su masculinidad apenas cubierta por una toalla pequeñísima, que llevaba a modo de faldita. La improvisada miniprenda dejaba ver una gran cantidad de piel morena. Una cantidad realmente innecesaria. La vibración del teléfono captó su atención

de inmediato y se lanzó a por él.

—Mierda —musitó, y se lo llevó a la oreja—. ¿Sí?

Allí de pie, dándome la espalda, no tuve más remedio que reestudiar la «faldita», o más bien lo que no ocultaba y lo que dejaba adivinar. La verdad es que no sé siquiera si podía ser considerada una toalla de verdad. En mi opinión, no. La cosa ni le cubría las posaderas. Tampoco es que me estuviera fijando. El solo hecho de estar allí delante me colocaba en una posición de primera fila.

Sí.

Bueno, lo cierto es que procuraba no fijarme... en todo. La verdad es que resulta mucho más difícil de lo que se cree no mirar a un hombre medio desnudo. Puede que esto fuera otro sueño producto de la fiebre. No me notaba especialmente caliente, pero ¿cómo era posible que el tipo se estuviera paseando medio desnudo por mi habitación? ¡Oh, Dios mío! ¿Y si había sacado a pasear por fin su verdadera personalidad y había decidido hacer el amor conmigo, o al menos intentarlo?

¡Joder, la verdad es que eso no lo había visto venir! ¿Qué podía hacer? Generalmente, el sexo sin consecuencias era algo fácil y asequible para mí. Además, o me apetecía o no, y si no, pues a otra cosa. Pese a mis buenas intenciones de no hacerle ni caso, la verdad es que el tipo estaba pero que muy bien. Pero, por otra parte, me había mentido. Le había permitido acercarse a mí, en cierto modo, ya me entendéis, y me había hecho daño. Si desarrollaba algún tipo de sentimiento hacia él, había muchas posibilidades de que volviera a jugármela.

—Sí, soy Joe Collins. Álex está durmiendo, ha estado enferma. Una gripe fuerte. —Un silencio—. Ah, ya... —Escuchó otra vez, y durante bastante tiempo—. Sí, tienes toda la razón..., sí..., soy un absoluto capullo. Bueno, bueno, un cabronazo, de acuerdo... Nunca debería haber hecho eso, no te lo niego, ni mucho menos. Pero... —Otra pausa. Aspiró mucho aire, y lo dejó salir despacio, muy despacio—. Sí, tienes razón. No hay pero que valga para una putada de ese calibre, y merezco ser castrado y, una vez muerto, seguramente a tus manos o ensartado por un tacón de aguja de medio metro, que no dudo que lo tienes, arder en el infierno durante toda la eternidad. En fin, que sí. Perdona, ¿puedes repetirme tu nombre? —Se masajeó la sien, de forma que los músculos superiores de la espalda se movieron rítmicamente. Bien—. ¡Ah sí, ya me lo habías dicho! Es que son tantas cosas... Valerie, la

mejor amiga de Álex. De acuerdo. Me alegro de conocerte, aunque sea por teléfono y tengas intención de matarme, cosa que entiendo, y en cierto modo hasta comparto como hipótesis. Álex me hablaba mucho de ti cuando nos mandábamos correos... —Joe se encogió visiblemente y separó un poco el teléfono de la oreja. ¡Hasta yo pude escuchar los gritos que salían del móvil! —. Sí, me doy cuenta de que ese comentario pone de manifiesto lo estúpido que puedo llegar a ser, desde luego. Pero es que hablaba muy bien de ti, y por eso me caes bien. —Otra cascada de gritos, y un gesto de asentimiento por parte de Joe—. Perfecto, entendido. Nunca podré ponerte de mi parte con frases amables porque soy un saco de mierda. Lo he entendido. —Joe agachó la cabeza, agotado—. Sí, claro que te escucho, ¿cómo no voy a escucharte? Álex es una diosa pese a que tiene el corazón frío y duro, y yo soy una puta alimaña. Estoy completamente de acuerdo. —Ahora empezó a masajearse la base del cuello—. Sí, de acuerdo. Le diré que te llame cuando se despierte, aunque esta mañana estaba completamente afónica. Me alegro de haber hablado contigo, Valerie. Sí... claro que sí. Sí, aquí también hay un montón de gente a la que le apetece descuartizarme. Adiós.

Visiblemente hundido, el tipo empezó a mascullar juramentos.

Todavía en la cama, no pude aguantar más y por poco me hago pis de la risa que me entró. ¡Valerie era increíble, la mejor! ¡La mejor con diferencia!

—¡Anda, pero si estás despierta! —dijo, quitándose de la cara los largos mechones rubios—. Acabo de tener una charla con tu amiga Valerie. El teléfono no paraba de vibrar, así que contesté para que no terminaras despertándote.

Seguí partiéndome de risa.

—Te lo has pasado pipa, ¿verdad?

Asentí.

—Estupendo. Me alegro. Espero que no te importe que haya usado la ducha. La caldera del apartamento de Nell está estropeada y no se la van a arreglar hasta mañana, así que le dije que se podía quedar esta noche en mi habitación, y yo me he venido aquí —explicó de corrido—. ¿Te importa?

Me encogí de hombros, sintiéndome un tanto atrapada.

—Tienes bastante mejor aspecto. Las mejillas han recuperado algo de color.

Dada la poca ropa que él llevaba encima, no me extrañó en absoluto.

Tenía los hombros muy anchos, supongo que como corresponde a un

hombre de su estatura. Los brazos musculosos y los pezones pardos. Los dos. No pretendía fijarme en todos esos detalles, pero al tenerlo ahí delante, medio desnudo, no tuve más remedio. Fuera o no lógico, o inteligente, mis ovarios habían tomado el control y deseaban con todas sus fuerzas ponerse a fabricar niños grandes, sanos y fuertes con ese ejemplar de macho y hacerlo de inmediato. El sentido común no tenía la menor oportunidad de intervenir.

—Supongo que no te importa que me haya duchado, ¿verdad? —preguntó, imagino que por educación—. Eric quería salir a correr después del trabajo, y he ido con él. Yo estaba prácticamente cubierto de serrín, así que calcula el efecto del sudor. ¡Menudo día he tenido! A papá no le respondían las manos, pobre, así que no ha podido trabajar, pero se había comprometido a hacer todos esos encargos.

—¿No podías utilizar tu ducha? —pregunté. La voz sonaba un poco rasposa. ¡Por Dios! Ahora que estaba completamente de frente, pude ver el bulto de debajo de su cintura, que era verdaderamente notable.

No era mi tipo. De verdad que no era mi tipo, independientemente de lo fascinante que me pareciera su cuerpo. ¡En cuanto volviera a Seattle tenía que darme un revolcón, por narices!

—¡Anda, qué bien! ¡Has recobrado la voz! —Sonrió—. Eric estaba en la ducha, y yo no quería retrasarme más. Estaba preocupado por ti, quería saber cómo estabas. Además, la caldera es eléctrica, no tiene excesiva capacidad, y quería dejar algo de agua caliente para la pobre Nell.

—Comprendo. —Respiré hondo y fingí que me tragaba sus mentiras, que de puro obvias parecían bromas. Pero estaba claro que, fuera como fuese, las cosas no podían seguir así. Me soné la nariz—. De acuerdo, no pasa nada. Pero ¿te importaría taparte con una toalla? ¿O ponerte los pantalones? Sí, estaría bien que te pusieras los pantalones.

Se rio, y algunas partes internas de mi cuerpo se estremecieron. Partes que ni siquiera reconocí.

—Álex, esto es una toalla.

—No, no lo es.

—¡Pues claro que sí! Mira. —Levantó los brazos, y pude contemplar a gusto el minúsculo trozo de tela blanca; y más cosas, claro...

—Que no, que no. —Apreté los labios con fuerza, notando cómo el enfado y la exasperación me inundaban por momentos—. Es una especie de toalla de manos. ¡Joder, creo que ni siquiera eso! Probablemente es una toallita facial

que has estirado no sé cómo.

Rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Álex...

—¡Demonios, prácticamente puedo verte las partes pudendas! ¡Esto es ridículo!

—Sí, claro, pero bien que te estás asomando para no perderte el espectáculo.

—¡No, de eso nada! Es que tenía que alcanzar un pañuelo, y estaba tosiendo. —Fingí un par de toses, llevándome el puño a la boca. ¡No éramos más que amigos, maldita sea! Sin derecho a nada. No obstante, noté cómo me ponía colorada y cómo se me erizaban los pezones.

—Álex, tranquila. Te he visto en ropa interior. Y ahora tú me has visto con una toalla encima después de ducharme. ¿Por qué te preocupas tanto? — Se puso las manos sobre las caderas y empezó a jugar con la lengua en las mejillas. Como si tirar de la cuerda de esa manera le resultara de lo más divertido. ¡Capullo! ¡Demonios, hasta tenía una línea de vello dorado desde el ombligo hasta, muy probablemente, el vello púbico. Creo que lo llaman «la línea del tesoro», pero era la primera vez que veía a un hombre con ella. Deseaba desesperadamente seguirla con los dedos. Casi hasta me dolían, los muy cabroncetes.

—Muy bien, de acuerdo. Sé lo que pretendes —afirmé, con la voz ronca y tono de recriminación—. Pero creo que no es una buena idea en lo que a nosotros se refiere.

—¿Y qué es lo que pretendo?

—Deberíamos ser solo amigos —afirmé—. Y esto va un poco más allá de ese estatus.

—¿Qué pasa, que a un amigo no se le puede dejar que se duche alguna vez en tu cuarto de baño?

—Los amigos, si son del otro sexo, no se pasean medio desnudos por la habitación. —No fue una risa nerviosa, fue algo más. ¡Dios, qué situación tan incómoda!—. ¡En una fiesta de estriptis vería menos piel que ahora!

—¡No me jodas! —murmuró sonriendo.

—En condiciones normales, puede que no lo descartara —dije—. Una vez, claro está, para pasarlo bien, o para salir de esta situación absurda, o para lo que fuera. Pero esto es raro de narices. Me lo has hecho pasar muy mal sin necesidad de llegar a eso. Pese a que no lo pretendía, me dejé llevar por las

emociones. Acostarme contigo ahora, aunque fuera como amigos nada más, sería una absoluta estupidez.

Abrió los ojos, parecía asombrado de veras, y después habló muy despacio.

—¿Es que quieres acostarte conmigo?

Todo se detuvo. Absolutamente todo.

—¿Álex?

—Yo... pues... —No paraba de mover la mandíbula, pero no me salían las palabras. O sea, era presa del pánico. El cerebro se me había quedado absolutamente en blanco, y seguramente hasta estaba flotando por la habitación—. Me da la impresión de que las medicinas para el catarro, o la gripe, o lo que sea, me han afectado de más. Sí, eso parece lógico, ¿no?

Me dedicó otra ración de miradas interrogativas.

—No, no. Definitivamente no quiero hacer nada contigo, desnudos quiero decir.

Pestañeó.

—¿Pero, no obstante, has pensado, o te has planteado, tener sexo conmigo?

—¿Cómo? —Se me rompió la voz.

—Has dicho que...

—Olvida lo que he dicho. Y deja de pronunciar la palabra «sexo».

Joe se me quedó mirando, con la boca medio abierta.

—Pensé que eras tú quien quería. Quiero decir que no puedes echarme la culpa, dada la situación en la que me has puesto. —Me coloqué en postura defensiva, colocando los pies hacia atrás y preparada para atacar, o para defenderme, o para lo que fuera—. ¿Me dices en serio que la caldera de Nell se ha estropeado? ¡Venga ya...!

Se rascó la parte de atrás del cuello.

—Mierda, Álex, no pasa nada. No hay nada de qué avergonzarse.

—¿Y que Eric estaba en la ducha? La verdad es que todo eso suena a un conjunto de excusas traídas por los pelos, algo así como el guion de una mala película porno. También podrías haberme dicho que eres el vigilante de la piscina —espeté, con todo el desdén que fui capaz de acumular—. No soy tu tipo, ¿o es que no te acuerdas? Y, así sin comerlo ni beberlo, te pones delante de mi en plan leñador sexi. ¡Así que, una vez más, aquí estoy yo, mirándote de hito en hito como una completa imbécil, y otra vez haciendo el ridículo

más espantoso! ¿Qué tipo de capullo sádico y medio desnudo eres?

—No estoy jugando a nada, ni intentando tomarte el pelo, ni confundirte, ni nada que se le parezca, ¿entendido? —Levantó la cabeza y la movió de lado a lado, para relajar la musculatura. La potente musculatura, para ser precisos—. Vamos a aclarar todo esto, para que te quedes tranquila.

Sin decir nada más, Joe sacó su teléfono móvil y marcó.

—Hola, Nell —saludó—. Alex quiere preguntarte una cosa.

Rodeó la cama y me pasó el teléfono, que recogí a regañadientes.

—Hola —dije con precaución.

—¡Alex! ¡Cuánto me alegro de hablar contigo! —dijo una amigable voz femenina—. ¿Cómo lo llevas? Por la voz, todavía pareces un poco afectada.

—Bueno, sí, pero estoy mejorando.

—¡Estupendo! Me alegro de oírlo. Mira, si no te parece adecuado que Joe se quede esta noche contigo no tienes más que decirlo. Puedo ir a casa de mi hermano. Lo que pasa es que ellos, Lydia y él, quiero decir, pensaban pasar una noche romántica, o algo parecido, no sé si me entiendes.

—No, tranquila, no pasa nada.

—¡Qué bien! Dime si quieres un poco más de sopa, o lo que te apetezca.

—Gracias. Sí, claro. Te agradezco mucho todo lo que me has mandado. Eres un cielo. Gracias de nuevo.

—Lo he hecho encantada. ¿Cuál era la pregunta?

—Esto... ¿cuánto te debo por la comida y las bebidas? De verdad, me gustaría pagarlas. Has sido muy amable.

—¡De ninguna manera! Ahora tengo que dejarte, pero aprovecho para decirte que espero verte pronto en el restaurante. A todo el mundo le apetecería conocerte como Dios manda. Y no te preocupes, no mordemos. Ni nos gusta poner a la gente en vergüenza por las imbecilidades que hacen los capullos de los hombres.

—De acuerdo, gracias.

—Y, si me lo permites, me gustaría decirte que sé que Joe se ha comportado contigo como un cabrón estúpido, y me quedo muy corta. Pero la verdad es que casi siempre es un tipo estupendo.

—Ah...

—Es una verdadera pena que lleve tanto tiempo sin salir con nadie, cuando tiene tantísimo que ofrecerle a cualquier mujer. Me doy cuenta de que no me conoces de nada, excepto por mi sopa de pollo —dijo, riendo entre

dientes—, y que no tienes porqué hacerme caso, pero, y te lo digo en serio, no perderías nada, sino todo lo contrario, dándole una segunda oportunidad. La otra noche se os notaba que podríais llevaros muy bien.

Fruncí el ceño, absolutamente perpleja.

—¿Cómo puedes decir eso? Prácticamente lo único que hicimos fue gritarnos. Bueno, sobre todo yo a él, pero con razón.

—Sí, pero se palpaba la pasión. Pasión de la buena. —Suspiró tristemente—. Eso es algo precioso, un tesoro, Álex. Pocas veces se produce más de una vez en la vida.

—Ya, de acuerdo. —Respiré entrecortadamente—. Gracias por decírmelo, Nell.

Colgamos.

Joe se había puesto en cuclillas y me miraba de frente. ¡Por Dios, era lo peor que podía hacer con ese atuendo minifaldero, o con esa toalla de manos, o lo que fuera! Retiré la mirada, aunque mi cerebro traidor deseaba otra para grabar a fuego la imagen en la memoria. ¡Estúpido cerebro!

—¿Qué, me crees ahora? —preguntó con suavidad—. Si quieres puedo llamar también a Eric.

—No, no hace falta.

—Bueno, está bien. Voy a ponerme los pantalones para que estés más a gusto.

—Gracias. —Coloqué sumisamente su teléfono sobre la mesilla—. Nell te aprecia mucho. ¿Sabes? Creo que me apetecería una copa. Por ejemplo vodka con naranja, o algo así.

—Sin problemas. —La voz del tipo sonaba alegre. ¡Hay que joderse!

—Creo que los dos deberíamos dejar de hablar durante un rato. Ver una película, o algo así. ¿Te parece bien?

—¡Claro! Ni se me ocurriría pedirte que te disculparas por todas esas cosas desagradables que me has dicho. —¡Qué santa magnanimidad por su parte!

—Eso no ha pasado —dije, reconozco que con cierta terquedad—. En absoluto.

Ni siquiera intentándolo habría podido sonreír más mientras sacaba los pantalones de una bolsa que había en el suelo. Al tipo tenía que dolerle la cara de tanta risa incontrolada.

—Álex, la pequeña y jodida Miss Sunshine.

—¡Calla! Ya eres responsable de unos cuantos momentos de enorme vergüenza que he tenido que pasar esta semana, cosa que te agradezco muchísimo, claro —dije—. Ya eres candidato al título del Peor Amigo por Internet del Año. Creo que necesito más pastillas, por cierto.

—Oye, solo una cosa más que quiero que recuerdes: no he dicho que no.

—Pues yo he dicho que no antes de que tú pudieras siquiera decir que no, así que gano yo.

—De acuerdo. —El muy imbécil me dedicó una sonrisa de lo más dulce y cariñosa.

No pude dejarlo así, soy demasiado orgullosa.

—Eres demasiado peludo para los escarceos iniciales.

—¿Cómo dices?

—¿Quién necesita tanto pelo? En la cabeza, en la cara, el que tienes en el pecho... ¡es excesivo!

Sus cejas casi se convirtieron en una.

—¿En serio?

—Supongo que lo de ahí abajo debe de ser la puñetera jungla. A ver Joe, ¿has recibido alguna queja? ¿Se te ha perdido alguna vez el tigre?

Me miró fijamente, con la lengua en la mejilla, según pude adivinar a través de la barba.

—No me mires así. Solo me preocupo por ti. —Me encogí de hombros inocentemente—. Amigo.

—Es muy amable por tu parte que te preocupes tanto por mi polla. Amiga. Sonreí con benevolencia.

—Mira, por eso prefiero a las rubias. Las morenas sois muy nerviosas, os alteráis con facilidad y nunca se sabe cuando os vais a poner desagradables —afirmó, arrugando la nariz—. O lo contrario, vaya. No sabe uno nunca a qué atenerse...

Me puse la mano en la cabeza.

—Así que no te gusta mi color de pelo.

—Solo digo lo que he observado. Puro empirismo, creo que así lo llamaba mi profe de ciencias de secundaria, que era muy bueno. —Cruzó los absurdamente musculosos brazos sobre el pecho—. Además, me gustan las mujeres con un poco de color, o sea, que salgan a pasear de vez en cuando. Estás tan pálida que, si te pusieras al lado de Casper, él parecería que está moreno. ¡Hasta me daría miedo tocarte! Cualquier cosa que te hiciera seguro

que te dejaría marca.

—¿Y no crees que todo eso te pasa porque eres tan enorme que te resulta difícil relacionarte con gente de una estatura normal?

Apretó los dientes y me miró. Desde arriba, naturalmente.

—Ahora que lo pienso, tampoco es que me guste demasiado el color de tus ojos. ¿Cómo se llama ese tono de verde? ¿Moho?

Gemí de puro cabreo.

—Pues a mí el tuyo me recuerda al color del polvo después de llover. Ya me entiendes, cuando todo está lleno de lodo. O también al estiércol fresco.

—¿Siempre has tenido la barbilla así de puntiaguda, o es por algún accidente que tuviste de pequeña?

No pude evitar un ataque de risa. La verdad es que esa fue muy buena. Pero yo no había terminado. Ni mucho menos.

—Tienes los dedos de los pies muy peludos, pareces Frodo —constaté—. ¿No es una pesadez tenértelos que afeitar tan a menudo?

Sonrió con ganas.

—Aunque, por otra parte, creo que algunas mujeres son fetichistas respecto a los pies tipo hobbit —proseguí—. Eso te vendrá bien, aunque a lo mejor ser tan grande lo estropea ¿no? Aunque tal vez a las que les gusten los gigantes de *Juego de Tronos* les sirves.

—Esa no ha sido tan buena.

—¡Pues claro que sí!

—No. Has seguido con el asunto del vello y con el del tamaño. Estás empezando a vagar, a ser reiterativa —me riñó—. ¡Venga, seguro que puedes hacerlo mejor!

—¡Venga, hombre! —Me froté la frente—. Bueno, la verdad es que me metería con otras partes de tu cuerpo si pudiera verlas. Pero lo del vello por todo el cuerpo es un problema serio. ¿Tu relación familiar con el Yeti es por parte de padre o de madre?

—¡Va – ga!

Solté otra risa.

—Bueno, creo que por ahora ya está bien. Ya sabes, he estado bastante malita.

—Yo podría seguir —afirmó con sonrisa juguetona—, pero ya es suficiente. —Se sentó al borde de la cama y tomó el mando del televisor—. Vamos a dejarlo. Está claro que tu linda cabecita ya ha discurrido bastante

por hoy.

—Chúpame un huevo.

—¡Ahí le has dado!

En lugar de responder, le di un almohadazo en la espalda. El muy estúpido se limitó a reírse.

—He ganado —espeté—. Otra vez. Y no me interesa acostarme contigo, en absoluto. Ha sido solo un malentendido. O sea, mírate... —Hice un gesto de desagrado.

—Sin problemas. Con tal de que estés contenta, lo que te parezca, pequeña y jodida Miss Sunshine... —Mantuvo la paz durante unos tres segundos—. A mi tampoco me interesa acostarme contigo, incluso menos que a ti.

¡Qué inmaduro! Casi adolescente. Pese a todo, hice caso omiso de su comentario. Fue un acto de caridad que, probablemente, no se merecía. Pero en las relaciones, incluso en las de amistad nada más, es importante dejar claro que tú eres la mejor persona de las dos.

CAPÍTULO 7

Mensaje enviado hace cuatro meses:

Hola, Álex:

Me alegró recibir tu correo. ¡Vaya mierda de día! Mi hermano se ha acostado con una de las camareras del Dive Bar y se ha montado un dramón tremendo, insostenible en un local de trabajo. Además, papá se ha enfadado con algunos clientes, de la carpintería quiero decir, de los de toda la vida y que además eran amigos de la familia, y ellos han encargado los trabajos a otros. Pero, de todas maneras, con la edad y la enfermedad, ya no quiere aceptar trabajos complicados, solo pequeños arreglos. Es muy frustrante para mí. Bueno, ya está bien de lloros. Espero que Marty y tú lo estéis pasando bien, y que disfrutéis del sol, para variar. Tómame un descanso y sal a pasear, te vendrá bien.

Bien, querías hablar de recuerdos infantiles y de juventud, los mejores y los peores. Déjame pensar. De entre los peores hay dos, y tendría que echar una moneda al aire para decidirme por alguno de ellos. Uno fue cuando mi hermano, creo que accidentalmente, tiró a la chimenea a mi Transformer favorito. ¡Lo habría matado! Optimus Prime y yo estábamos muy unidos. Éramos íntimos. Y por otro lado, siendo ya mayor, la primera vez que llevé a una chica a casa a cenar resultó que ella solo había aceptado para poder conocer a mi hermano. ¡Me entró una vergüenza tremenda! ¿Te das cuenta de que me lleva arruinando la vida desde el primer día? Bueno, tampoco hay que exagerar. No es así siempre. Y, por encima

*de todo, es familia, y es lo que toca. ¿Qué se le va a hacer?
Y el mejor recuerdo es cuando, a los quince, Laura, una chica que
vivía al final de la calle, decidió mostrarse cariñosa conmigo.*

XX

Recibido hace cuatro meses:

¡ERIC!

*¡No me puedo creer que me empieces a hablar de un recuerdo de
adolescencia temprana semipornográfico y que lo dejes a medias!
¡Qué desagradable! ¿Qué pasó después con esa Laura?
¡Cuéntamelo, es una orden!*

*Siento saber que tu hermano sea una fuente de problemas para ti.
Hay personas que parecen ocupar más espacio, más tiempo y más
energía en la vida que otras. Tengo un hermano mayor que es
militar. Estoy muy orgullosa de él, pero la cosa es que apenas nos
vemos, y tampoco es que tengamos muchas cosas en común. De
todas formas, es un buen chico. Supongo que te gustaría si lo
conocieras.*

*Por lo que se refiere a los recuerdos, entiendo que te doliera perder
a Optimus Prime. Yo perdí a mi Barbie vestida de novia en un
terrible acto de mutilación perpetrado por el perro de mi hermano.
Nunca se encontró su cabeza. Y, a propósito de lo de Laura y su
actitud cariñosa, mi peor recuerdo es mi primer beso. Yo creía que
se daban con los labios cerrados, pero el chico se acercó con la
boca abierta como si fuera a chupar, con la lengua, claro, un
helado de cono. Me retiré muy extrañada y con la cara llena de
babas. Tardé bastante en querer darle un beso a algún chico otra
vez. Creo que mis mejores recuerdos son de cuando hacía galletas
de chocolate con mi madre. No ocurría muy a menudo, porque ella
estaba muy ocupada siempre. Pero cuando las hacíamos, ella
simulaba no darse cuenta de que yo me comía la mitad de la masa,
y nunca me reñía si me daba dolor de estómago. Eso era algo casi
increíble, siendo una niña.*

Por aquí no hay muchas novedades. Sigo teniendo bastante trabajo.

Me han ofrecido un gran contrato en una de las empresas de marketing más importantes de la ciudad, para entrar en plantilla. El salario sería muy bueno y adquiriría mucha experiencia, pero no estaba segura de si sería capaz de hacerlo bien con ese nivel de responsabilidad, y he dicho que no. Creo que es más sensato ir desarrollando el negocio poco a poco.

He mirado por Internet algunas propiedades, pisos más grandes que el mío, quiero decir, pero hasta los que necesitan mucha reforma se quedan fuera de mi capacidad de gasto, teniendo en cuenta las reformas que habría que hacer y lo que costarían. Yo haría por mi cuenta todo lo que pudiera, pero aparte de restregar paredes y volver a pintarlas, no sé hacer nada más.

Espero que las cosas en el trabajo se hayan calmado. ¿Has pensado en ponerle a tu hermano un cinturón de castidad y guardar la llave? Es solo una idea.

ÁLEX X

Se me caían las paredes encima. Algo parecido a la escena de *La Guerra de las Galaxias* en la que los protagonistas están atrapados en el basurero de la nave imperial. Despacio, pero sin pausa, terminaría aplastada. Reducida a una mancha en la moqueta, probablemente bastante asquerosita. A la de la limpieza no le gustaría nada, seguro.

Muy dramático, sí, pero muy real también.

Volví a tumbarme en la cama mirando al techo. Seguía siendo blanco, plano y aburrido. ¡Qué pesadez!

Generalmente yo solía sentirme muy a gusto en mi espacio vital. Sobre todo cuando estaba sola. Estar sola significaba que nadie me daba la lata, ni me salpicaba con sus miserias, ni se comportaba como una mierda. Estar sola era estar a salvo, y tan a gusto. No importaba qué llevaras puesto, ni cuánto hiciera que te habías lavado el pelo o te habías depilado las piernas. La soledad te acepta tal como eres, o como estés. Nunca me mentía, ni me abandonaba.

Por todas estas razones y muchas más, la soledad era una de mis mejores aliadas. Hasta es probable que, algún día, incluso nos casáramos. *Marty*

podría ser el padrino.

Valerie siempre se quejaba de que tenía que llevar una grúa para hacerme atravesar el umbral de la puerta. O eso u ofrecerme un trozo de tarta de queso, pero de las buenas. No obstante, el hecho de estar atrapada durante cuarenta y ocho horas en esta habitación de hotel me estaba volviendo loca. Quizá se debiera al mobiliario típico de hotel, insulso y sin el menor gusto. Puede que, si tuviera mis propios muebles, la cosa fuera diferente.

No lo sé, la verdad. Todo me parecía soso, sin vida. Me senté, crucé las piernas y miré alrededor.

La nariz había parado prácticamente de fabricar mocos y ya hacía bastante que no tenía fiebre. Solo me quedaba un ligero dolor de cabeza, que mantenía a raya bastante bien a base de aspirinas. Me había duchado y me había puesto mis *jeans* azules favoritos y una camiseta negra sin estampado alguno. Y, por supuesto, me había lavado el pelo, castaño y sin teñir, y lo llevaba suelto, a la altura de los hombros.

La verdad es que me encontraba lo suficientemente bien como para viajar. Debería meterme en un avión ya. Lo que pasa es que, la noche anterior, Joe y yo habíamos hecho una especie de maratón de películas, con una comida tipo picnic sobre la alfombra que habíamos pedido al servicio de habitaciones y, sinceramente, me costaba recordar en los últimos tiempos algún momento en que me lo hubiera pasado tan bien. Por no mencionar las curiosas miraditas de reojillo que me echaba de vez en cuando. Todo ese tiempo que habíamos pasado juntos había cambiado por completo las cosas. Una vez más. ¡Dios, me sentía de lo más confusa!

En algunos momentos me sentía muy a gusto con él.

Pero en otros me apetecía que ardiera en las llamas del infierno por toda la eternidad.

Y ahora me gustaba, tanto él como su cuerpo, mucho más de lo que debiera gustarme.

Fuera, una espléndida puesta de sol cubría más de la mitad del cielo. Violeta y azul, dorada y naranja. Y allí estaban, además, el lago y las montañas. Y montones de árboles. Coeur d'Alene era un lugar precioso. Una pena que no hubiera tenido tiempo de conocerlo algo mejor. Por otra parte, ya había pagado una noche más de hotel por si acaso. No estaba mal concederle a mi cuerpo un poco más de tiempo para que se librara del todo de la infección.

¡Joder, cuántas dudas!

Ni siquiera tenía ganas de hacer el equipaje. Tenía por el suelo la maleta de cabina, y la cama, los muebles y el suelo llenos de vestidos, zapatos, productos de higiene corporal y cosméticos esparcidos por todas partes. Una auténtica explosión femenina. Medias, sujetadores, en fin, de todo lo que, sin duda, os podéis imaginar. Hasta el estúpido vestido corto y los zapatos de tacón, absolutamente destrozados. Era la última vez que me dejaba arrastrar de compras por Val. La última... hasta la siguiente.

En cualquier caso, allí estaba todo... señalándome con un dedo acusador.

Sonó la cerradura y se abrió la puerta.

—Hola —dijo Joe, entrando en la habitación.

—Hola. —Levanté la mano, pero de inmediato la bajé—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, bien. ¿Y a ti?

—Muy bien. Estupendo.

Asintió, al parecer complacido.

—Tienes muchísimo mejor aspecto.

—Sí. Es que me encuentro mejor.

—Fantástico.

—Mmm.

Está claro, a ninguno de los dos nos gustaban las conversaciones fútiles. Por eso no nos sentíamos obligados a romper el silencio. El pelo de Joe estaba húmedo, limpio y recogido hacia atrás, y los *jeans* y la camiseta eran casi nuevas y estaban recién lavadas. Su aspecto era agradable. Estaba claro que había pasado por casa, se había duchado y se había cambiado antes de venir. Eso sí, había optado por ropa cómoda, lo mismo que yo. Era interesante que los dos hubiéramos hecho un esfuerzo parecido.

Finalmente, se aclaró la garganta. Estaba claro que iba a romper el silencio.

—Para serte sincero, me medio esperaba que te hubieras vuelto a casa.

—Para serte sincera, me medio esperaba haberme vuelto a casa —indicó, ahogando una risita.

Sí, ni la más mínima incomodidad...

Nos miramos el uno al otro de nuevo, y después hacia otro lado. Más silencio. Abrí la boca, pero inmediatamente volví a cerrarla. Tenía la mente casi en blanco.

—Bueno —dijo, como si por fin se hubiera decidido, aunque no sabía a qué. El colchón vibró al tiempo que se sentaba al final de la cama, a una cierta distancia de mí. Una gran bota de cuero golpeó la moqueta, mostrando su nerviosismo—. ¿Y ahora qué? ¿Sigues sin querer tener nada que ver conmigo? ¿Tengo que devolverte la llave y marcharme? ¿Sigues odiándome? ¿Has reservado ya tu vuelo de regreso? Dímelo. ¿Qué va a pasar ahora?

—¿Quieres decir ahora, en este preciso momento?

—No, quiero decir dentro de un mes, por decir algo —respondió inexpresivamente, aunque siguió con el golpeteo en el suelo, como una especie de autómatas—. ¡Pues claro que sí, Álex, ahora! Dime algo, por favor.

—Bien, bien, tranquilo. —Suspiré con fuerza, decidiendo no hacer ni caso del sarcasmo, que en realidad respondió a uno mío inicial. ¡Dios, qué presión! Habían sido muchas palabras, y no me lo esperaba. Los dos días anteriores no había habido tanta charla, ni tanta presión—. No, no te odio, y no me importa que estés aquí. No obstante, tampoco creo que necesites ya la llave. Simplemente déjala en la mesa, o lo que sea. Y sí, he reservado un vuelo para mañana por la noche. Y respecto a ahora mismo, no tengo ni la menor idea.

—¿Dices que has reservado el vuelo?

—Sí.

Se rascó la barba a la altura del mentón.

—¿He contestado a todo? —Tenía el corazón desbocado y la cabeza me daba vueltas—. No sé qué es lo que marcan las normas, o las costumbres, para una situación como esta. Me mentiste por Internet respecto a tu identidad, pero también me has cuidado y me has ayudado a recuperarme de una gripe fortísima. Hasta cierto punto, me da la impresión de que una cosa casi compensa la otra. Pero solo casi...

—Mmm.

—No es que no valore todo lo que has hecho por mí estos días. Ha sido increíble cómo te has volcado conmigo, a todas horas y sin tener en cuenta tus circunstancias o tu trabajo —expliqué—. Sé que la cosa puede llevar a confusión, porque se ha establecido cierta intimidad entre los dos. ¡Joder, si hasta me has visto en ropa interior!

—No creo que cuente, porque en ese momento estabas muy enferma —dijo frunciendo el ceño—. Además, tú me has visto a mí solo con una toalla, según tú una toallita de manos estirada artificialmente.

—Sí, es verdad. —¡Dios, menudo recuerdo! Claro y detallado. Hasta

podría dibujar un esquema de los músculos de sus piernas, de su potencia y del impresionante bulto que se dibujaba bajo la maldita toalla, o toallita. También podría recordar el número de pelos rubios de los dedos de los pies. Podría pensarse que tenía memoria fotográfica, pero también puedo juraros que únicamente respecto al tal Joe Collins, recién duchado, casi desnudo y sexi como el mismísimo diablo en trabajos de tentación femenina.

¡Menuda idiotez que había hecho sacando a colación el asunto de la intimidad! Ropa interior. En fin, era terreno peligroso. Eso era lo que pasaba cuando abría la boca: solo salía de ella mierda, nada inteligente ni práctico. ¡Menos mal que llevaba un sujetador con algo de relleno! Cualquier crecimiento de los pezones quedaría bien cubierto. No obstante, lo de ponerme colorada, dado mi natural pálido, que él ya había criticado convenientemente, eso sí que podía ser un problema. Aunque siempre podría decir que era un acceso de fiebre, el típico coletazo de la gripe...

Sentado de una forma extraordinariamente rígida, Joe me miraba como si le fuera la vida en ello. ¡Dios! Hasta me hizo sudar.

—Bueno, hagamos algo. —Me incliné hacia la mesilla para alcanzar un pañuelo de papel y me tomé más tiempo del habitual para sonarme la nariz—. Normalmente yo visto así. *Jeans* y camiseta. Fue Valerie la que se encargó del peinado y del maquillaje de la otra noche. Es su trabajo, se dedica al maquillaje. Y el vestido sexi y los tacones de aguja no eran más que una burda estratagema.

No dijo nada. Pero al menos la bota de Thumper había dejado de golpear el suelo.

—Defraudado, ¿verdad?

—No.

Esperé. Pero no dijo nada más. Increíble. Había vuelto a sus maneras habituales, que consistían en utilizar las palabras solo cuando era absolutamente imprescindible. Es decir, casi nunca. Estaba perdida.

Los colores de la puesta de sol ya habían pasado. Ahora dominaban el azul oscuro y el gris, de distintos tonos. Y tal vez un poco de lavanda. Arriba, en el cielo, solo brillaba una estrella.

Finalmente volvió a sonar su voz, como algo que saliera de la nada.

—Estoy muy contento de que te hayas quedado. Aunque solo sea una noche más.

Tardé un momento en esbozar una sonrisa.

—Gracias. Quiero decir que, para serte completamente sincera, esa situación, la de mandarnos correos electrónicos constantemente, no conducía a ningún sitio. Los dos tenemos familia y amigos, y nuestras vidas bien establecidas en estados diferentes. Las relaciones a larga distancia no funcionan, ni siquiera aunque las parejas se lleven muy bien. Cosa que no es nuestro caso. Así que, ¿me puedes decir por qué te molestaste siquiera en mantener la comunicación?

—Quieres decir... ¿sabiendo que tú en quien estabas interesada era en Eric?

Era una pregunta demasiado sagaz. Me sentía como un ciervo al que le hubieran deslumbrado las luces en la carretera y estuviera a punto de pasarle un tráiler por encima.

—¿Álex? —insistió—. ¿Se trata de eso? Él era una persona con la que no habría problemas de relación, ¿no? Podía ir a verte a Seattle, pero seguro que no se quedaría, ¿verdad? No habría ningún problema, no tendrías que salir de tu zona de seguridad, claro.

—Es verdad. —¡Vaya, el tipo me había calado por completo! Aunque probablemente le había proporcionado todas las pistas que necesitaba, y más. Asintió.

¡Joder, nunca debí dejarme llevar por el entusiasmo de Val y salir corriendo como una posesa a Coeur d'Alene! Habría sido muchísimo mejor, tanto para Joe como para mí. Habría recibido sus correos durante un poco de tiempo más, manteniendo esa emoción que solía embargarme al recibirlos. Era una sensación de esperanza por reconocer a un espíritu amable, parecido a mí, y en cierto modo paliaba mi soledad.

¡Pero bueno, fuera depresiones! Me gusta la soledad. La soledad es fácil, y es exactamente lo que quiero, ¿no? Pero estaba claro que en mi mente ya no había respuestas fáciles y directas. Había perdido las certidumbres.

Tan pronto como volviera a Seattle cerraría mi perfil para gente que no fuera de Seattle. Quien sabe, igual lo que tenía que hacer era concentrar el fuego e intentar establecer una relación de verdad, real, en lugar de ir de pareja en pareja ocasional, y muy de vez en cuando. Cosas más raras habían pasado. Quizá podía cambiar, después de todo.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí. Hace un rato he salido a dar un paseo. Vi unos cuantos sitios que parecían agradables.

—Tengo algo en mente. Ponte los zapatos y el abrigo, por favor, Pequeña y jodida Miss Sunshine. —Juntó las palmas de las manos y se las frotó—. Nos vamos de esta puta habitación, que debe de estar cayéndose encima ya.

—¡A tus órdenes! —¿Qué pasaba, que me leía el pensamiento? Me puse las botas a la velocidad de la luz. Estoy segura de que Valerie habría pagado por ver la ansiedad que sentía por salir a la calle. La agorafobia estaba bajo control, al menos de momento. ¡Y pensar que había bastado solo una pequeña dosis de peste negra y un par de días atrapada en una insulsa habitación de hotel!

CAPÍTULO 8

Enviado hace tres meses:

Hola, Eric:

¡Te gustará saber que hoy he salido de mi apartamento! Hemos celebrado el cumpleaños de mi padre. Desde que era muy pequeña, mamá, papá y yo solemos ir a Pike Place a ver la subasta de los pescadores. Es muy entretenido e interesante. Además, compramos salmón, que a papá le encanta. Es una tradición familiar. Mi amiga Valerie y su pareja han venido también. Como siempre, en el mercado había muchísima gente, pero ha sido muy divertido. ¡Hasta mis padres se lo han pasado bien!

Valerie es estilista, o sea, que arregla el pelo, maquilla, propone formas de vestir y tipos de ropa adecuados para cada persona y esas cosas. ¡Es una artista! Prácticamente hemos crecido juntas, así que es como de la familia. Ninguna de las dos hicimos excesivas amistades en el colegio. Es transexual, y durante mucho tiempo las ha pasado canutas, mucho peor que yo, porque conmigo se limitaban a tirarme de la coleta y esas cosas. La verdad es que los niños pueden llegar a ser enormemente crueles. Aunque la verdad es que creo que los adultos también. Las cosas que están pasando en política en estos momentos me tienen asombrada, y desesperada.

¡Uf! Perdona mi mal humor. Creo que me voy a tomar un helado, o algo dulce. De todas maneras, tengo mucho trabajo, y un montón de proyectos interesantes. ¿Y a ti qué tal te van las cosas? ¿Qué tal esta semana?

Recibido hace tres meses:

¿Cuál es tu veneno? Mato por el chocolate con sabor a menta.

Enviado hace tres meses:

¿Menta? ¡No! ¡NO! La menta es obra del diablo. Si vamos a la raíz, a mi esencia, allí encontraríamos una galleta con chocolate.

Recibido hace tres meses:

Ja, Ja. Seguro que sí. Y ahora vamos a intentar pasar por alto tu falta de gusto respecto a la menta. Eso solo significa que nunca tendremos que compartir un helado. Seguramente es algo bueno. Me alegra saber que pasaste un buen rato con tu familia y con Valerie. Las lonjas de pescadores son muy interesantes. Aunque hace años que no voy a ninguna.

He pasado unos días fuera con un viejo amigo del colegio, Pat. Creo que ya te he comentado que dos de mis mejores amigos están en pleno proceso de divorcio. Pat lo está pasando muy mal, así que me propuso que fuéramos de acampada, para intentar desconectar del todo. Hicimos hogueras, bebimos bourbon y todo eso. Trepamos a los árboles y nos peleamos, como solemos hacer los hombres. Ese tipo de cosas. Estuvo bien escaparse unos pocos días.

Siento que Valerie y tú lo pasarais mal en el colegio. Los niños pueden ser muy crueles, es cierto. Tampoco se puede decir que yo fuera uno de los más populares, ni en el colegio ni en el instituto. Por supuesto, mi hermano sí que lo era. Le encantaba presumir de novias guapas, y hacía bastante el capullo, la verdad. Lo que pasa es que crecí rápido, y mucho, así que nadie se atrevía a meterse conmigo, por lo que pudiera pasarle. Si alguien vuelve a tirarte de la coleta, no dudes en decírmelo. Me presentaré de inmediato y te garantizo que aprenderá buenos modales.

ERIC.

—Igual debería volver al hotel.

Joe me miró desde el otro lado de la mesa con cara de pena. Pobre chico. Lo estaba pasando tan mal que, por una vez, ni siquiera el pelo de la cara podía esconder su expresión atribulada. Prefería creer que el brillo de sus ojos se debía al sufrimiento, y no a que estuviera a punto de llorar. Aunque dada la situación, resultaba difícil de comprobar. La verdad es que Nell se había pasado varios pueblos en su defensa a ultranza de Joe para que le concediera una segunda oportunidad que fuera más allá de una simple amistad. Había llegado tan lejos que, sin duda, había sobrepasado el límite, por muy lejos que estuviera.

—No me extraña nada que te apetezca irte —dijo suspirando e inclinándose hacia delante. Tenía la cara sombría, con una oscuridad que oscilaba al ritmo del fuego de la vela que había entre nosotros—. Siento mucho todo esto, Álex.

—Ya sé que no ha sido culpa tuya, tranquilo.

—No me puedo creer toda esta mierdaseudoromántica. Está completamente fuera de lugar.

—La verdad es que a Nell y a tus amigos habría que echarles de comer aparte.

Fuera por convencimiento o por pura insensatez, lo cierto es que era difícil de explicar hasta qué extremos habían llegado sus amigos y compañeros de trabajo. Con toda seguridad estarían convencidos de que Joe y yo estábamos al borde, si no metidos de lleno, de una especie de historia épica de amor. Y habían hecho lo posible para animarnos, creando la atmósfera que ellos pensaban que sería la más adecuada para nosotros en el Dive Bar. Aunque, a decir verdad, a mí el ambiente me parecía más cercano al satanismo que al romanticismo, las cosas como son.

No voy a mentir. La experiencia fue una de las más insufribles de mi vida.

Joe se echó hacia atrás en la silla y siguió lanzando miradas incendiarias al resto de los que estaban en el restaurante. Bueno, con la excepción de una pareja sentada en la barra y una familia de tres miembros, incluida una adolescente, que ocupaba otra mesa. La pareja demostraba estar pasándose lo relativamente bien. Me alegré por ellos. Por su parte, la joven parecía estar preparando un casting para una serie gore, o cómo mínimo de terror zombi, practicando distintas formas de suicidarse lentamente. O al menos yo esperaba que se tratase de un ensayo sin más consecuencias. Sería muy triste

que la chica estuviera tratando de verdad de arrancarse los ojos con un tenedor.

De repente, las luces volvieron a bajar su intensidad. Si no hubiera sido por las velas rojas que había en el restaurante, el salón se habría quedado completamente a oscuras.

—¡La madre que los parió! —farfulló Joe entre dientes. No me miró a los ojos.

Todo este ardor sentimental puesto en juego por sus amigos había destruido por completo el flirteo natural, socarrón y sin excesivas pretensiones de la noche anterior, acabando con él a base de vergüenza y excesos. Era irónico, la verdad, pues en su intento por ayudar lo que habían hecho era bloquear la posible atracción que más o menos se había iniciado. Habían cascado el huevo cuando todavía estaba en el nido.

Sobre el pequeño escenario, Vaughan, el tipo que tocaba la guitarra y cantaba, terminó una excelente versión de *My heart will go on*, de Celine Dion, que arrancó un aplauso espontáneo de la pareja cuya adolescente había estado a punto de perder los ojos, y también del resto del personal del bar. Eric, que estaba atendiendo la barra, Lydia, nuestra amigable camarera rubia, y los de la cocina parecían estar viviendo un auténtico éxtasis. Mientras tanto, la adolescente empezó a hacer ruidos bastante desagradables mientras fingía, supongo, que se estaba estrangulando a sí misma. Sus padres por fin la miraron, un tanto alarmados. La chica tenía talento. ¿Estaría preparando una prueba de verdad para una serie o algo?

—Y ahora me gustaría tocar para vosotros una de mis canciones favoritas —anunció Vaughan. Al igual que Joe, tenía la piel absolutamente cubierta de tinta, aunque me resultó imposible averiguar de qué iban los tatuajes—. Del gran artista canadiense Bryan Adams, (*Everything I do*) *I do it for you*.

Más aplausos del personal de la cocina. Y un aullido de loba procedente de Lydia. Vaughan se limitó a sonreír y empezó a cantar y a tocar la guitarra. La verdad es que tenía talento. Lástima que hubiera caído tan rápido y sin remedio en el lado oscuro de la Fuerza.

—Les dije que solo éramos amigos, te lo juro —repitió de nuevo Joe. Ya iban unas cien veces.

—Lo sé.

Desde que llegué al Dive Bar no sentí otra cosa que vergüenza e incomodidad. Como si me estuvieran descuartizando, o algo así. Encima,

tanto Eric como los demás no paraban de mirarnos, lo cual ponía las cosas todavía peor. Tenía los hombros tensos y levantados, como si quisiera establecer una pared entre todos ellos y yo.

No lo estaba pasando nada bien, todo lo contrario.

—El sitio es estupendo —dije, en un intento desesperado y final por salvar la noche. El caso es que era verdad. Paredes de ladrillo visto junto con ventanales antiguos. Y todas las mesas eran de madera vieja, pulida y brillante, con patas metálicas a juego con las sillas. El Dive Bar era un local estupendo, pese a que no paraban de poner baladas de pop y rocanrol antiguas y cursis, eso como poco.

—Gracias —dijo Joe con tono de perro apaleado. Tenía los ojos tristes y ojeras. Estaba claro cómo lo estaba pasando.

—Me encanta que hayáis dejado los posters de grupos clásicos, y también los anuncios de cervezas.

—Este local ha sido el Dive Bar durante mucho tiempo —explicó, animándose un poco—. El antiguo dueño era el padre de nuestro amigo André. Le gustaba la música en vivo, dar oportunidades a grupos que empezaban y todo eso. Creo que abrió el local a finales de los setenta, más o menos.

—¡Qué bien!

—Sí. André padre era un tipo muy famoso aquí —dijo, señalando en dirección al restaurante en general—. Invitaba a la gente a que grabara sus iniciales en la barra. Nosotros nos limitamos a pulirla y a arreglar algún desperfecto. No obstante, todo el resto del local hubo que reformarlo a fondo.

En la zona de detrás de la barra, la pared estaba completamente cubierta de estanterías, llenas de botellas de distintos licores, y con una línea delantera de botellas de cerveza y de sidra. Todo ello iluminado con luces indirectas.

—El viejo forró las paredes de terciopelo, con un color bermellón verdaderamente horrible —explicó—. Y en la zona del escenario puso azulejos tipo espejo, como en el techo. Me llevó muchísimo tiempo eliminar toda esa mierda.

—¡No me digas que había azulejos también en el techo!

—¡Ya te lo he dicho, por todas partes! Hasta en el cuarto de baño de mujeres. En el de los hombres no, menos mal...

—La verdad es que suena un poco a burdel de lujo —comenté, meneando la cabeza.

—Sí, desde luego. Por lo que veo, eres experta en el porno de los ochenta.

—¡Bunga-bunga!

—¡Exactamente! —Sonrió, y me pareció que se relajaba un tanto la tensión de sus anchísimos hombros.

Por extraño que pueda parecer, cuando él se tranquilizó a mí me ocurrió lo mismo. Hasta le devolví una sonrisa leve. ¡Si al menos no me hubiera mentido! Por otra parte, lo cierto es que, de no hacerlo, nunca nos hubiéramos conocido. Y es que él tenía toda la razón: por su foto no lo hubiera escogido en el portal de contactos. Rubio, barbudo con saña y enorme... definitivamente no era mi tipo. O al menos antes no lo era. No me habría dado tiempo a indagar en su personalidad. Un clic y a la papelera de reciclaje.

—¿Un poco más de champán? —preguntó Eric, que apareció de la nada junto a la mesa con una botella cubierta por una capa helada. El tipo era extraordinariamente guapo pero, a esas alturas, no despertó en mí ni la más mínima atracción. Ni desde el punto de vista físico ni, por supuesto, desde el emocional.

—¿Harías el favor de traernos las dos putas cervezas que hemos pedido y de dejarte de chorradas? —espetó Joe, enseñando los dientes y con un brillo salvaje en los ojos.

Tuve que contener la risa.

Con gran delicadeza, el camarero le dio un golpecito en la espinilla. Al parecer, tenía poco aprecio por su vida.

—No hables así delante de tu chica, hermano.

Joe se pasó la mano por la cara, completamente desesperado y conteniéndose a duras penas.

—Y, ya puestos, tengo que decirte que me sorprende un poco el que todavía estés por aquí, Álex. —Su tono no fue nada amable. Solo Dios sabe qué era lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Me vuelvo a casa mañana —aclaré—. Ya tengo el billete reservado, para tu información.

Eric asintió, observando mi copa, aún bastante llena pero, eso sí, con muchas burbujitas.

—¿No bebes?

—Lo siento —dije—. El champán no me entusiasma, la verdad.

Eric negó con la cabeza lentamente.

—Me decepcionas. Pero está bien. Ahora os traigo las cervezas.

—Gracias —murmuré.

—Voy a echar una mano —dijo Joe con mucha determinación, echando la silla hacia atrás y con una sonrisa nada feliz—. Vuelvo en un momento.

Asentí. ¿Qué iba a hacer?

¡Oh, qué bonito! La pareja que estaba en la barra se había puesto a bailar. ¡Qué romántico! No lejos de ellos, Eric y Joe parecían mantener una conversación bastante acalorada, con mucha expresión corporal, por decirlo de alguna manera. Primero Joe señaló las bombillas que colgaban artísticamente del techo, y que estaban apagadas, y después la botella de champán que estaba encima de la barra. Después Joe se dirigió a Vaughan, que todavía canturreaba en el escenario, con ese gesto tan universal de levantar el dedo medio de la mano derecha. El guitarrista y cantante se limitó a sonreír. Por su parte, Eric se encogió de hombros delante de su barbudo hermano y señaló hacia la cocina.

—Bueno, aquí estamos. —Lydia dejó las *pizzas* sobre la mesa con una inclinación de cabeza—. Por cierto, me llamo Lydia. Creo que no nos presentamos adecuadamente la noche de la fiesta de Eric.

—Pues yo soy Álex, como ya sabrás. Hola.

—¿Lo estás pasando bien?

—Claro. —Agarré la servilleta y le hice un nudo—. ¡Caramba! La *pizza* tiene forma de corazón. Qué detalle...

Lydia se mordió el labio.

—Nell está convencida de que Joe y tú vais a terminar juntos, y quiere poner su granito de arena. Seguramente lo habrás notado.

—Vagamente.

—¿Me dejas que te dé un consejo? —No esperó a mi respuesta—. Síguele la corriente. Sonríe. Y después haz lo que te dé la gana. Nell es una mujer estupenda, pero, por supuesto, no lo sabe todo, ni acierta siempre. Como sabes, está embarazada de Eric... —La rubia puso los ojos en blanco.

—¡Pero si solo he hablado con ella unos minutos por teléfono! Cuando llegamos estaba demasiado ocupada como para asomarse a decir hola. —Seguí jugueteando con la servilleta para mantener las manos ocupadas—. A decir verdad, todo esto me agobia bastante.

—¡Pues ni te cuento lo que es salir con su hermano! —Señaló con la barbilla al guitarrista—. Solo con decirte que la semana pasada intentó

organizarnos una boda sorpresa...

—¿Eso sería legal? —pregunté asombrada. Aunque cada estado es un mundo, la verdad es que me sorprendía.

—No, claro que no. Ni remotamente. —Lydia le lanzó una mirada de arrobo al guitarrista—. Quiero a ese hombre, pero la música que está tocando es como para meterlo en la cárcel. —Como si Vaughan quisiera demostrar que su novia tenía razón, se lanzó a versionar una canción de Aerosmith, *I don't wanna miss a thing*. ¡Terrible! Lydia tenía razón: fue de juzgado de guardia.

—Me siento como si estuviera atrapada en un baile de graduación de los noventa.

Lydia movió la cabeza con cara de pesar.

—Te entiendo. Ha sobornado a Vaughan prometiéndole una tarta de arándanos. Y él es capaz de arrastrarse por el fango con tal de obtenerla. ¡Pierde la voluntad, es como una droga para él!

Entonces no había nada que hacer. Galletas de chocolate para unos, menta para otros, arándanos para Vaughan...

—Se supone que solo debía tocar unas cuantas canciones de amor. Una música dulce para crear ambiente —dijo Lydia con el entrecejo fruncido—. Lo que no entiendo es por qué le ha dado por tocar las canciones más cursis que se han escrito jamás.

—Pues parece muy entregado.

—Seguramente lo entiende como una broma —dijo la chica, encogiéndose de hombros—. O a lo mejor lo que quiere es castigar a Joe por haberte mentado, haciéndole sufrir, ¡qué se yo! Pero... ¡tú qué culpa tienes! La forma de discurrir de los hombres es un misterio para mí. Lástima que las demás tengamos que pagar el pato.

—¡Ni que lo digas!

—Y quiero que conste en acta que yo era partidaria de dejaros cenar en paz, a vuestra bola. Pero perdí la votación —explicó Lydia—. A Eric le da miedo llevarle la contraria a Nell, por muy peregrina que sea la idea que ella tenga en mente. Y Boyd no dijo nada, para variar.

—¿Boyd? —No recordaba que Joe me hubiera hablado de él.

—Trabaja en la cocina.

—Ah.

—Me da la impresión de que son las hormonas del embarazo —siguió

Lydia. ¡Hablabas por los codos!—. Ahora que Nell está en el segundo trimestre, creo que han alcanzado su pico máximo. No sabe qué hacer con todo el amor y la energía que la desborda, así que la dirige hacia los demás.

¡Mira que suerte estaba teniendo!

—Bueno, aquí viene Joe. Disfrutad de vuestra *pizza*. —Lydia hizo un gesto de despedida con el dedo y se dirigió a la mesa en la que estaban la adolescente aspirante a actriz gore y sus padres. Era obvio que a ellos sí que les estaba gustando la música, lo que pasa es que alguien debería detener a su hija antes de que se cortara en cualquier parte de la cabeza con el cuchillo de la mantequilla. Aunque solo fuera por higiene.

Joe regresó a la mesa con dos cervezas en la mano y el ceño muy fruncido. Dirigió una larga mirada a la *pizza* y sacudió la cabeza, soltando entre dientes tantas obscenidades, y tan creativas, que, si lo hubiera hecho en la tele, seguro que habría ganado un concurso. Aunque la verdad es que yo dudaba mucho de que las cadenas fueran tan flexibles.

—Bueno, ya está bien —anunció—. Nos vamos de aquí. ¿Te importa llevar tú la *pizza*? El hecho de que mis amigos estén como putas cabras saltarinas no implica que debemos tirar la comida, ¿no te parece?

—¡Lo que tú digas! —Me levanté como un resorte, me puse el abrigo de lana, e inmediatamente puse la mano por debajo la bandejita de madera sobre la que estaba nuestra *pizza* de beicon, tomate y queso fundido, con su preciosa forma de corazón—. Lista.

En el escenario, Vaughan había cambiado a Aerosmith por una florida interpretación de *I will always love you*, de la pobre Whitney Houston, que debía estar deseando volver a la vida un momento solo para llevarse a Vaughan con ella. Sonaba inquietante, eso como poco.

—¡Anda todo lo rápido que puedas! —le pedí a Joe mientras avanzábamos hacia la cocina.

Obedeció.

Era muy luminosa, con azulejos blancos y completamente llena de utensilios de acero inoxidable. Un tipo bastante grande se afanaba apilando platos mientras que la alcahueta joven y pelirroja, mucho más bajita, miraba algo en uno de los hornos industriales. La tripa de Nell apenas asomaba bajo el delantal, también blanco. Todo olía divinamente. Una combinación de dulces y salados que invitaba a saborear la gloria segura que estarían preparando. De allí solo podían salir maravillas, estaba claro.

—Dile adiós a Nell, Álex —indicó Joe, señalando a la pelirroja con la botella de cerveza.

—Hola. Adiós. ¡Y gracias por todo!

—¡Esperad! —gritó Nell, casi petrificada. Era guapa—. ¡No podéis ir todavía! No habéis probado los pastelitos de fresa. Boyd iba a ponerles la nata.

—Nos tenemos que marchar —dijo Joe—. Eh... el olor de las velas le está dando dolor de cabeza a Álex. Todavía no se ha recuperado del todo de la gripe. Una pena.

Forcé una tos y, con muchísimo menos talento que la adolescente de la mesa, fingí un estornudo.

—Hasta luego, Nell. —¡Bien por Joe, Dios le bendiga! Arrancó a la misma velocidad a la que habíamos llegado a la cocina—. Gracias por la cena.

Yo le dirigí una mirada enfermiza, bovina y muy, muy mentirosa.

—¡Gracias de nuevo! —repetí débilmente.

Seguimos por un pequeño pasillo, dejando atrás una mínima oficina. E inmediatamente salimos fuera a través de una pesada puerta trasera, y donde nos envolvió el frío aire de la noche. Pero me sentí mucho más libre y mucho más tranquila. Sin las horribles canciones de amor llenando el aire, el mundo parecía un lugar más luminoso, más feliz y más habitable. Ni siquiera la *pizza* con esa forma tan cursi de corazón me molestaba tanto. Hasta estuve a punto de reírme de la horrorosa imitación de la gran Whitney que acababa de presenciar.

—Vamos arriba. —Joe empezó a subir por una recia escalera metálica, que ascendía por la parte de atrás del edificio.

El edificio Bird era una absoluta belleza de la década de 1920, que albergaba una tienda de música, un estudio de tatuajes, un par de locales vacíos y el Dive Bar. Esta parte de la ciudad no estaba tan preparada para el turismo como el centro, que era donde estaba el hotel en el que me había alojado. Aquí los edificios parecían algo más descuidados, y había menos gente. No obstante, también se habían levantado algunas construcciones y negocios más modernos. Parecía como si estuvieran procurando rejuvenecer la zona y ofrecer más posibilidades. Al otro lado de la calle había una peluquería que tenía un magnífico aspecto, y el estudio de tatuajes era de lo más moderno y, aparentemente, profesional.

Según subíamos pude observar los tejados de las casas, las copas de los enormes árboles y un cielo limpio y bañado de estrellas. Estábamos rodeados de barrios residenciales con casas bajas.

—¿Estamos subiendo a las viejas oficinas y la zona de almacén? — pregunté mientras lo seguía.

—Quería que la vieras antes de marcharte. —Joe sacó las llaves, abrió la puerta y pasamos. Inmediatamente encendió una luz—. De paso, así nos libramos de baladas de los noventa y de amigos entrometidos. Vamos dentro.

La verdad es que el ambiente era casi tan frío como fuera, y olía un poco a polvo y a cerrado.

—Todas las habitaciones, que son despachos antiguos de oficinas, están a lo largo de un pasillo, que tiene más o menos la longitud del edificio —dijo, señalando a izquierda y derecha con las cervezas—. La entrada principal a esta zona está al lado de la primera tienda. En la crisis económica de los ochenta, que acabó con muchísimos negocios, se limitaron a cerrarla y a llenarla de trastos. Los únicos que utilizaban esta zona eran los dueños de las tiendas que necesitaban espacio para almacenamiento. Pero la escalera, la zona de recepción y todo los demás está ahí. Solo habría que despejar.

Los suelos eran de madera y las paredes, blancas en origen, estaban sucias y descascarilladas. De vez en cuando se veían lo que parecían ser las puertas originales de madera pulida, con preciosos pomos color plata de estilo antiguo. Joe abrió la más cercana, encendió otra luz y me indicó que pasara. Dentro solo había polvo y un par de telas de araña. Pero el espacio era enorme y ofrecía muchísimas posibilidades. ¡Dios, con solo verlo mi imaginación empezó a trabajar a velocidad de vértigo! Este sitio podía convertirse en algo extraordinario. Al pensarlo me entusiasmé como hacía mucho tiempo que no me pasaba.

Me di la vuelta despacio, sujetando todavía nuestra *pizza* con forma de corazón. Las ventanas eran de un estilo similar a las de abajo, aunque más pequeñas. Alguien había quitado ya parte de la pared blanca para dejar al descubierto el ladrillo original. A un lado había una pequeña habitación, que supuse que era el baño. Y después una cocinita horrible, muy estilo años setenta. El techo era de escayola, con unos preciosos adornos, que enmarcaba también las ventanas y recorría todos los bordes de la habitación.

—¿Qué te parece? —preguntó, dejando las dos botellas de cerveza en el suelo.

—Pues que sería un magnífico proyecto para ti.

No dijo nada mientras se quitaba el abrigo.

— Los beneficios serían grandes, siempre que se pudieran vender todos los pisos que se construyeran, claro. Pero no puedo acometerlo yo solo.

—Lo de abajo lo hiciste tú.

—Sí, pero con mucha ayuda —explicó, dejando el abrigo sobre el suelo lleno de polvo—. Nell y Pat, su exmarido, me dieron un montón de ideas para el estilo y los detalles. Lo que yo hice, fundamentalmente, fue manejar el martillo. A André, el dueño del edificio, le encantaría hacer algo con todo este espacio, y además está dispuesto a ayudar en todo lo que pueda. Me ha ofrecido una parte muy generosa de los hipotéticos beneficios que se obtuvieran. Pero, de todas formas, es un trabajo mucho más ambicioso que los que yo suelo llevar a cabo. Creo que por eso me atrae tanto la idea, por el reto que supone para mí. Siéntate. Vamos a hacer un picnic en el suelo.

Me quedé un poco sorprendida por la caballerosa invitación. Aunque en realidad, no debía sorprenderme. Llevaba unos cuantos días teniéndome en palmitas.

—No hace falta que ensucies el abrigo. Me puedo sentar sobre los *jeans*, ya los sacudiré y los lavaré.

—Siéntate —repitió, quitándome la *pizza* de las manos—. Tienes que tener mucha hambre.

—De verdad que no hace falta. No habrías tenido que... —De repente, me quedé sin palabras.

Él ni siquiera me respondió.

Fruncí el ceño y me senté, procurando dejarle suficiente espacio para que pudiera sentarse también. Pero él se sentó en el suelo lleno de polvo, dejando para mí todo el abrigo. Colocó la *pizza* entre nosotros y me pasó una de las cervezas.

Recordé que, cuando tenía más o menos seis años, celebré la boda de Barbie Malibú con Ken unas seis veces. Por entonces pensaba que mi sueño era un chico guapo, de pelo corto, vestido con ropa atildada y de tamaño estándar. La perfección en plástico, vaya. Soñaba que nos adoraríamos y que entre los dos habría una honestidad absoluta. Con él me sentiría libre de pensar y de decir todo lo que se me ocurriera, sería siempre yo misma, sin miedo a... bueno, todas esas cosas, qué os voy a contar.

Joe estaba tan lejos de Ken como el borde del universo. Lleno de pelo

rubio y algo rizado. Barbudo. Con unas botas enormes de cuero marrón, unos *jeans* viejos con un agujero en la rodilla y una camiseta Henley verde descolorida. A Ken, y sobre todo a Barbie, les habría dado un infarto. A decir verdad, tampoco es que yo tuviera demasiado que ver con Barbie, la rubia de pechos enormes y cinturita de avispa. Me rasqué ligeramente la pequeña marca de la frente. Inmediatamente me di cuenta de lo que estaba haciendo y lo dejé. Un hábito estúpido de la niñez.

Hablando de malos hábitos, sin duda uno de ellos era aspirar con ansia el olor, tan masculino y rebosante de *sex-appeal*, que exhalaba Joe. ¡Dios, él con aquella toallita! El recuerdo me inundó por completo. Solo que si me lanzaba hacia él, que era lo que realmente me apetecía, todo se complicaría, y mucho. Mi capacidad para evitar cualquier cosa que se pareciera a una relación alcanzaba niveles olímpicos. Esta mierda tenía que terminar. Era el momento de ser más valiente, más abierta.

¡Sí, y una mierda!

—Salud —dijo, llevándose la botella a la boca.

—Salud —respondí, forzando una sonrisa.

Los dos bebimos.

—Tienes el ceño fruncido —dijo.

—No, qué va —mentí.

Se quedó mirándome.

Y yo le devolví la mirada, impertérrita.

—El que haya puesto el abrigo en el suelo para que puedas sentarte sin mancharte no significa que después vaya a presionarte para que nos acostemos —dijo con suavidad—. Así que puedes relajarte.

—No estaba pensando en eso. —Era verdad, aunque al cincuenta por ciento más o menos. Como mínimo al cuarenta y nueve.

—Pregúntame lo que quieras. Llevamos meses hablando, pero ahora parece como si ya no me conocieras en absoluto —dijo—. Y es culpa mía, lo sé. Así que come, que se va a enfriar la *pizza*, y pregunta lo que te parezca. Adelante.

—Déjame pensar.

Así empezamos a comernos la *pizza*. Pese a su absurda forma, y empezaba a darme cuenta de que siempre que se tratara de algo hecho por Nell, estaba buenísima, casi divina. Me pareció que había utilizado por lo menos tres tipos de queso distintos. También ajo tierno y albahaca. Y tomate, cortado en

rodajas finas y muy jugosas. Mientras masticaba con fruición, no dejaba de pensar con mucha intensidad. Y al fin dije algo.

—Tienes queso en la barba.

—Me lo estaba guardando para el final. —Lo agarró con dos dedos y se lo metió en la boca—. Gracias por avisarme.

Di otro mordisco y mastiqué despacio, tomándome mi tiempo.

—Me doy cuenta de que Eric es un hombre atractivo, que seguro que gusta mucho a las mujeres. —Joe se limitó a mirarme mientras se chupaba los dedos para eliminar el queso y el aceite—. Pero a ti no te faltan atractivos. Entonces, ¿por qué tienes tantos problemas con tu hermano?

La nuez le subía y le bajaba al tragar. ¡Tenía el cuello muy ancho, casi como el de un toro! Y muy fuerte.

—¿Todavía te sientes atraída por él?

—Pensaba que era yo quien hacía las preguntas.

—Hagamos una excepción, por favor —rogó con voz suave.

—De acuerdo, pero solo una. La respuesta es no. —Más *pizza*. Vuelta a masticar—. Estéticamente, lo encuentro bastante guapo, con ese pelo oscuro, la cara agradable y todas esas cosas. Pero no, la verdad es que ya no me siento atraída por él.

Se produjo un momento de silencio mientras Joe asimilaba mi respuesta. No tenía ni la menor idea de qué pensamientos se desarrollaban tras sus ojos oscuros.

—Ese mierdecilla de mi hermano ha sido durante toda su vida, o al menos desde que yo lo recuerdo, una especie de imán para los coños. La mayoría de las mujeres se vuelven locas en cuanto que lo ven. —Negó con la cabeza y gruñó—. Más de una vez alguna chica me ha utilizado para poder conocer a Eric. Sí, ya sé que debería haberlo superado ya, pero no lo he hecho, obviamente.

Asentí y volví a concentrarme en la *pizza*.

—¿Por eso empezaste a escribirme? ¿Para devolverle los golpes?

Joe bajó las cejas y dejó de mirarme a los ojos.

—No, la verdad es que no. Solo quería establecer una relación contigo. Eric odia la tecnología, no se le da bien y no tiene paciencia, ni con eso ni con nada. Se puso pesadísimo conmigo para que le ayudara a publicar un perfil en el portal y, para variar, inmediatamente perdió el interés. Típico. Iba a borrar el perfil, pero... no sé, tus correos me atraparon.

—Ya. —Otro mordisco—. ¿Cuánto tiempo habrías seguido con la historia si no llego a presentarme aquí la otra noche?

—No lo sé —respondió de inmediato, y pestañeó varias veces, aunque sin dejar de mirarme a los ojos esta vez—. Me encantaba recibir tus correos, Álex. Pese a que tenía que tener cuidado con lo que decía, también me encantaba contarte cosas. Para ser sincero, no creo que hubiera tenido fuerzas como para acabar con el engaño así, directamente. Estaba demasiado enganchado. El asunto de la visita a Seattle del principio surgió porque Eric quería follar aprovechando que visitaba a un viejo amigo que vive allí. Pero los correos entre tú y yo no iban de eso, evidentemente.

No supe qué decir. Estaba claro que era el momento de comer más *pizza*. Un chute de queso para librarme de las turbulencias emocionales, o simplemente del lado oscuro.

—Y si yo no hubiera dejado de escribir, ¿cuánto habrías esperado para encontrarte conmigo? —preguntó Joe.

Me da la impresión de que se me fue un trozo de *pizza* por el otro lado, así que me atraganté. Tosí y tosí, hasta que salió una buena cantidad de cerveza.

—¡Joder!

—¿Estás bien?

—Sí, más o menos. —Respiré hondo varias veces para intentar recuperarme—. Un trozo de *pizza* que ha ido por donde no debía. Ya estoy bien.

—¿Y bien? —preguntó de nuevo al cabo de un rato.

Mierda.

—Pues, francamente, no lo sé.

Se mantuvo en silencio.

—Para serte sincera, no soy muy valiente; quiero decir, ni mucho ni poco: soy cobarde. No me gusta exponerme, me da miedo. Supongo que podría decirse que tengo mis... problemas. —Estudié a fondo el suelo, sucio y lleno de polvo, como si de un momento a otro fuera a mostrarme los secretos del universo. Y mientras tanto no paraba de jugar con la cremallera de su abrigo—. Puede que así, de entrada, no me hubiera importado quedar para follar, sin más, pero una vez que empezamos a mandarnos correos regularmente, las cosas cambiaron. Te volviste algo importante. Tanto que me daba miedo. Como todo lo que se sale de mi zona de seguridad.

No hubo comentarios.

—Así soy yo —continué, con una sonrisa bastante incómoda—. Supongo que parezco boba. Muy cobarde. Pero la verdad es que no me siento a gusto hablando con gente que no conozco. No de la forma en que llegué a sincerarme contigo. A mí también me encantaba recibir tus correos, Joe. Me alegraba mucho cada vez que llegaban. Así que... sí, creo que habría encontrado razones para que no nos conociéramos en persona si algo hubiera ido mal.

—Y eso es lo que ha pasado: algo ha ido mal —dijo, poniéndose rígido.

—Sí.

Nos quedamos mirándonos. Pareció como si nos olvidáramos de todo, o como si todo hubiera desaparecido: la habitación, la *pizza*, el mundo entero. No tenía ni idea de por qué me ocurría, de cómo lo hacía.

—¿Quién te mintió? —me preguntó al cabo de un buen rato—. Me dijiste que no podías volver a tener un mentiroso en tu vida. ¿Quién fue?

No dudé en contestarle.

—Un novio. Me engañó. Fue una experiencia muy dolorosa.

Joe se echó el pelo para atrás y asintió.

—Entiendo.

Estuve a punto de decirle que lo sentía, de disculparme porque me hubieran engañado mucho antes de que nos conociéramos. No obstante, ya había revelado bastante de mí misma. Le había dejado entrever mis sentimientos, los motivos íntimos que gobernaban mi vida. Casi nadie los conocía. Así que era el momento de callarse y de volver al refugio.

CAPÍTULO 9

Enviado hace dos meses:

Eric, esto es ridículo. No tenían la más mínima necesidad de matar a Han Solo. De sacrificar algún personaje, tenía que haber sido a Leia. La pobre mujer tenía tanto botox que apenas podía hablar. En fin, olvidémoslo. A quien habría que matar es a los imbéciles misóginos que no le permitieron hacerse mayor con normalidad. Me fastidia muchísimo la doble moral.

Recibido hace dos meses:

Álex, sé razonable. Han tenía que morir. Siempre fue un hombre de acción, así que no podía quedarse ahí sentado esperando mientras Leia iba a enfrentarse al sicópata de su hijo para meterlo en cintura. En todo caso, me parece bien que Ren se cargue a los imbéciles misóginos, además de a Han.

Enviado hace dos meses:

Te equivocas respecto a Han. Y, además, has escrito mal «misóginos».

Recibido hace dos meses:

Tú estás mucho más equivocada.

Enviado hace dos meses:

*¡No se dice «mucho más equivocada», lo mismo que no se dice «mayor»! ¿No te enseñaron gramática en el cole? O se está equivocada o no se está, pero eso de «mucho más» es de niños pequeños. Ya me he hartado de esta conversación. Así que lo dejo.
P.S. ¿Cómo te va en el trabajo? ¿Algún problema?*

—Hola. —Se oyó otra voz en la habitación. Y también ruido de pisadas, de más de una persona.

Joe fue el primero en reaccionar, y se puso de pie.

—André, Pat. Acercaos para conocer a Álex.

Los hombres se dieron la mano e intercambiaron golpecitos en la espalda. Primero apareció uno que debía de estar entre los cuarenta y los cincuenta, al menos a primera vista. Llevaba el pelo corto y en su cabello oscuro destacaban algunos mechones grises. También unas cuantas arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios. Vestía unos pantalones náuticos azul marino y una camisa de botones de bonitos colores.

—Hola. Soy André —se presentó, alargando la mano para que se la estrechara—. Un viejo amigo de Joe. Es un placer conocerte. Me ha hablado mucho de ti.

—¿De verdad? —Me da la impresión de que el tono que puse al decirlo no fue el más adecuado.

—¡Pues claro! Me alegro de que ya puedas salir y moverte. —André se sentó, apoyándose primero en las manos—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, muchas gracias.

El otro no era tan amigable, ni parecía tener ganas de entablar conversación. Además, estaba absolutamente cubierto de tatuajes. Por favor, y para que conste: no soy de las que creen que el amor a la tinta lleva directamente a una persona a convertirse en un asesino en serie. Era larguirucho y desgarrado, con el pelo negro y oscuro, rapado a los lados. Tenía una barba tan espesa que casi dejaba la de Joe a la altura del betún, y que le ocultaba la mayor parte de la cara. Para rematar, un anillo le perforaba la ternilla de la nariz. Iba completamente vestido de negro, y su ropa parecía bastante raída. No sucia, lo cual quizá indicaba que era así ya en origen. Los ojos inexpresivos y la boca seria completaban el cuadro. Si me lo hubiera

encontrado en la calle, me hubiera cambiado de acera. De verdad.

Por lo menos, su aparición sirvió para interrumpir la conversación entre Joe y yo, que se estaba empezando a poner demasiado seria. ¡Qué bien! De momento, decidí no salir corriendo para huir del tal Pat.

—Hola. —El susodicho hizo una mínima inclinación de cabeza en dirección a mí y se sentó en el suelo, dejando un paquete de seis cervezas al lado de lo que quedaba de la *pizza*. Inmediatamente agarró una y me la ofreció.

—Gracias.

—Álex, te presento a Pat —dijo Joe, volviéndose a sentar—. Fuimos juntos al colegio. Es el dueño del estudio de tatuajes. André es el propietario del edificio, y también de la tienda de instrumentos musicales de la planta de abajo.

—Estaba con Pat, echándole una mano con las cuentas. —André aceptó también la cerveza que le ofreció el tatuador tatuado, y dio un buen trago—. Oímos pasos aquí arriba y vinimos a echar un vistazo.

—¿Con cerveza? —Joe se terminó la que había traído del restaurante y extendió la mano para que Pat le diera otra.

—Podríais haber sido ladrones, tipos con una motosierra o asesinos en serie, pero sedientos. La cerveza nos habría dado una oportunidad.

—O cazafantasmas —agregó Pat, con voz baja y cavernosa.

Con las mismas, los dos tipos se hicieron con un trozo de nuestra *pizza*. Menos mal que era grande, porque si no se me habría pasado el miedo y me habría peleado con Pat. Por si las moscas, me serví otro pedazo antes de que desapareciera. André asintió tras morder un trozo.

—Es verdad.

—Cuando éramos unos críos hicimos aquí una sesión de espiritismo. — Con una sonrisa ladina, Joe se acercó un poco—. André hizo ruido en las escaleras interiores, y nos asustó muchísimo; ¡nos dio un susto de muerte, vamos!

—Eso era exactamente los que pretendía —confirmó André sonriendo—. ¡Erais unos descerebrados! Como correspondía a la edad, por otra parte. Me llevó muchísimo tiempo quitar del suelo toda la cera de las velas que encendisteis. Papá se agarró un cabreo de mil demonios.

Sonó una especie de trueno sordo. Era la risa de Pat. Solo duró un momento, tan poco que hasta pensé que me la había imaginado. En todo caso,

no estaba mal saber que era capaz de reaccionar a algo con alegría.

—¿Y qué me decís de la mierda de pájaro? —continuó Pat, escondiendo tras la botella de cerveza lo que podría haber sido una pequeña sonrisa.

Murmurando juramentos, André echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

A mi vez, yo miré a Joe con expresión interrogativa.

—Vaughan había leído en un libro que, para atraer la atención de algún espíritu, tenías que formar un círculo con trece velas, y después hacer un sacrificio. Así que atrapó un gorrión —explicó Joe—. Por supuesto, cuando llegó el momento de matar al pájaro, ninguno de nosotros fue capaz de tocarle ni un ala al pobre bichito.

—Nell estaba a punto de echarse a llorar —continuó Pat al tiempo que miraba sus Converse negras—. Yo sabía que lo haría, así que me traje un grillo en el bolsillo, para sacrificarlo en lugar del pajarito. Se había estado comiendo las plantas de su madre. En cualquier caso, no iba a vivir demasiado.

—Duro pero justo —dijo Joe riendo entre dientes. No conocía su faceta de Bart Simpson.

André observaba fijamente a Pat mientras seguía bebiendo cerveza.

—El gorrión se escapó y empezó a volar como un loco por toda la habitación. En ese momento, André empezó con sus efectos de sonido —explicó Joe—, y nosotros salimos pitando de aquí como almas que lleva el diablo.

—Resultado: cera quemada y caca de pájaro por todas partes —concluyó André, riendo con ganas—. Por suerte estos por aquel entonces futuros delincuentes no prendieron fuego a todo el sitio.

—Eso fue lo que sacaste de darle a Vaughan un trabajo a tiempo parcial y, además, dejarle una copia de las llaves. —Joe acercó la botella a la de André y simularon que brindaban.

—Tienes toda la razón.

—¿Hay alguien que haya visto un fantasma aquí? —pregunté fascinada. La verdad es que no creo demasiado en eso, pero nunca se sabe.

André paseó la lengua por el interior de la boca, con expresión entre jocosa y juguetona.

—Aquí no hay fantasmas.

—Cuéntale la verdad a la chica —dijo Joe, haciéndose el serio—. ¿Qué

pretendes ocultar?

—¡Vaya por Dios! —exclamó André suspirando—. Al parecer, un tipo se arrojó por las escaleras después de que una mujer lo rechazara. Se rompió el cuello.

—Maldito amor —masculló Joe—. Eso es lo que hace contigo.

—Mmm. El abuelo contaba que simplemente se cayó. Ese día había llovido, y el suelo estaba resbaladizo. —André dobló las piernas y apoyó los codos en los muslos—. En cualquier edificio que tenga sus años, bastantes más de cien como tiene este, ha habido por lo menos una muerte o dos. Aunque también hay quien dice que mi querido padre se sigue dando vueltas por aquí de vez en cuando. Bobadas.

Pat se despabiló y miró a André con los ojos entrecerrados.

—Una vez yo noté algo en el sótano del restaurante. Juraría que había alguien allí conmigo. Y si a alguno le puede apetecer seguir por aquí después de muerto, tiene que ser a tu viejo.

André ahogó un suspiro y se hizo con otro trozo de *pizza*.

—En eso tienes razón.

—André padre adoraba el bar.

—¿Fue él quien puso los espejos en el techo? —pregunté, encantada con sus historias.

André emitió una risa que parecía un ladrido.

—¡Por supuesto! ¿No le has enseñado el grafiti del baño?

—Todavía no —respondió Joe sonriendo.

—El viejo tenía un concepto de la decoración bastante permisivo, por decirlo de alguna manera. Durante treinta años, todo el mundo podía dejar una marca, o un grafiti, o una nota, o lo que fuese, exactamente donde quisiera, siempre que no borrara la de otros —explicó André—. La verdad es que daba mucho ambiente.

—Sí. Ya he visto los nombres y las fechas en la barra.

Montones de risitas. Era interesante estar con gente que se conocía desde hace tantos años. Además, no voy a decir que Joe fuera otro con estos dos hombres, pero sí que parecía mucho más relajado. Puede que fuera porque, por una vez, su atención no estaba completamente centrada en mí. Así que podía observarlo y ver cómo actuaba normalmente. Se había sentado con las piernas cruzadas, como si estuviera meditando, solo que con una cerveza entre las manos. Pero ese cuerpo tan grande que tenía estaba laxo y por una

vez las líneas de la frente le habían desaparecido. Así que la causa de su existencia era yo, deduje.

Allí estaba, tan tranquilo, simplemente disfrutando con sus amigos. Me encantó verlo así.

—Joe me ha contado que tienes algunas ideas respecto a las posibilidades de reforma de todo esto. Y dice que son buenas —comentó André, rompiendo en pedazos la calma que estaba sintiendo. Miré a Joe, después a André, y luego otra vez a Joe.

—No son más que garabatos, en realidad.

—Bueno, no te quiero engañar. Me ha mandado por correo electrónico los diseños, y no me parecen garabatos, ni muchísimo menos. Creo que son unos dibujos magníficos y que deberíamos tomarnos en serio este proyecto. —André me miró con interés—. Llevo ahorrando bastante tiempo, y estoy dispuesto a invertir si tú aceptaras, como Joe, obtener tu remuneración como un porcentaje de los beneficios que se consiguieran. Yo creo que deberíamos empezar por limpiar esto bien y dejar el espacio libre. ¿Te viene bien que nos veamos mañana, Álex? Estoy seguro de que Joe está deseando que vengas y que empecemos a hablar de cómo organizarlo.

—¿Le mandaste mis dibujos sin pedirme permiso?

—Sí —contestó Joe—. Ya podrás hacerme pedazos después con tus propias manos si te apetece, Álex, pero el caso es que tu trabajo es fantástico, digno de tenerse en cuenta.

Abrí la boca, y creo que la dejé así durante un rato bastante largo.

—Ahora yo también tengo dinero para invertir —dijo Pat con su voz profunda—, sobre todo si estáis pensando en apartamentos. Vivir encima de la tienda me vendría muy bien. No emplearía tiempo en desplazamientos y podría trabajar más. Sería estupendo arreglar el resto del edificio. Seguramente atraería más clientes y puede que incluso en los dos locales vacíos se abrieran negocios nuevos. Tener más gente por aquí sería bueno para todos los que estamos ahora.

André alzó la barbilla y apretó los labios.

—Estoy convencido de que podremos llegar a algo.

—A mí también me gusta la idea de vivir aquí —dijo Joe—. Eso de compartir un apartamento de alquiler con Eric me está matando.

Más asentimientos, esta vez bastante enérgicos y comprensivos. Y después los tres pares de ojos se volvieron para mirarme. ¡Socorro!

—De verdad —dije, con voz algo temblorosa—. Solo se trataba de ideas de aficionada.

—Ideas de una diseñadora gráfica con mucha imaginación y mucho estilo —dijo Joe—. Y, en todo caso, precisamente lo que necesitamos son ideas frescas.

—Él lo ha dicho. —André habló con mucho énfasis, sin dejar de asentir.

—A mí me iría bien mañana. Más o menos a mediodía, ¿de acuerdo? — Pat se puso en pie y se sacudió los pantalones por la zona donde se había sentado. Estaba claro que iba a marcharse, como si todo estuviese ya absolutamente claro y decidido—. Hasta luego.

—Gracias por la *pizza*. —André siguió a su amigo—. Encantado de conocerte, Álex. Nos vemos mañana.

—Yo, eh...

Joe se limitó a sonreír.

¡Qué gente! Levanté las manos.

—No soy ni arquitecta ni decoradora. Lo que hago sobre todo es diseñar logotipos y ese tipo de cosas.

—Eres mucho más que eso —afirmó—. Eres alguien con muchas ideas a quien le entusiasma el diseño y que quiere sacar todo lo que tiene dentro. La idea de convertir esto en un lugar magnífico para vivir te pone, y mucho.

—No tenías derecho a mandarle los dibujos a nadie.

—Ya lo sé, pero de todas formas lo hice.

—¡Vamos, Joe! ¡Has pensado en esto con un poco de tranquilidad y aplicando la lógica? ¡Vivo en otro estado! —exclamé— ¿Te parece que tiene sentido trabajar o colaborar con alguien que se va a marchar de aquí mañana mismo?

—Dijiste que podías trabajar con tu ordenador portátil desde cualquier sitio. —Se inclinó hacia mí y habló con mucha intensidad—. ¿Por qué te opones a esto con tanta fuerza?

—No soy la persona adecuada para el trabajo.

—Eso no es cierto, todo lo contrario. En realidad llevabas soñando mucho tiempo con un proyecto como este.

En fin, eso era cierto. Ahí me había atrapado. Esos eran precisamente mis sueños, y esta mi oportunidad.

—André y Pat, y en realidad todos nosotros, en realidad trabajamos con la pasión de los aficionados, más que como asalariados a los que apenas les

importa su trabajo con tal de cobrar a fin de mes. Además, habrá un arquitecto que controlará el trabajo desde el punto de vista técnico y se encargará de toda la logística, que es una pesadez, lo sé por experiencia: obtener los permisos, tramitarlos, atender llamadas de los del ayuntamiento, etc. —Joe me miraba con ojos alegres, ilusionados, y me hablaba con mucha serenidad, pese a la pasión de sus palabras—. Dos de nosotros ya estamos en la cola para vivir en los apartamentos que salgan de aquí. Ya has visto cuál es el estilo del Dive Bar. Todo lo que necesitamos es trasladarlo, en la medida que corresponda, a los apartamentos que se vayan a construir.

—Será bastante más que eso. —Levanté las rodillas hasta el pecho, y me las agarré con ambas manos, rodeándolas.

—¿Siempre eres así de negativa? —preguntó.

—Yo prefiero definirlo como precavida y realista.

—¿Estás segura?

Alcé la barbilla, aunque no de forma desafiante.

—Sí, claro que sí. Conozco mis límites, y prefiero no defraudar a nadie, incluida yo misma.

Joe me miró durante un momento, como si me estuviera calibrando. Al final dejó caer sus anchos hombros y exhaló un suspiro.

—Muy bien. Si mañana sigues pensando igual y necesitas más tiempo para tomar una decisión, o si llegaras a la conclusión de que no quieres participar en el proyecto y finalmente tomaras ese vuelo a tu casa, llamaré a André y a Pat y les diré que no hay reunión. ¿Te parece bien?

—Sí. —Noté que el pánico que había sentido daba paso, poco a poco, a un cierto alivio—. Te agradezco que aflojes la presión.

—Tranquila. Solo he presionado porque estaba seguro de que era el sueño de tu vida, pero nadie puede decidir por ti. —Joe se acercó un poco e hizo chocar la botella de cerveza con la mía en un brindis—. Salud.

—Salud.

Siguió mirándome con los labios apretados. Normalmente, la atención de la gente me ponía nerviosa, casi me sacaba de mis casillas. Pero con Joe no me pasaba eso. O no exactamente. Sabía que no quería hacerme daño, estaba convencida de ello intelectual y visceralmente. El tipo era muy directo, y muy transparente para mí.

No es que no quisiera darle una buena serie de collejas por ponerme en una situación como esta. Se las merecía.

Dentro de mi mente se había desatado una especie de tormenta, que empezaba a hacerme daño. Saqué un pañuelo de papel del bolso y me soné. El auténtico paradigma de la femineidad, esa era yo. Aunque a Joe no parecía importarle. El barbudo era un auténtico caballero a la antigua usanza, pese al pelo, a los tatuajes y a la pinta de leñador. Aunque, en realidad, apenas hacía unos días que nos conocíamos. Llevábamos intercambiando correos desde hacía meses, es verdad, pero cara a cara las cosas cambian.

—Pareces algo cansada —dijo—. ¿Quieres volver ya al hotel?

—Dentro de un rato. —La *pizza* se había terminado, pero todavía me quedaba media cerveza—. Me gustan tus amigos. Hasta los que cantan horrorosamente canciones de amor, y la mayoría de ellas insufribles incluso en versión original.

—Creo que la mayor parte de la responsabilidad hay que atribuírsela a Nell —afirmó, riendo quedamente. —Yo sonreí un poco a regañadientes—. Todos pensábamos que Pat y ella estarían juntos para toda la vida. Su divorcio nos sorprendió muchísimo, no podíamos esperarlo, y nos dejó impactados, a todos. Habían empezado a salir juntos cuando todos los demás aún no sabíamos ni qué decirles a las chicas para ligar. Si esos dos no son capaces de que la cosa funcione, no sé a qué nos podemos agarrar el resto. No hay esperanza. —Su mirada traslucía una tristeza muy profunda. El asunto le afectaba, y mucho—. Al parecer, Nell y Eric bebieron bastante una noche, después del trabajo. Una cosa llevó a otra, y...

—Embarazada.

—Sí. —Alzó las cejas con gesto de asombro. ¡Aún le duraba!—. La verdad es que nadie lo vio venir, eso tampoco, ni de lejos.

—¿Crees que ella y Eric podrían acabar juntos?

—De ser así, mi hermano tendría mucha más suerte de la que se merece —exclamó, riendo guturalmente—. No. Nell lo conoce demasiado bien y sabe adónde conduciría cualquier relación con él. Son amigos, nada más. Al menos así lo veo yo. Ella ha sido siempre como una especie de hermana para los dos. Eric y Vaughan, el hermano de Nell, de pequeños estaban muy unidos. Pero justo al acabar el instituto se distanciaron.

No dije nada; solo quería dejar que hablase, sin influir en el desarrollo de sus recuerdos y reflexiones.

—Parece que ahora han vuelto a ser buenos amigos. Las cosas se arreglaron, más o menos, cuando Vaughan empezó a trabajar en la barra y su

chica compró la parte del negocio que tenía Pat.

—Eso está bien.

—Sí. —No obstante, torció un poco el gesto—. Ahora, si mi hermanito pusiera un poco de su parte para solucionar los problemas que hay entre mi padre y él, todo iría estupendamente. Por lo menos la cena de Acción de Gracias sería algo más agradable que últimamente.

—¿Por eso te gustaba hablar conmigo por correo electrónico?

No respondió.

—Yo no conocía ni a tu familia ni a tus amigos —constaté—. Estaba fuera de cualquier tipo de lío. Así que conmigo podías desconectar.

Asintió despacio.

—Pues sí, así era. Al menos en gran parte, y sobre todo al principio. Te juro que, algunos días, el ponerme a escribirte y leer tus mensajes era casi lo único que me impedía volverme loco.

—Pues me alegro de haber estado ahí para ayudarte, aún sin saberlo.

—¡Vamos! —espetó—. ¿Dices eso después del lío que te monté, de que te decepcionara y todo lo demás?

—¡Ja! —Solo sentí un dolor apagado en el pecho—. Sí, tienes razón. ¡Eres un canalla!

—Lo siento muchísimo, Álex —dijo muy bajito.

—Ahora ya lo sé.

Soltó una especie de gruñido apagado que le salía directamente del pecho, y se apartó el pelo de la cara.

—Me porté contigo como un auténtico hijo de puta.

—Sí, más o menos.

—Perdóname, pero es que no tenía ni idea de lo atractiva que estabas con esas bragas de pequeña Miss Sunshine.

¡Vaya! Eso fue inesperado.

—¿Estás intentando ligar conmigo, Pie Grande?

Sonrió ligeramente por toda respuesta. ¡Qué maldito provocador!

—¿A tus padres les apetece lo del nietecito? —pregunté, tomándome mi tiempo para terminar la cerveza. Incluso flirteando, estar con Joe me resultaba agradable, cómodo. Ahora que estábamos solos de nuevo, me encontraba muy relajada.

—¡Ni te lo imaginas! De primeras, papá se puso hecho una furia, pero los dos conocen a Nell de toda la vida, y la quieren como si fuera de la familia.

—Me miró con los ojos entrecerrados, a través de unas pestañas tupidas y oscuras, al contrario que su pelo—. A mamá le gustaría despedirse de ti antes de que te marches. Si es posible.

—¡Oh! Es muy amable de su parte. —Y también extraordinariamente alarmante. Joder, eso de ver a la madre de un chico no era ninguna tontería. Y muy típico de Joe decirlo con toda la calma, como si fuera lo más normal del mundo—. ¡Caramba! ¿Conoce la historia de tu suplantación de personalidad y de mi estriptis psicológico que terminó en debacle delante de tus amigos?

—¿Esa ha pasado a ser la denominación oficial del asunto? Mejor utilizamos un acrónimo, ¿de acuerdo? Pues no, no sabe nada del ESDA.

Se quedó callado durante un rato.

—Mira, dado que tu vuelo no sale hasta mañana por la noche, puedes pasarte por casa un momento para decir adiós —explicó, levantando un hombro.

Se me había quedado la garganta tan seca que apenas podía tragar.

—Claro. Por qué no.

CAPÍTULO 10

Enviado hace siete semanas:

YO: ¿Has pensado algo acerca del proyecto del piso de arriba del edificio Bird?

JOE: ¿Has tomado alguna decisión respecto a la oferta de esa empresa de marketing tan importante?

YO: Touché.

JOE: La verdad es que ahora voy de cabeza y apenas tengo ni un minuto libre. He tenido que cubrir bajas de última hora en el bar, y encima tengo que ayudar más a papá, porque él apenas puede hacer nada. Además, mi hermano y él han tenido otra discusión, así que estoy yo solo para ayudar. Por otra parte, procuro pasar el mayor tiempo posible con mi amigo Pat, que ya te conté que se había divorciado. Y también he tenido que ayudar a Nell, su exmujer, a colocar un montón de muebles nuevos que se compró en una especie de arrebató. Voy a ver si llamo a la Casa Blanca para que añadan horas al día... Otra posibilidad es que Marty se venga para el este y me ayude durante un tiempo.

YO: Lo siento, pero Marty está muy ocupado recogiendo nueces para el invierno. Aunque después se le suele olvidar dónde las ha guardado. Me da la impresión de que te estás echando muchas cosas a la espalda. Quizá deberías parar un poco, incluso esconderte del mundo por un tiempo, y también aprender a decir que no de vez en cuando, como hago yo casi

siempre. Si tienes dudas, no contestes el teléfono, ni salgas a abrir la puerta. Según mi experiencia, quien llama siempre es una persona.

JOE: Suena a solución extrema, pero creo que podría llevar bien lo de esconderme durante un tiempo. También podríamos intercambiarnos las vidas.

YO: ¡Un momento! ¿Me estás pidiendo que abandone mi sofá? Ni se me pasa por la cabeza, lo siento. Puede que clonarte fuera una idea mejor. O también conseguir un cibernético que te ayudara con las tareas domésticas y esas cosas. Una ardilla robótica que se convirtiera en tu amiga, ¿te parece? No lo descartes sin haberlo probado.

JOE: A propósito, vuelven a poner Blade Runner en la tele. ¿Te gusta?

YO: ¡Creo que es la mejor película de la historia! ¿En qué canal, por favor?

—¡Noooo! —protesté en voz baja al contestar la llamada en el teléfono móvil —. ¿Por qué me has despertado?

—Ayer no me devolviste la llamada —afirmó Val, haciendo caso omiso de mi sufrimiento.

—Lo siento —me disculpé, dándome la vuelta en la cama. ¡Demonios! El reloj-alarma de la mesilla señalaba acusadoramente las diez y cuarto de la mañana. Las cortinas para bloquear la luz habían hecho un buen trabajo.

—¿De verdad que todavía estás en la cama? —La voz de Val pasó de la sorpresa al entusiasmo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Él está ahí? ¿Está o no? Sería el momento. Sé por experiencia que el enfado conduce muchas veces al sexo más feroz. ¡Dame todos los detalles, por favor! ¿En la cama es la bestia que parece? Apuesto a que sí. ¿Ha metido esa cabeza de león y esa barba dorada donde debía?

—Bueno, chica, tranquila. No está aquí, estoy sola. —Me incorporé despacio y me froté los ojos para intentar quitarme el sueño de encima—. La verdad es que no he podido dormir hasta las tres de la mañana, más o menos. Así que sí, seguía durmiendo.

—¡Vaya, me decepcionas!

—Pues lo siento.

A decir verdad, la habitación me parecía demasiado grande y vacía. La soledad había hecho su aparición ante la ausencia de Joe. La cama me pareció demasiado blanda, la almohada demasiado tosca, y nada parecía ir bien. No sé por qué, la verdad es que era una estupidez. Para empezar, la habitación del hotel no me parecía tan segura y confortable como mi casa debido a que allí no tenía ni mis muebles ni mis efectos personales. Pero ahora lo era todavía menos por la ausencia de Joe, lo cual no tenía el menor sentido. Así que sí... tomé la decisión de aplazar una vez más mi vuelo de regreso. Dado que ya había avisado a mis clientes de que me iba a tomar unos días libres, con el trabajo no habría problema, así que no era excusa suficiente como para volver corriendo a casa. No obstante, mi mínima agorafobia estaba dando paso a una gran y peligrosa fobia al compromiso. No estaba segura de si deseaba arriesgarme a iniciar una relación romántica, o al menos física, con Joe. La consideraba arriesgada, y me daba miedo. Ese dilema hacía que tuviera más ansiedad y que todavía me sintiera incluso más confusa, hasta niveles extremos.

No era raro que hubiera tardado tanto en dormirme.

Por otra parte, los temores respecto a los diseños seguían machacándome, y no había llegado a ninguna conclusión. Así que, desesperada porque no conseguía dormirme, me tomé una pastillita contra el insomnio sobre las dos y media.

—¿Has visto fotos de él? —pregunté.

—Sí. Hay algunas en la página de Facebook del bar. Tengo que ver la cara de las personas a las que odio.

—¿Y de verdad piensas que es sexi? —pregunté, llena de curiosidad.

—¿Qué?

—Una bestia, o lo que sea que hayas dicho antes.

—Pues creo que es sexo con patas y barba. Si tuviera la oportunidad, me acostaría con esa montaña de hombre en un segundo. Pero no lo veo como novio, por supuesto.

—¡Anda! Tu opinión sobre él parece que ha cambiado como de la noche al día en cuanto que has visto su foto.

—¿Me estás llamando superficial?

—Ni se me ocurriría.

—A ver, por si te interesa —empezó—. La verdad es que me quedé

bastante impresionada el otro día con la forma en que se tomó la bronca y los insultos que le dediqué cuando hablamos por teléfono, es un decir lo de hablar, él casi no dijo nada... No todo el mundo aguanta el chaparrón, reconoce lo que ha hecho mal y se disculpa humildemente.

—Mmm.

Valerie lanzó un fuerte suspiro.

—Además, ahora que he sentado la cabeza con Liam, necesito de verdad que seas un poco más activa y creativa en lo que se refiere al sexo y a las relaciones. Si no, va a ser muy poco interesante vivir las aventuras que tú vivas, ya que apenas tienes relaciones que merezcan la pena.

Como contestación, hice lo que solía con los pañuelos de papel.

—No te suenes la nariz cuando estamos hablando, jovencita —me riñó—. Es la verdad. Los vibradores no pueden sustituir una relación de verdad.

—Nunca he dicho que así fuera. Y suelo tener relaciones sexuales de verdad con gente de verdad, digas lo que digas. O al menos las tenía hasta hace unos dos meses, más o menos. —Justo hasta que un tal señor Collins entró de lleno en mi cabeza y la ocupó por completo. Afortunadamente, pronto me centraría en ese asunto. En cierto modo.

Val emitió una especie de gruñido.

—¡Venga ya! Casi preferiría que te masturbaras de manera creativa. Eso del sexo anónimo con extraños enseguida se vuelve muy aburrido. Y, además, me preocupas. ¡Sé un poco atrevida e implícate emocionalmente de una puñetera vez con alguien que te resulta interesante! Conócele mejor. Quien sabe, a lo mejor hasta quedas con él para una segunda noche.

—Mira, el hecho de saber que no voy a repetir es parte del atractivo.

—De acuerdo, pero con ese comportamiento te pierdes muchas cosas.

—Mira, puede que dentro de un tiempo esté preparada para comprometerme de verdad. Pero, de momento, las relaciones de una noche se adaptan mejor a mi actual esquema de vida.

—Llevas diciendo eso desde que tenías dieciocho.

—¿De verdad tenemos que hablar de esto ahora?

—Sí, claro que sí. Aparte de mí y de tu familia, las relaciones más estrechas que mantienes son con los repartidores del supermercado, de las *pizzas* y de UPS. Vives la vida como si estuvieras en una puñetera burbuja, y eso tiene que acabarse —insistió—. Si sigues así vas a terminar como una de esas viejas locas con el piso lleno de gatos, oliendo a pis y sin hacer otra cosa

que lamentarte de tu soledad.

—¿No te parece que te estás poniendo un poco melodramática?

Soltó una maldición antes de responder.

—Yo no le regalo tarjetas de cumpleaños al chico que me trae las *pizzas* a casa.

—Lo he hecho una vez, solo una. E intentaba ser amable, nada más.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo le va al chico?

—Pues él y su chica se comprometieron precisamente antes de que me viniera aquí —le conté—. El anillo era precioso.

—Una prueba más. Mantengo los cargos.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—Una persona normal no se implica tanto en las vidas de los repartidores que la visitan —declaró con tono ecuánime—. Por eso te presioné tanto para que salieras de viaje. Por lo menos Idaho no está en tu apartamento, creo.

—¿Desde cuándo nos ha preocupado lo que es «normal» o deja de serlo?

—Puede que sea el momento de empezar. Nos hacemos mayores.

Las dos suspiramos lo suficientemente fuerte como para que se oyera. Era lo que me hacía falta, respirar hondo para no perder la calma.

—Mira, ya lo capto —dijo—. ¡De verdad, lo capto! Resulta muy, pero que muy duro, dar ese salto en el vacío y confiar de verdad en alguien, sabiendo que eso puede herirte. Pero no podemos quedarnos escondidas durante el resto de nuestras vidas solo porque nos salpicaran de mierda cuando éramos muy jóvenes. Liam me lo ha demostrado. Bueno, él y unos ocho años de terapia. ¿Sigues oponiéndote a la idea de contarle a alguien lo que pasó?

—Val. —Me invadieron recuerdos llenos de sangre. De mucha sangre. Un cuarto de baño prácticamente inundado de sangre. Me dio una arcada. A mi mente no le hizo ninguna gracia el vívido recuerdo de aquel nauseabundo olor metálico—. Te ocurrió a ti, no a mí. Yo no necesito superar nada.

—Tonterías.

—Ahora no puedo hacer eso.

—Tenemos que hablar de esto, y muy en serio.

Llamaban a la puerta. El momento perfecto.

—Tengo que dejarte. Debe de ser él —dije.

—¡Ni se te ocurra colgar ahora!

—Tengo que dejarte.

—Alexandra Marie Parks, no te atrevas a...

—Te quiero. Dale recuerdos de mi parte a Liam. Adiós. —¡Clic! Fin de la llamada. ¡Buuf!

Más llamadas a la puerta.

El día acababa de comenzar y ya empezaba a estar hasta las narices de la gente, incluso aunque se tratara de mi querida Val y del agradable Joe. Abrí la puerta e intenté dedicarle una sonrisa, procurando comportarme educadamente. Pero, en realidad, seguro que lo que me salió fue una mueca. Sin embargo, nada más verle, desaparecieron el cansancio y la sensación de asco que me había invadido hacía solo un momento. Quizá tuviera guardada una varita mágica en la barba.

—Hola.

—Hola. —Me miró, con las manos metidas en los bolsillos, y de forma absolutamente inexpresiva—. ¿Qué tal lo llevas?

—Normal.

Ninguno de los dos se movió.

—¿De verdad? Pues tienes todo el aspecto de estar un poco cansada —dijo, golpeándose la sien derecha con el pulgar— ¿Eres la que considera que «la franqueza lo es todo en la vida» o he vuelto a equivocarme de puerta?

Levanté la barbilla.

—Muy bien. ¿Seguro que estás preparado para conocer la terrible verdad?

—Dispara.

—Soy un auténtico cubito de basura —confesé—. Un caso perdido. Puede que olvidara decirte esto en los correos que te mandé. Una tipa rarísima, con más manías de las que soy capaz de recordar. Entre ellas, la de evitar a toda costa mantener una relación normal y natural con un hombre, aunque me guste. Dentro de mi mente, las relaciones románticas y el compromiso son conceptos parecidos a la peste negra. Lo digo por si todavía no lo habías adivinado.

—Parece que estos días nadie lo tiene fácil. Todo el mundo tiene sus propios problemas. —Dijo todo esto sin pestañear siquiera—. Llevo años sin salir en serio con nadie, concretamente desde que las cosas se fueron a la mierda con mi novia. Estuvimos juntos durante mucho tiempo, y parecía que la relación era sólida, para toda la vida, pero... las cosas cambian. Lo que pasa es que a mí me cuesta mucho cambiar a su ritmo. Después, bastante después, le mentí por Internet a una mujer, haciéndome pasar por ese imán de

coños que es mi hermano, con el único objetivo de llamar su atención porque pensé que era divertida y agradable, y me apetecía seguir en contacto con ella. Sabe Dios lo que puede terminar saliendo de esto.

Sonreí a mi pesar.

—¿Conque divertida y agradable, eh?

—Y guapa. Condenadamente guapa.

¡Qué Dios me ayudara! Me estaba poniendo colorada.

—Al mismo tiempo, también intenté hacer el papel de pacificador familiar y de lograr que todo el mundo fuera feliz como una perdiz —continuó, sacándome momentáneamente del apuro—. Pero no ha funcionado.

—Interesante —dije, apoyándome contra la puerta con la cadera—. Tú intentas agradar a la gente mientras que yo huyo de ella.

Me observó con sus oscuros ojos.

—O al menos en eso consiste mi problema, según Valerie.

—¿Crees que tiene razón? —preguntó.

Me encogí de hombros mientras refugiaba la mirada en la moqueta.

—Ha ido a terapia durante mucho tiempo, así que supongo que sí que la tiene. Sería lo normal.

—Mmm. Yo no veo por qué esas dos cosas deban ir de la mano. Quiero decir, ir a terapia y tener razón.

—Por cierto, él no es más atractivo que tú. —Arrugué la frente—. Simplemente, ya sabes... llama la atención de entrada.

No dijo nada. Aunque me pareció vislumbrar un cierto brillo en sus ojos.

—Te he dicho que no lo es —repetí inmediatamente—, así que no pienses que te estoy engañando. Es como comparar una buena *pizza* con la comida china para llevar: a su manera, las dos están bien, ¿entiendes?

—¿Me estás comparando con la comida china, y encima para llevar? —Separó las cejas ligeramente.

—¡Naturalmente que no! En la metáfora que he utilizado tú eres la *pizza*, por supuesto.

Me guiñó el ojo.

—Ah, entonces de acuerdo.

—Una *pizza* gourmet, de corteza fina y crujiente. Estoy hablando de calidad suprema.

Asintió.

—Eso sí que puedo soportarlo.

—Muy bien. ¿Vas a pasar o no?

—Sí, señora —dijo, esquivándome para entrar en la habitación—. ¿Al fin vamos a ir hoy al aeropuerto?

—¡Qué remedio! —Cerré la puerta, puse el teléfono móvil encima de la mesa y volví a mirar la vista del lago que proporcionaba el ventanal. El agua tenía un color azul prístino y el cielo estaba absolutamente despejado. Dentro de mí azuzaba esa urgencia absurda de querer saber qué era lo que pasaría a continuación. ¿Y si me quedaba y...? Bueno, «y si» en general. Al diablo. Dejé que mi boca actuara por libre—. Pero es que hace un tiempo tan magnífico...

—Sí —dijo él con precaución—. Hace buenísimo.

La tensión podía cortarse con un cuchillo y servirse en rodajas. Desagradables, pero sólidas. Moví las manos al tiempo que hablaba.

—Sería una lástima ir al aeropuerto para estar sentada en el vestíbulo esperando, haciendo un día como el que hace.

Empezó a dibujarse en sus labios una sonrisa esperanzada. O a mí me lo pareció.

—Sí, sería una pena.

—¿Y si me quedara un poco más?

Se encogió de hombros.

—Por mí, estupendo.

Mi teléfono móvil empezó a vibrar.

—Deja que me dé una ducha rápida.

—¿No vas a contestar a la llamada? —Joe se sentó tranquilamente en el sillón, cruzando las piernas y apoyando el tobillo en la rodilla de la otra pierna, a la manera masculina.

—Es Valerie, que seguramente quiere seguir la profunda conversación con la que me lleva dando la tabarra desde que me he despertado. La verdad es que ahora no me apetece nada.

—Ah. —Eché un vistazo al teléfono, que no paraba de dar saltitos, mientras yo preparaba varias prendas limpias.

—Contesta tú si quieres —dije en plan de broma.

Él no sonrió siquiera.

Las opciones para hoy eran o unos *jeans* o leotardos negros y falda. Tengo buenas piernas. Bastante trasero, pero buenas piernas. Así que decidido, leotardos y falda a juego. Y también un blusón rojo muy moderno, con un

bonito bordado en la parte de arriba. A las chicas nos gusta arreglarnos un poco de vez en cuando. Sentirnos guapas. Es normal.

—No tardaré —dije, dirigiéndome al baño.

Sacó el móvil y se echó hacia atrás en el sillón. Parecía relajado.

—No te preocupes. Lo que haga falta.

El primer almacén, que era una de las opciones para construir uno de los apartamentos, estaba lleno de herramientas. Situado encima de un local comercial, ahora vacío, estaba justo en el extremo del edificio contrario al Dive Bar. Si a Joe le apeteciera vivir ahí, podría hacer todo el ruido que quisiera sin molestar a nadie.

Había una partición que, en su momento, probablemente dividía la oficina en dos despachos. El pequeño cuarto de baño era una ruina, estaba lleno de arañas y de moho.

—Aquí vendría bien una cocina empotrada —murmuró André. Él, Joe y Pat estaban alrededor de mi ordenador portátil, mirando los diseños.

—Sí. Así habría mucho más espacio. —Joe sacó una goma del bolsillo y se hizo una cola de caballo para sujetarse el pelo—. Creo que lo de la ducha al nivel del suelo también es una idea estupenda. Así no hay obstáculos con los que tropezar, queda muy lineal. No tendría problemas para construir esto.

—Muy bien —dijo André.

Hoy Pat no tenía un aspecto tan siniestro. Solo se le veía triste. Y deprimido, creo. Apenas hablaba y tampoco sonreía. Tras la breve charla telefónica que había mantenido con Nell y el vertiginoso paso por la cocina de la noche anterior, la verdad es que no era capaz de imaginármelos juntos. Ella parecía muy animada, llena de vida.

Empecé a pasear entre las herramientas, solo para echarles un vistazo. Había una caja roja abierta que contenía un montón de cosas. Encima de un cuaderno vi un medidor láser y una cinta métrica, un martillo, una sierra y, ¡oh, por Dios, una almádena! Nunca había visto una maza de hierro tan potente.

Los tres amigos seguían muy concentrados, hablando sobre los diseños...

Procurando no hacer ruido, agarré la gran maza y la moví un par de veces. ¡Qué pesada era! Me pregunté que se sentiría cuando se golpeará algo con ella, por ejemplo una pared, reduciéndola a puros escombros.

—Álex —dijo Joe, que me estaba mirando con fijeza.

—¿Sí? —Inmediatamente dejé de mover la maza. Me sentí como una niña a la que hubieran sorprendido robando golosinas—. ¡Hola!

Durante unos instantes no dije nada, limitándose a mirarme de esa forma tranquila y pensativa tan habitual en él. Después señaló el tabique de la partición.

—¿Qué? —pregunté, mirando hacia la pared que estaba señalando.

—Golpéalo.

Abrí mucho los ojos.

—¿Hablas en serio?

—En cualquier caso hay que derribarlo —dijo—. Dijiste que querías participar en el trabajo, ¿no? Aprender algo, creo recordar.

—Sí.

Se levantó, fue hacia la pared en cuestión y le dio un par de golpes con los nudillos.

—No contiene ninguna viga maestra, ni ninguna conducción, ni nada que deba mantenerse. ¡Dale!

Sin añadir nada más me pasó unas gafas de seguridad. Las tomé y me las puse, sintiéndome la mar de entusiasmada. Después levanté la enorme maza y le miré con una sonrisa insegura. El tipo de sonrisa que le diriges a un hombre cuando crees que habla en serio pero no estás segura al cien por cien. Dada mi experiencia vital y todas esas cosas, probablemente me estaba tomando el pelo.

André negó con la cabeza y sonrió.

—¡Déjala en paz, Joe! Está guapísima. Si empieza a dar mazazos la ropa se le llenará de polvo y de porquería.

Interesante. Pat no abrió la boca.

Por su parte, Joe miró con cierta dureza a André y después se volvió de nuevo hacia mí.

—Álex.

—¿Joe?

Se pasó la lengua por los labios. A algo ahí abajo, en mi vientre, le gustó que lo hiciera. En ese momento me pareció que tenía una boca muy bonita, rodeada de pelo dorado. Puede que me estuviera volviendo loca de atar. Más loca todavía, quiero decir. O puede que mis gustos estuvieran cambiando a velocidad de vértigo.

—Descarga tu rabia contra esa pared —dijo, mirándome intensamente, como si me desafiara.

Asentí, levanté la almádena, la eché hacia un lado, tomé impulso y golpeé la pared. Lo cierto es que el impacto fue patético. Apenas se formó una pequeña grieta. Hacía falta más impulso y golpear mucho más fuerte para conseguir algo. Muchísimo más fuerte. Algo avergonzada, volví a agarrar el mango con ambas manos, sujetándolo lo más firmemente que pude, eché la maza hacia atrás y tomé impulso. Esta vez intenté golpear poniendo la fuerza de todo mi cuerpo, y no solo la de los brazos. O sea, que lo di todo.

¡¡Crash!!

La primera capa de la pared se hundió hasta alcanzar la segunda, unos cinco centímetros hacia dentro. Incluso fui capaz de romper una viga de madera que la recorría. El aire se llenó de polvo y suciedad. Estoy segura de que, en parte, se me había posado en el pelo y en la ropa. ¿Y qué más me daba? La sensación de fuerza, la crudeza de la destrucción, todo eso me había enganchado. Ya empezaba a notar en los músculos de los brazos la brutalidad del choque. Pero me sentía bien, muy bien.

Preparé la maza otra vez y golpeé la pared de nuevo. ¡Madre mía! El agujero era enorme, o al menos eso me pareció a mí, y lo había hecho yo... ¡yo solita!

Le sonreí a Joe y él me devolvió la sonrisa. Me había estado observando con los brazos cruzados. El pobre André negaba con la cabeza tras poner los ojos en blanco, mientras que Pat me dedicó una tibia sonrisa. Más que suficiente tratándose de él.

Yo seguí a lo mío.

¡Bam! Esta para la gente que me hizo sentir inexistente, para los que no me hicieron caso o me miraron sin verme. Los que nunca dejaron que me sintiera parte de nada.

¡Bum! Esta para los que me pegaron chicle en el pelo y me empujaron al pasillo para que me viera todo el mundo. Para los que me empujaron y me pegaron.

¡Pam! Una extrafuerte para los que me torturaron metiéndose conmigo verbalmente. Y es que sus palabras, sus insultos, nunca se me iban de la cabeza. Ni siquiera después de tantos años.

¡Patapam! Y esta para los acosadores, los hijos de perra y las zorras que me molestaban a todas horas. Los que hacían que sintiera miedo solo para

poder demostrar su superioridad delante de los demás. Para todos ellos.

Seguí con la lista. Un golpe para los que me dijeron que no hiciera caso y que dejara de lamentarme. Otro para los que veían lo que pasaba y no hacían nada, los que actuaban como si fueran cosas de niños o de jóvenes, algo inherente al hecho de crecer, nada serio. Seguí golpeando, destrozando la pared, como si haciéndolo también destrozara toda la mierda que guardaba dentro. Y no paré hasta estar empapada en sudor y completamente cubierta de polvo. En ese momento casi tres cuartas partes de la pared se habían convertido en escombros que yacían esparcidos por el suelo. Me dolían los hombros y estaba muerta de cansancio, pero con el alma apaciguada. Solo Dios sabe por qué, pero me había gustado, había disfrutado. La fuerza, la violencia, la capacidad de intervenir y cambiar de manera física lo que me rodeaba. Y Joe ahí, mirándome y sin intervenir, dejando que hiciera lo que quería hacer. Seguro que, de no estar él allí, también habría utilizado la maza, pero el hecho de que estuviera mejoró las cosas.

Dudo que la terapeuta de Valerie hubiera aprobado esto. Pero yo me sentía mejor que hace muchísimo tiempo, casi ni recordaba cuánto.

No sé el tiempo que me pasé mirando los escombros, echando tragos ansiosos a la botella de agua que me había pasado Joe y disfrutando del momento. El sexo con extraños no podía ni compararse con esto en cuanto a liberación del estrés. Tal vez en otra vida había sido una guerrera vikinga o algo parecido.

En algún momento, durante la salvaje destrucción de la pobre pared, seguramente salpicada de gritos y gruñidos nada femeninos, Pat y André se habían esfumado. Por lo que podía ver, solo Joe se había quedado a contemplar el espectáculo.

—Ya —dijo, hablando por teléfono.

Por mi teléfono. Mierda. Le había dicho que podía contestar las llamadas. Claro que sí. Aunque no del todo en serio. Y él tampoco pareció tomárselo así.

Notó que le estaba mirando y no bajó la vista. La mirada fue intensa, significativa. Aunque no sabría decir cuál era el significado.

—De acuerdo, Valerie —dijo, con los ojos todavía clavados en mí.

Di un paso adelante y extendí la mano. Solo recibí como respuesta una ligera negativa con la cabeza.

—Te lo agradezco mucho —dijo—. Adiós.

—¿Era Val? —pregunté estúpidamente.

—Sí. Tu teléfono no paraba de sonar. Vi que era ella y contesté para que no te molestara.

—¡Oh!

—Antes me dijiste que podía hacerlo. ¿Te parece mal? —Me pasó el teléfono y me lo guardé en el bolsillo de la falda, ahora absolutamente llena de polvo y suciedad. Seguro que André ya no pensaba que estaba guapa y bien arreglada.

—No, no. —Al menos eso suponía.

—Así que tu primer novio te mintió, ¿no? —preguntó, mirándome de soslayo y con los ojos entrecerrados.

Mierda. Abrí y cerré la boca sin ser capaz de decir nada.

—¿También te engañó con otra?

—Pues... sí.

—Y eso te hirió mucho, ¿no?

—Exacto.

Muy despacio, Joe asintió, al tiempo que tomaba aire con fuerza.

—Y esa es la razón por la que no querías perdonarme.

—Mentir es algo muy serio —dije, echándome un poco hacia atrás. No es que tuviera ningún miedo, ni mucho menos. O al menos no a que fuera a hacerme ningún daño físico. Pero, pese a toda la intensidad que había puesto manejando la almádena, todavía se me podía herir de otras maneras, que no tenían que ver con el mencionado daño físico. Una mujer necesita protegerse también de eso, por supuesto—. Es de las peores cosas que te pueden hacer.

—Así es. Tienes toda la razón. —Avanzó un paso.

Y yo retrocedí.

—Entonces, ¿adónde quieres llegar, Joe?

Dio otro paso adelante, y yo otro atrás, hasta que tropecé con los cascotes. Fuera lo que fuese lo que le había dicho Valerie, no podía ser nada bueno. ¿Y desde cuando había decidido mi mejor amiga ponerse de parte de este hombre y en mi contra? Hablando de traiciones...

Joe se puso a mi altura, alto como una torre, con los brazos colgando a los lados y en actitud relajada. Sus ojos, no obstante, no parecían tan tranquilos.

—¿Qué edad tenías cuando tu novio te mintió y te engañó, Álex? —preguntó en un tono inquietantemente tranquilo. No confiaba en él ni siquiera un poquito.

—Era muy joven.

—Hazme un favor, Pequeña Miss Sunshine. Sé precisa.

Mataría a Valerie en cuanto la viera. La destrozaría con mi nueva arma mortal, la maza. La envolvería en plástico y la emparedaría. Algo así, como poco.

—¿Y bien? —Esperó, mirándome desde arriba con ojos críticos—. ¿Cuántos años tenías, Alex?

—Doce —murmuré entre dientes.

El tipo se puso la mano en la oreja.

—Perdona, ¿cuántos has dicho?

—¡Doce! Yo tenía doce años cuando Bradley Moore me engañó y se lio con una gorda que era amiga de su primo. —Lo que dije no sonó a la queja de una mocosa mimada, sino a otra cosa, aunque vagamente parecida: alguien que estaba soltando una excusa para evitar relacionarse de forma más cercana con ese hombre. Nada que pudiera funcionar, ni siquiera mínimamente—. Me dolió.

—Seguro que sí. ¿Cuánto tiempo llevabas saliendo con él?

—Algo menos de una semana. —Le miré directamente al pecho, cubierto con una camiseta de manga larga, que hoy era azul oscura. El color le sentaba bien, pues contrastaba con los destellos verdes de sus ojos de color pardo oscuro.

—¡Venga ya!. Esta mañana me has dicho que no te gustaba relacionarte con la gente, que la evitabas, y que eso era un problema —recordó, todavía con ese tono calmado y molesto, y mirándome escépticamente—. ¿No crees que el hecho de utilizar ese acontecimiento de tu vida, sin duda muy doloroso, que data de cuando tenías doce años, no es más que una forma de tratar de evitar una relación más estrecha?

—Podría ser. —Cambié el pie de apoyo.

—O también puede que haya algo más —dijo, como si solo se tratara de una amigable sugerencia. ¡Mierda!—. No lo digo para burlarme de tu corazoncito de doce años, eso sí, roto por la pena.

—Muy bien. En efecto, hay algo más. Lo que pasa es que no me apetece hablar de ello precisamente ahora.

Durante un buen rato no dijo nada, y se limitó a mirarme.

—Perdona que te haya mentido —murmuré—. Pero solo ha sido una mentirijilla.

No dijo nada.

¡Ojalá no fuera de esas estúpidas que no soportan los silencios prolongados!

—No confiaba en ti y me sentía presionada.

—Claro, lo puedo entender —dijo con un tono que no me gustó nada de nada—. De todas, formas, ¿cómo te sientes conmigo ahora?

—Confundida, viviendo un conflicto. ¿Y tú conmigo?

—Más despistado que un burro en un garaje.

Tuve que reprimir una carcajada.

—Mira, Álex, he estado pensando un poco sobre nuestros problemas mientras... iniciabas los trabajos de demolición del edificio.

—¿Y?

—Y... he pensado que deberíamos intercambiar nuestros problemas personales.

—¿Cómo? —pregunté, bastante sorprendida por el inesperado giro de la conversación.

—Yo suelo decirle que sí a demasiada gente —explicó—. Por el contrario, tú le dices que no a demasiada gente, así que sueles terminar sola, y te pierdes muchas cosas, yo diría que casi todo.

Lo miré directamente a los ojos.

—Y también a salvo de casi todo. No te olvides de eso.

—¿De verdad? Lo que pasa es que esa seguridad tuya es caca de la vaca, Álex, una auténtica sandez —dijo con voz firme. Incluso dura—. ¿No recuerdas lo que me dijiste en uno de tus correos, que no eras un pétalo delicado y fácil de romperse? Bueno, pues tampoco eres blanda, ni mucho menos. Te he visto en acción, y tengo muy claro que eres lo suficientemente fuerte como para enfrentarte a cualquier dificultad que la vida se le ocurra poner en tu camino. No necesitas esconderte de nada, ni de nadie.

¡Mira tú! Así que eso era lo que pensaba de mí...

—Así que sugiero lo siguiente: tienes que salir de la madriguera y empezar a decirle que sí a la gente... bueno, no a toda, pero sí a alguna.

—¿Cóm...?

—Y yo tengo que empezar a decir que no, para no dañar el equilibrio universal —me interrumpió, con una sonrisita algo sardónica—. Basta de ser siempre el chico agradable que lo encaja todo, que dice que sí a todo, que se adapta a todo y que deja que se lo jodan todo.

No me salieron las palabras. Era como si tuviera una oclusión en la garganta.

—Valerie me ha dicho que habías pensado tomarte dos semanas de vacaciones. Te propongo que te quedes aquí ese tiempo que preveías y que trabajes conmigo en este proyecto. Que nos ayudes con tus ideas sobre diseño, decoración y demás. —Paseó los ojos por la habitación—. En compensación, yo te enseñaré los aspectos básicos de la construcción, de modo que, cuando vuelvas a Seattle y, en algún momento, te compres una casa, sabrás de todo y nadie podrá darte gato por liebre. Durante ese tiempo, ambos nos pondremos a prueba, quiero decir el uno al otro y a nosotros mismos, y veremos a ver si somos capaces de salir de nuestras respectivas zonas de seguridad para enriquecernos. ¿Qué te parece la propuesta?

—¿Quieres decir que, más o menos por turnos, nos vayamos atreviendo a decir sí o no, en contra de nuestros instintos básicos iniciales?

—Sí, esa es la idea.

¡Joder, hablaba completamente en serio! Absolutamente en serio. ¿Sería yo capaz de hacer eso? ¿De ser así de valiente? En mi interior todo temblaba y se rebelaba, empujándome a decir que no para empezar. Ese era mi instinto básico: la negación. Después de todo, lo que en realidad me estaba proponiendo era que me pusiera en sus manos, aunque en cierto modo él también se pondría en las mías. Bien podría confundirlo y herirlo. Joderle la vida. Ya había fallado otras veces. Lo de creer en mí, en su caso, ni mucho menos era una apuesta segura.

—¿Y qué ocurriría si no fuéramos capaces de superar nuestro comportamiento habitual, si no fuéramos capaces, el uno, el otro o los dos de salir de nuestra respectiva zona de seguridad?

Se puso las manos en la cintura y apretó los labios.

—Sería una auténtica pena. Una verdadera mierda. No lo sé, ya veríamos. En todo caso, tendríamos que tirar para adelante.

Sentía curiosidad por este hombre. Eso como poco. Por él, por las cosas que podríamos hacer juntos, por su vida en este precioso lugar... En fin, por todo. En lo más profundo de mi alma, me arrepentiría si me marchara de aquí demasiado rápido, sin esperar a ver qué era lo que podía pasar entre nosotros. Si es que fuera a pasar algo. ¿Quién demonios podría saberlo?

—Álex, vamos. Inténtalo —dijo con gran intensidad.

Mierda.

—Si esta especie de estriptís sicológico que hemos hecho me ha demostrado algo es que los dos tenemos cosas que solucionar en nuestras vidas. Así que hagámoslo —insistió—. Si la cosa no funciona, en una semana y media tú te irás por tu lado y yo por el mío. Podremos seguir siendo amigos a distancia, como antes, pero esta vez sin suplantaciones.

Asentí despacio, aceptando dar el salto... ¿en el vacío?

—De acuerdo. Me quedaré en el hotel durante más tiempo. Veremos cómo va la cosa.

No sé por qué estúpida razón, su expresión de alivio por poco me hizo llorar. Seguramente se debía al polvo que flotaba en la habitación.

—Bueno, pues partido nuevo. Empezamos de cero. —Con mucho cuidado, me limpió la cara, pasando suavemente la punta de los dedos por la frente, las mejillas y el borde de la nariz—. ¿De acuerdo, amiga?

Podía echar a correr. Podía ir a esconderme. Hacer lo de siempre. Aferrarme a mis malos hábitos. Aunque también podía quedarme e intentar romper alguna pared de ladrillo más. Y sentir esa profunda oleada de alegría y de satisfacción.

—De acuerdo, amigo —dije—. Empezamos de cero.

CAPÍTULO 11

Enviado hace cinco semanas:

YO:

Eric, la verdad es que cuando me hablas de todos tus amigos me dejas bastante asombrada. ¡Tienes muchísimos! Lo cierto es que yo solo tengo a Val. Somos amigas íntimas prácticamente desde que tengo memoria. Me da la impresión de que debo ser alguien que solo es capaz de relacionarse a fondo con unas pocas personas. Soy sociable, al menos eso creo, y conozco a bastante gente, pero no me duran las amistades. Puede que simplemente sea más exigente de lo habitual, no lo sé. ¿Y tú, cómo eres a ese respecto?

A xx

Álex, ser exigente no es nada malo. Yo vivo en la misma zona donde crecí, por lo que conocer a casi todo el mundo es lo normal. O bien coincidí con ellos en el colegio, o bien me los crucé por el camino. Pero la verdad es que me encanta vivir en Cd'A, y no me imagino a mí mismo en otro sitio. Tuve una relación muy estrecha con una chica con la que salí alguna que otra vez en el instituto, y también después, durante bastante tiempo. Yo quería que nos fuéramos a vivir juntos, pero ella no. Demonios, la verdad es que éramos demasiado jóvenes. Era una de las mejores amigas de Nell, así que formaba parte del grupo de amigos desde siempre. Se marchó, y he

oído que vive en el suroeste, no sé exactamente dónde. Esa es la única relación realmente seria que he tenido.

XX

La gente me asustaba y las relaciones me aterrorizaban. Esa era la verdad. Pero, por otra parte, decir que sí era el mejor camino, aunque no me gustara afrontarlo.

Pese a todo, durante unas horas permanecí con el trasero pegado a una banqueta de bar, tal como había prometido. Joe me había pedido que dijera que sí a pasar una noche en el Dive Bar mientras él trabajaba. Enfrentarme a mi alergia a los sitios llenos de gente, a los lugares públicos y a tener que relacionarme. Los primeros pasos de nuestro acuerdo. Lo que todavía no había decidido era a qué tenía que decir Joe que no para mantener el precario equilibrio de la balanza universal. Necesitaba recabar más información para actuar con cuidado, pero con la suficiente inteligencia como para conseguir el efecto deseado.

—Para ti. —Eric me puso delante un plato, moviendo las manos e inclinándose como si fuera el ayudante de un mago.

—¿Qué es?

—Pelotas de cabra fritas.

Me quedé mirándolo con cara de susto.

—Pelotas de «queso» de cabra fritas. —Me guiñó un ojo. La verdad es que tenía dotes de comediante. Más que muchos actores que tenían algún que otro de los devaluadísimos Oscars de Hollywood—. Un error lo de no usar la palabra «queso» al principio. Mil perdones.

—¡Qué gracioso! —dije medio agotada, al tiempo que me llevaba una de las bolitas a la boca. ¡Estaban buenísimas! Cremosas, delicadas, perfectas... —. ¡Caramba! ¡Qué ricas!

Una mano se acercó al plato, haciendo pinza con los dedos para hacerse con una de mis delicias. Le aticé un buen golpe.

—¡Son mías!

—¡Dar es amar! —dijo Eric, frotándose el dorso de la mano.

—Pues tienes un problema, porque ni doy ni amo.

—¡Qué bruta!

Me introduje en la boca otra de las deliciosas bolitas. La comida es arte. El éxtasis.

Eric estaba muy entretenido con sus botellas multicolores, sus copas anchas y sus vasos largos. Al otro extremo de la barra Joe preparaba un pedido de bebidas para Rosie, una de las camareras. Una mujer muy guapa y agradable. Al parecer ya llevaba varios años en el restaurante y antes me había enseñado fotos de sus hijos. Eran preciosos. Tenían el mismo pelo rizado e idéntico color de piel, oscura y brillante, que su madre. Lo cierto es que nunca había prestado demasiada atención a los niños. Dada la falta de relaciones serias que caracterizaba mi pasado, no eran un asunto a tener en cuenta. Quizás en algún momento las hormonas de la maternidad empezaran a protestar. Cuando eso pasase, si es que pasaba, ya tomaría decisiones. Madre soltera, adopción o adoptar un gatito de una protectora de animales. Siempre habría un roto para un descosido.

A eso de las nueve, ya se había superado el punto culminante de las cenas en el Dive Bar, y el trabajo había cedido. Podría charlar un rato con Lydia. O acercarme a ver a Nell. También mirar tranquilamente a la gente y escuchar la música. Esta vez consistía sobre todo en *rock* alternativo. Nada de las insufribles cursiladas amorosas de la otra noche, gracias a Dios. De ser así, a eso de la medianoche los clientes yacerían en el suelo sin sentido, probablemente muertos.

—Tienes mejor aspecto —dijo Eric.

—Sí. Me encuentro mejor.

—¿Vuelves pronto a Seattle? —preguntó mientras ponía azúcar y zumo de limón en la coctelera, y también una medida de *whisky*—. Supongo que tendrás que volver al trabajo.

—Me he tomado dos semanas libres.

Tal como le había dicho a Joe, todavía era capaz de darme cuenta de qué era lo que me había atraído del perfil de Eric en el portal, pero ya no sentía la magia. Hoy llevaba una camisa tipo Oxford, pantalones negros y botas. Todo muy bonito, y además le sentaba muy bien, pero no me afectaba en absoluto. Lo de la atracción tiene su gracia. Quiero decir, lo de que prestes atención o no a una persona y te guste la idea de estar con ella, o lo contrario. Siempre había pensado que mi tipo era el de los modelos de ropa interior de Calvin Klein. ¡Qué equivocada estaba! Ahora no podía dejar de mirar a Joe, con sus botas negras, sus *jeans* raídos y su camiseta del Dive Bar.

Coeur d'Alene me estaba dando un cursillo completo y acelerado acerca de mi propia estupidez.

Eric añadió hielo a su cóctel, cerró la coctelera con el tapón plateado y la agitó enérgicamente. Después volcó la mezcla en un vaso alto, lo adornó con una rodaja de limón y una guinda y lo colocó delante de mí.

—¿Qué me estás sirviendo?

—Un *Whisky Sour*, pero sin clara de huevo. En mi opinión, ponerle eso es estropearlo.

Levanté las cejas al pensar en el aditamento que había mencionado, pues estaba de acuerdo con él. ¡Clara de huevo en una bebida, qué asco! Di un sorbo.

—Me gusta. Gracias.

—A Lydia le gustan las mezclas dulces y Nell no sale de la cerveza. Pero tú eres distinta.

La forma de decírmelo, además de su mirada, no excesivamente amigable, me hizo pensar que sus palabras no eran un cumplido precisamente.

—¿Tienes algún problema conmigo? —pregunté, levantando la barbilla.

—No lo prolongues, Álex. Simplemente vete.

Pestañeeé varias veces. Me había sorprendido con la guardia baja.

—Pareces una buena chica —dijo—. Esto no es nada personal, pero tienes que irte.

—¿Sí?

—Pienses lo que pienses acerca de las mentiras de Joe, haciéndose pasar por mí en el portal de citas, te aseguro que es una buena persona. Es obvio que le gustas, y no quiero verlo sufrir. —Se frotó las manos y esbozó una sonrisa, obviamente falsa—. ¿De acuerdo?

¡Joder!

—Así que todavía crees que estoy jugando con él. Haciéndole pagar la penitencia.

Levantó solo un hombro, igual que solía hacer su hermano.

—Pues te equivocas de medio a medio. Me gusta tu hermano. Nos hemos hecho amigos. Y aparte de eso, cualquier cosa que pueda haber entre nosotros no es de tu incumbencia.

—Tonterías. —Eric se inclinó sobre la barra, invadiendo mi espacio personal. ¡Y vaya forma de mirarme hacia abajo! Sabía cómo intimidar, eso estaba claro. Y su atractivo aún funcionaba, al menos en cierto modo. Encogí

los hombros y me sentí pequeña y a su merced, no tengo ni idea de por qué maldita razón. Ese era el motivo por el que no me gustaba salir. Por la gente como él.

—No —dije, aunque en voz muy baja pese a mis esfuerzos—. No son tonterías.

—Pues claro que sí —afirmó, con voz un tanto aburrída.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque sigues colado por mí.

Creo que puse unos ojos como platos.

—¿Cómo?

—En el portal de citas estaba mi foto, no la suya. Viniste hasta aquí por mí, no por él. —Colocó las manos en sus delgadas caderas—. Hace unos años me habría acostado contigo, independientemente de si eso hubiera molestado o herido a Joe, pero todos hemos madurado, ¿entiendes?

No era capaz de cerrar ni los ojos ni la boca. Seguro que los tres formaban círculos perfectos, tal era mi sorpresa.

—Solo para aclararlo: ¿es esta tu versión madura?

—Mi hermano es un tipo mucho mejor de lo que yo seré jamás, y no voy a permitir que le hagas daño ni que juegues con él —afirmó el muy imbécil, que lo era pese a haber empezado al menos con una verdad—. Sabes que trabaja con nuestro padre, y que se encarga de la carpintería. Ha mantenido feliz al viejo con su sueño empresarial, Collins e Hijos, pese a que yo lo dejé en la estacada. Cuando le pedí dinero para invertir en el restaurante me lo prestó. Jamás me ha pedido intereses, ni me ha presionado para que se lo devuelva, ni tan siquiera una vez en tres años. Y en el momento en que le dije que, de manera accidental, había dejado embarazada a Nell, allí estuvo para apoyarme. Siempre me ha ayudado, en cualquier circunstancia. Ha habido muchas mujeres a las que yo les gustaba que lo utilizaban a él para acercarse a mí, y él lo sabía. Pero esos días ya se han acabado. Esa forma de comportarme se ha acabado. ¿Me entiendes?

—Sí.

—La verdad es que, a tu manera excéntrica y extraña, resultas agradable, pero... no estoy interesado —declaró, y después elevó un poco el tono de voz—. Mi hermano es un buen hombre y se merece lo mejor. Así que vete a casa, Alex.

No dije nada.

Afortunadamente, Eric no buscó una respuesta en ese momento. Se secó las manos con un trapo limpio y se dirigió al restaurante, dejándome degustar mi cóctel y masticar su discurso. No podía desecharlas por completo, sino solo en parte, pese a que me apetecía olvidarlas del todo.

—¿Va todo bien? —El chico de oro se acodó en la barra. Se había recogido el pelo con una coleta, lo que permitía apreciar mejor su cara. Eso me gustaba. Mucho. ¡Madre mía, últimamente estaba comprobando que me gustaban muchísimas cosas de él! Y eso de estar aquí sentada, poniéndome alegre poco a poco a base de cócteles y cervezas y viéndole moverse con total eficiencia al otro lado de la barra no ayudaba nada a mantener a raya mi libido.

—Sí, claro. —Me estoy tomando un *Whisky Sour*.

—¿Y te gusta?

Di otro sorbo.

—No está mal.

—Te he estado observando —confesó.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Has hablado por lo menos con cinco personas reales, vivas y que respiran. Cara a cara, incluso. No por Internet. Buen trabajo.

—Bueno, a una de ellas habría que eliminarla de la ecuación. Era un chico que se ha disculpado porque, al tropezar, ha estado a punto de tirarme encima la bebida que llevaba.

—¡Para nada! —me contradijo Joe con total seguridad—. Intentaba flirtear contigo. Pero alzaste el hombro en plan defensivo y me da la impresión que eso le hizo perder el valor. Hacerle ese gesto a un hombre es como echarle agua helada en la entrepierna.

—¿En serio? —pregunté, levantando las cejas. La verdad es que iba de sorpresa en sorpresa—. Creo que mi detector de interacciones humanas todavía está hibernando.

—Ahí sentada, con esos *jeans* negros tan ajustados y el jersey, tienes un aspecto de lo más sexi —dijo sonriendo—. ¿Crees que la gente no se da cuenta?

—¿Te parezco sexi?

Joe me miró en silencio durante un momento.

—¿Qué pasa, que a los amigos no se les permite pensar que sus amigas están y son guapas?

—Bueno, creo que eso no rompe ningún acuerdo de amistad —contesté sonriendo—. Ojo, tienes un cliente.

Golpeó la barra con los nudillos y fue a atender al último cliente. Cuando se inclinó para sacar la bebida del frigorífico que había bajo la barra, los *jeans* marcaron su trasero y los muslos que tenía. Estaba muy bien. Sexi, diríamos. Y cuando se estiró para alcanzar una botella de licor de las estanterías de arriba, la camiseta del Dive Bar se estrechó alrededor de... en fin, de los músculos del torso, de los hombros y de los brazos, que no recordaba cómo se llaman. ¡Mierda, qué desastre de memoria! ¡Lo sabía, estoy segura! Estupendo. Ahora me estaba poniendo tonta con ese atractivo que desprendía. Muy tonta. Bueno, lo que fuera.

Por otra parte, me daba la impresión de que lo mucho que había bebido me estaba llevando a querer algo más que ser solo una amiga. ¡Ah, el alcohol! El mejor lubricante social, pero que suele empujarnos a que tomemos decisiones equivocadas. Sobre todo en lo que se refiere a personas del sexo opuesto. Que se lo preguntaran a la pobre Nell...

Cuando se dio la vuelta, me miró y me dirigió una sonrisa breve. Inmediatamente se aproximó a él una morena de pelo rizado, bastante guapa. Puso las manos sobre la barra, le dedicó una sonrisa demoledora y se inclinó hacia delante. Varias mujeres habían hecho lo mismo esa noche. Hablaron un momento y Joe le sirvió una cerveza de barril. Después ella pagó y Joe le dio el cambio con una pequeña inclinación de cabeza. Transacción finalizada. La morena regresó a la mesa en la que estaban sus amigos. Eso sí, después de varias oscilaciones de rizos.

Mientras tanto, Joe había sacado otra botella y estaba vertiendo su contenido en la coctelera. Los tatuajes de sus brazos cambiaban de aspecto conforme agitaba aquella cosa. Inmediatamente vertió la mezcla en un vaso y lo adornó con una rodaja de limón y una guinda.

—El noveno —dije en cuanto llegó a mi lado y dejó el cóctel frente a mí para reemplazar el que me había acabado.

—¿El noveno qué?

—Ha sido el noveno par de tetas que se ha ofrecido a tu vista desde que estoy en la barra, si es que no me he perdido ninguno mientras hablaba con tu hermano o tus compañeras. Y gracias por la copa.

Se rio.

—¡Lo digo en serio! —Me puse de pie, apoyé las manos en la barra y me

incliné hacia delante—. Esto se hace con toda la intención, está clarísimo. ¡No me digas que no lo sabías! En mi caso, tienes que forzar la imaginación y pensar que llevo una camiseta con escote, o una camisa con tres o cuatro botones desabrochados, como la morena de hace un momento. Y naturalmente, también tienes que imaginarte que hay algo más de lo que yo puedo ofrecer.

Su mirada pasó del pecho a la cara.

—Haz eso otra vez, Álex, por favor.

—¡Ja, ja! —Una vez repetida la demostración, me volví a sentar en la banqueta y eché un buen trago de la copa. Había llegado al momento divertido del consumo de alcohol. Ya sabéis, cuando el cuerpo se nota relajado y suelto, y la lengua también.

—Gracias por decir que soy sexi —dije. No le miré a los ojos, porque tampoco hacía falta ponerse tan sentimental.

—Gracias por fijarte en las mujeres que me tiran los tejos.

—Nueve pares de tetas frente a un tipo al que rocié la entrepierna con agua helada, en sentido figurado, claro. Creo que me has ganado por goleada.

—Me metí la guinda en la boca y empecé a masticarla. Me encantó su dulzor —. Entendería que quisieras desaparecer con una de ellas, o con unas cuantas.

Lo entendería, pero no me gustaría. Nada.

Se quedó quieto un momento mientras me miraba.

—Soy un hombre, y soy hetero, así que me resulta difícil no mirar un par de tetas cuando me las ponen justo delante —afirmó—. Pero si piensas que esta noche he dedicado mi atención a alguna otra mujer que no fueras tú es que eres tonta, con perdón. Vamos a estar juntos. Hemos llegado a ese acuerdo.

Pestañeeé, algo sorprendida por su reacción.

—¿De acuerdo?

—Relájate, Joe. No es que estuviera celosa o algo así. —Y volví a pestañear, porque mi lengua suelta volvía a conducirme Dios sabe adónde. No había dicho en ningún momento que le pareciera mal que me fijara en su forma de actuar, ni tampoco que quisiera algo más. No obstante, yo no podía dejar de fijarme en su sonrisa, en los dientes, tan blancos que casi brillaban, en los labios carnosos y rosas y, ¡mira por donde!, en la barba rubia, casi dorada. Por poco me caigo de la silla al darme cuenta de lo mucho que me

atraía. Definitivamente, estaba muy alegre.

—¿Te estás mareando? —preguntó.

—No —contesté riendo—. Simplemente estoy un poco bebida y, por tanto, alegre, pero aún en zona de control. No hay peligro, de momento.

—De acuerdo.

—No me pondré tristona y pesada, te lo prometo.

—Puedes ponerte como quieras. Eso sí, me alegra mucho verte relajada y contenta. —Se inclinó un poco más hacia mí—. Entre tú y yo: a veces estás un poco tensa.

—Lo cual me hace extraordinariamente atractiva y misteriosa, lo sé, muchas gracias.

—Absoluta y jodidamente. —Tenía la sonrisa en los ojos. Era delicioso verle. Como siguiera así sería capaz de dedicarle un soneto, o de cantarle una canción de amor tipo Vaughan—. No me has dado tiempo a decirlo, pero era lo que estaba pensando.

—Pues me parece bien —dije, ahuecándome el pelo—. Porque si no hubiera tenido que ponerme dura.

—Bueno, creo que podría resistir que te pusieras dura conmigo, y hasta disfrutar con ello —dijo con sonrisa pícaro.

Durante un rato dejamos de decir tonterías y simplemente nos miramos. Noté que, pese al alcohol ingerido y a lo mucho que me gustaba, en mi estado de ánimo predominaba la confusión. Y entonces, así sin más, se fue a hablar con Eric.

¡La madre que los parió a los dos!

¿Qué diablos me pasaba? En serio... Ni siquiera había empezado a tomar la suficiente cantidad de alcohol como para comportarme como lo estaba haciendo. Los dos hermanos hablaron de lo que fuera que tuvieran que hablar e inmediatamente Joe volvió conmigo, frotándose esas manazas que tenía.

—Bueno, ya podemos irnos —dijo—. A no ser que quieras quedarte un rato más, claro.

—No, no. Me parece bien.

Con la cabeza un poco vacilante, me bajé de la banqueta y recogí mis cosas. Nos despedimos con un gesto de Lydia, de Nell y de todos los demás y empezamos a avanzar entre las mesas en dirección a la puerta. En el cielo, la luna, en cuarto menguante, estaba bastante alta, las estrellas brillaban y hacía frío.

—¿Lo has pasado bien esta noche? —preguntó mientras nos dirigíamos a su furgoneta.

—Sí.

—Me alegro. —Abrió la puerta del asiento del pasajero y la sostuvo para que entrara.

—Gracias. —Me monté y sentí algo de frío en el trasero, pese a los leotardos y el resto de ropa.

—De nada.

Inmediatamente después estábamos atravesando las tranquilas calles de Coeur d'Alene, en dirección al hotel. Con la calefacción, tanto las manos como la cara me entraron en calor rápidamente. Lo cual me recordó que...

—Nell me ha dicho que en su casa todavía no funciona la caldera.

—Sí —dijo—. Pero no pasa nada. Dormiré en el sofá del salón. Creo que ya he abusado demasiado de tu hospitalidad.

—No me importa.

—¿Seguro que no quieres privacidad?

—No, está bien. Me harás compañía.

—De acuerdo —dijo sonriendo.

Observé como las luces de los semáforos dibujaban sombras en los ángulos de su cara y en la frente. Era extraño comprobar como había aprendido a admirar su masculina belleza, redefiniendo, o tal vez ampliando, mis gustos al respecto. Puede que el atractivo de cierta gente vaya de dentro afuera, en lugar de lo contrario. Eso es bueno. Su forma de comportarse y de hablar era lo que constituía su atractivo, no solo el aspecto físico, que también, aunque no a primera vista, y menos en una foto. Pero ahora tenía claro que su físico y su cara eran impresionantes, aunque tan impresionante o más me resultaba su forma de ser, la persona que se escondía bajo la piel. Y también era más importante. Lo otro era belleza y atractivo precederos, no durarían. Supongo que en eso radicaba la diferencia entre lo que yo hacía con los desconocidos, algo así como rascarse un grano cuando te pica, y los lazos que estaba estableciendo con este hombre. Que no eran lazos fáciles de desatar. Era como si no me hubiera lavado la cabeza hacía mucho tiempo y me resultara imposible desenmarañarme el pelo.

¡Mierda, qué metáfora tan horrible!

En el bar había flirteado conmigo, con una amiga que, supuestamente, no era su tipo. Y lo había hecho con todas las de la ley. La verdad es que no

sabía qué hacer, cómo comportarme. En condiciones normales, Valerie sería la primera persona a la que llamaría. Pero tenía claro que ella me empujaría hacia él, independientemente de las posibles consecuencias. Además, con él a mi lado la conversación sería un tanto incómoda, y me quedo corta. No obstante, pese a los dos cócteles y las cervezas, tenía muy claro que por su parte había un interés, no eran imaginaciones mías.

Pero como decía constantemente mamá, siempre es mejor estar segura.

—¿Cuáles son los planes de trabajo para mañana? Me refiero a las obras de reforma —pregunté.

—Eliminar todo lo que hay y dejar el espacio vacío y listo para empezar a reformar.

Asentí.

—¿Así que habrá trabajo de maza?

—¡Sí, claro! —Me miró con el rabillo del ojo—. ¿Te apetece?

—¡Por supuesto! No puedo esperar a volver a tener en mis manos esa pedazo de almádena.

—Estupendo —dijo, mirándome de nuevo inquisitivamente.

Le dediqué una sonrisa agradable, aunque tal vez un poco insípida.

Sí, claro, amigos. Los dos podíamos seguir jugando a ese juego de flirteo eternamente, pero se lo iba a poner difícil. Me di la vuelta en el asiento, todo lo que me permitía el cinturón de seguridad, y lo miré lo más directamente que pude.

—¿Te apetecía hacerlo conmigo, Joe?

—¿Qué has dicho? —Me miró con los ojos abiertos como platos.

—Lo que he hecho esta mañana. Me lo pase muy bien —dije enfáticamente—. ¿Lo volveremos a hacer?

Una pausa.

—Claro.

—Fantástico.

Otra mirada interrogativa.

—¿Algo va mal? —pregunté cortésmente.

—No, qué va. —La nuez le subió y le bajó mientras tragaba saliva, se removía en el asiento y me lanzaba miradas claramente inseguras. El pobre ni siquiera empezaba a entender la locura que había desatado con sus pequeños avances. ¿Ponerme dura con él? Tenía la libido desatada y sería capaz de sobrepasar ese nivel con suma facilidad. Ya bastaba de esconderse, de

negarse, de pasear por los bordes de la vida. Era el momento de dar un paso hacia delante y de ser valiente. Por lo que respecta a Joe Collins, estaba más que preparada para decir que sí a lo que fuera.

—Es solo que... —empezó—. Bueno, no importa.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras aparcó en un sitio libre, a poca distancia del hotel. Me incliné y puse la mano sobre su muslo cubierto de denim. Noté la tensión de sus músculos bajo los dedos. Los acerqué un poco hacia sus partes. ¡Qué desvergonzada!

—Gracias por esta estupenda noche, Joe. Estoy muy contenta de que hayamos decidido ser amigos. Porque tú, caballero, eres un amigo estupendo.

—Muy bien. Me alegro. —Frunció el ceño—. ¿Me puedes decir otra vez cuánto has bebido?

—No lo suficiente, por descontado. ¡Vamos de prisa a la habitación del hotel para que pueda beber más! —exclamé, al tiempo que abría la puerta.

—De acuerdo. —Me siguió con las manos metidas en los bolsillos, a uno o dos pasos de distancia. Me dio la impresión de que no le gustaban mis cambios de humor ni la volatilidad de mis sentimientos. ¡Qué cosas!

Saludé con una inclinación de cabeza al recepcionista y apreté el botón del ascensor, cuya puerta se abrió inmediatamente. El pequeño espacio estaba decorado con espejos y con marcos de madera antigua. Mientras el elevador ascendía lentamente, los dos nos apoyamos contra la pared.

—Joe, la verdad es que no puedo esperar a hacerlo contigo, tirar paredes, aporrear y atornillar hasta que me quede sin fuerzas —dije sonriendo—. ¿Te suena bien?

Se limitó a dirigirme desde las alturas una mirada bastante seca. La expresión de su agraciada cara era de absoluta confusión. El reducido espacio hacía que pareciera todavía más grande, aún más impresionante de lo habitual. En cualquier caso, yo no iba a seguir encerrada en mi caparazón, ni me iba a esconder entre las sombras. Habíamos quedado en que trabajaríamos también con sus problemas, así que era hora de ponerse a ello.

No obstante, mi osadía empezó a menguar, y apenas fui capaz de mantenerle la mirada. El tipo me afectaba de todas las maneras posibles.

—Me resulta duro, y he de decir que esta vez no pretendo hacer ningún juego de palabras, como hace un momento. Y es que a veces me da la impresión de que solo quieres que seamos amigos —dije—. Pero otras veces flirteas abiertamente conmigo, y me desconciertas. No es nada raro, ya lo sé,

porque las relaciones y los juegos sociales no son mi fuerte o, más concretamente, no sé de qué van. Pero creo que he entendido bastante bien lo que pretendías.

El ascensor se detuvo con el típico chasquido y las puertas se abrieron. Salí primero, y noté inmediatamente detrás de mí su barbuda masculinidad, aún sin verla. Por alguna razón, su habitual amabilidad y simpatía estaban desaparecidas en combate. No obstante, su persona irradiaba tensión, incluso intensidad, por todos los poros.

En todo caso, si él no quería, yo sí. Sin la menor duda.

Ya dentro de la habitación encendí solamente la luz de la mesa y de las mesillas, no las de techo ni las de pared. Me sequé las manos, bastante llenas de sudor, contra las perneras de los *jeans*.

—Vamos a ver: lo que me dijiste en el bar acerca de ponerme dura contigo... ahora que lo pienso, sonó como una especie de desafío.

—¿Sí?

—Sí.

Con los brazos colgando a los lados del cuerpo, se limitó a mirarme sin decir una palabra. ¡Capullo!

—Así que dime. —Me quedé de pie junto a la cama, mirándolo de frente. Todo mi cuerpo estaba tenso y alerta—. ¿Qué está pasando, Joe?

Alzó los hombros y dejó escapar un profundo suspiro.

—Esta noche me he dado cuenta de una cosa.

—¡Vaya! ¿De qué?

—Pues de que estaba cayendo de nuevo en los viejos hábitos. Haciendo lo fácil, en lugar de hacer lo que de verdad quería hacer.

—Explícate.

—Fue justamente antes de que, figuradamente, arrojaras hielo a las partes de ese tipo.

—Seguro. Me di cuenta de lo mucho que te seduce la suavidad de mis movimientos —dije, con voz ligeramente burlona. Tenía las entrañas a punto de arder. Puedo jurar que notaba que, de un momento a otro, las glándulas sudoríparas empezarían a trabajar a tope. El tipo me atraía de forma indescriptible. Y también tenía los nervios en alerta máxima.

Hizo un gesto con la comisura de los labios.

—¿Te acuerdas cuando dijiste que no estabas celosa?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues porque yo sí que lo estaba.

¡Caramba! Eso me dejó sin palabras.

—Ahora lo que toca es que confieses que tú también lo estabas —propuso.

—No creo que resulte necesario que lo haga tan explícito. Ya sabes, miento muy mal.

—Eso es verdad —concedió—. De todas formas, te pasé a ti el testigo para que decidieras qué era lo que querías. Para que fueras valiente y movieras ficha.

Reí con suavidad y negué con la cabeza. La verdad es que los hombres son bastante bobos.

—¿Mover ficha? No se trata de eso. Como te he contado, una vez que hay sexo de por medio, además de amistad y una buena relación, las cosas se ponen más difíciles, los sentimientos se exacerban, etc. O sea, todo se complica.

—Sí, probablemente —afirmó, con el tono más profundo que había utilizado desde que lo conocía. Como si su voz procediera de debajo de la tierra, o algo así.

—¿Qué pasaría si las cosas fueran mal?

—Pues que volverías a tu vida habitual en Seattle y te olvidarías de mí.

—Dudo mucho que la cosa vaya a funcionar. —Pese a que mi cerebro no trabajaba a plena potencia en ese momento, estaba casi segura de que las probabilidades de que yo olvidase a Joe Collins a corto, o incluso a medio plazo, eran escasas. Como máximo, un dos o un tres por ciento. Tendría que producirse un episodio de amnesia aguda, una abducción por parte de extraterrestres, o algo en esa línea. No iban a servir para olvidarle o reemplazarle con algunos escarceos sexuales con tipos cuyo nombre ni recordaría al día siguiente. No, en absoluto.

—¿Quieres que me vaya?

—No. —Respondí casi antes de que acabase de preguntar.

Por poco se me vuelve el estómago del revés ante la sola idea de que se marchara, mientras que más abajo todo se había vuelto ansioso hasta casi el dolor. Ya que habíamos llegado hasta aquí, no había vuelta atrás. Él quería que fuera yo la que moviera ficha. Muy bien. Sin más preámbulos, me quité el jersey por la cabeza y lo arrojé al suelo. Gracias a Dios que había puesto en el equipaje ropa interior buena. El corazón me latía en el pecho al doble de la velocidad habitual.

Ya me había visto antes medio desnuda, pero ahora la atmósfera era radicalmente distinta. Paseó la mirada por mi cuerpo, y noté que se le movían las aletas de la nariz al contemplar el sujetador negro de aros.

Me pareció que era una reacción adecuada.

El problema es que no hizo nada más. Simplemente se quedó allí de pie, contemplándome como a un cuadro en una exposición. ¡Ni siquiera se había quitado el maldito abrigo, joder! Algunos mechones de pelo habían escapado de la coleta y le caían sobre la cara y el musculoso cuello. Su cuerpo, grande y sólido, parecía estar adherido al suelo, como si se hubiera quedado helado, aunque con excepción de las manos. Los fuertes dedos se abrían y se cerraban, una y otra vez.

—¿Joe?

Me acerqué a él unos centímetros. ¡Cuánta valentía, sí! Me resultaba imposible ver la expresión de sus ojos. Tendría que haber encendido más luces, pero había algo en mí que me empujaba a preferir la penumbra. Algo relacionado con los sentimientos, quizá con los complejos, aunque en ese momento prefería no pensar en ello. Ya no. Normalmente, yo no era nada cohibida en la cama. Mi cuerpo tenía sus defectos, como el de todo el mundo. Pero bajo ningún concepto me encerraría en una burbuja y dejaría de disfrutar de las cosas buenas que ofrece la vida. ¡De ninguna manera! Esa no era una de mis neurosis, ya tenía otras, bastantes de hecho.

Pero a lo que vamos: él ni se había movido, ni un milímetro.

Puede que esto de que uno de nosotros, yo en este caso, fuera la que corriera todos los riesgos no resultara tan mala idea después de todo. Durante muchos años yo había sido una especie de eremita. Decir que no a las cosas que potencialmente podían alejarme de mi zona de seguridad me había funcionado. Mierda. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Salir corriendo y esconderme, o intentarlo a fondo?

—¿Joe! ¿Estás ahí?

Se pasó la lengua por los labios, pero no habló. Igual había cambiado de opinión.

Mientras tanto, fue como si a mí me diera un repentino ataque de asma. Se me hacía cada vez más difícil respirar, con todas las emociones que se iban acumulando en el pecho. Deseo, miedo, y sí, también mi vieja conocida, la perplejidad, el no saber a qué atenerme. Las costillas ya no podían contener todo eso. De un momento a otro el corazón y los pulmones estallarían, o al

menos renunciarían a seguir funcionando.

Y él allí, quieto como una estatua y sin decir nada.

—He movido ficha —dije, nerviosísima—. Ahora te toca a ti.

No dijo una sola palabra. Simplemente me abrazó.

CAPÍTULO 12

Enviado hace cuatro semanas:

Hola, Álex:

¿Qué tal fue tu cita? Espero que fuera un tipo horrible, que tuviera halitosis, que le sudaran las manos y que solo fuera capaz de hablar de botánica durante toda la noche. O sea, que espero que lo pasaras bien. Sí, eso era lo que quería decir. ¿Pasa algo?

Gracias por tus buenos deseos. No estoy segura de si debo hablar de esto contigo, por alguna razón me parece raro... Pero en fin, adelante: el botánico olía bien y tenía las manos secas, gracias por tu interés. Pero seguramente te gustará saber que entró en muchos más detalles acerca de la vida sexual de las orquídeas de los que yo estaba interesada en conocer. La verdad es que me pareció poco apropiado que lo describiera tan a fondo. Casi llegué a la conclusión de que era un pervertido de las orquídeas, si es que tal desviación sexual existe. No hablaba más que de estambres y pistilos. ¡Una noche rara, la verdad! Pero al menos la cena estuvo bien en lo que concierne al aspecto culinario.

A xx

Me acarició el pelo con los dedos y me cubrió la boca con la suya, cálida y hambrienta. No iba despacio. Todo lo contrario, así que se produjo una

especie de choque entre dos vehículos, una colisión en toda regla. Su lengua ávida, mis manos intentando quitarle el abrigo, y después tirando de la camiseta. Deslizó una mano por mi espalda, recorriendo la columna, y después me agarró del trasero y me levantó, mientras con la otra frotaba la base de la cabeza.

Unos pelillos de la barba me rozaron la base de la nariz y me eché hacia atrás para estornudar.

—Perdón —murmuré.

—¿Estás bien? —preguntó. Me pareció que tenía los ojos más oscuros que nunca.

—Mmm —farfullé, asintiendo con la cabeza.

Así que volvimos a la faena, apretándonos los labios, y yo empecé a deslizar la lengua por sus dientes. Durante un instante apartó las manos de mi cuerpo e, inmediatamente, el abrigo cayó al suelo. Una idea brillante.

—Quítatela —dije, tirando de la camiseta. Prácticamente se la arrancó por la cabeza, mientras que yo me ponía a trabajar con la hebilla de su cinturón. Trabajo en equipo. El bulto en su entrepierna empezaba a crecer de forma muy tentadora, tanto que se me hizo la boca agua. Coloqué la mano sobre él, apretando contra toda su extensión y comprobando la dureza del miembro, que empecé a acariciar con la palma de la mano.

—¡Joder! —exclamó, poniendo la manaza encima y obligándome a acariciarlo con más fuerza.

Con la otra mano me agarró del cuello, como si me estuviera estrangulando suavemente, al tiempo que me acariciaba la piel con el pulgar. Constantemente apretaba los labios contra mi boca, dándome besos tan dulces que no me hartaba de ellos. Perseguí su boca, intentando que cada contacto se prolongara, y el muy capullo se limitó a sonreír.

—Sobra tanta ropa —dije con voz temblorosa. ¡Maldita sea!

—Sí.

Me dio un último beso y ambos empezamos a desnudarnos, deprisa como si estuviéramos en una competición. Me desabrochó el botón de los pantalones casi de un tirón y bajó la cremallera. Mientras tanto la sangre me bullía por las venas a toda velocidad, como empujando a ir todavía más deprisa, a que me poseyera inmediatamente. Para quitarme los zapatos necesitaba más equilibrio del que tenía en ese momento. Me apoyé sobre sus anchos y fuertes hombros y me bajó los pantalones hasta las rodillas. E,

inopinadamente, me arrojó de espaldas contra la cama.

¡Tal como suena!

Me agarró con sus manazas de las caderas y prácticamente volé por los aires hasta aterrizar sobre el trasero en el, por suerte, mullido colchón, pese a lo cual di un bote. Debí de poner unos ojos como platos, redondos como si fueran dos lunas gemelas. Yo nunca había sido, o al menos nunca me había considerado, una criatura frágil, así que no era normal que nadie me lanzase por los aires con tal facilidad. Por lo que parecía, él tenía bastantes más urgencias que yo.

Mis pantalones salieron pitando: me los quitó antes de empezar a desabrocharse los suyos. Después sacó un condón del bolsillo posterior y lo lazó sobre la cama, casi con la misma facilidad que a mí. Bueno, pues estábamos preparados.

—¿Sigues queriendo hacerlo? —preguntó, de pie al final de la cama con unos calzoncillos tipo bóxer de color verde bosque, aunque lo más notable era la especie de palo grueso y enhiesto que apuntaba hacia mi. ¡Milagro que no los hubiera roto!—. ¿Álex?

—S-sí.

Asintió.

—Ven aquí —le urgí, deseando abrazarlo por todas partes con mis manos hambrientas.

Se subió a la cama y se colocó entre mis piernas abiertas. Mucho, muchísimo mejor. Nuestras bocas volvieron a juntarse, y fue como si nunca se hubieran separado. Besos húmedos y febriles. Manos cálidas recorriéndome la piel por todas partes y, en un momento dado, me desabrochó el cierre trasero del sujetador. Y mientras tanto me cubrió con su cuerpo, frotando su bulto contra mi sexo y haciendo que los ojos casi se me metieran dentro de la cabeza.

Lo envolví con las piernas para sentirlo más pegado y poder sujetarlo. Ya no lo dejaría marchar. Si no fuera por la ropa interior que todavía llevábamos, la cosa se habría acercado a la perfección. Estaba preparada y húmeda, y eso que casi ni habíamos empezado. El sujetador desapareció gracias a la habilidad de sus manos, que eran grandes pero también sabias. Y empezó a pasarme la boca por todo el pecho. El roce de la barba era extraño: suave, algo rasposa pero sin arañar, y contrastando con la gran suavidad de sus labios.

Finalmente supongo que no pudo aguantar más y se puso de rodillas para

bajarse los calzoncillos y dejar libre su miembro. Eso tenía que verlo. Grueso, largo, duro, perfecto. Estiró el preservativo y se lo colocó sin dejar de mirarme ni un momento.

—Bonita, muy bonita... —dijo entre dientes, deslizando los dedos por mis pechos, después por el vientre y deteniéndose a la altura de las bragas—. Pero tienes que quitarte esto.

Dicho y hecho.

El calor de su gran humanidad me cubrió por completo, y sus ojos se adentraron en los míos. Después, la cabeza de su pene se abrió camino entre los labios, empujando de manera suave pero insistente, apretando. Y, mientras tanto, me miraba con enorme atención, como si intentara memorizar los detalles de mi cara.

Esto no era sexo trivial. Nada de lo que estaba sucediendo lo era, en absoluto.

La idea, o mejor dicho, el convencimiento de que era así, me llenó de pánico, pero solo durante un momento. Los labios de Joe se apretaron contra los míos y su cuerpo formó un ángulo perfecto que, además de permitirle una penetración cómoda, hacía que ejerciera una agradabilísima presión contra el clítoris. La excitación que sentí eclipsó todo lo demás. Inmediatamente empezó a empujar, introduciendo la totalidad de su pene en cada acometida, y después sacándolo. Todas mis terminaciones nerviosas cantaban de alegría, y era como si el placer me llegara a todos los rincones del cuerpo, arrastrado por el torrente circulatorio. Empezó a embestir con algo más de fuerza, y más deprisa. Y la cosa fue subiendo de tono, tanto que pensé que la cama se iba a desplomar.

Estaba siendo un sexo increíble.

Volví a envolverle con las piernas y le apreté las caderas, intentando que entrase aún más. Seguía, y seguía, y seguía, y cada vez que lo hacía me daba más placer. Los dos teníamos el cuerpo lleno de sudor, y el ruido de las respiraciones agitadas llenaba la habitación. Se escaparon más mechones de la coleta, que le cubrieron la cara de hilos dorados. El tipo era guapísimo. Y además, lo que hacía con su sexo era pura magia.

Enredó los dedos en mi pelo, evitando distracciones y poniéndome donde debía estar. Me tenía completamente embrujada. No habría podido dejar de mirarlo aunque hubiera querido.

Me temblaron las piernas, y los músculos se tensaron al tiempo que el

fuego crecía dentro de mí. Al parecer, mi sexo y el clítoris habían reemplazado al corazón y al cerebro y se habían convertido en los centros de operaciones de mi cuerpo. La sensación de sentirlo, cada vez más dentro, era perfecta. Desde el último pelo de la cabeza hasta la punta de los pies, todo en mí, estaba pendiente de él, y del fantástico apareamiento que estábamos llevando a cabo. No existía nada más, ni nada menos.

Cuando deslizó la mano hacia abajo y empezó a acariciarme el clítoris con el dedo, exploté. ¡Bum! Todo se volvió blanco. La respiración se me atascó en la garganta y el cuerpo me vibró. Me sacudieron olas interminables de placer, una detrás de otra. Joe me había agarrado del pelo, lanzándose una vez más con fuerza contra mí, con las caderas casi encerradas entre mis muslos. Su cálido aliento casi me quemó en el cuello, al tiempo que enterraba la cabeza en él.

Apenas podía respirar, aunque fui capaz de notar esos bonitos rizos dorados envolviéndome. Los músculos de la vagina aún pretendían sujetarlo, dejarlo dentro. ¿Quién iba a reprochárselo? Joe, el hombre que hasta hacía un rato había sido mi amigo, se había convertido en una especie de deidad del sexo a la que ahora adoraba. Era demasiado. Repentinamente necesité un poco de sitio.

—Perdona —dije, empujando un poco su gran cuerpo—. ¿Joe?

Inmediatamente se quitó de encima y se colocó a mi lado, boca arriba. Hasta la salida de su pene, que iba disminuyendo de tamaño y suavizándose, me resultó placentera.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —preguntó, acariciándome la cadera con la mano.

—Sí, claro que estoy bien. Y no, no me has hecho daño, ¡qué va! Lo que pasa es que... necesito un minuto. —Salté de la cama, entré en el baño y cerré la puerta con cerrojo.

Las brillantes luces me deslumbraron, y noté puntos luminosos en ambos ojos. Los fríos azulejos del suelo y el aire acondicionado me pusieron la carne de gallina, haciendo que los pezones se me endurecieran de nuevo. Demonios, la chica que me miraba desde el espejo tenía un aspecto fatal. Quiero decir, aspecto de bien follada, pero fatal. Los labios tumefactos, el pelo enmarañado y marcas rojas de sus dedos por todas partes. Pero fue la expresión de los ojos, reflejada en el espejo, la que me impactó, y estallé en lágrimas.

No mucho después sonaron unos golpecitos suaves y amables en la puerta.

—Álex, ¿estás bien? —preguntó con voz preocupada.

—Sí —mentí, abriendo el grifo del agua fría y echándomela sobre la cara. ¡Uf! Tenía los ojos rojos y llorosos. ¡Qué desastre! Encantadora. Si yo fuera Joe saldría huyendo inmediatamente.

—¿Entonces no has sido tú la que has salido corriendo hacia el baño y te has encerrado para llorar?

¡Sabelotodo de las narices! Ni me molesté en contestar. Lo que hice fue intentar arreglarme un poco el pelo y respirar hondo varias veces. Me puse encima el albornoz del hotel, que estaba colgado en una percha detrás de la puerta e intenté recomponerme. Eso ayudó un poco. Pero la verdad es que todavía no quería volver a encontrarme cara a cara con él. Puede que debiera maquillarme un poco, igual lo arreglaba. Pero seguro que se aburriría y acabaría marchándose. Ya abordaríamos este embarazoso incidente otro día, o nunca. Nunca estaría bien.

—Tal como yo lo veo, tienes dos opciones, incompatibles entre sí. — Obviamente, estaba de pie al lado de la puerta—. Primera: salir voluntariamente y hablar conmigo. Segunda: si no sales, bajo a la furgoneta, recojo las herramientas subo y me cargo el cerrojo, o la maldita puerta entera para ganar tiempo. Tú misma.

—Capullo —susurré.

—Te he oído.

Suspiré y, finalmente, cedí y abrí la puerta.

Se había quitado el condón pero, por lo demás, estaba exactamente igual que hacía dos minutos. ¡Maldita sea, mira que tenía buen aspecto el condenado!

—Hola —saludó.

—Hola.

—¿Te he hecho daño, o te he herido de alguna forma? —Tenía el ceño fruncido, parecía preocupado de verdad.

—No, en absoluto. No tiene nada que ver con eso. Me gusta el sexo tal como lo hemos hecho. Yo solo... —¡Mierda!, no encontraba las palabras—. Lo siento.

Se encogió de hombros.

—A veces las mujeres lloráis después de hacerlo. No es tan importante. Supongo que se trata de una forma de liberar el estrés o algo así.

Mmm. Podría ser.

Con mucha suavidad, se acercó a mí y me tomó de la mano. Vi que, detrás de él, la cama parecía un campo de batalla, con las sábanas y las mantas arrugadas y de cualquier manera. Además, la habitación olía a sexo. Era muy mío eso de convertir algo magnífico en un desastre.

—Dime en qué estás pensando —dijo, moviendo las manos que teníamos juntas, como si fuéramos niños.

—Que tengo un talento innato para estropear las cosas.

—No has estropeado nada —negó, moviendo la cabeza de lado a lado—. De hecho, por poco me da un ataque al corazón. Quiero decir en la cama, no después. Pero no has arruinado nada.

—Ah, bueno, eso está bien. —Puede que alguna vez aprendiera a encajar el sarcasmo. Alguna vez—. Normalmente no lloro. No es algo que me ocurra muy habitualmente.

Su mirada se suavizó todavía más.

—¿Y qué es lo que suele pasar habitualmente?

—Pues que me visto, digo algo así como que la cosa me ha resultado muy agradable y me largo.

Se quedó mirándome.

Era verdad. No era lo mío mentirle a la gente ni poner excusas baratas. Y es que, igual que ocurre con los hombres, las mujeres tenemos todo el derecho a acostarnos con quien queramos si nos apetece y, si te he visto, no me acuerdo. Y eso no nos convierte en unas putas, ni en promiscuas, ni en calientapollas, ni en ninguno de esos adjetivos misóginos y machistas que suelen circular por ahí y que solo son la expresión de un doble rasero moral y social. Es simplemente lo que pasa cuando no nos adaptamos al comportamiento que socialmente resulta aceptable.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—No. —Inmediatamente apreté los dedos en torno a los suyos. Cosa que me molestó más todavía—. Pero toda esta implicación emocional tiene que acabar.

—¿Ah, sí? O sea que lo que quieres es follar sin pensar, ¿no?

—Sí, por supuesto. Y además mucho. Me refiero a follar, claro.

Noté cómo se pasaba la lengua por el interior de las mejillas, y no tuve

más remedio que comprobar también que, al parecer, al menos a su polla, tan bien proporcionada, parecía gustarle la idea. Mucho, como a mí.

—Pues muy bien...

—No quiero que suene a crítica, pero antes lo has hecho mal.

—¿Que lo he hecho mal? —Alzó las cejas de la sorpresa. No fingió, puedo asegurarlo—. ¡Mierda! La verdad es que me preocupaba haber sido demasiado brusco, lo sien...

—¡No, no! —le interrumpí—. Me gusta fuerte y deprisa. Pero ¿a qué venían tantas miradas, y eso?

Hizo un gesto bajando los labios, como si no se pudiera creer lo que acababa de oír. Inclino un poco la cabeza y me miró. Una vez más.

—Resulta absolutamente innecesario, Joe. Si haces eso me resulta del todo imposible relajarme.

Se rascó la cabeza. Deshizo lo poco que le quedaba de la coleta, de modo que le cayó todo el pelo sobre la cara y los amplios hombros.

—¿Así que el que te mirara para asegurarme de que la cosa iba bien en lo que a ti respecta, es lo que lo ha estropeado todo?

—Sí.

—¿Y lo que te ha hecho llorar?

Me encogí de hombros. Las pruebas eran más que evidentes.

—A ver, Pequeña Miss. ¿He conseguido que llegaras?

—Sí. Sabes perfectamente que sí. Ha estado bien, incluso diría que muy, muy bien. Pero...

—Pero ha resultado demasiado personal. —Se puso las manos en las caderas y se quedó quieto—. El hecho de que estuviera follando contigo y que viera que te gustaba.

—Supongo que sí. —Aunque probablemente yo lo habría expresado de otra forma.

—Habrías preferido que te follara como si te odiara, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Bueno... ¿por qué no?

No dijo nada.

—¿Joe? —Con suma precaución, me acerqué un poco más a él, mientras me fijaba en la fortaleza de sus pectorales y en la curvita que empezaba a formarse en el estómago. No estaba mal comprobar que no era absolutamente perfecto. Tal como era, ya intimidaba lo suficiente.

—¿Mmm?

Deslicé muy ligeramente los dedos entre el vello de su pecho y apoyé la cabeza a la altura del corazón. Escuché su latido, fuerte y constante. Las costillas subían y bajaban levemente. Poco a poco, mi propia respiración fue calmándose. Transcurrieron unos dos minutos, y hasta me pareció que su cálido cuerpo me daba la bienvenida. Me acarició la espalda y tiró despacio del albornoz para quitármelo, hasta que simplemente descansó sobre los hombros.

—Muy bien —dijo, agarrándome por la cintura y deslizando las manazas hasta mis pechos, para luego acariciarme los pezones con los pulgares. Notaba en sus ojos una gran calma, incluso serenidad—. Puesto que parece que no tengo claro cómo tengo que follar contigo, explícamelo, por favor. En aras de nuestra amistad.

—¡Claro! Eso sí que puedo hacerlo.

Sus dedos callosos terminaron de quitarme del todo el albornoz. Estando a su lado, el aire acondicionado apenas me importaba. Él me mantenía caliente.

—Bueno, eh..., prefiero estar encima —indiqué.

Me dedicó una sonrisa rápida. Le brillaron los dientes.

—¡Lo que quieras!

Y, sin más, me tomó en brazos y me llevó a la cama como si fuera una pluma.

CAPÍTULO 13

Correo electrónico enviado hace tres semanas:

Eric:

¡Socorro! ¿Has tenido alguna vez un gato? Mis vecinos me han pedido que cuide del suyo durante el fin de semana, porque se van fuera y lo dejan en casa. Se llama Misty¹. No sé a quién se le podría ocurrir llamar así a un gato macho, pero allá cada cual. Desde que está en casa, lo único que ha hecho el pobre animal ha sido meterse debajo de la cama y gemir a la manera gatuna. Lo he intentado todo para animarlo: galletas, salmón de lata y otras delicias, pero ni por esas. También he intentado explicarle, con toda la calma del mundo, que Greta, su dueña y mi vecina, volverá el domingo por la noche, o sea, enseguida. También he probado a reñirle como a los niños, diciéndole que se estaba portando muy mal y exigiéndole que saliera de debajo de la cama. El pequeño cabrón se ha atrevido a arañarme la mano cuando he intentado tirar de él, y después se ha dado la vuelta y no me ha hecho ni caso. No sé qué demonios hacer, y en esto Google no me está ayudando nada. ¡Mira que si se atraganta con una pelusa, que debajo de la cama hay unas cuantas, y se ahoga...! Greta no me lo perdonaría nunca. Probablemente me las habría apañado bien con una planta, que con un poco de agua va lista, pero eso de dejarme al cargo de un animal, y por lo que se ve bastante caprichoso, no ha sido una buena idea. Me da la impresión de que nunca voy a estar preparada para la maternidad.

Álex, cálmate. El gato no va a morir. Déjalo tranquilo, que ya se acercará cuando esté preparado. Ya lo verás.

Lo dejé tranquilo y se acercó. Ahora está en el sofá, viendo, al parecer con interés, un reportaje de National Geographic sobre ballenas jorobadas (¡espero que nunca me dejen al cargo de una de ellas, por cierto!). Siento haber sacado los pies del plato, y gracias por el consejo.

De nada. Aquí estoy para lo que necesites. Estoy seguro de que algún día, cuando estés preparada, serás una madre estupenda.

—¿Quieres un cojín?

—No, gracias. —Le dirigí a Joe una sonrisa tranquila y agradable, y me volví otra vez hacia su madre—. El pastel de carne está buenísimo, Audrey. El mejor que he probado.

—¿Sabes una cosa? Me parecías el tipo de chica a la que le encantaría el pastel de carne de mi madre —dijo Joe con cierto retintín—. No me preguntes por qué, pero es así.

No le hice caso.

—Es el plato que más le gusta a Eric —comentó Audrey.

—Entiendo por qué.

El chico del cumpleaños soltó el tenedor para levantar la botella de cerveza y dedicarle un brindis a su madre. Afortunadamente, no dijo nada. Cuando tienes la boca llena, es mejor no decir nada, por razones evidentes. Eric parecía una ardilla comiendo a dos carrillos lo que su madre le había preparado para su cumpleaños.

El señor y la señora Collins vivían en una bonita casa a poca distancia de Sanders Beach. Era una zona de la ciudad de lo más agradable. Joe me dijo que se había vuelto muy popular en los momentos de crecimiento económico, hacía unos diez años. De hecho, algunas de las casas que había frente al lago eran impresionantes. Fuera, unos enormes pinos mantenían la sombra constante. Y dentro, abundaban los sofás y los sillones, todos muy cómodos, y las paredes de color pastel estaban cubiertas de fotos de los chicos. Era una

casa agradable, hogareña y relajada.

Yo no me sentía así en ese momento. En absoluto. Más bien todo lo contrario.

Por desgracia, Joe todavía no había terminado de tomarme el pelo. Me pasó un brazo por los rígidos hombros, se inclinó y me habló al oído, no precisamente en susurros.

—¿Estás segura? Las sillas son de madera. De verdad que no me importa traerte un cojín para que te encuentres más cómoda.

—No, no hace falta.

—Pero...

—¡Estoy bien! Gracias.

Los ojos de color miel de su madre expresaron cierta inquietud.

—¿Te pasa algo, Alex?

—No.

Levantó las cejas, puede que un tanto sorprendida por mi respuesta, algo brusca, y miró interrogativamente a su hijo mayor.

—No pasa nada, mamá —la tranquilizó Joe. Al menos de entrada—. Es que Alex está un poco dolorida por...

—Los trabajos de construcción —interrumpí abruptamente—. Sí. No estoy acostumbrada a ese tipo de esfuerzos, ni a los materiales. Tengo los músculos un poco... eso, pues doloridos.

—Exacto, los trabajos de construcción. —Ese capullo, que probablemente no volvería a ver, tocar ni jugar más con mi sexo en toda su vida, sonrió ampliamente—. Eso era lo que iba a decir.

¡Increíble! Ni que estuviera deseando que le golpeará con alguna herramienta, la maza por ejemplo. Como siguiera con esta mierda le ensartaría la mano con el tenedor. Así las cicatrices harían que me recordara toda la vida, el muy imbécil.

—¡Ah! —dijo Audrey—. ¿Quieres una aspirina?

Negué con la cabeza.

—Estoy bien, de verdad. Gracias de todas maneras.

Al otro lado de la mesa, el padre de Joe, Stan, no decía ni media palabra, absolutamente concentrado en la comida que tenía delante. El pelo, oscuro, estaba surcado de canas, y la cara la tenía curtida por la intemperie. No tenía arrugas de esas que salen por sonreír mucho, en absoluto. Seguro que, hace tiempo, había sido un hombre atractivo. Su cuerpo aún era grande y fuerte,

aunque se movía con cierta lentitud.

Cuando nos presentaron, se limitó a gruñir una especie de saludo. Joe frunció el entrecejo e inmediatamente me llevó a ver a su madre, un millón de veces más agradable. Era evidente de dónde había sacado Joe su pelo dorado, aunque el de su madre ya no brillaba tanto.

Al otro lado de la mesa, Eric tenía la boca abierta, aunque vacía, gracias a Dios. La expresión algo horrorizada de sus ojos resultaba un tanto especial. Como si ni siquiera se le hubiera pasado por la imaginación que su hermano y yo pudiéramos haber jugado juntos a lo que se juega cuando se está desnudo.

Aunque en realidad no es que se pudiera decir que hubiéramos jugado, para ser precisos.

Tal como le pedí, la siguiente vez yo me puse encima. De espaldas, en plan jinete domando un caballo salvaje, aunque no recuerdo si grité entusiasmada, como la ocasión habría requerido. En esa postura era imposible que sus miraditas estropearan la función, que fue completa, rápida y bastante salvaje. Y para terminar, poco después, me dio la vuelta y me colocó en plan perrito. Hizo que viera fuegos artificiales, tal fue la fuerza con la que llegué. La verdad es que tres veces en una noche era muchísimo, al menos para mí. Sobre todo después de varios meses de abstinencia total. Ya con la guardia baja y absolutamente exhausta, Joe me acarició. Fue horrible, repugnante... para mi antigua yo. Sus dedos deslizándose cálidos y suaves, sus labios dándome besos cortos en los hombros y la parte de atrás del cuello. Normalmente no se lo habría permitido, bajo ningún concepto. ¡Pero me sentía tan bien! Y, además, estaba medio comatosa. Su repentino ataque de intimidad se coló sin problemas entre mis defensas. Lo hizo de manera tentadora, y hasta logró calentarme otra vez gracias a su extraordinaria habilidad. Y finalmente, cuando pensaba que no podría recibir más, me calmó y me hizo sentir tranquila y segura. No estaba acostumbrada a que alguien me deseara de maneras tan distintas. Como si fuera algo más, o mejor decir mucho más, que una boca, unas tetas y una vagina. Algo muy por encima incluso de nuestra amistad.

¡Joder, estábamos complicando las cosas! De hecho, estábamos fuera de control.

—¿Trabajos de construcción? —preguntó Eric con escepticismo.

—Sí —respondí sonriendo, pero enseñando los dientes. En una vida

anterior debí de ser loba. Lo hago muy bien.

—Apretar, atornillar, en fin, hacer esas cosas, ya sabes —dijo Joe. ¡Qué sutil!

Eric soltó un fuerte bufido, sin dejar de mirarme ni un segundo. Y la mirada me dejó claro que no estaba contribuyendo a alegrarle el cumpleaños. Para nada.

—¿Eric?—preguntó Audrey, cuya mirada se paseaba de Eric a Joe, y de Joe a mí. Las alarmas maternas se habían disparado, eso estaba claro—. ¿Quieres otra cerveza?

—Claro, mamá.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Joe alzando una ceja.

—Te está utilizando —siseó Eric—. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Y?

Me volví hacia Joe y lo miré perpleja.

—¿Qué cojones quieres decir con «y»? —preguntó Eric.

—¡Ojo con esa forma de hablar! —dijo Stan, sin siquiera levantar la vista del plato.

Ambos hermanos decidieron no hacerle ni caso.

—El que yo permita que Álex me utilice, si es que lo hace, no es asunto tuyo —dijo Joe.

—Sí que lo es, porque me atañe. —Eric miró a su hermano hundiendo las mejillas—. Esto no tiene nada que ver con el sexo, estúpido. Vino a la ciudad por mí, y está utilizándote para llegar hasta mí.

Me hirvió la sangre.

—¡No, ni...!

—Eso es lo que no me parece bien, y con lo que no estoy de acuerdo —gritó Eric, para acallar lo que yo estaba diciendo. ¡Cabronazo!—. Y si empezaras a pensar con el cerebro en vez de con la polla, te darías cuenta de que lo que digo es cierto.

Stan golpeó la mesa con el puño, haciendo vibrar toda la vajilla.

—¡No habléis así!

—Chicos. —Audrey abrió los ojos de par en par y apretó mucho los labios—. Si tenéis que seguir hablando de esto, hacedlo después. Estamos comiendo en familia. Ya basta.

A su padre no le habían hecho ni puñetero caso, y sin embargo ambos hermanos se callaron inmediatamente cuando su madre se lo exigió.

Significativo.

—Gracias —dijo Audrey, volviendo a tomar el cuchillo y el tenedor—. Y quiero dejar de oír hablar en la mesa de «apretar, atornillar y hacer esas cosas». Aunque os parezca lo contrario, no vivo en una cueva y capto las segundas, y hasta las terceras intenciones.

Eric y Joe carraspearon casi al mismo tiempo, y yo me quedé mirando al plato como si se me hubiera perdido algo en él.

—Lo siento, Audrey —acerté a decir. Respetaba a esa mujer. De verdad. Pero en ese momento me inundaban un montón de emociones, que sin duda me enrojecían la cara y hacían que me temblaran las manos. Odiaba el conflicto. Era curioso, dada la cantidad de veces que me veía envuelta en él, sobre todo últimamente. El valor nunca había sido una de mis virtudes. Pero de ningún modo podía permitir que insultaran a Joe de esa manera. Y menos por mi causa.

—Estás equivocado, Eric —dije, sin levantar la vista de los restos de la estupenda comida casera que había preparado Audrey—. Puedo asegurarte que mi interés por tu hermano no tiene absolutamente nada que ver contigo.

Joe posó su manaza sobre la mía y me la apretó.

—Tranquila, está bien.

—No, no lo está. —Empujé hacia atrás la silla y me puse de pie para mirar desde arriba a su hermano—. Eric, por tu cumpleaños voy a hacerte un regalo, el de la sabiduría, que tendrías que haber adquirido por tus propios medios hace bastantes años.

El tipo levantó el mentón, invitándome a continuar de forma desafiante.

—Parece que has llegado a la conclusión errónea de que sería imposible que ninguna mujer pudiera ser capaz de dejarte de lado y preferir a tu hermano en lugar de a ti. Pues estás equivocado, de medio a medio. —Respiré hondo y audiblemente—. Joe no necesita mentir, y te aseguro que tampoco le hace falta ni mucho menos recoger a las que tú abandones o desprecies. O lo que sea que se desprenda de las estupideces que has dicho antes. Estás tan ensimismado en tu mundo, Eric, que no tienes ni la menor idea de lo que ocurre fuera de él, ni de lo pequeño y ridículo que es. Joe es inteligente, divertido, leal, dulce, trabajador, amable, cariñoso y, para resumir, increíble en... todos los aspectos. —Hice una pausa antes de pronunciar la palabra «todos».

—¡Jesús! —murmuró Joe, cubriéndose la cara para ocultar una sonrisa de

satisfacción.

Audrey se quedó con la boca abierta y las cejas de Stan empezaron a levantarse. Eso sí, lentamente.

Eric no reaccionó.

—Y, para rematar, encima es guapo, pese a su tozudez con la dichosa barba —dije—. Más que guapo. Además, es un caballero, aunque me da la impresión de que tu presencia, Eric, le ha jugado antes una mala pasada y ha hecho juegos de palabras inadecuados. Te felicito por cómo lo has educado, Audrey.

Nadie rompió el silencio.

—Creo que eso es todo lo que tenía que decir. Perdón si he dicho o insinuado algo indecoroso.

Eric me miró muy mal con sus bonitos ojos verdes.

Yo le devolví la mirada con los míos, no tan bonitos.

Y entonces Joe levantó mi mano con la suya y me la besó.

—Siéntate, Pequeña... Miss Sunshine.

—Lo que tú digas. —Y me senté.

Volvió el silencio incómodo.

Audrey miraba a algún punto indefinido de la pared. Esperaba no haberle causado daños permanentes al mencionar que su hijo era increíble en... todos los aspectos. De todas formas, ciertas cosas deben decirse en determinadas circunstancias. Y esta ocasión, delante del imbécil de Eric, era una de esas circunstancias. ¿Lo era?

Me mordisqueé la uña del dedo gordo y fruncí el entrecejo.

No tendría que haber dicho eso, joder.

Eric le dio el último trago a la cerveza que tenía y se levantó.

—¿Alguien quiere otra?

Las respuestas fueron todo lo variadas que permitía la situación: «por favor», «sí», «sí, joder», y, para terminar, un gruñido de asentimiento por parte de Stan.

Llevó su tiempo el que la conversación se reanudase después de mi discurso, incluso a pesar de ese magnífico lubricante social que constituyen las bebidas alcohólicas. La madre de Joe mantuvo un gesto extraño. No me atrevo a decir que se tratara exactamente de una sonrisa. Hasta puede que fueran gases. De vez en cuando, Stan me dirigía una mirada, y cuando se encontraba con la mía, fruncía el ceño. Eric y yo no nos hicimos ni caso, y

eso fue lo mejor que podía haber pasado. Su actitud de «soy el rey del mambo y todo gira a mi alrededor» me había sacado de mis casillas, y ya habíamos tenido bastante, obviamente.

—Me he dado una vuelta esta mañana por el sitio en el que estáis trabajando —dijo Stan. ¡Albricias, era capaz de hablar!—. Tendrías que haber estado allí. Ha tenido que enseñármelo André.

Antes de contestar, Joe terminó de masticar la comida que tenía en la boca.

—Lo siento. Hoy hemos empezado tarde.

Un nuevo gruñido por parte de Stan.

—¿Qué te parece?

Su padre torció los labios y negó con la cabeza.

—No me parece bien. Es demasiado trabajo. Además, les prometí a los Rosenton que íbamos a empezar con su cenador. Le dije a André que debía llamar a otro, puede que a Peters. La próxima vez que vayas al restaurante recoge tus herramientas.

Después, como si el asunto ya estuviera decidido, Stan empezó a rebuscar los guisantes que aún quedaban en su plato. Tanto Audrey como Eric se abstuvieron de intervenir, mirando para otro lado: los recuerdos familiares de la pared, como unas fotografías muy antiguas de Joe en el campo de fútbol americano del instituto o Eric adolescente tocando la batería. Hasta había una foto de Audrey con el pelo muy rizado y un vestido blanco, probablemente de graduación.

Estaba claro que este tipo de situación no era nueva en la familia. Durante un momento, que se me hizo bastante largo, Joe simplemente se quedó mirando a su padre. Noté como su muslo, pegado al mío, se contraía y se volvía duro como una piedra. Irradiaba tensión. En cuanto acercó la mano a la mía se la tomé, intentando transmitirle mi solidaridad.

—Empezaremos el lunes, Joe —indicó Stan, mirándome de soslayo—. A la hora. Sin excusas.

Joe respiró hondo.

—No.

—¿Qué demonios significa «no»?

—Este trabajo del edificio Bird es muy importante para mí —afirmó Joe—. Además, me he comprometido con André y con Pat. No, no lo voy a dejar.

—No deberías haberte comprometido definitivamente hasta que yo hubiera dado el visto bueno. —El padre no levantó siquiera los ojos del plato—. Lo sabes perfectamente.

—Padre, hace mucho que no soy un niño. Las decisiones acerca de los trabajos que voy a hacer las tomo yo.

—A mi parecer, no sabes tomarlas, porque como te he dicho el encargo es demasiado ambicioso. —Stan dejó los cubiertos en la mesa algo ceremoniosamente—. Todas esas habitaciones necesitan muchísimo tiempo. ¿En qué demonios estabas pensando? Con mi artritis apenas soy capaz ni siquiera de subir las condenadas escaleras.

—Entonces deberías ir pensando en pasar a un segundo plano. Dejar que yo tome las riendas y gestione los trabajos, para variar.

Audrey jadeó.

Mientras tanto, Eric pareció quedarse helado en la silla.

—¡Vamos papá! Desde hace tiempo soy yo el que lo hace prácticamente todo —dijo Joe con convicción—. Es el momento.

Pareció como si toda la sangre acudiera a la cara de Stan.

—Estás hablando de mi negocio. Del negocio que yo puse en marcha.

—Sí, ese del que yo iba a ser socio, según me dijiste. Collins e Hijo. —Joe se levantó—. Desde hace por lo menos tres años no puedes trabajar a tiempo completo. No tengo la menor intención de dejarte tirado, pero casi todo lo que estoy haciendo es construir pajareras o cenadores y arreglar puertas descajadas, porque en estos momentos ya no puedes comprometerte a hacer otras cosas más ambiciosas y que vayan más allá de la simple carpintería. Lo siento mucho, pero quiero y puedo hacer más.

—Tú quieres... —La voz de Stan pareció atascarse en su pecho.

—Vamos, papá sé razonable —dijo Joe conciliadoramente, retirándose el pelo de la cara—. Es el momento de soltar un poco las riendas. Déjame hacer más cosas. Me has enseñado bien, no voy a decepcionarte, ni a manchar el nombre de la familia, ni nada semejante. Confía en mí.

Su padre no dijo nada.

—Si lo prefieres, puedo establecerme por mi cuenta. —Joe me apretó la mano hasta el punto de casi hacerme daño, pero no la retiré. Era de esto de lo que habíamos hablado, de librarnos de nuestros malos hábitos, de tomar las riendas de nuestras vidas y mejorarlas. Por fin había dejado de hacer lo que le resultaba más sencillo, más cómodo, menos engorroso, lo que le venía bien a

otras personas aunque él se quedara con la peor parte.

Stan apretó los puños.

—Así que me abandonas, muchacho, después de todo lo que he hecho por ti.

—¡Joder! ¡No puedes decir eso, papá! —intervino Eric suspirando—. Ha hecho todo lo que ha podido, y más, para tenerte contento. Para que te sintieras orgulloso.

—¡No quiero escuchar ni una palabra que proceda de ti! —El hombre nos miró a todos, con ojos centelleantes—. Entiendo que te pongas de su parte. Eres demasiado perezoso y estúpido como para trabajar de verdad, ¿o me equivoco?

—Muy bien. Puedes insultarme todo lo que quieras —dijo Eric, apretando la mandíbula con un gesto de determinación que no le había visto hasta ese momento—. Pero ahora no estamos hablando de mí, sino de Joe. ¡Demonios, y también de mamá, aunque ella nunca haya dicho nada! ¿Cómo crees que se siente viendo cómo te diriges a una muerte prematura, observando que no te cuidas como debes por pura cabezonería y orgullo mal entendido?

Su padre se volvió hacia ella, sin encontrar por una vez una respuesta adecuada.

—Le llevas prometiendo que os vais a ir de viaje a Hawái desde que tengo uso de razón —intervino Joe—. ¡Ni me acuerdo de las veces que has hablado de ello!

Esto pareció hacerle dudar de verdad.

—¿Audrey? —preguntó Stan con voz titubeante.

La mujer suspiró y lo miró con ojos tristes.

—El año que viene cumpla sesenta y dos, y tú tienes sesenta y seis. Nos hacemos mayores, cariño. No es nada malo, es un hecho. Y sí, me preocupas. Por supuesto que me preocupas.

Pestañeando repetidamente, Stan se levantó de la mesa y salió de la habitación sin decir una sola palabra más.

No se oía ni el vuelo de una mosca. O bien era la calma que viene después de la tempestad, o bien estábamos en pleno ojo del huracán. En ese momento no habría sabido decirlo.

—Creo que la cosa no ha ido del todo mal —afirmó Eric echándose hacia atrás en la silla y poniendo las manos detrás de la cabeza—. Para mí han sobrado las referencias torpemente veladas al gran súperpene de mi hermano

y a su asombrosa virilidad pero, aparte de eso, no ha sido la peor celebración familiar en la larga historia de los Collins.

Joe gruñó y yo me cubrí la cara.

La madre dejó escapar un bufido y después casi se bebió de un trago una cerveza entera. Me pareció que le vino estupendamente. Desde luego, se lo merecía.

—Mamá —dijo Eric, en todo un tanto anhelante—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió con calma—. Pero ninguno de vosotros se ha ganado la tarta.

La comida terminó rápidamente tras la tormentosa salida de Stan. Creo que Audrey necesitaba un poco de paz y tranquilidad.

Esa noche Joe tenía que trabajar en el Dive Bar, así que me busqué un sitio tranquilo, en un rincón, para trabajar un rato con el portátil. Primero me trajeron a la mesa espinacas y canelones con queso ricota, más una cerveza, y para rematar un trozo de tarta de chocolate de cinco capas. Con el estómago a punto de estallar, tuve que luchar a brazo partido contra la necesidad acuciante de echar un sueñecito con la cara apoyada sobre la mesa. Afortunadamente, a eso de las diez y media Eric decidió que ya podía prescindir de Joe en la barra y nos fuimos al hotel.

No se había producido ninguna referencia a su súperpene o a la parte de mi discurso que se refería vagamente a dicho concepto.

Seguramente esa era la razón por la que la gente no solía llevarme de visita a casa de sus padres, o más concretamente, de sus madres. Tampoco es que me apeteciera especialmente. Joe Collins había sido una excepción, que no sabía si se repetiría o no, pues mis sentimientos seguían siendo muy contradictorios. Un caos absoluto, vaya. Le hablé a Valerie de todo ello, dado que podía considerarse la guardiana oficial de mis secretos. La muy puñetera se rio tanto que terminó llorando. ¡Cría cuervos...! Mi padre siempre terminaba la frase con «... y tendrás muchos», en lugar del habitual «...y te sacarán los ojos». ¡Qué gracioso!

Abrí la puerta de la habitación del hotel y me quedé helada.

—¡En la habitación hay luces que parpadean!

—¿Ah, sí? —Su sonrisa era burlona, furtiva, taimada.

—¡Sí! Igual es por todas esas drogas que me administré en los sesenta.

La maravilla barbuda rio entre dientes y se adentró en la habitación, que parecía un árbol de Navidad con sus lucecitas intermitentes. Pero en realidad eran velitas pequeñas, montones de ellas, metidas en vasos, repartidas por todas partes, hasta en el cuarto de baño.

—¡Qué bonito! —exclamé, mirando como temblaban las sombras en las paredes y el techo—. ¿Tienes algo que ver con esto?

—Noo...

Asentí, pero no le creí ni un poquito.

La bañera de hidromasaje rebosaba de espuma y, al lado, había una cubitera con un par de cervezas. Y en la encimera, un jarrón estrecho, lleno de rosas.

—Espero que no sea mi otro novio el que ha preparado la sorpresa —dije—. Resultaría un tanto incómodo, estando tú por aquí y todo eso.

Joe me miró un poco sorprendido.

—¿Qué pasa? —le pregunté sonriendo.

—Pues que acabas de decir que soy tu novio.

¡Mierda! Abrí la boca, pero la mente me patinaba. Vaya, era el día de las meteduras de pata.

—¡Ah! Yo, bueno... Una pequeña confusión a la hora de poner etiquetas chistosas. Finjamos que no ha ocurrido.

Pestañeó.

—Como quieras.

—Estupendo. —¡Buf!

Agarró el borde inferior de mi jersey y, con mucho tiento, lo levantó para sacármelo por la cabeza. Debajo aguardaba un sujetador blanco, sencillo y recatado. Las bragas no iban a juego. Con la soñarrera postmulticoital de la mañana, ni me había fijado en eso. Y, a propósito...

—¿Cómo has preparado todo esto?

—La chica de recepción me ha ayudado de mil amores.

—¡Qué amable!

Joe me tomó por las caderas y me sentó sobre la encimera del baño, y allí me quitó las botas y los calcetines. Era lo que suponía tener relaciones con gigantes: tenían la capacidad de ponerte donde ellos quisieran.

—¡No falta detalle! —dije, tomando entre dos dedos un pétalo de rosa—. Gracias.

—Considérate cortejada.

—Ya me había dado cuenta.

Inmediatamente me colocó otra vez de pie sobre el suelo, y los pantalones salieron pitando en un pispás. Afortunadamente, no pareció decepcionado con mis bragas tipo bóxer, o sea, más parecidas a unos calzoncillos de chico que a cualquier otra cosa. Sus manos se deslizaron por mi espalda, como si fuera de su propiedad. Ni siquiera mínimamente tímidas.

—Oye —murmuró al oído—, te agradezco mucho lo que has dicho sobre mí en la comida, el modo en que me has defendido. De todas formas, la próxima vez será mejor no mencionar ni remotamente el sexo delante de mis padres, ¿de acuerdo?

—¡Claro! De acuerdo. Tiene sentido.

Procurando no mostrarme nerviosa, volví a mirar de soslayo a la bañera, que era como si me esperara. Estaba limpia, blanca y apetecible. Nada de sangre, ni de cosas que pudieran asustarme. El pasado estaba superado.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En que me apetece tener un buen recuerdo de un cuarto de baño.

Soltó un gruñido. Por suerte para él, sonaba muy distinto a los de su padre. Los gruñidos de Joe tenían un deje de comprensión, al contrario de los de Stan, que sonaban a enfado e insatisfacción. Creo que podría sobrellevar sin problemas los gruñidos del gigante.

—¿Me vas a contar alguna vez qué fue lo que te pasó en un cuarto de baño? —indagó.

—Alguna vez. —Pero no ahora. No iba a estropear el ambiente relajado y romántico que había creado, tomándose tantas molestias. En lugar de eso, lo que hice fue incorporarme y apretar los labios contra su boca. En cuanto empezáramos a besarnos nada iría mal. Los dientes, los labios y la lengua de Joe hacían que todo estuviera en su sitio, donde correspondía. Generalmente, yo no solía emplear, o perder, mucho tiempo en los preliminares. Con él, sin embargo, sentí que merecía la pena, que suponía disfrutar y preparar, que no había urgencias porque todo acabaría muy bien. Cuando deslizó las manos bajo las bragas, agarrándome las nalgas y animándome, todo se volvió aún más extraordinario. Eso de estar de pie medio desnuda mientras que él permanecía completamente vestido dejaba las cosas absolutamente en sus manos, como yo ya sabía, capaces y expertas. Y, por una vez, no me importaba.

Los pterodáctilos de mis entrañas empezaron a hacerse notar de nuevo. Me

afectaron tanto que pensé que se me doblarían las rodillas. No era capaz de dilucidar si se debía a nuestra relación, cada vez más cercana, o a su capacidad para darme placer, bien demostrada la noche anterior. O puede que, en este caso, se juntaran ambas cosas, y que por eso mi habitual «aquí te pillo y aquí te mato», también conocido como intercambio impersonal de orgasmos, no fuera lo que me apeteciera con él. No solo, quiero decir.

Puede que el baño no fuera muy profundo pero, en todo caso, sí que más de lo que era habitual en mí. No importaba. Yo no nadaba del todo mal y, si tenía dificultades, ahí estaba Joe para impedir que me ahogara. ¡Ja!

—Sé que estás un poco irritada —dijo, acariciándome el cuello y la oreja—. He pensado que nos podríamos enjabonar mutuamente.

—¡Ah, vaya! Así que tú también tienes tus problemas ahí abajo...

—Cuando lo veas, no te lo vas a creer. —Su risa, profunda, sonó bastante sucia, lo cual inmediatamente me produjo un estremecimiento por la espalda—. Además, te he imaginado sentada en la bañera, desnuda, rodeada solo de burbujas, y tenía que convertir ese sueño en realidad.

Sus palabras me excitaron de inmediato, y se me erizó el vello de los brazos.

—¿Tiene pensamientos sucios conmigo, señor Collins?

—Constantemente.

—¿Desde cuándo?

Miró hacia otro lado, ¡y se puso colorado! No podía ser, ese hombretón pasando vergüenza. Viéndolo así, con ese pedazo de cuerpo, esa barba, ese pelo largo y esos tatuajes, las cosa tenía su gracia, y su encanto.

—Prefiero no decirlo. —Por fin surgió el balbuceo desde lo más profundo de su pecho.

—¡Mmm! —Apoyé la barbilla en él y levanté la vista hacia sus ojos—. Joe, cuéntame alguno más de tus pensamientos no aptos para menores, por favor.

Juntó las cejas y las levantó, al tiempo que suspiraba, me apartaba el pelo de la oreja, dándome después un mordisquito que hizo que me estremeciera.

—¡Vamos, habla!

—Pequeña Miss Sunshine, tampoco soy tan original. —Me acarició un lado de la cara con la nariz, mientras me besaba por aquí y por allá, excitándose muchísimo.

Fui abriendo la boca muy despacio. Me tenía en ascuas.

—Pues..., follar contigo en todas las posturas posibles. Muy distintas. — Un corto jadeo—. Y también en todos los rincones de esta habitación. Y también en la furgoneta, cuando estamos juntos en ella...

—¿Mmm?

—Chuparte por todo el cuerpo, y comerme tu dulce sexo.

—Eso suena bien.

—¿Sí? —Pasó los labios por el borde de la barbilla, apretándome con las manos—. ¿Y qué pasaría si quisiera jugar con este trasero espléndido y duro?

—Bueno... —Como no soy tonta, no lo dudé ni medio segundo—. Eso podría arreglarse.

Gimió y enterró la cara en mi cuello. Me di cuenta de que empezaba a formársele un bulto cada vez más grande en la entrepierna, que empujaba sus pantalones y mi estómago.

—Resumiendo —dijo, con una voz que era apenas un susurro—, y con tu permiso, me apetece tenerte debajo y hacerte el amor durante un rato lo más largo posible, y verte la cara mientras te corres.

Le di un empujón y arrugué la nariz.

—¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Me has preguntado.

—No hables de hacer el amor, sino de tener relaciones sexuales. ¡Por Dios, tú y el contacto visual! —Se me pusieron los músculos tensos—. ¿Por qué?

—Relájate, Álex. Sigo deseando besarte, chuparte, morderte y darte azotes. Follar contigo lo mejor y lo más duramente que pueda y sepa. Verte disfrutar y que tú me veas a mí mientras lo hacemos tampoco es el fin del mundo —afirmó, besándome en la frente—. Si te concedes a ti misma la oportunidad de probarlo y acostumbrarte, seguro que hasta disfrutas.

Solté un bufido.

—Una vez. Y solo porque me gustas.

Asintió con lentitud.

—Gracias. Tú también me gustas a mí.

—¿Mañana lo demás?

—Sí, mañana, cuando se te haya pasado la irritación. —Me tomó la cara entre las manos, inclinándola para poder darme un beso. ¡Qué hombre tan dulce!—. De momento, es suficiente que estés desnuda, cubierta de burbujas,

sentada en mi regazo y bebiendo una cerveza conmigo.

Se puso detrás de mí y me desabrochó el sujetador.

—¿Puedo contarte yo también todas mis sucias y retorcidas fantasías sexuales?

Su mirada me pareció la de un depredador en plena migración de herbívoros del Serengueti.

—Me gustaría mucho.

¹. N. del Trad.: El término inglés misty se puede traducir como «borroso» o «neblinoso».

CAPÍTULO 14

Correo electrónico enviado hace tres semanas:

YO: El hombre sentado. Te toca.

ERIC: La chica vaquera.

YO: El perrito.

ERIC: Baile en la barra.

YO: La cuchara.

ERIC: Hombro con hombro.

YO: El manitas.

ERIC: ¿Y esa cómo es?

YO: Pues como «El hombre sentado», pero sobre la lavadora, mientras está centrifugando a toda velocidad.

ERIC: ¡Madre mía! ¿La has probado?

YO: No, pero me apetece mucho. Lo que pasa es que no tengo lavadora propia, y hacerlo en el cuarto de la colada de mi edificio no es plan. Por cierto, había oído hablar del sexo telefónico, pero no del sexo por correo electrónico.

ERIC: ¿Qué pasa, te estás calentando?

YO: Sí. ¿Y tú?

ERIC: Hace rato. Espera un momento, que voy a pedir una lavadora por Amazon...

Era obvio que Joe no me había dicho la verdad acerca de sus actividades profesionales, que me había descrito como unos pocos días a la semana con su padre y dos turnos en el Dive Bar, máximo tres semanales. Pronto me di

cuenta de que, en la práctica, era un adicto al trabajo. Si yo no hubiera estado en la ciudad, seguro que habría estado trabajando en la renovación del edificio de apartamentos siempre que no hubiera tenido turno sirviendo bebidas en la barra del restaurante. Ahora que tenía que demostrarle a su padre de lo que era capaz, dudo que hubiera podido arrancarlo de allí aunque lo hubiera intentado, cosa que, por otra parte, ni se me ocurrió hacer.

Nadie se extrañó lo más mínimo al vernos allí el lunes por la mañana.

Joe y André se pusieron a colocar sellador con el fin de preparar las zonas de los baños y de las cocinas para el alicatado y la colocación de los muebles. André, como dueño del edificio, estaba tan comprometido en la obra como el propio Joe. Mientras tanto, yo disfrutaba terminando de arrancar y destrozarse lo poco que quedaba de las antiguas paredes y decoraciones de la última habitación.

Aunque parezca raro, eso de romper cosas a lo bestia seguía divirtiéndome de lo lindo. Puede que una parte del placer proviniera de la satisfacción de eliminar de una habitación la suciedad y la fealdad. Eliminar lo viejo e inútil y prepararlo para lo nuevo, bonito y funcional. Puede que hasta fuera una especie de simbolismo para mi propia vida o, lo que era más probable, simplemente debía tratarse de la satisfacción de mis tendencias violentas, hasta entonces ocultas y reprimidas. Cualquiera sabe.

En contra de nuestros planes sexuales, bastante elaborados tras la sesión de burbujas, nos invitaron a una reunión nocturna en casa de Lydia y Vaughan. El plan incluía *pizzas* y cerveza. La feliz pareja vivía en una casa no lejos de la de los padres de Joe.

Mientras íbamos hacia allá, no pude por menos que pensar que, pese a mi escasa afición a salir a la calle, no me cansaba de ver y pasear entre los árboles de Coeur d'Alene, que estaban por todas partes. Tanto verdor me calmaba y me limpiaba la mente. Seattle era una maravilla, una ciudad que me gustaba muchísimo, pero esto era muy distinto, mucho menos lleno de gente y más tranquilo. Con Joe a mi lado, la mayor parte de mis miedos se esfumaban. Pero, más que eso, era como si hubiera despertado una parte más fuerte de mí misma. Venir aquí y encontrarme con Joe en cierto modo me había ayudado a despertar.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventanilla de la furgoneta, estaba a gusto conmigo misma y con lo que sentía, mirando los árboles y las montañas en la distancia. Empapándome de los colores de la puesta de sol, del cielo

escarlata y azul. Siempre me había centrado en esconderme, en estar oculta. Era como si mirara al mundo por primera vez en muchos años, y lo que veía me encantaba.

Puede que mis días de reclusión ya se hubieran acabado.

Lydia, la rubia explosiva, abrió la puerta y nos dio la bienvenida. Inmediatamente, nos explicó la organización social del evento.

—Los chicos están fuera, junto a la barbacoa, y las chicas dentro de casa.

—Es la tradición —explicó Joe, dándome un pellizquito en el cuello antes de salir a encontrarse con sus colegas.

—¡Oh! —Me puse nerviosa inmediatamente, pues la verdad es que apenas había pasado tiempo con sus amigas desde que llegué. Bueno, daba igual. Seguro que estaría a gusto. Por supuesto que sí—. De acuerdo.

—¡Abajo los hombres! —Una sonriente Nell le lanzó a Joe un cojín desde el viejo sofá de cuero—. ¡Fuera!

—Sois lo peor —intervino Rosie en apoyo de su amiga—. ¡Vamos, vete!

Aunque fuera extraño, Joe permaneció imperturbable.

—Señoras.

—Ven, a ver qué quieres beber —intervino Lydia dándome un ligero toque en el hombro.

La seguí por el salón, abierto y amplio, que, a diferencia del de los Collins, no estaba separado en zona de estar y de comedor. Entramos en la cocina mientras Joe salía al patio trasero por unas puertas acristaladas, a través de las cuales se veía un fuego bastante grande y se escuchaban los sonidos suaves y lejanos de un par de guitarras acústicas. Vaughan, André y Pat ya estaban reunidos junto a la barbacoa.

—¿Vino, cerveza, zumo o agua? —preguntó Lydia.

—Cerveza, por favor.

—Muy bien. —Abrió el frigorífico y me pasó una botella, abriéndola con un gesto.

—Gracias.

Volvimos al salón y nos sentamos en sendas sillas. Después de todo el día trabajando en la reforma, agradecí poder estar sentada. Sonaba *Into the Mystic*, de Van Morrison, a un volumen suave y soportable. Me di cuenta de que procedía de un vinilo. Esta gente era mucho más interesante y moderna que yo. Me pasé los dedos por las perneras de los *jeans* negros. De repente, se me quedó la mente en blanco. No sabía qué decir, así que di un trago de

cerveza.

—¡Quiero una cerveza! —dijo Nell en tono quejumbroso.

—Vamos, vamos. —Rosie le dio unos golpecitos en la tripa, ya bastante redonda y abultada—. Vas a tener un hijo. No tienes derecho a divertirte, se siente.

—¡Bah! La verdad es que no necesito alcohol. Me encanta la vida, las hormonas del embarazo ya se encargan de eso. ¡Un brindis! —propuso Nell, levantando la botella de agua que tenía entre las manos—. Por las nuevas amigas.

—Me gusta. —Lydia le dio un buen trago a su cerveza.

—Bienvenida, Alex —dijo Rosie.

—Gracias. —Seguí su ejemplo, que me pareció bueno. Nada como una buena cerveza de barril como para suavizar una garganta que no tenía excesivas ganas de hablar—. ¿Esta noche cierra el restaurante?

—No —dijo Nell—. Eric, Boyd, Curt y Taka se encargan.

—De vez en cuando nos viene bien una noche libre —dijo Lydia, estirando las piernas y levantando los pies.

—Descansos para evitar la locura. —Rosie sonrió. Era una mujer guapa, de piel oscura y con un pelo lleno de rizos por el que yo hasta sería capaz de matar. El mío era lacio y aburrido. Junto a Nell, con su melena pelirroja, sus pecas y su piel llena de tatuajes, daba gusto mirarlas a ambas. ¡Mira que soy perezosa! Ahí estaba yo, con mis *jeans* de reglamento y la típica camiseta de manga larga. Tenía que haberme esmerado un poco más. Eran los amigos de Joe y quería que pensarán bien de mí.

—Hablando de pechos —dijo Nell.

—¿Estábamos hablando de pechos? —preguntó Lydia, sorprendida y, al parecer, un poco azorada. Me pareció que hasta intentaba encogerse. La naturaleza había sido muy generosa con ella.

—Ahora sí. Los míos me están poniendo de los nervios —se quejó Nell, mirándose su impresionante par. Por supuesto, esta noche no llevaba el mandil de chef, que había sustituido por un vestido amplio de lana, de color verde oscuro—. Desde que me visitó el hada de las tetas me siento como si, en cualquier momento, fuera a perder el equilibrio y caerme de narices. O como si fuera a golpear a alguien inopinadamente con un pezón encabritado. ¡Y lo peor es que nadie parece darse cuenta!

Con una sonrisa, Rosie le pasó el brazo por los hombros y le dio un

apretón cariñoso.

—Pues a mí me parece que tienes unas tetas estupendas.

—¡Muchas gracias! —dijo Nell, aunque con cierta expresión de tristeza en la mirada—. La verdad es que una de las razones por las que estoy deseando parir ya y dejar de darle el pecho al bebé es para recuperar la normalidad.

—Lo normal es no recuperar «esa» normalidad —dijo Rosie con calma, echando un trago a su copa de vino—. Yo solía utilizar una talla M, pero ahora necesito como mínimo una XL. ¡Y una de mis amigas, con un hijo que ya tiene ocho años, todavía utiliza la XXL!

—¿Cómo? —Nell emitió un suave quejido y se volvió a revisar los pechos y la tripa—. Esto del embarazo no tiene nada de natural. Me da igual lo que digan.

—Es verdad.

—Joe sigue mirándote a hurtadillas por encima del hombro —me dijo Lydia, guiñándome el ojo.

—Es un encanto, ¿verdad? —dijo Nell—. En general, los hombres se vuelven protectores cuando les gusta alguna chica, pero en el caso de Joe es mucho más acusado. Echo de menos eso.

Rosie frunció el ceño y acarició la tripa de su amiga embarazada.

—Encontrarás a alguien, Nell, ya lo verás.

—Pues yo no estoy tan segura. —Suspiró—. De verdad, ni siquiera sé si tengo ganas. Ya tuve mi historia de amor que solo surge una sola vez en la vida, y fue con Pat. Lo que pasa es que di por hecho que no acabaría nunca. Bueno, la verdad es que fue cosa de los dos. Igual es que éramos demasiado jóvenes, no lo sé. No hemos vuelto a hablar como Dios manda desde que le conté lo del embarazo. Y lo único que hizo fue mover la cabeza: asentir, negar y eso. Prácticamente ni me miró siquiera.

—Puede que se esté alejando para daros espacio a Eric y a ti, para que podáis formar una familia. —Una vez más, Rosie le pasó el brazo por los hombros y le dio un apretón—. La verdad es que Eric ha cambiado sus hábitos para bien durante estos últimos meses.

Nell hizo un ruido como si fuera a ahogarse, se dejó caer hacia atrás, mirando al techo.

—Déjalo. Lo único que hicimos fue mover las caderas el uno junto al otro casi sin darnos cuenta, porque estábamos pero que muy borrachos. Lo quiero mucho, pero solo como amigo.

—Me molesta enormemente pensar que te vas a enfrentar a todo esto tú sola —intervino Lydia, con cara de preocupación.

—¿Tienes pensado abandonarme? —preguntó la pelirroja, alzando una ceja.

—¡No, por supuesto que no!

Nell se encogió de hombros.

—Entonces te tengo a ti, a Vaughan, a Rosie, a Boyd, a Joe y a sus padres. Todos estáis deseando ayudar. Tranquila. Estaremos bien atendidos.

—Estupendo —dijo la rubia, aunque no parecía muy convencida.

Con una gran sonrisa, Nell apoyó la cabeza sobre el hombro de Rosie.

—La verdad es que Lydia junior y yo somos afortunadas.

Lydia se quedó con la boca y los ojos muy abiertos, y después se rio.

—¡No irás a ponerle mi nombre al bebé...!

—Sí, eso voy a hacer. —Se encogió de hombros otra vez—. Si es niño, de vez en cuando le resultará un poco difícil llevarlo a cuestras, hay mucho estúpido suelto, pero ya se acostumbrará. Le ayudará a moldear el carácter.

—¡Muy graciosa! —dijo Lydia con una sonrisa ácida.

—Tranquila, no nos va a dar ninguna pista creíble acerca de los nombres que esté barajando —dijo Rosie, que volvió a levantar la copa de vino y dio otro sorbo.

—¡Por supuesto que no! —espetó Nell—. Ya lo sabréis en su momento, cuando esté hecho. Y después, os aguantáis. Si se cuenta antes, todo el mundo se cree con derecho a dar su opinión. No quiero que nadie diga «¡Huy, qué nombre más adecuado... para ser un asesino en serie!», pongo por caso.

—Nosotras no diríamos eso, de ninguna manera —protestó Lydia, levantando las cejas como si se sintiera insultada.

—Vaughan sí.

—Bien, puede ser, pero es que tu hermano es idiota.

—Pues tú estás enamorada de él —puntualizó la pelirroja.

—Es que yo también soy idiota. ¿No te habías dado cuenta?

Rosie y yo nos reímos entre dientes, y empecé a sentirme un poco más relajada. ¡Santo cielo, estaba más o menos a gusto rodeada de extrañas! Valerie estaría muy orgullosa de mí si me viera socializar como una persona normal. ¡Chúpate esa, ansiedad! El mundo podía ser molesto y ruidoso, un lugar en el que era fácil perderse y sentirse confundido. Pero puede que

relacionarse con él no fuera más que una cuestión de práctica.

—Bueno, Álex, cuéntanos algo de ti —ordenó Nell en su habitual tono exigente.

—Sí —dijo Lydia, apoyando la moción—. ¿Cómo son tus amigas? ¿En qué trabajas?

—¿Y qué pasa entre tú y Joe? —remató Rosie poniendo cara de mala y levantando las cejas.

¡Joder! Tres pares de ojos me miraban fijamente, esperando respuestas. Si hubiera estado debutando en una obra de teatro seguro que no me habría sentido tan nerviosa. Se me quedó la mente en blanco. No se me ocurrió absolutamente nada que decir. Mi denominación personal de una conversación amable con extraños es «una tortura», ni más ni menos.

Bueno, a la porra. Yo era la dueña de mi destino. No iba a fallarle a Joe esta noche, ni muchísimo menos. Tragué saliva, aunque tenía la garganta tan seca como el desierto de Arizona.

—Bueno... soy diseñadora gráfica —empecé.

Todas sonrieron y me miraron con simpatía, animándome a continuar.

Podía enfrentarme a esto, claro que sí.

Cuando decidimos volver al hotel empezaba a llover. Dado que los hombres ya no podían seguir fuera y las cosas estaban tan difíciles entre Pat y Nell, la velada terminó de manera un tanto abrupta.

—¿Has estado bien? —preguntó.

El ruido rítmico de los limpiaparabrisas contribuía a calmarme. Y también las difusas luces de los semáforos a través de las gotas de lluvia que caían sobre el cristal.

—Sí, la verdad es que sí. —Me había costado un poco acostumbrarme al interés de las chicas como última amante de Joe. Y me había dado cuenta de que lo apreciaban de verdad. Además, eran mujeres, así que les gustaba el cotilleo. Apenas les oculté nada, por lo que gané puntos. Bebí algunas cervezas más, me tomé dos trozos de *pizza* y, en conjunto, fue una velada agradable. Incluso para mí, sorprendentemente. Eso de compartir cosas con la gente adecuada me hizo sentirme bien. Igual que hacer nuevas amigas. Puede que se tratara de ese acuerdo al que había llegado para decir que sí en las circunstancias adecuadas.

—Son agradables.

—Me alegro. —Sonrió.

—La verdad es que han sido más que agradables —insistí—. Son encantadoras.

Hice una pausa.

—Te dije que te contaría mi problema con los cuartos de baño. —Puse las manos en el regazo. Tenía los dedos tensos. Puede que esta fuera la noche ideal para compartir mis secretos, para sacar parte de la mierda que tenía dentro. Era milagroso, la verdad. Se trataba de algo importante y muy personal, pero necesitaba hablar de ello. Requeriría valor, algo que ya había ejercido durante la fiesta. Así que ya sabía que lo tendría—. Si es que quieres saberlo.

Me miró de soslayo.

—No es agradable —advertí—. Pero, de todas formas, me apetece compartirlo contigo...

—Claro que quiero escucharlo.

Me mordí los labios y asentí.

—Val y yo hemos estado muy unidas desde que éramos niñas, ya lo sabes. Te hablé sobre ello en los correos. Se sometió a una operación de cambio de sexo después de acabar el instituto. No es algo que me ocurriera a mí, así que apenas hablo de ello con los demás. Pero a ti sí que te lo voy a contar...

—De acuerdo.

—Fuimos a un instituto de un barrio bastante conservador. Los chicos homosexuales lo pasaban muy mal. Mucho peor que yo por ser poco sociable y no ir a la moda. —Apreté las manos contra el regazo para evitar que me temblaran—. Cuando Val todavía era Vince, resultaba bastante obvio que era gay. ¡Pero tampoco tenía por qué ocultarlo, joder!

Los limpiaparabrisas seguían moviéndose de un lado a otro.

—Sea como fuere, el caso es que algunos hijos de puta que habían sustituido las neuronas por testosterona decidieron hacerle daño —expliqué. Procuré mantener un tono de voz moderado y tranquilo, y distanciarme de las imágenes que me acudían en tropel a la mente. No funcionó—. La gente puede llegar a ser muy cruel e irreflexiva, y no se toma ni siquiera un minuto para considerar las posibles consecuencias de sus actos. Y sobre todo los adolescentes. Se lanzaron sobre él y le dieron una paliza en los servicios del instituto.

—¡Joder! —susurró Joe.

—Un ojo morado, los labios hinchados, las costillas deshechas... Vamos, que lo dejaron para el arrastre.

Me pareció que apretaba el volante con más fuerza.

—¡Malditos capullos!

—Sí. —Le dirigí una sonrisa fantasmal. Una estupidez, porque no había ni la más mínima razón para sonreír—. Los padres de Val eran bastante pusilánimes, era casi como si no existieran. Ella, bueno, por aquel entonces él, se sentía mucho mejor con los míos. Lo convencí de que se quedara esa noche en mi casa, y así podría cuidarlo e intentaría animarlo. Vimos alguna película, comimos palomitas y no paré de ponerle hielo en la cara para reducir la inflamación. Cuando mis padres se fueron a la cama abrí el armario de las bebidas y nos tomamos un par de tragos cada uno. En plan medicinal, ya sabes.

Joe se limitó a mirarme.

—Parecía que se estaba recuperando bien, o por lo menos tan bien como puede uno recuperarse después de haber sufrido semejante experiencia. Me dijo que iba a ir al cuarto de baño. Dios, tenías que haber visto las dificultades que tenía para moverse. Le dolía todo. Nunca he deseado matar a nadie con tanta intensidad como a esos desgraciados que le dieron la paliza. —Me paré a respirar durante un momento—. Val se había ido hacía un rato y empecé a preocuparme. La puerta del cuarto de baño estaba cerrada, pero sin cerrojo.

Me volví hacia Joe. De nuevo acudieron a mi mente las dudas y las preguntas habituales, que ya formaban parte de mí.

—Pensé que simplemente estaría llorando, que necesitaba estar solo durante un rato, ¡yo qué sé! Pero no era eso. Estaba inconsciente sobre la bañera. Había sangre por todas partes. Se había abierto una muñeca a lo largo, se había hecho un corte bastante profundo. Imaginé que no pudo físicamente abrirse la otra. Puede que eso fuera lo que lo salvara. Bueno, eso y que la ambulancia afortunadamente llegó muy deprisa. Yo me limité a apretarle la muñeca con todas mis fuerzas, y a llamar a mamá a gritos.

—Tú le salvaste —afirmó Joe en voz baja.

Negué despacio.

—No tenía que haberlo dejado solo. Tenía que haber intuido que estaba al borde del precipicio. Tenía que haberlo adivinado.

—¿Y cómo? —preguntó— ¿Eres capaz de ver el futuro y no me lo has dicho?

Gruñí. Era mejor que llorar.

—Bueno, sigo contándote. Nos quedamos en el hospital hasta que lo estabilizaron, y mi madre me mandó para casa. Tenía la ropa, los brazos y las manos llenas de sangre, y el baño también lo estaba, así que me puse a limpiarlo. No me parecía bien que tuvieran que hacerlo mis padres.

—¡Dios!

—Sí, fue terrible —confirmé—. Nunca había pensado antes qué es lo que hay que hacer para limpiar un sitio lleno de sangre. Al parecer hay empresas especializadas en eliminarla de la moqueta, las cortinas y todo eso. ¡Menudo trabajito! Espero que les paguen muy bien.

Nos detuvimos cerca del hotel y Joe apagó el motor. Sin su ruido, el de la lluvia llegó mucho más fuerte y nítido.

—Siento muchísimo lo que le pasó a tu amiga —dijo—. Y a ti.

—Gracias a Dios, y como has podido comprobar, Valerie sobrevivió, y ahora está bien y es feliz. Tiene un novio que la adora.

—¿Y tú, cómo estás? —preguntó, extendiendo la mano para tomar la mía.

La saqué de debajo de las piernas, que era donde finalmente me había llevado las manos sin darme cuenta, y entrecruzamos los dedos.

—Estoy aprendiendo a no odiar a la gente. Es un proceso gradual.

—No creo que sea odio. Me da la impresión de que lo que tienes es más bien miedo de la gente. —Me besó el dorso de la mano, y mantuvo los labios un buen rato sobre mi piel—. Después de lo que me has contado, puedo entender el porqué.

Fuera de la furgoneta, la lluvia seguía cayendo, constante y pertinaz, desde el cielo nocturno. El mundo seguía su camino, independientemente de que la gente viviera o muriera.

—Bueno, pues ya te lo he contado —dije.

—Gracias por la confianza que me has demostrado.

—¿Sigues queriendo venir conmigo al hotel? —No contuve el aliento, habría sido una estupidez. Y ahora, una vez que había podido contarle a alguien la historia de Val, podía soportar la compañía de la gente. Especialmente la suya.

Todavía con la mano entrelazada con la mía, se retiró de la cara un mechón de pelo.

—Sí. Pero prepárate, porque te advierto de que esta noche va a haber muchos abrazos y caricias.

—¡Puaf! —exclamé, arrugando la nariz en dirección a él.

—Ya, ya. Pero vas a tener que ser valiente otra vez, decir que sí y soportarlo.

Me reí quedamente.

—Creo que podré con ello.

CAPÍTULO 15

Correo electrónico enviado hace dos semanas:

YO: Estoy pasando por una fase jodida. Estrés por el trabajo y toda esa mierda. Cuéntame algo bueno, anda.

ERIC: He estado pensando en ti todo el día, esperando que llegara el momento de hablar contigo. Por otra parte, sea lo que sea lo que te estrese, seguro que puedes con ello. ¡Eres la persona más fantástica que conozco!

YO: Gracias. Eso era precisamente lo que necesitaba leer. XX

—Joe, te había entendido que íbamos a abrazarnos.

—Nos estamos abrazando. —Sus manos callosas me rodearon por la cintura, mientras me cubría la cara de besos suaves y húmedos. Me moría por ellos. Literalmente.

—Estoy casi segura de que los preliminares del sexo y los abrazos de consuelo son cosas distintas —dije.

—¡Joder! —susurró con voz ronca—. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa que en el sexo? Lo único que estoy intentando es reconfortarte, Álex. Estar ahí, a tu lado, como amigo. No seas retorcida, deja de pensar que esto es algo sucio.

—Pues sería más fácil para mí si los dos estuviéramos desnudos. —Me reí y aparté su largo pelo rubio para poder verle bien la cara. La línea de los pómulos y el dibujo de la nariz. También me gustaba mirarle el labio inferior, rosado y lleno. Perfecto para besarlo, mordisquearlo y chupetearlo. Puede que tuviera razón cuando decía que no podía pensar en otra cosa que en el sexo.

Pero era culpa suya, nada más que suya.

—Eres muy guapo.

—¿Guapo?

—Sí, masculinamente guapo. Ya sabes, peludo, grande, fuerte, y todas esas cosas.

El adorable capullo suspiró.

—Bien, de acuerdo. Ya lo capto: una especie de oso. Gracias.

—De nada.

Nos sentamos, mirándonos, yo a horcajadas sobre su regazo. Tenía la espalda apoyada en el cabecero de la cama, y las largas piernas cruzadas a lo indio. Dado el tamaño de sus muslos, me resultaba difícil moverme. Tampoco es que quisiera ir a ninguna parte. Supongo que gracias al trabajo que hacía, además de llevar de un lado para otro las herramientas y los materiales de construcción, su cuerpo estaba en una forma espectacular. ¡Menos mal que tenía un poco de tripita! Eso me hacía sentirme más tranquila respecto a mi abundancia de redondeces.

Respecto a su forma de actuar en la cama, he de decir que me volvía loca. Mi nuevo plan de vida era impedir a toda costa que saliera de mi cama. Quizá sin necesidad de mostrarme muy autoritaria, estaba segura de que sabría comportarse como un esclavo sexual de primera; eso sí, voluntario, no me gusta la violencia. ¡Madre mía, las cosas que le mandaría hacer!

Me rodeó el cuello con la mano, atrayéndome para que lo besara. Esta vez el beso fue más largo y más profundo. Con la lengua dentro de mi boca y el pulgar acariciándome la barbilla. Cerré los ojos. Moví la cabeza, dibujando pequeños círculos. Solo importábamos él y yo. Todo lo demás había desaparecido, no era nada.

Una mano, casi al final de la columna, me empujó más todavía hacia su cuerpo. Y, sobre todo, hacia su pene, cada vez más duro y alargado. Si moviera las caderas un poco hacia arriba, se alinearía perfectamente con la parte superior de la raja. Sentí escalofríos cuando empecé a rozarme contra él.

Le acaricié la muñeca y lo miré con ojos aturridos.

—Estoy empezando a darme cuenta de lo mucho que te gusta estar al mando.

—Mmm. —Esbozó una media sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Cuando tenía la mano alrededor de tu garganta empezaste a ponerte muy, pero que muy húmeda. ¡Hasta lo he sentido con la polla! Ahora estás caliente y chorreando.

¡Dios! Hasta lo que decía me ponía a cien. En lo que respecta a Joe Collins, mi sexo se comportaba como si fuera una prostituta lasciva a la que le gustaba su oficio. Y la verdad, ¿quién podía reprochármelo? Su cuerpo era como un enorme campo de juego. No había ni un solo centímetro que no me apeteciera explorar.

Se acercó y me mordisqueó el lóbulo de la oreja, haciéndome jadear.

—Creo que por fin estás empezando a confiar en mí, Álex.

—Me da la impresión de que no eres tan bueno con todo eso de los abrazos y los achuchones exclusivamente cariñosos y paternales.

—Bueno, lo único que quiero es complacerte —afirmó, acariciándome el pelo y colocándome la cabeza de modo que tuviera el cuello al alcance de la boca. Volvieron los estremecimientos dorsales.

—Pero me habías dicho que ya estabas harto de complacer a la gente.

—Complacerte a ti me complace a mí.

Se me aceleró el pulso, y los pulmones empezaron a ir más deprisa. Estando ya casi juntos, estiré la mano para acariciar la sedosa piel de su pene, que estaba tanto más endurecido cuanto más cerca de la raíz. Duro y caliente, y extraordinario al tacto. Casi me dolía de las ganas que tenía de él.

—Échate hacia atrás —ordenó, colocando las manos bajo mis brazos y sujetándome. Cuando me besó el pecho casi alcanzo el éxtasis. Chupando con los labios, pasando la lengua, mordisqueando. Placer, y hasta un poquito de dolor, seguido de espera ansiosa. Justo lo necesario para que mi cuerpo le prestara a sus juegos toda la atención posible y más, para que me ardieran los nervios. La cabeza me daba vueltas, y el corazón me iba a mil por hora.

Empujé su cabeza contra mí y le acaricié el pelo. Era un juego que me encantaba jugar. Además, en esta posición, podía seguir acariciando sus partes. Perfecto.

—¿Joe?

—¿Mmm?

—Ya está bien. Entra.

Bordeó un pezón con la lengua, logrando que se pusiera todavía más duro.

—Dentro de un momento.

¡Maldita sea!

—No, ahora.

—Espera. Todavía estoy en la fase de consolarte —dijo, y sopló ligeramente el húmedo pezón.

Puse los ojos en blanco, pensando durante una fracción de segundo que nunca sería capaz de volver a colocarlos en su sitio. Como siguiera consolándome de esa manera tan particular, terminaría explotando. Aunque no tenía la intención real de hacerlo, creo que le di un tirón de pelo lo suficientemente fuerte como para que lo notara.

Me puso una mano alrededor de la espalda, se sentó y me empujó para que yo hiciera lo mismo. Con la otra mano buscó impacientemente un preservativo. ¡Por fin! Mi boca encontró la suya, y lo besé muy profundamente, mientras me recolocaba un poco las caderas. Una pena que se perdiera el contacto entre mis órganos sexuales y los suyos. La única razón era tener espacio para colocarse el condón. Normal, no debía impedirlo.

Me rodeó con una mano, mientras que con la otra se colocaba el preservativo. Teníamos las bocas cercanas, pero no nos besábamos. Así que nos mirábamos, qué horrible. Pero, no sé por qué, esta vez no pude apartar la vista de sus ojos.

Noté la presión sobre los labios mayores, y casi inmediatamente sentí cómo apretaba, cómo me llenaba. Había realizado esos absurdos ejercicios aeróbicos previos al sexo, pero estaba claro que con él no había ningún problema. No sentía presión psicológica ni ansiedad, no con Joe. No tenía por qué preocuparme. Estábamos conectados, sentía su potencia dentro de mí, y pensé que follar con él era algo increíble, maravilloso. Él era una persona adecuada. No era simplemente que lo deseara, es que confiaba en él. Y los sentimientos y las emociones que me provocaba no hacían más que crecer, segundo a segundo, minuto a minuto.

Con los brazos alrededor de sus hombros, mi cuerpo lo envolvió en un abrazo intensísimo. Su pene, largo y duro, entraba y salía de mí, casi haciéndome perder el juicio. Le clavé las uñas en su amplia espalda, casi habiendo perdido el control de lo que hacía. Cada vez que me penetraba inmediatamente después de retirarse me volvía a sentir en la gloria. Tenía todos los órganos tensos, como si por mis venas circulara corriente eléctrica en lugar de sangre.

Sentía su aroma, absolutamente familiar, y el olor a ambos, una mezcla ya homogénea, inundaba la habitación.

Nuestras respectivas pieles estaban inundadas de sudor, mientras que ambos cuerpos se fundían y se deslizaban el uno en el otro, cada vez más rápido. Apreté los dientes y forcé el ritmo aún más, con los músculos en

tensión y el sexo completamente mojado, inundado casi. Solo podía escuchar el ruido de nuestras respiraciones, pesadas y ansiosas. Notaba sus dedos apretándome la piel, hundiéndose en ella, y sus brazos casi haciendo que me crujieran los huesos, de fuerte que apretaba. La verdad es que estábamos teniendo sexo bastante salvaje y violento. Pero no me importaba en absoluto que perdiéramos el control, dada la forma en que me corría la sangre por las venas, caliente y cargada de vigor.

Joe gruñía y juraba. Nos movíamos frenéticamente, como si quisiera hacerse un sitio dentro de mí de manera permanente. Cada vez que me embestía sentía un placer indescriptible, y me llenaba de energía, que circulaba por la espina dorsal y se distribuía por todo el cuerpo, hasta llegar otra vez al sexo, haciéndome gritar. Probablemente, porque todo lo que sentía era que los pulmones y el corazón habían explotado. Allí estaban los huesos, envolviéndole para siempre, o al menos eso me parecía y eso deseaba.

Utilizó mi cuerpo para terminar. Empujando con las caderas, me apretó con muchísima fuerza, supongo que con toda la que fue capaz de aplicar. Su pene vibró dentro de mí, derramando el semen. Casi me arrepentí de que hubiera un preservativo entre los dos.

Un momento. No, no me arrepentí. Eso era una locura.

Notaba el pulso en los oídos como el ruido de un tambor. Me sorprendió que los vecinos de las habitaciones contiguas no se estuvieran quejando. Joe y yo permanecíamos pegados, compartiendo miembros y fluidos.

—¿Estás bien? —musitó.

—Sí. ¿Y tú?

Un gruñido.

¡En serio!

—¿Se puede saber qué demonios significa eso?

—Pues significa que, de momento, no me apetece hablar, ni siquiera moverme. —Se apoyó contra el cabecero para relajarse, acariciándome la espalda tras sus dulces palabras, y yo me dejé caer suavemente sobre su pecho. Escuché los fuertes latidos de su corazón. Me gustó comprobar que estaba tan exhausto como yo misma. Dentro de mí su polla se suavizó un tanto, aunque siguió empinada. Eso me gustó, el hecho de poder seguir sintiéndolo.

—Creo que estoy muerta.

El muy idiota me pellizcó el trasero.

—¡Ay!

—Pues mira, no, todavía estás viva —dijo.

Se la devolví pellizcándole un pezón.

—¡Joder, para! —Me agarró la mano, sujetándola con la suya, de hierro —. Ya está bien, me rindo. Volvamos a ser amigos.

No sé calcular el tiempo que nos pasamos así, quietos y pegados el uno al otro. Ninguno de los dos parecía tener ganas de moverse. Hasta podía haberme quedado dormida. Tenía un cuerpo cómodo, confortable, y yo estaba exhausta. Con mucha dulzura, me apartó el pelo de la cara. Con un dedo me acarició el lóbulo de la oreja, una de mis zonas más sensibles.

—La cosa se está complicando —dijo.

Si hubiera estado más despierta, no habría tenido más remedio que mostrarme de acuerdo.

Al día siguiente, Joe volvió a tener turno en el Dive Bar. Una vez más, yo me había colocado en una mesa de esquina, trabajando con el portátil. Sí, de acuerdo, podría haberme quedado a trabajar sola en el hotel, en la aislada tranquilidad de mi habitación. Por extraño que parezca, el hecho de observar a la gente, ¡y viceversa también!, me exacerbaba la creatividad. Me gustaba eso de asomarme a las cosas, a los acontecimientos, observar. Nunca había pensado que tampoco hacía falta estar en el centro de todo, rodeada de gente y bregando en todo momento con la frenética actividad que se desarrollaba. Estar tras la barrera también era agradable, se podía estar. Y esta barrera en concreto me permitía mirar de vez en cuando a mi gigante sexi y, menos a menudo, también a Nell y a Rosie. Resultaba agradable, de verdad.

Todo había estado de lo más tranquilo, hasta que Eric llegó, justo después de acabar el ajetreo de la comida.

—Venid a ver —dijo en voz alta desde la entrada principal. Su sonrisa era muy amplia, y casi daba saltos de entusiasmo.

—¿El qué? —preguntó Joe, que se quedó parado con un par de cervezas que iba a meter en el frigorífico en la mano.

—¡Venid todos!

Eric desapareció por la puerta, mientras los demás nos mirábamos sorprendidos y confundidos. Boyd, uno de los cocineros, salió acompañado por Nell. Rosie y Taka eran los camareros del turno. Ambos se acercaron a la

puerta, encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño respectivamente.

Yo me encogí dentro del jersey y me froté las manos en los *jeans* para calentarme. El viento frío del otoño arrastraba las hojas, y el cielo estaba despejado de nubes, muy azul. Aparcado en el bordillo había un automóvil rojo y brillante, con líneas blancas paralelas a lo largo del capó, como los de competición.

—Un Shelby GT500 del 2008 —informó Eric orgullosamente—. Y lo he comprado baratísimo, solo veinticinco de los grandes. El propietario acaba de morir y, al parecer, su viuda lo odiaba. Al automóvil, quiero decir.

Boyd asintió despreocupadamente y se dio la vuelta para volver a su trabajo en el restaurante. Supongo que los automóviles le traían sin cuidado. Yo seguí callada y permanecí en segundo plano. La verdad es que, como a Boyd, los vehículos de cuatro ruedas me importaban un comino.

—Pero ¿no tenías un automóvil relativamente nuevo? —preguntó Rosie con los brazos cruzados.

—Es cosa de hombres, tú no lo puedes entender. —Taka se inclinó para entrar por la puerta del pasajero—. Bonito, muy bonito.

—Te llevaré a dar una vuelta algún día —dijo Eric.

—Estupendo. —Taka siguió a la escéptica Rosie de vuelta al establecimiento.

Todavía radiante, Eric se volvió a Nell y a Joe.

—¿Qué? ¿No es precioso?

Nell soltó un resoplido.

—Sí, claro que sí. Y solo tiene dos puertas. Eso es estupendo a la hora de llevar al niño.

Eric frunció el ceño.

—Pensaba que para llevar al niño utilizarías el tuyo.

Nell no contestó, pero casi se podían ver las nubes de tormenta que flotaban alrededor de su cabeza, así como la frustración y el cabreo, que hizo que cerrara los puños. Estaba claro que el estrés que sufría era excesivo para una mujer en su estado. Inmediatamente se dio la vuelta y volvió a su refugio de la cocina.

—Pero ¿qué demonios pasa? —masculló Eric con las manos en las caderas y mirándola con cara de asombro.

Joe se limitó a bajar la cabeza.

—¿En serio? ¿Tu también?

—No me jodas, Eric —espetó Joe, pasando la lengua por los labios y negando con la cabeza—. ¿Ni siquiera te has preguntado por qué no me preocupaba de recordarte el dinero que me debes? ¿O es que se te ha olvidado el préstamo que te hice cuando lo necesitabas para entrar como propietario del Dive Bar?

Con la boca cerrada, Eric se limitó a mirar fijamente a su hermano.

—Pues la respuesta es porque el negocio, al principio, iba a trancas y barrancas. Y entonces, cuando empezasteis a salir de los números rojos, ¡sorpresa! —Joe abrió los brazos y vi como se le hinchaba una vena del cuello—. Vas y dejas embarazada a Nell. Ibas a ser padre. Pensé que necesitarías dinero, que ayudarías a Nell a criar al bebé, que comprarías cosas. ¿Comprendes? Ni se me pasaba por la imaginación que te fueras a comprar un maldito deportivo.

Los labios de Eric se habían vuelto peligrosamente finos.

—¿Cuándo narices vas a madurar y a empezar a pensar en tus responsabilidades, eh? —le preguntó Joe con aspereza—. Buen trabajo, hermano. Bien hecho.

Joe volvió a entrar y se dirigió a la barra, dejándome allí de pie. Yo procuré deslizarme lo más sutilmente que pude hacia la puerta. La verdad es que tuve la oportunidad de desaparecer cuando lo hizo Boyd. El tipo no hablaba mucho, pero era inteligente. De todas maneras, me había impresionado lo que había dicho Joe. Era evidente que había pasado su época de agradar a la gente a toda costa.

Con la mandíbula tensa, Eric cerró de un portazo.

—¿Y tú qué, Alex? ¿También me vas a echar la bronca?

—No —respondí, procurando permanecer inexpresiva. Aquello no tenía nada que ver conmigo y no haría nada por implicarme.

—Desde que llegaste no es el mismo.

Labios sellados.

Entre dientes, empezó a jurar en arameo mientras daba la vuelta para colocarse en la puerta del conductor. Ni un adolescente habría mejorado la rabieta. Encendió el motor, que rugió como el de un bólido de carreras y salió pitando calle abajo. Hizo volar más hojas que el mismísimo viento.

¡Vaya! Odio el conflicto, lo llevo fatal. El solo hecho de estar cerca, aunque no fuera cosa mía, me aceleró el pulso.

Dentro Joe estaba de pie junto a la barra, mirando al suelo. No estaba nada

contento.

—Hola —dije, apoyándome en una banqueta y asomando lo suficiente como para casi llegar al otro lado de la barra.

—Hola. —Me agarró de la mano que le había ofrecido, dejando que se la acariciara. Después le di un beso, que no fue simplemente en la mejilla, cariñoso y casto. ¡Qué demonios! Apreté los labios contra los suyos y le di el beso que me solía reservar para los amantes, y siempre en privado.

Detrás de nosotros se oyó un aullido de lobo y un aplauso.

Cuando, al cabo de un buen rato, me retiré, vi que su expresión se había calmado y que sus labios empezaban a dibujar una sonrisa. Objetivo cumplido.

—Gracias —dijo.

—A tu disposición.

—Tu hermano no para de subir peldaños para llegar al primer puesto entre los seres más despreciables de la historia. —Nell llevaba un bolso colgando del hombro. Apretaba los labios con fuerza y tenía los ojos casi tan rojos como el pelo—. Se supone que iba a venir a recogerme a la hora de cerrar. ¿Te importaría llevarme a tu casa en un momento, por favor?

—Por supuesto que no —respondió Joe forzando una sonrisa.

—Seguramente estará por ahí, masturbándose sobre su nuevo automóvil.

Joe se limitó a gruñir.

Yo no dije nada. Resultaba una imagen bastante perturbadora, y posiblemente más cercana a la realidad de lo que podría imaginarse.

Era tarde, y las calles estaban vacías. Por encima de nosotros se veían montones de estrellas, brillando en todo su esplendor, pues había luna nueva. Era una noche fría y magnífica. Hasta el viento se había calmado.

—Lo siento, pero creo que hay bastantes trastos ahí atrás —dijo Joe abriendo la furgoneta.

—No te preocupes, siéntate delante, Nell. Ya me pongo yo atrás —me ofrecí. Era lógico que la mujer embarazada se acomodara en el asiento delantero.

De hecho, en la parte de atrás había muchos documentos, un juego de tenazas y alicates, un bote vacío de refresco, una cazadora de mezclilla y una gorra de béisbol. Lo aparté todo a un lado y me monté, mientras Nell se

acomodaba en el asiento delantero.

Bostecé, exactamente al mismo tiempo que Joe y casi con la misma fuerza. ¡Creo que hasta a los dos nos crujó la mandíbula! Se volvió y me guiñó un ojo. No pude evitar dedicar una sonrisa a mi compañero de... cansancio. Nuestra intensa actividad sexual había ido claramente en detrimento de las horas de descanso. Tampoco es que me importara, ni siquiera un poquito. Tenía ojeras, aunque no demasiado pronunciadas, y notaba cierta irritabilidad al hacer pis por la mañana, pero después se me pasaba. E iba como una zombi hasta el primer café. Uno de los mejores inventos de la divinidad era la cafeína, sin la menor duda. Y otro el corrector cosmético de las ojeras.

El cronómetro había iniciado la cuenta atrás del tiempo que me quedaba en Coeur d'Alene. Habría que tomar decisiones sobre mi situación, más bien sobre nuestra situación. Podíamos visitarnos por turno, quedar en algún lugar a medio camino, etc. No lo sé. Aunque cualquiera de las opciones me parecían adecuadas, e incluso hasta positivas, lo cierto es que la situación en sí misma me asustaba. Incluso en esta época de tantas posibilidades tecnológicas, las relaciones a distancia eran difíciles. No tenían excesivas posibilidades de éxito.

Se encendió el motor y salieron bocanadas de aire caliente de los ventiladores. La mayoría de las casas estaban a oscuras, como era lógico a estas horas de la noche. Condujimos por las calles en penumbra, mientras en la radio sonaba una canción clásica del Boss. No veía la hora de volver al hotel y retomar lo mío con Joe. Desnudos, naturalmente. Estar tan pegada a él como me fuera posible y olvidarme de que muy pronto tendría que dejarlo atrás.

No habíamos pasado ni dos manzanas cuando Joe redujo la velocidad y se paró en una señal de stop. Tras una breve pausa, volvimos a ponernos en marcha. El todoterreno se estampó con fuerza contra uno de los lados de la furgoneta de Joe, empujándonos hacia la intersección. No llevaba luces, así que no lo vimos, ni el propio Joe ni tampoco ninguna de nosotras. Nada. Chirridos metálicos. Me golpeé la cabeza contra el duro cristal de la ventanilla. Todo se volvió negro.

CAPÍTULO 16

Correo electrónico:

Enviado hace diez días:

YO: Eric, llevo un par de días sin saber nada de ti, así que me imagino que debes de estar muy ocupado con el restaurante, con tu familia y con tus amigos. Espero que todo vaya bien. Hablamos pronto. Un abrazo, A xx

Enviado hace una semana:

YO: Eric, estoy preocupada por ti. Seguramente es una tontería, pero ¿serías tan amable de escribirme, aunque fuera solo una línea, para hacerme saber que estás bien? No te costaría ni un minuto. Gracias.

Cuando iba a los hospitales todavía me entraban ganas de vomitar, pues el mago de la barba aún no había sido capaz de cambiar eso. Pasillos blancos interminables, con olor a lejía y a desinfectante, enfermeras y médicos corriendo de acá para allá, y todo el mundo hablando a la vez. En alguna parte un niño lloraba desconsoladamente.

Me acomodé en la sala de espera del hospital, junto a Rosie y Boyd. Eric y sus padres estaban sentados enfrente. Todo el mundo estaba pálido y trastornado, y algunos con los ojos muy enrojecidos. Pese a la escayola del brazo izquierdo, Joe prefería pasear a sentarse. La fractura estaba solo unos centímetros por encima de la muñeca. El médico le dijo que había tenido

mucha suerte, porque si llega a ser un poco más abajo, los daños habrían sido mucho mayores y la recuperación más difícil, larga y más incierta. A mí me habían recolocado el hombro derecho y, aparte de eso, solo tenía algunos hematomas, que me dolían bastante, pero nada importante. Cuestión de tiempo, y no mucho. El médico también me dijo que había tenido suerte. El imbécil del otro automóvil, el que conducía sin luces, había salido casi sin un rasguño. Por supuesto, a su vehículo no le había embestido de pleno otro.

Nell no había tenido tanta suerte.

—Quiere veros a ti y a Álex —le dijo Lydia a Joe. Tenía la cara hinchada de tanto llorar. Vaughan estaba a su lado, agarrándola fuerte de las manos.

Joe se paró en seco.

—Muy bien —dijo.

Yo me levanté despacio, con la cabeza todavía atontada por la pena. En el hospital me habían dicho que me quedase ingresada toda la noche, por si acaso. Conmoción cerebral leve, y esas cosas. Me resultaba difícil de entender en qué podría ayudar a nadie si me daba un ataque de nervios o algo por el estilo. Y si me hubieran obligado a quedarme en una cama de hospital, seguro que todos los recuerdos sobre la estancia de Val tras su intento de suicidio se me habrían venido encima, con las consecuencias antes mencionadas u otras peores. Así que pedí el alta voluntaria, en contra del ferviente consejo de los médicos, y, como todos los demás en la sala de espera, procuraba mantenerme lo más entera posible.

—Muy bien —repitió Joe antes de ponerse de nuevo en movimiento, encaminándose hasta la habitación en la que habían instalado a Nell.

Yo lo seguí.

La pelirroja estaba sobre una auténtica montaña de almohadas. Salvo la zona contusionada, a un lado de la cara y en el brazo izquierdo, estaba más pálida que las propias sábanas de la cama. Hasta la melena pelirroja, que le caía desmadejada sobre los hombros, parecía de un color más apagado. Los monitores sonaban constantemente con pitidos apagados, y también se encendían luces de manera intermitente, informando acerca de las constantes vitales, los niveles de salinidad y cualquiera sabe qué más cosas. Lo que sí estaba claro es que sufría dolor, y no solo físico, por supuesto. Se me encogió el corazón. Esto no tenía nada de justo, ni de razonable.

Ya sabía que también a la buena gente le pasaban cosas horribles, pero ver a Nell así hizo que el corazón se me rompiera en pedacitos, como un cristal

que estalla.

—Hola —saludó. La línea de la boca no rompió la palidez de la cara. Fue directa al grano, como siempre—. Joe, no fue culpa tuya.

Con el pelo rubio sobre la cara, sin ningún orden ni concierto, negó con la cabeza, pero no dijo una palabra. Tenía los hombros caídos, como el resto del cuerpo, que parecía derrotado. En el accidente se le había roto algo más que el brazo. Me dolió verlo tan destrozado.

¡Dios, la cosa era bastante peor de lo que había pensado!

—Aunque hubiera sido Eric quien viniera a recogerme, ese maldito todoterreno habría surgido del cruce sin luces, como un fantasma —afirmó Nell—. O sea, que igualmente estaría en esta cama y en iguales condiciones, o peores, porque el automóvil de Eric no es una furgoneta, sino un estúpido deportivo.

—Yo no tenía que haberme puesto a conducir —dijo Joe, llevándose las manos a la parte de atrás del cuello—. Era consciente de que estaba cansado. Ni siquiera fui capaz de ver que el todoterreno venía directo hacia nosotros. ¿En qué diablos estaba pensando?

—No fue culpa tuya —dije, agarrándolo del codo y dándole un golpecito con la otra mano. Tenía algo de sangre en la camiseta, no sé si de Nell o mía—. No cargues con esto, Joe, por favor.

Ni tan siquiera me miró.

—Hazle caso —dijo Nell.

De repente, oímos gritos, casi rugidos, en el pasillo. Y también alguien que avanzaba muy deprisa, prácticamente corriendo.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Nell?

Pat entró en la habitación como un huracán. Pelo negro, ropa negra, cara de furia. Me encogí, dio un paso atrás y me coloqué junto a una de las esquinas de la cama. Tras él apareció Eric, que se quedó esperando. Nell se desmoronó, se lo noté en la cara. Toda su valentía se había esfumado de repente.

—Patrick —musitó, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. He perdido a mi bebé.

—¡Mierda! —dijo entre dientes, abalanzándose hacia la cama. La rodeó con los brazos, despacio y con mucha suavidad, como si se tratara de una piedra preciosa, de un valor incalculable para él. Las manos blancas de la mujer también lo abrazaron.

—Lo siento. —Apoyó la mejilla en la melena pelirroja—. Lo siento muchísimo. Mi preciosa chica, mi niña... tenía que haber estado allí, contigo. Nunca debí dejarte.

Los sollozos de Nell llenaron la habitación. Estaba dando rienda suelta a todo su sufrimiento.

Joe se volvió, pestañeando con rapidez. Yo hice lo mismo, sintiendo la garganta seca y rasposa. Nos fuimos sin decir una palabra, respetando su privacidad. Todo seguía pareciendo una pesadilla, que tenía lugar en un mundo extraño y hostil. Me temblaba todo el cuerpo. Menos mal que, al menos, ella ahora tenía a Pat.

—No estaba seguro de si debía llamarlo —dijo Eric muy bajito, mientras volvíamos a la sala de espera.

—Has hecho lo que debías —afirmó Vaughan estirando la mano y dándole unos golpecitos en el hombro—. Siento mucho lo del bebé, Eric.

Asintió aturdido y fue a sentarse junto a su madre, que inmediatamente lo tomó de la mano y la colocó en las dos suyas. Stan estaba sentado, muy tieso, con cara de no entender nada. Me da la impresión de que todo era demasiado para él, demasiada gente, demasiadas emociones, demasiada desgracia. Sus hijos sufrían y él no podía hacer nada, o simplemente no sabía qué hacer, y por tanto no hacía nada. Eso de estar tan aislado no debía de ser nada fácil de manejar. ¿Sentía que había fracasado como padre o no sentía nada en absoluto?

Me senté y miré las filas de fluorescentes, que corrían absolutamente rectas a lo largo del techo. La mitad de la cara me palpitaba. Además, puede que tuviera una diminuta varilla de acero clavada en el cerebro. Nunca en mi vida había tenido un dolor de cabeza tan fuerte.

¿Álex? —Alguien, delante de mí, me estaba hablando. Despacio, de forma gradual, la cara de Rosie fue tomando forma—. Necesitas descansar.

—Ya.

Con mucho cuidado, me agarró del brazo y tiró de mí para que me pusiera de pie. A mi alrededor, el mundo se puso derecho. O, al menos, dejó de dar vueltas durante un momento.

—Vamos —dijo en voz baja—. Te voy a llevar al hotel.

Joe estaba a unos metros, de pie y mirando fijamente a su hermano con expresión de angustia. Claro, lo lógico era que se quedara con su familia, y probablemente les gustaría estar solos, o con sus amigos de siempre. No

obstante, tenía que asegurarme.

Lo tomé de la mano e incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Joe, ¿estás bien? ¿Puedo hacer algo?

Parecía estar lejos, muy lejos. Perdido en sus pensamientos. Pestañeó muy rápido, como si mis palabras le hubieran llegado desde muy lejos.

—No. —Reafirmó la palabra con un gesto—. Gracias.

—Rosie me ha dicho que, si quiero, me puede llevar al hotel. Pero no me importa quedarme, si me necesitas o quieres.

Sin decir palabra, alzó la mano y me tocó el lado derecho de la cara, lleno de moratones. La frente se le llenó de arrugas de preocupación.

—¡Joder, mira como estás! Lo siento mucho.

Su mirada culpable me afectó profundamente. Le tomé la mano y se la besé.

—No fue culpa tuya. En absoluto. Quítate esa idea de la cabeza de una vez.

—Apenas paré —dijo—. Si al menos... si hubiera esperado solo un segundo más, lo hubiera visto.

—Paraste, Joe. Hiciste lo que debías. Era él el que conducía en la oscuridad sin una maldita luz.

Joe negó con la cabeza.

—Voy a quedarme —le dije a Rosie con una leve sonrisa. ¡Joder, hasta eso me dolió!

—No, no, vete —dijo Joe. Escondió de inmediato los brazos detrás de la espalda, dejando las manos fuera de mi alcance—. Tienes que irte.

Me limité a mirarlo.

—Estoy bien —murmuró.

¡Y una mierda!

—Debo quedarme con mi familia —dijo en voz muy baja.

—De acuerdo. Si me necesitas, llámame —le invité, acariciándole suavemente el brazo. Los dos estábamos tan magullados que cualquier toque, por ligero que fuera, podía hacer daño—. Estaré en el hotel. Ven a verme cuando te parezca.

Asintió.

Eric estaba en su asiento mirando al suelo. Su madre tenía un brazo alrededor de sus hombros y le susurraba algo al oído. Stan permanecía sentado, tan rígido como siempre. Vaughan me hizo un gesto con la barbilla.

Lydia estaba medio echada en un asiento, con la cabeza en su regazo, dormida al parecer.

—¡Joe! —Una rubia se acercó hacia el grupo caminando rápido. Toda una colección de brazaletes de plata tintineaba en sus muñecas. Llevaba una falda larga hasta los tobillos que se movía de un lado para otro. Pensé que sería de la familia o una amiga. ¡Dios, era una reina de la bohemia! Tenía los rasgos algo angulosos, pero el pelo era largo y abundante. Bien porque no se había dado cuenta de los moratones que tenía, o bien porque le daban igual, se arrojó sobre él.

—¡Star! —dijo Joe, abriendo mucho los ojos y dándole unos golpecitos en la espalda, ciertamente torpes y desmañados—. ¿Qué haces aquí?

—Nada más recibir el mensaje de Eric he venido corriendo. —Se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. No era de la familia. Ni tampoco exactamente una amiga. El estómago se me volvió del revés. ¿Sería el jodido amor de su vida?

Joe retiró la cara, rompiendo el beso de forma abrupta. Después miró a su hermano torvamente.

—Es la mejor amiga de Nell y tu, eh... —Eric no terminó la frase, y se encogió de hombros—. Pensé que debía saberlo.

—Ya.

—¡Encanto! —dijo, y después suspiró—. ¡Oh, Joe!, ¿qué ha pasado?

—Un accidente en la carretera—dijo sin rodeos, aunque mirándola como si acabara de llegar de otro planeta—. Pat está ahora con Nell. Los hemos dejado solos un rato, lo necesitan. Pero ¿dónde demonios has estado?

Al escuchar la pregunta, se retiró un poco.

—En Arizona, sobre todo. Sabes que me encana el calor.

—Ya.

—Pero cuando me enteré estaba en Montana, así que...

Joe no dijo nada.

—¡Star! ¡Que alegría me da verte! —La madre de Joe se acercó a ellos con los brazos abiertos. ¡Vaya, la mujer era recibida como alguien de la familia! Si no hubiera adivinado hasta ese momento que Star y Joe habían estado juntos en el pasado, la nerviosa mirada que me dirigió Audrey con el rabillo del ojo habría sido la pista definitiva. Incluso Stan le dedicó una inclinación de cabeza que podríamos definir como casi afectuosa. ¡Que Dios me diera fuerzas!

Después, Star se arrodilló frente a Eric, tomándolo de las manos. Hablaron en voz baja. Mientras tanto, Joe fruncía el ceño y no separaba los ojos de la mujer.

No me habían dado analgésicos suficientes como para soportar la situación. Como mínimo, me tendrían que administrar un derivado de la morfina.

—¿Álex? —Rosie se dirigió a mí amablemente.

—¿Quién es esa? —susurré. Pero Joe me oyó, pese a todo.

—Espera —dijo, con la cara tensa y mirándonos alternativamente a Star y a mí—. Hablaremos después, Álex. ¿De acuerdo?

—Bueno, vámonos. —Rosie me guió hacia la salida, casi empujándome por la espalda.

Serían más o menos las cuatro de la mañana. No faltaba mucho para que amaneciera, aunque las estrellas seguían brillando con fuerza. Los pulmones se me llenaron de aire fresco, un aire que me insufló algo de fuerza. En las últimas horas habían pasado muchas cosas, y todas malas. Era casi sorprendente que la vida continuara.

Una vez en la habitación, hice lo que siempre hacía en momentos como esos, cuando me sentía sola y como si fuera la última persona que quedaba en el mundo, perdida y sintiendo un dolor insoportable. Necesitada.

Atendió el teléfono después de cinco timbrazos.

—¿Sí? ¿Álex?

—Valerie. Siento haberte despertado.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Tienes la voz rara! ¿Pasa algo malo?

—Hemos tenido un accidente —expliqué.

—¿Qué habéis tenido qué? —Su grito me traspasó el oído. ¡Uf!

—Estoy bien. Supongo que todo va a salir bien. Solo que... ha sido una noche muy jodida, muy confusa. Necesitaba hablar contigo.

—Muy bien, muy bien —dijo, dando un profundo suspiro—. Te escucho. Cuéntamelo todo, y en detalle. No tengo prisa.

Joe no acudió esa noche. Ni tampoco llamó en todo el día siguiente.

La verdad es que no era tan raro. Su familia había sufrido una pérdida terrible, y su hermano lo necesitaría, por supuesto. Probablemente también necesitara tiempo para ponerse al día con Star. Y, por otro lado, él también

tenía que descansar y recuperarse. Pensar de otra manera habría sido muy egoísta por mi parte. Yo no estaba tan mal como para que me llamara preguntando cómo evolucionaba. Solo había sufrido golpes y rasguños. La verdad es que cuando intentaba moverme me dolían todos los músculos del cuerpo, como si me hubiera pasado por encima un camión. Y tampoco podía hacer gestos faciales. La única opción indolora era descansar acostada del lado de la cara que tenía bien. Aunque disponía de medicamentos para el dolor y podía llamar al servicio de habitaciones, además de un montón de películas y series para ver, si es que no podía dormirme. Así que la vida que me esperaba no era tan horrible.

Pero lo echaba de menos.

Sí, podía haberlo llamado. Incluso puede que hasta debiera haberlo hecho. No obstante, la posibilidad de que con mi llamada interrumpiera algo importante me contuvo. Pobre Eric. Pobre Nell. El que Joe no me llamara no debía preocuparme. ¡Vaya situación tan jodida! No tenía nada que ver con el momento en el que, unos días atrás, me presenté de repente en la ciudad porque había dejado de escribirme correos. Ahora éramos amigos, o algo así. No volvería a hacerme eso otra vez. Seguro que no. Todos los demás estaban bien. Bueno, tan bien como podían estar en esas circunstancias. Igual mañana me acercaría al Dive Bar para comprobar cómo iban las cosas. Aunque, por otra parte, quizá podría considerarse que quisiera cotillear, o algo así.

¡Bah! Para estas cosas no había códigos de conducta establecidos. Habíamos dormido juntos un par de noches y llevábamos meses mandándonos correos. Pero esta situación...

Significara lo que significase su silencio, no me parecía que fuera nada bueno.

Llamadas a golpes en la puerta de la habitación. Era un sueño recurrente. Me había dormido pronto, pero pronto de verdad, a eso de las ocho de la tarde. Encendí la luz y me acerqué a la puerta tambaleándome y sintiendo dolor, aunque también alegría porque por fin había venido. Gracias a Dios.

Sonriendo, o lo que fuera dado el deplorable estado de mi cara, abrí la puerta... y me quedé helada.

—¡Vaya! Tienes un aspecto horrible —dijo.

—¿Val? —pestañeeé repetidamente, pensando que aún no me había

despertado. Me pareció un espejismo, y deseé fervientemente que no fuera verdad.

—Te abrazaría, pero me da la impresión de que te duelen hasta los dientes. —Se limitó a darme unos golpecitos en el hombro—. ¡Qué barbaridad, Álex! Ya sabía yo que este viaje tuyo resultaría memorable, pero esto es demasiado, roza el esperpento.

—¡Ya me contarás! —gruñí, dando un paso atrás—. Pasa. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Yo también. Anda, ve a echarte antes de que te caigas redonda.

Entró arrastrando un maletón enorme. Su maquillaje resultaba de lo más natural, y ni un solo mechón de pelo oscuro se escapaba de su cola de caballo. Tampoco era posible localizar ni una simple arruga en la falda-pantalón negra, ni una mota de polvo en los zapatos de tacón. Valerie siempre había tenido más estilo en una uña del pie pintada de rojo que yo en todo el cuerpo, y su lealtad no tenía límites. Los últimos días habían sido tan locos que resultaba muy reconfortante estar con alguien que sabes que no te va a fallar, ocurra lo que ocurra.

—Bueno, pues aquí estamos en el salvaje norte de Idaho —exclamó, dejándose caer en el sillón mientras supervisaba atentamente mis esfuerzos para meterme en la cama.

—Y tan salvaje. —Intenté ponerme cómoda, entrecerrando los ojos para intentar evitar la luz directa de la mesilla.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

Se produjo una pausa.

—¿Qué vas a hacer con la bestia humana? —preguntó en voz baja.

Me invadieron unas ganas repentinas de estallar en sollozos. Me dolían los ojos y moqueaba por la nariz. No. Absolutamente no. Me dolía todo, y lo echaba de menos. Básicamente me estaba comportando como una niña, pero no iba a cruzar la línea del llanto. Lo que no podía evitar era que me temblara un poco la voz.

—No lo sé.

—¿Qué sientes por él?

—Buena pregunta. —Necesidad. Confusión. Desequilibrio. ¡Por favor!—. Puede que debamos volver a Seattle, para dejarlo respirar un poco. Le están pasando demasiadas cosas en estos momentos.

—¿Es una huida?

Pensé mucho la respuesta a su pregunta. O al menos todo lo que pude, dado el estado casi de sopor en el que me encontraba.

—Creo que no. Solo... ¡mierda! Quiero hacer lo correcto, pero en este caso no tengo la menor idea de en qué consiste eso.

—Igual deberías preguntarle.

—Igual.

Soltó un profundo suspiro.

—Anda, duérmete otra vez. Mañana haremos lo que podamos para recomponerte esa cara y también la vida. Por ese orden.

Gruñí, pero de gusto.

Era bueno tener amigas como ella.

CAPÍTULO 17

Por desgracia, un buen maquillaje solo arregla algunas cosas en esta vida.

Val y yo fuimos a desayunar a una de las cafeterías de la calle del hotel. Gracias a las maravillosas dotes de mi amiga, apenas se me notaban los moratones y el peinado cubría los puntos de sutura. Me parecía bastante menos al monstruo de Frankenstein que la noche anterior. Tras mucho hablar y hasta discutir, la decisión estaba tomada. Llamaría a Joe. Solo quedaba una pregunta por contestar: ¿cuándo?

—Ahora, ya mismo —dijo Val con voz decidida, según entrábamos en la recepción del hotel tras tomar el desayuno.

—¿Y si está durmiendo y recuperándose? —pregunté, apretando el botón del piso, ya dentro del ascensor—. Creo que sería mejor dentro de un par de horas.

—Lo único que quieres es posponerlo. Te conozco perfectamente, gallinita de mierda.

—Eso es muy duro.

—Pero es verdad.

Como no podía negarlo, me encogí de hombros.

El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Entonces me vi a mí misma con los ojos fijos en el hombre de mis sueños. Lo digo literalmente. Mi subconsciente había estado ocupado con él durante toda la noche.

—Joe.

Estaba sentado en el suelo, con la cabeza baja. Cuando pronuncié su nombre alzó los ojos y me miró. El pelo se le separó de la cara sin necesidad de tocarlo. ¡Vaya! Como poco, tenía un aspecto bastante peor que el que lucía

en el hospital. Parecía mermado, como si la experiencia que había sufrido le hubiera sorbido gran parte de su fuerza y de su energía. Notaba la preocupación instalada en sus hombros caídos. La cara que ponía era de una pena muy profunda.

—Hola. —Di un paso adelante, con Val a mi lado.

—Hola —respondió. Como si fuera a cámara lenta, se puso de pie.

—Me alegro de verte. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal el brazo?

Movió la escayola un poco, pero no dijo una palabra. Silencio absoluto.

No dejaba de mirarle, intentando hacerme una idea de su situación.

Comprendí que no podía ser peor.

—Me alegro muchísimo de verte —insistí.

A mi lado escuché que alguien se aclaraba la garganta.

—Hola. Soy Val.

—¡Val! —Le dirigió un remedo de sonrisa—. Hola. Me alegro de conocerte en persona.

—Yo también me alegro de conocerte... y en este mismo momento me marcho —anunció, apretando en botón del ascensor, cuyas puertas se abrieron de inmediato. Val desapareció sin decir nada más.

Joe y yo nos quedamos solos.

Es curioso lo de los hoteles, casi siempre son lugares de paso hacia alguna otra parte. La gente está yendo y viniendo, pero nadie vive en realidad en ellos, salvo estancias muy cortas y sin futuro. Sobre todo los pasillos, que es como si guardaran los fantasmas de la gente que ha pasado por ellos camino de sus habitaciones y, por otra parte, esperaran a que pasasen los nuevos viajeros. Tranquilos, inamovibles, con cámaras de seguridad ocultas, siempre me habían inquietado un poco.

Pero la manera de mirarme de Joe, de reojo, como si fuera a atacarlo, o como si no quisiera en realidad mirarme pero fuera incapaz de resistirlo, era mucho más inquietante.

—Hablemos en tu habitación —propuso.

Asentí. El miedo me invadía. El adiós, o la separación inminente, se nota, casi se huele. Joe desprendía ese olor.

Me moví de forma mecánica, procurando no desprenderme de la armadura emocional que me había colocado para protegerme.

Abrir la puerta, entrar, esperar a que él entrara también, cerrar la puerta y mirarlo haciendo un enorme esfuerzo. Nada de llorar, porque llorar nunca

ayuda.

Lo miré, me miró, y ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Entonces él se movió.

Me puso una manaza en el cogote y me cubrió la boca con la suya. De inmediato juntamos las lenguas y entrechocamos los dientes. La escayola del brazo me presionaba un poco entre el trasero y la espalda, empujándome hacia él. El cielo. El Nirvana. Todas esas cosas. Me apoyé sobre él, mientras me corrían por la cara lágrimas de alivio. Estábamos bien. No había cambiado nada. El sexo podía arreglarlo todo, y lo necesitaba tanto que me dolía. Fuera lo que fuese que él deseara, lo haría. Quería acariciar y besar cada milímetro de su gran cuerpo, demostrarle lo mucho que significaba para mí de todas las formas que supiera y pudiera. No dejaría que se fuera de esta habitación hasta haberlo ayudado a que empezara a recobrase.

Deslizó la mano sana bajo mi vestido y me agarró por el trasero. Me dio un apretón. ¡Mal momento para llevar leotardos! Azules y con puntitos escarlata, para más inri. La verdad es que quise ponerme algo chillón y alegre.

—Quítatelos —gruñó.

—Sí.

Solté las botas, me bajé los leotardos y me libré de la ropa interior tipo Pequeña Miss Sunshine. La sonrisa de Joe era toda dientes. El corazón me latía a toda prisa.

—En el extremo de la cama, y ábrete de piernas.

Retrocedí los pasos que hacían falta y me senté sobre el colchón. Joe se puso de rodillas. Supuse que practicaríamos sexo oral. En mi interior todo giraba, como en un tiovivo. Sin ninguna delicadeza, me levantó la falda. ¿Cardenales? ¿Músculos doloridos? Ni los noté. Todo lo que sentía era pura excitación, nada más.

—Los talones en el borde del colchón.

—¡Señor, sí, señor! —Obedecí al tiempo que sonreía.

Jadeó y me agarró el muslo por dentro.

—Quería comerte.

El modo cómo lo dijo... todo mi cuerpo se estremeció, pero sobre todo lo que tenía entre las piernas. Me encontraba extraordinariamente bien, y muy mojada.

—Está clarísimo, hay que dejarse llevar por los instintos —concedí—.

Siempre aciertan.

Sin añadir nada más, introdujo la lengua por la raja, haciendo que se me doblara la espalda. Me agarró los muslos con sus fuertes manos, de modo que la escayola y el otro brazo quedaron apoyados sobre mi tripa. ¡Y caray con la barba, sabía cómo utilizarla! Como todo, Joe esto también lo hacía condenadamente bien. Mientras trabajaba con los labios y la lengua, los pelillos acariciaban y daban placer en los lugares cercanos. Su concentración y su dedicación eran absolutas. Chupó los labios antes de introducir la lengua entre ellos y llegar a la suave carne del interior. El tipo me comía el sexo como si se tratara de un bufé libre, no se hartaba. Me abrió aún más con los dedos y empezó a chupetearme alrededor del clítoris, haciendo que me retorciera de placer.

Era maravilloso, absolutamente maravilloso, y apenas había empezado a disfrutar de él.

Subió y bajó la lengua, poniéndome literalmente en llamas. Tenía todas las terminaciones nerviosas en alerta. Hasta encogía los dedos de los pies cada vez que pasaba y repasaba labios y lengua por mi sexo. Me agarré a la sábana con dedos trémulos, como si la gravedad fuera a dejar de afectarme. Desde luego, mi mente sí que estaba ya en el espacio exterior. Besando y chupando, me hacía el amor por todas partes, no quedaba nada de mí libre, ni yo quería que quedara. También me acariciaba con el pulgar, absolutamente húmedo, el esfínter anal, abriéndolo un poquito.

Me sentía increíblemente bien. El brazo de la escayola, que tenía apoyado sobre el estómago, me sujetaba con fuerza. Hundió en mí toda la cara haciéndome gemir, y de nuevo empezó a pasar la lengua por los alrededores del clítoris. Si no me lo chupaba de inmediato, lo mataría allí mismo.

—Joe.

—¿Mmm?

—Por favor —supliqué, empujando con el sexo.

Me cubrió la parte superior con la boca y me sentí morir de puro gusto. Sentir los labios sobre ese botón lleno de terminaciones nerviosas era el máximo. Un placer absoluto me recorrió todo el cuerpo, pero sobre todo la espina dorsal, que parecía querer abandonar mi cuerpo. Llegué y llegué mientras él seguía a lo suyo. Incluso al final apretó todavía con más fuerza. Era incansable. Incluso grité, no pude evitarlo. Tampoco podía parar de temblar, con todos los músculos en movimiento y el sexo apretado. Era el

dueño de mi cuerpo.

Lo quería y lo odiaba, todo al mismo tiempo, y eso que no lo conocía lo suficiente como para sentir ninguna de las dos cosas. Pero me poseía. Acerca de ese hecho no había discusión posible. Joe me tenía, independientemente de que él quisiera o no tenerme.

En ese momento, lo único que podía hacer era intentar seguir respirando, lo cual no me resultaba nada fácil. Mi cuerpo yacía inerte en el colchón, con las piernas colgando por el borde inferior. Debajo de mí, la sábana se me pegaba a la piel, húmeda de sudor y de líquido vaginal. Y, mientras, Joe seguía con la cara pegada a mi muslo, acariciándome con los dedos y sujetándome, como si temiera que me fuera a escapar y no quisiera dejarme hacerlo. De vez en cuando me daba un besito en la piel mojada.

—Lo siento —balbuceó.

—¿Por qué?

Se produjo una pausa, que me pareció eterna. Algo iba mal.

—Quiero que te vayas, Álex —dijo por fin—. Que vuelvas a Seattle.

—¿Cómo?

—Esto no es... No puedo hacer esto contigo ahora. Hemos terminado.

—¿Qué no puedes hacer esto conmigo ahora? —Levanté los hombros y lo miré horrorizada. Tenía los labios húmedos y la mirada muy triste. ¡Dios, hablaba en serio! Esto no podía estar pasando.

—¿Te lías conmigo hasta las trancas y ahora me pones de patitas en la calle? ¿Hablas en serio?

Nada. Ni me miró.

—Joe, mírame.

Suspiró.

—¿Es porque Star ha vuelto a la ciudad? Era de ella de la que hablabas en aquel correo, ¿verdad? —pregunté, aunque conocía la respuesta—. Con la que querías irte a vivir y establecerte.

—No tiene que ver con Star ni contigo —replicó, con la cara vuelta hacia otro lado. Señal de culpabilidad—. Se trata de mí.

—Ya. Quieres decir que es el accidente —dije, elevando el tono y el volumen de mi voz—. Es que Nell ha perdido el niño. Es que tu antigua novia ha regresado a la ciudad. Es todo eso. Estás abrumado, ya lo entiendo.

Se encogió apreciablemente, como si lo hubiera pinchado.

—Por primera vez en tu vida no eres el que ayuda a todo el mundo a

solucionar sus problemas, o el que está ahí para arrimar el hombro. Y eso te hace sufrir —dije, intentando utilizar un tono más suave, pero fracasando—. Lo entiendo, de verdad. Pero la solución no es acabar con lo nuestro.

—Lo siento.

—Joe, por favor.

Se puso de pie muy despacio. Ni siquiera cerré las piernas. Después de lo que había hecho conmigo, física y psicológicamente, la decencia, o la apariencia de la misma, no me importaba nada. Eran demasiadas las emociones que me embargaban. No sabía a qué atenerme, ni a qué sentimiento agarrarme, si al enfado y a la frustración o a la comprensión y al amor. Todos esos sentimientos tendrían muchísimo que decir.

—Lo siento —dijo de nuevo, como si con eso pudiera arreglar algo. Entonces abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla. Sin siquiera mirarme, ni una sola vez. ¡Se había ido!

Yo había dejado a un montón de hombres. Y a mí también me habían dejado muchos. No obstante, esta era la primera vez que eso me importaba de verdad. Si era así como se sentía una cuando le partían el corazón, tengo que decir que era jodido, muy jodido.

CAPÍTULO 18

Hecha una mierda.

CAPÍTULO 19

La palabra «rara» ni se acerca a la sensación que tenía cuando, al día siguiente, me acerqué al Dive Bar, después de que uno de sus miembros favoritos me hubiera dado la patada. Val casi tuvo que empujarme, porque me quedé parada en la puerta, sin moverme. La valentía y yo no éramos amigas, estaba claro. Puede que tuviera suerte y todavía no le hubiera dicho nada a nadie. Pero, en todo caso, tenía que saber cómo estaban las cosas.

A media mañana, el restaurante estaba muy tranquilo. Solo había una pareja tomando café y tarta. Pese a que entré casi subrepticamente, Lydia me vio de inmediato.

—¡Hola! —Me dedicó una sonrisa muy dulce, y la mirada más empática que recordaba, aparte de las de Val, claro. Creo que nunca había visto a nadie tan triste por mí. Lydia era un absoluto encanto de mujer—. ¿Qué tal estás, Álex?

Así que todo el mundo lo sabía.

—Hola, Lydia. Estoy bien —respondí con una sonrisa inquieta—. Te presento a mi amiga Valerie.

Val levantó la mano a modo de saludo.

—¿Cómo está Nell? —pregunté.

Con la pregunta, la sonrisa de Lydia se amplió.

—En casa de Pat. No vendrá a trabajar por lo menos hasta dentro de dos semanas. Parece que Pat y ella vuelven a estar juntos. Perder al niño ha sido algo horrible, pero al menos está bien que haya salido algo bueno del accidente.

—Sí, claro que sí.

—Ha sonado fatal, ¿verdad? Es difícil saber qué decir en momentos como estos. —Se pasó las manos nerviosamente por el delantal negro, volviéndose a mirar a Vaughan, que estaba ocupado organizando algo en la barra—. Y Joe y tú también salisteis bastante malparados.

—No, no ha sonado fatal, tranquila. Yo me estoy recuperando. Además, Val tiene maquillaje y sabe utilizarlo muy bien.

—Bien, eso está bien. —Suspiró—. Eric ha desaparecido. Nadie sabe dónde puede estar.

—¡Mierda! —No me extrañaba que Joe estuviera muy preocupado y culpándose por todo. Eché un vistazo al local, como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Las paredes de ladrillo oscuro y la mezcla de estilos, industrial y *art decó*, daban un resultado magnífico. Joe había hecho un trabajo extraordinario, pero evitaba recibir crédito alguno por ello. Respiré hondo—. ¿Está Joe aquí?

Noté que dudaba y que miraba hacia arriba sin saber qué decir.

—¿Puedo tomar un café? —preguntó Val, acudiendo al quite sonriente para distraerla, y ganándose una nueva nominación a mejor amiga del año—. Alex me ha dicho que hacéis los mejores brownies de toda la ciudad. Tienes que ponerme uno, es tu deber.

Lydia se echó a reír, dirigiéndose al mostrador.

Mientras tanto yo avancé hacia la cocina para llegar a la parte de atrás del restaurante. El mismo camino que habíamos emprendido Joe y yo la infausta noche de las velas rojas, la *pizza* con forma de corazón y la música horrorosa. Boyd y el pinche estaban muy ocupados preparando los platos del menú de mediodía. Ninguno de los dos me prestó atención. Así que salí por la puerta de atrás y subí las escaleras hacia el piso de arriba. Cuando llegué al pasillo de arriba oí el sonido de un martillo. Cuando acabó, lo sustituyeron un montón de juramentos.

Joe estaba en la última habitación, intentando colocar una viga de madera de pino. Por desgracia, aunque con la mano buena mantenía el martillo bajo control, con el brazo roto le resultaba imposible sujetar la viga, y mucho menos ponerla en su sitio.

Me coloqué a su lado y coloqué la viga recta. Ninguno de los dos dijo nada, pero la tensión que él irradiaba casi hizo que me rechinaran los dientes. Solo un momento después empezó de nuevo a golpear con el martillo, y la madera vibró entre mis dedos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó en tono bajo y algo fiero.

—Ayudar.

Por el rabillo del ojo vi como el pecho le subía y le bajaba debajo de una camiseta del grupo *Violent Femmes*.

—Te dije que te marcharas a casa.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y?

—Si quieres terminar conmigo es cosa tuya, no puedo evitarlo. Pero eso no cambia el hecho de que seguimos siendo amigos. —Me atreví a mirarlo a la cara. La expresión de sus ojos era de cualquier cosa menos de alegría. Lo estaba pasando mal—. Una amiga de verdad se quedaría y procuraría ayudar, Joe.

Guardó el martillo en el cinturón de herramientas y me miró con las manos en las caderas.

—No necesito ayuda.

—Y una mierda. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Hablo en serio.

—Yo también. —Crucé los brazos sobre el pecho—. ¿Qué hacemos ahora?

Dio otro gruñido y se pasó la mano sana por el pelo, quitándoselo de la cara. Estaba muy agitado, de mal humor. No le sentaba bien, no estaba tan guapo.

—¿Quieres que te ayude con la coleta? —pregunté—. ¿O que te limpie el sudor de la frente?

Apretó los dientes y se apoyó en la pared.

—¿Por qué haces esto? No tenemos futuro. Nunca lo hemos tenido.

—Muy bien.

—No quiero que te quedes aquí.

—Lo tengo en cuenta.

Se volvió y golpeó la pared, haciendo un buen agujero. Parecía la pataleta de un bebé algo crecido.

—¡Joder! ¡Vete, haz el favor!

—No. —Y sí, su rechazo me hacía tanto daño como si me pincharan con una aguja, pero la cosa no tenía que ver conmigo, o con mi dolor—. Vocifera y despotrica todo lo que te salga de las narices, Joe, pero no voy a dejar que cargues tú solito con toda esta mierda. Aquí todo el mundo está sufriendo,

algunos hasta se han puesto de luto, y o están a lo suyo o se han marchado. No veo a nadie que te apoye, y eso me resulta absolutamente inaceptable.

Empezó a respirar deprisa y con dificultades, e inclinó la cabeza.

—Me quedo, asúmelo —dije, sacudiéndome las manos—. Voy a por una plancha de yeso para que podamos arreglar ese agujero.

No dijo nada, pero yo tampoco lo pretendía. Había dejado de discutir, y de momento eso me bastaba.

Debido a los desperfectos que había sufrido su furgoneta, Joe estaba utilizando la que le había prestado Pat, parecida aunque algo más pequeña. Supongo que su amigo podía ir en moto, o usar el cinco puertas de Nell en caso de que tuvieran que ir juntos a algún sitio. El único problema era que la furgoneta de Pat no era automática.

—No creo que debas utilizar la mano para cambiar las marchas —dije, extendiendo la mía para que me diera las llaves, después de dar por terminado el trabajo del día—. Yo te llevo.

Como había sido habitual en las últimas horas, frunció el ceño.

—No hay problema, lo puedo hacer yo mismo.

—Si sigues utilizando el brazo y la mano, el hueso tardará más en soldar, y además lo hará mal —dije—. Ya oíste lo que te dijo el médico, y puesto que prácticamente no le estás haciendo ni caso, creo que cualquier cosa que pueda hacerse para que no te extralimites te vendrá bien, y así la lesión tardará menos en curarse.

Durante el tiempo que estuve con él me di cuenta de lo mal que lo pasaba con una mano fuera de combate. Sobre todo siendo un hombre tan trabajador y tan manitas. Pero, además, comprobé que era una especie de niño grande en lo que respecta a soportar una enfermedad o una lesión. Simplemente no era capaz de sobrellevar las limitaciones.

Más gruñidos.

—¡Joder, Álex! ¿También me vas a dar de comer con cucharita y me vas a limpiar las pelotas?

—Si me lo pides con educación... —Sonreí, pero él no. Por lo menos a mí me pareció que lo que había dicho tenía gracia.

—¡Por Dios! —No fue la primera vez que elevó los ojos al cielo en busca de ayuda. Nadie acudió al rescate, por supuesto.

El sol ya se estaba poniendo en el horizonte, y la primera estrella brillaba entre las montañas. Pese al cabreo de Joe, el lugar era de lo más pacífico. No recordaba la última vez que había sentido un poco de paz en mi vida. Mucho drama, muchas neurosis, pero paz, poca o ninguna. Coeur d'Alene tenía muchas cosas buenas. La vida nocturna no se podía comparar con la de Seattle, pero la ausencia de prisas y de multitudes lo compensaban. Y la belleza del lugar. Me gustaba especialmente esta hora del día, en realidad siempre me había gustado. También estaba contenta por haber podido aligerar la carga de Joe, al menos un poco, aún a costa de ciertos dolores, que por supuesto aún no se me habían pasado. En todo caso, esa reacción de encerrarse en sí mismo y asumir en soledad la culpa del accidente no era adecuada, de hecho era lo peor que podía hacer.

Una brisa helada me alborotó un poco el pelo, y varios mechones se escaparon de la coleta. ¡Dios sabe la pinta que tenía! Llena de polvo, sucia, etcétera.

—Mira, tenías razón respecto a mi trabajo en los apartamentos en las condiciones en las que estoy —reconoció, en un tono tal que parecía que estuviera haciendo un gran sacrificio. ¡Qué actitud más razonable dado que me había tratado casi como si estuviera loca! ¡Bien por él!—. Contigo aquí he avanzado mucho más. Y siento haberme comportado como un capullo. Creo que ya es hora de que dejemos de fastidiarnos mutuamente, y que nos centremos en terminar con esto lo más pronto posible.

Sus palabras me sentaron como un tiro, aun reconociendo que yo llevaba mucho tiempo pensando lo mismo.

—Lo entiendo —dije, imitando lo mejor posible el tono que él llamaba de «Pequeña Miss Sunshine»—. Pero el caso es que estoy aquí, y lo menos que puedo hacer es ayudarte como amiga.

—Tienes a Val para acompañarte. —Su tono se volvió algo más suave y persuasivo—. No tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo? Lo único que voy a hacer es irme a casa y asearme.

Asentí.

—Y después irte directo a trabajar al Dive Bar, ¿verdad?

¡Pues claro que era verdad! En las comisuras de los ojos se le formaron las típicas líneas de enfado. No era un barbudo feliz, ni mucho menos.

—¡Por favor! —espeté en tono sarcástico—. Si Vaughan tuviera algún problema no permitirías que cargase solo con él. Pues lo miso me pasa a mí contigo. Es lo que hacen los amigos.

Los ruidos de descontento habían reemplazado a los gruñidos como la forma masculina de mostrar su gran enfado.

—Mira, por fortuna me he traído ropa para cambiarme. Nunca he trabajado en hostelería o restauración, así que me va a resultar interesante. Por otra parte, Val es perfectamente capaz de cuidar de sí misma y divertirse, no me necesita para eso. —De todas maneras, lo cierto es que había esperado que, en algún momento, hubiera aparecido para echar una mano en el trabajo de construcción. Pero supongo que quiso dejarme a solas con Joe, era normal. Cerré los puños en señal de impaciencia—. Vamos. Estamos perdiendo el tiempo.

—Esto es ridículo, Álex. —Me lanzó las llaves y anduvo a grandes zancadas hacia la puerta del pasajero—. Completamente ridículo.

Resultó que no decía la verdad acerca de dejarme que le aseara sus zonas íntimas. ¡Lástima! Una buena limpieza con la lengua seguro que habría logrado que se pusiera de mucho mejor humor.

Subimos a un dúplex en el que estaban encendidas todas la luces.

—Creía que Eric no estaba en la ciudad —dije, agarrando mi maletita con ropa, en realidad unos *jeans* y una camiseta.

—Ah, ya. Escucha...

—¿Joe? —Star estaba de pie junto a la puerta de entrada, ahora abierta. Tenía el pelo mojado cayéndole por la espalda y una falda de seda extraordinariamente corta. Como si yo necesitara contemplar la perfección de sus esbeltos muslos.

Joe tragó saliva audiblemente.

—Ah, Star, te presento a Álex. Álex, esta es Star. La otra noche no tuve la ocasión de presentaros en el hospital.

Así que estaba con él. Viviendo en su casa. ¡Joder! No me extraña que el muy cabrón quisiera que me fuera. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no cargármelo allí mismo.

—Hola. —Fingí mi mejor sonrisa, acercándome para estrecharle la mano—. Encantada de conocerte.

—Hola. —Star me ofreció una mano flácida y una mirada de cabreo.

—Se está quedando en la habitación de Eric mientras él está fuera —

puntualizó Joe.

—¡Qué bien! Eso os da la oportunidad de ponerlos al día. —Me dolieron las mejillas al sonreír—. Es estupendo. Sí, estupendo.

—¿Qué tal el día, encanto? —La sonrisa radiante que le dedicó al tiempo que le acariciaba la escayola por poco me hace vomitar. Igual que el hecho de que lo llamara «encanto».

—Ah, bien, gracias. —Joe se aclaró la garganta—. Me voy a duchar. Tengo que irme al restaurante enseguida.

—¿Tienes que irte otra vez? —Star hizo una mueca y lo siguió hacia la sala de estar—. Pero he hecho la cena para los dos.

—Te dije que estaría muy ocupado. Álex, como si estuvieras en tu casa. No tardaré. —Recogió ropa limpia a toda prisa y se encerró en el cuarto de baño. ¡Maldito cobarde!

Me dejé caer en el sofá echando humo, aunque hice lo posible para que no se me notara. ¡Hombres! ¿Acaso existía alguna especie, animal, vegetal o de cualquier otro reino, tan traidora? Mientras yo pensaba en eso, Star se movía nerviosa, mirándome de reojo de vez en cuando.

—¿Eres amiga de Joe, Álex? —preguntó.

—Sí.

—¡Qué bien!

—¿Verdad? —Me soné los mocos sin acordarme de que tenía la nariz dolorida. ¡No daba ni una!

—¡Se me había olvidado, tu también sufriste las consecuencias del accidente! —Apoyó la cadera sobre el borde de la mesa—. Pobrecilla. Entiendo que tengas ese aspecto.

Reprimí una carcajada.

—He pasado el día ayudando a Joe. Trabajar en la construcción tiende a empeorar tu aspecto.

—¿Trabajas en la construcción? —preguntó con cara de asombro.

—No, soy diseñadora gráfica —repliqué—. Pero le estoy ayudando con la reforma de los apartamentos del edificio Bird.

Asintió despacio.

—Sí, algo me ha contado acerca de eso. Así que eres una amiga que participa en el proyecto y ahora le estás ayudando con las tareas de construcción, ¿no?

—Está lesionado, no puede ni debe utilizar la mano izquierda. La verdad

es que no debería trabajar. Así que alguien tiene que ayudarlo.

—¿Y tú eres ese alguien? Seguramente su padre...

—Stan tiene artritis y eso no le permite ayudar mucho.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Joe y tú estáis muy unidos?

—Eso no es asunto tuyo.

Me miró con el ceño fruncido.

—Te toca, Álex. —Joe reapareció con la barba mojada y poniéndose la camiseta lo más rápido que podía. Pero se detuvo al detectar el mal ambiente que se respiraba en la habitación—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto —dije, y me levanté del sofá—. No tardaré.

Tras una ducha fría, y por tanto breve, ya estaba preparada. Me limpié la cara con suavidad con una toalla mojada y así me las apañé para proteger el maquillaje que con tanta habilidad me había aplicado Val. Lo suficiente como para no parecer la novia de Frankenstein.

Cuando nos marchamos, Star se había escondido en la habitación de Eric.

No hablamos demasiado durante el viaje de vuelta al edificio Bird. Aunque la verdad es que Joe apenas había hablado en todo el día, aparte de para darme órdenes. En algunos momentos se perdía en sus pensamientos, con la frente arrugada y mirando al cielo. Sufriendo, encogido, seguramente inundado por la infelicidad. Le sugerí que hablase de todo con alguien, pero prácticamente ni me dejó meter baza, ni tampoco ayudarlo, por supuesto. Además, estaba el hecho de que yo no creía en las terapias de sicólogo. Y encima estaba Star. Su verdadero amor, aparentemente perdido hace mucho tiempo. No, la verdad es que prefería alejarme de todos esos problemas y encerrarme en mí misma. Ese comportamiento tenía mucho más sentido para mí.

Le había dicho que iba a permanecer a su lado, y eso sería lo que haría.

Supongo que Pat ya había pasado para recoger las cosas de Nell, porque el aspecto del dormitorio de Joe era absolutamente masculino. Ni siquiera fui capaz de distinguir señales de la menor incursión por parte de Star, gracias al Dios. Había una enorme cama de dos por dos, con una colcha verde oscuro. Un pequeño armario empotrado lleno de *jeans*, botas y camisetas de manga corta y larga. Un par de fotos de la pared del local, que me dieron la impresión de que las había sacado él. Eran bonitas.

Aparqué en el primer espacio libre a una distancia razonable del Dive Bar.

La ausencia total de conversación empezaba a pesarme. Tenía los nervios a flor de piel.

—No está pasando nada entre Star y yo —afirmó Joe, mirándome de soslayo.

—¿No?

—No. —Soltó el aire sonoramente—. Solo... solo quería que lo supieras.

Asentí.

—De acuerdo.

—No tiene dinero para poder ir a un hotel, ni para alquilar una habitación, así que...

—De acuerdo.

Se rascó la cabeza.

—Álex, hablaba muy en serio cuando te dije que, en estos momentos, me era imposible seguir adelante con lo nuestro, con nuestra relación...

—Sé que lo decías en serio. —Y joder, mira que me dolía—. Y no voy a presionarte, en absoluto. Lo único que quiero es ayudarte.

Otro suspiro, igual de fuerte.

—Lamento mucho que también te vieras involucrada en el accidente. No quiero hacerte más daño.

—Lo sé. Pero te tengo aprecio, Joe, mucho, y por ahora me voy a quedar.

—Empujé la puerta de la furgoneta—. Venga, vamos.

Cuando entramos en el restaurante contemplamos una escena absolutamente fuera de lugar: Valerie sirviendo copas detrás de la barra. Hasta le habían prestado una camiseta del Dive Bar, que llevaba como si tal cosa. Como todo, le sentaba estupendamente.

—¿No es esa tu amiga? —preguntó Joe asombrado, rascándose la barbilla.

—Sí. —Incliné la cabeza; la verdad es que la cosa no parecía tener ningún sentido. No obstante, sí que explicaba el hecho de que no hubiese tenido noticias de ella en todo el día—. Recuerdo que estuvo trabajando como camarera durante un periodo corto mientras hacía el curso de cosmética.

—¿Cómo de corto?

Preferí no contestar a eso.

—Vamos a decir hola.

Nos abrimos paso entre las mesas, dirigiéndonos a la barra.

—¡Oh, Dios mío! —dije, exagerando todo lo que pude—. ¡Aquí dejan trabajar a cualquiera! ¡Es fantástico, voy a pedir trabajo!

—¡Sssí! —exclamó Val, sonriendo—. Hazlo. Seríamos las reinas de la barra.

—¡Madre mía! —murmuró el oso gruñón que venía detrás de mí.

—¿Ha estado todo el día así de simpático? —preguntó Val.

Me encogí de hombros.

—Pues... más o menos. En todo caso, pensaba que vendrías al piso de arriba a echar una mano.

Se puso a llenar vasos con hielo y rodajas de lima, a echar medidas de vodka y a terminarlos con soda.

—Me puse a hablar con Lydia y me contó que su novio, Vaughan, tiene actuaciones en Seattle y en Portland que no puede cancelar. Estaba esperando a que volviera Joe para que se hiciera cargo de la barra y así ponerse en camino por carretera.

—Y te ofreciste voluntaria.

—Sí. Pero tengo que volver mañana. —Levantó una ceja en dirección a Joe, aunque siguió hablando conmigo—. Me imagino que vas a insistir en ayudarle también a trabajar en la barra...

—Pues sí, exactamente.

Dio un fuerte suspiro.

—¿De verdad piensas seguir arrastrándote detrás de este capullo que, encima, acaba de darte la patada?

—Bueno... si el susodicho capullo está aquí a mi lado, me da la impresión que no es el mejor momento para tener este tipo de charla, Val. —Me metí detrás de la barra sin mirar siquiera la cara que ponía Joe, porque no quería saberlo—. En todo caso, Joe y yo somos amigos, y los amigos se ayudan.

—Mmm. —Esta vez, Val levantó las dos cejas, y me miró con absoluto escepticismo—. A ver, recapitulemos: Vaughan va a estar fuera una semana, el tal Eric está desaparecido en combate, y tu amigo no solo tiene que estar aquí todas las noches, sino que, al parecer, está decidido a trabajar en la obra todo el día, y todos los días. Por no hablar del asunto de la exnovia que ha regresado a la ciudad.

Joe no dijo ni palabra. Significativo.

—Podré con ello. —Y cuanto menos se hablara de Star, mucho mejor.

—Deberías atender también tus propios asuntos profesionales —remachó Val.

—Puedo pasarme algún tiempo sin aceptar encargos nuevos.

—Tres trabajos. Tres. —Incluso levantó una mano estirando los susodichos tres dedos, uno detrás de otro, para poner más énfasis en la afirmación. O para eso, o para ayudarme a contar. ¡Qué amable!—. ¿Por qué seguir pagando esa habitación de hotel, si ni vas a pasar por ella?

—Se ha roto el brazo —expliqué señalando a Joe, como si ella no lo supiera, y después hice un gesto abarcando todo el local—. Y falta la mitad del personal.

Joe abrió la boca, probablemente fuera para hablar, pero Val se le adelantó.

—¿Y de verdad quieres hacerme creer que son problemas tuyos? ¿Por qué?—Con las manos en las caderas, Val me miró fijamente.

—Porque si lo dejo solo en estas condiciones, con la escayola a cuestras, tardaría el doble en hacer las cosas, eso como mínimo. Contando con que no se destrozase la mano de forma permanente, teniendo en cuenta que la fractura está muy cerca de la muñeca. Son problemas míos porque he decidido que lo fueran, y voy a hacer honor a ello.

—Sigues coladita por él, sin remedio. —Val subrayó sus palabras extendiendo esta vez un solo dedo hacia Joe. Eso sí, con la uña larga y pintada de rojo, lo que le confería un aspecto peligroso—. ¿O no?

Con la cabeza baja, Joe no paraba de murmurar palabrotas.

—Val, para —dije, frotándome las manos para contener la furia y algún otro sentimiento que ni siquiera intenté identificar—. Me estás avergonzando.

—No, estoy poniendo las cosas claras, interpretándolas para ti tal como son. En lo que se refiere a las relaciones de esta naturaleza, tu experiencia puede calificarse de nula o, lo que es peor, jodida. Por eso me preocupa. —Se acercó un poco y bajó la voz—. ¿Al menos te lo agradece y te aprecia?

—Claro que sí a las dos cosas. Y mucho. —En la cara de Joe se movió un músculo al tiempo que hablaba. La tensión que acumulaba no era nada buena—. Y ahora podéis marcharos las dos. Estoy aquí, y me hago cargo de la barra.

—¡Anda ya! No estás en condiciones de hacerte cargo de nada. Tienes un aspecto todavía peor que el suyo, que ya es decir. —Val agarró una botella, le quitó la chapa y la colocó en la barra frente a él. No sonreía, ni lo más mínimo—. Siéntate, cállate y bébete la cerveza.

Joe se quedó helado y con la boca abierta.

—¡Caray, qué carácter! —Con la bandeja negra preparada, Rosie esperaba

en la zona de servicio. La cara de sorpresa habría resultado graciosa si el momento dramático que había presenciado no me hubiera incluido. Al otro extremo del local había tres mesas con clientes. Bueno, casi al otro extremo. Esperemos que no hubieran podido entender nada, salvo los gestos. Pero dadas las miradas de Lydia y de Boyd desde la zona de la cocina, me da la impresión de que era poco probable.

Un momento más tarde, el volumen de la música se elevó sustancialmente. ¡Gracias a Dios!

—Tus vodkas con lima y soda. —Val pasó a mi lado, empujándome, y colocó las bebidas en la bandeja.

—Gracias, señora —dijo Rosie sonriendo—. Parece que va a ser una noche bastante tranquila. Antes de irse, Vaughan ha dejado los frigoríficos llenos y todo preparado abajo. Creo que podrías sentarte y relajarte, Joe.

Soltó un gruñido, mirando la cerveza como si fuera veneno.

A mi lado, Val levantó y bajó los hombros, respirando profundamente.

—Creo que no haces lo correcto.

—Mensaje recibido —dije.

—Y tú. —Se volvió a mirar a Joe con ojos centelleantes—. Deja que te ayude, ya que quiere hacerlo. Si te jodes esa mano más de lo que ya está, de modo que ella tenga que permanecer aquí un solo minuto más de lo necesario, te juro que volveré y te haré trizas, por grande que seas.

Sin decir una palabra, Joe se sentó en una banqueta y empezó a beberse la cerveza. Sabia decisión.

Val entró como un huracán en el baño de mujeres.

—No le gusta compartir. —Tomé una cerveza para mí. La necesitaba después de la intensidad vivida en los últimos minutos—. Tendrías que haber visto lo que le hizo a un chico en Primaria cuando intentó quitarle uno de sus bolígrafos de gel de colores y con aroma. ¡Una carnicería!

—Te quiere —afirmó Joe pasado un momento.

—Sí. —Di un sorbo de magnífica cerveza fría. Fue un pequeño placer en medio del caos.

—Yo también.

Me volví para mirarle otra vez. Sentí una opresión en el pecho.

—Estás completamente decidida a quedarte para ayudarme. —No preguntó, sino que lo afirmó.

—Claro, ya te lo he dicho.

—Muy bien. Usa mi habitación, yo dormiré en el sofá. Por lo menos así no tendrás que seguir pagando el hotel.

—Gracias, pero no. Prefiero tener mi propio espacio, de verdad.

—Pues entonces yo pagaré la habitación. Y también te pagaré por el tiempo que trabajes conmigo.

—¡Oh, no! —Me incliné hacia él, dedicándole una sonrisa que seguro que resultó rara—. Mira, sabes perfectamente que el dinero me da igual.

—Sí, lo sé perfectamente. Pero de todas formas voy a pagarte. Creo que es lo correcto. —Su tono no dejó duda alguna.

Durante un rato, bebimos en silencio, escuchando *Cry to me*, de Solomon Burke. Estaba claro que el tipo sabía de penas y soledades, de sentimientos y relaciones. Puede que debiera volverme taciturna para escuchar como debía unas cuantas canciones tristes como esta, por ejemplo. Seguramente sería una buena forma de clasificar las emociones que me estaba produciendo mi relación con Joe. Val tenía toda la razón, mi conocimiento acerca de estas complejas situaciones sentimentales era basura. Solo podía regirme por lo que sentía, por lo que me parecía que era lo correcto. Y aunque lo más probable era que Joe se mereciera una buena patada en el trasero por haberme abandonado, lo cierto era que, a fin de cuentas, eso no ayudaría a nadie.

El amor, o lo que fuera esto, era jodido.

Joe se aclaró la garganta.

—No estoy acostumbrado a necesitar a nadie... a necesitar ayuda, quiero decir.

No dije nada.

—Siento haber sido tan capullo y no haberte contado que Star estaba en mi casa.

¡Vaya!

—Acepto las disculpas.

Los dos le dimos otro trago a las respectivas cervezas, y los dos bien largos.

—Tu amiga me asusta de cojones, te lo digo de verdad.

Me atraganté de la risa, tanto que me salió cerveza por la nariz. ¡Qué propio de una señorita!

Joe curvó la boca ligeramente hacia arriba y me pasó unas cuantas servilletas de las de la barra. Estaba casi segura de que era la primera vez que lo veía sonreír, espontáneamente y de verdad, después del accidente. Casi

había merecido la pena que el alcohol me saliera por las fosas nasales y en público. Casi.

—Hola. —Una voz agradable y, al parecer, muy alegre, nos llegó desde detrás. Era Star, con un vestido naranja muy ajustado. Llevaba el pelo artísticamente recogido con dos palillos chinos—. He estado pensando después de que te marcharas y... aquí estoy para lo que necesites: el bar, el trabajo de construcción, lo que haga falta, encanto. ¡Yo también quiero ayudar!

CAPÍTULO 20

Cuando hubo que ponerse a ello, lo de ensuciarse, el ruido de las herramientas y todas esas cosas que tiene la construcción no parecieron cuadrar mucho con la onda de Star, así que su presencia no duró ni un suspiro. Además, sí que tenía experiencia en hostelería, tanto en la barra como atendiendo mesas. Por mucho que pensara que le habría gustado vigilarnos a Joe y a mí, el que se quedara arriba no tenía el menor sentido. Sobre todo una vez que Val se hubo marchado a casa. ¡Qué lata! La marcha de Val, quiero decir; porque no tener a Star alrededor era un descanso y una victoria en toda regla.

Así que, en lugar de estar presente de continuo, optó por interrumpirnos cada vez que tenía oportunidad. Primero con cafés. O con un café solo para él, mas bien. Accidental pero repetidamente se olvidaba de preparar uno para mí. ¡Vaya! Después llegó la tarta, con un poco de nata montada, ¡que le dio a Joe cucharada a cucharada!, al parecer para que pudiera comer y trabajar al mismo tiempo.

Y así.

Se puso absolutamente colorado bajo la barba, pero dejó que Star completara su obra, muy amorosa y dedicándole sonrisas tipo Marilyn Monroe. Podéis creerlo, tuve que hacerme fuerte y resistir la tentación de vomitar.

—¡Terminado! —dijo por fin, gracias a Dios.

—Gracias —gruñó Joe, rascándose la parte posterior del cuello.

—¿Te duele? —Movié las pestañas como si fuera una mariposa batiendo las alas—. ¿Quieres que te dé otro masaje como el de anoche?

Me quedé helada. Pero después volví a ponerme a pintar la pared, creo que frenéticamente, porque no era asunto mío, y tampoco mi problema. Joe y yo éramos solo amigos. ¡Será cabrón!

—No hace falta que lo hagamos como ayer, echado en tu cama. Me sirve con que te sientes aquí —dijo—. Tendrás que quitarte la camiseta, claro. Aunque no creo que a Álex le importe.

—Nooo, no me importa. —Sonreí sacando los dientes.

—Star es masajista —aclaró Joe.

¡Seguro que sí, joder!

—Estupendo.

—Sí.

—¿Por qué no te quitas la camiseta? —Star estiró los dedos y calentó las manos—. Sabes que te va a sentar bien.

—No, déjalo —rechazó Joe, volviendo a trabajar en el sellado del borde la encimera de la cocina—. Estamos muy ocupados, pero gracias de todas formas.

—Bueno, pues entonces lo dejamos para después, en casa. —Y se marchó tras guiñarle un ojo. ¡Sí, se marchó! Por ahora...

El problema de pintar con agresividad, intentando liberar la rabia, es que la mayor parte de la pintura o se queda en la brocha o le cae al pintor. Así que tuve que limpiarme un goterón de la nariz. A partir de ese momento procuré contenerme.

—No está pasando nada —dijo Joe.

—No es asunto mío.

—Álex...

—Yo solo estoy aquí para ayudarte mientras tengas que llevar la escayola. —Porque era idiota. Y además, porque había dicho que lo haría, y me parieron así de terca. Ninguna *hippie*, moderna y sofisticada, por mucho que todos esos adjetivos fueran contradictorios entre sí, iba a echarme de la ciudad a base de ñoñerías. Me iría cuando estuviera bien y preparada: los días de esconder la cabeza debajo del ala habían pasado para mí. Al menos en lo que se refería a Joe Collins.

En todo caso, no me extrañó nada que Joe me propusiera utilizar la brocha y ponerme a pintar en vez de darme un martillo, un destornillador o cualquier cosa que pudiera utilizarse como arma. Ahora que lo pienso, siempre he sido una persona tranquila, que difícilmente pierde los estribos. Bueno, casi

siempre. Pero nadie podría asociarme al perfil de una asesina en serie. Hasta que apareció Star.

Del tipo de la barba me llegaron suspiros y miradas tristes.

—De verdad, Joe. No pasa nada.

—¿Me tomas el pelo, joder? —preguntó, con claros síntomas de cabreo.

—¿Por qué?

Se acercó adonde yo estaba y me miró con la cara tensa.

—¿De verdad crees que no sé lo que te está pasando por la cabeza?

Me encogí de hombros.

—El hecho de que ahora no esté en condiciones de enfrentarme a nuestra situación como es debido no significa que no me afecten tus sentimientos, Álex —dijo en tono adusto—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Sé que esto no es fácil para ti.

¡Pues claro que no! Era lo único que tenía en la cabeza, no podía evitarlo, pero, por otra parte, no quería hablar de ello, y menos con él. En las doloridas condiciones en las que se encontraba a todos los niveles, no me apetecía ni le ayudaría estallar en lágrimas o decirle barbaridades de las que pudiera arrepentirme.

—Tienes toda la razón, Joe, pero también creo que debemos dejar esta conversación para otro momento.

—Necesito que confíes en mí.

—¿A propósito de qué? Me dijiste que habíamos terminado. —Solo el hecho de repetirlo me dolía—. Y no le has dicho nada a Star sobre lo nuestro, fuera lo que fuese lo que había entre nosotros. ¿Qué quieres decir entonces exactamente con eso de que necesitas que confíe en ti?

Más suspiros y más miradas tristes.

—No puedes tenerlo todo respecto a mí, Joe —expliqué—. No puedes distanciarte emocionalmente como lo has hecho y después pedirme que sea abierta contigo, que confíe en ti.

—Álex...

—Sé que estás sufriendo y que no puedo hacer nada para evitarlo, entre otras cosas porque no me dejas. —Respiré hondo—. Pero tienes que aceptar que yo también sufro, y que, como consecuencia de lo de antes, tú tampoco puedes hacer nada para evitarlo.

Ahogó un juramento al respirar.

—Por eso, lo que creo que debemos hacer es intentar sacar el mejor partido posible de la situación y hacer bien el trabajo, ¿entiendes? Venga, manos a la obra. Me gustaría que hoy quedara terminada esta zona. —Había dejado la brocha escurriendo y señalé hacia la pared exterior del baño. La verdad es que avanzábamos bastante deprisa. Por lo menos tenía esa satisfacción.

—Oye —dijo. Su mirada se había suavizado—. Significas muchísimo para mí. ¡Demonios, seguro que las cosas serían mucho más fáciles si no fuera así! Y te agradezco muchísimo que me estés respaldando y ayudando con esto. De verdad.

¿Y entonces qué narices pasaba con su puto amor de toda la vida? Claro, sería más fácil si yo fuera solo un poco de mierda en el zapato, o algo de lo que te puedes librar sin problemas cuando vienen mal dadas. ¡Señor, dame fuerza! Tenía ganas de gritar.

Tras un suspiro infeliz, se dirigió de nuevo hacia la encimera de la cocina.

—De nada —dije. Y después, enseñando los dientes, rematé—. Encanto.

Se quedó quieto y me lanzó una mirada gélida por encima del hombro.

Por mi parte, volví a atacar la pared con la brocha.

—Te gusta que te llamen así, encanto, ¿no?

Se escuchó un silbido de admiración, y al volverme vi a André que paseaba por la habitación.

—Las cosas están tranquilas abajo —explicó—, así que he subido a ver si podía echar una mano. —Se paró en medio y nos miró a Joe y a mí. La sonrisa se esfumó de su cara inmediatamente—. ¡Vaya por Dios! Mirad, volveré dentro de un rato. Acabo de acordarme de que tengo que hacer algo. En otro sitio. Y enseguida.

Salió pitando. Lógico, es un tipo observador, y supongo que no le gusta estar en medio de un conflicto casi bélico.

—Noto cierta ironía, Pequeña Miss Sunshine —dijo el barbudo.

—Bueno, creo que tengo derecho a un poquito de ironía, ¿no te parece?

Con la cabeza levantada, me miró de arriba abajo, incluyendo los *jeans* llenos de pintura, igual que la camiseta, varias tallas más grande de lo adecuado. No obstante, mantuvo la cara inexpresiva.

—Ahora que lo pienso, creo que me merezco poder ironizar tanto como me dé la gana.

—¿Ah, sí? —preguntó con voz ronca y un brillo peligroso en los ojos.

—Sí. Encanto.

—¡Dios! ¡Me estás volviendo loco! —gruñó.

—Y tú a mí.

Se acercó a mí un par de pasos, de forma bastante amenazadora. Jamás repetiría delante de nadie lo que voy a decir, por el feminismo y esas cosas, pero lo cierto es que en cierto modo hasta me gustó. De alguna manera me hizo sentir pequeña e indefensa. Pero también estaba en condiciones de agarrarle por los huevos y retorcérselos, y no solo en sentido figurado, para nada. Supongo que nunca le habría pasado algo parecido, pobrecillo.

¡Y una mierda, pobrecillo!

—Debe de ser increíble tener a Star en tu propia casa. Podéis ponerlos al día en todos los aspectos —dije en tono dulce—. Y no olvidemos los masajes, claro. ¿De cuerpo entero?

—¿Te importa?

¡Caramba! Tenía sus pelotas a mano. Podía pasar del sentido figurado al sentido literal en un segundo.

—Un poquito.

—Te pones guapísima cuando estás celosa —dijo con una sonrisa afilada.

—¿Ahora estoy celosa? —Lo agarré de sus partes y se las apreté.

—¡Mierda! ¡Ay! ¡Álex! —palideció ligeramente—. Vamos a tomárnoslo con calma. Tranquilicémonos un poco.

—Estoy tranquila. Pero que muy tranquila.

—Solo me quité la camiseta. No pasó nada.

—¿Solo eso? —Le masajee los huevos a través de los *jeans*, pero sin excesivo cuidado—. Dime la verdad, encanto. ¿Puedo confiar en ti?

—Claro que puedes. ¡Lo juro!

—Mira, la verdad es que quiero creerte, pero... —apreté un poco más—... la verdad es que tu historial conmigo no es el mejor en cuanto a las mentiras y las verdades.

—Te juré que no volvería a mentirte, y no lo he hecho.

—¿En serio? —pregunté.

—Sí.

—Creo que podría acusarte de mentir por omisión y que ganaría el caso.

—Con Star no ha pasado nada, ni va a pasar en el futuro—dijo—. Pero, si estuvieras en mi lugar, ¿habrías contado lo del masaje? ¡Vamos, en serio!

Hundí más los dedos. Jadeó y juró por lo bajo.

—Solo fue terapéutico, lo prometo. En el momento en que intentó convertirlo en erótico, lo paré. —Pronunció las palabras a toda velocidad—. Esa es toda la verdad y nada más que la verdad.

Aflojé el apretón, y empecé a acariciarle el pene con la palma de la mano. Una especie de recompensa, podríamos decir. Casi de inmediato, empezó a ponerse dura. ¡Un enfermo, eso era! Hasta pensé que había disfrutado mientras amenazaba de esa manera su masculinidad. Pero, por otra parte, yo también estaba disfrutando como una enana. ¿Qué podía decir?

—¿Me crees? —preguntó, y un tanto sutilmente se inclinó hacia mi mano y cambió de postura.

—Puede.

—Te he dicho la verdad.

Me encogí de hombros. Fuera lo que fuese lo que estuviera pasando entre sus piernas, me daba igual. No obstante, mis bragas, cada vez más húmedas, me desmentían.

—¡Joder, creía que me ibas a destrozar los huevos! —murmuró, con los párpados medio cerrados.

—¿Mmm?

—Desde el accidente lo único que he sentido, salvo contigo en el hotel, ha sido pena y dolor. Que, para ser sinceros, es lo que me merezco.

—¡Joe! — Con la mano libre le acaricié la cara, la suave curva de la mejilla, la cálida piel de la sien—. No fue culpa tuya. Tienes que quitártelo de la cabeza.

Nada.

—Yo tampoco vi el todoterreno. Tendría que haberlo visto, pero ni siquiera estaba mirando.

Con los ojos muy abiertos, me miró y gruñó.

—Tú no conducías.

—Pero sabía que estabas cansado —insistí—. Tenía que haber prestado atención para ayudarte. También fue culpa mía.

—No.

—Si me hubiera sentado en vez de Nell en el asiento de delante, ella todavía tendría el niño en su vientre.

—Álex, no. No fue culpa tuya.

—Y es que, a veces, las cosas pasan, y eso es todo. —Coloqué la mano sobre su corazón, olvidando por un momento donde seguía estando la otra—.

Joe, tú no provocaste ese accidente. Quien lo provocó fue el imbécil que pensaba que podía conducir sin luces en una noche tan oscura. Y la falta de alumbrado por las farolas que no funcionan, esas que no ha arreglado el ayuntamiento. Esas fueron las causas del accidente. No fue culpa tuya.

La nuez le vibró mientras tragaba.

—Pensé que habías aceptado que no podías ayudarme con esto.

—He cambiado de opinión. —Y, de paso, me comportaba como una auténtica idiota en todo lo que se refería a él, todo hay que decirlo. La mano que aún estaba en sus partes reanudó las actividades de advertencia—. ¿Me estás escuchando, Joe? ¿Te estás enterando?

—Estoy demasiado acojonado como para no enterarme.

—Muy bien. Porque echándote la culpa a ti mismo, lo único que vas a conseguir a largo plazo es hacerle daño de verdad a Nell, a tus amigos y a tu familia. ¿Cómo crees que se sentirían viendo cómo te autodestruyes a causa de un accidente que, aunque haya tenido consecuencias, fue totalmente fortuito, o al menos no fue culpa tuya en absoluto? —Todo esto lo dije con las joyas de la familia bien agarradas—. ¿Crees que Eric sería capaz de enfrentarse a eso, a ver cómo su hermano se parte en pedazos sin ayuda de nadie?

—De acuerdo, de acuerdo —admitió, agarrándose de la muñeca—. Te estoy escuchando, Pequeña y jodida Miss. Afloja, por si acaso quisiera tener descendencia en un futuro.

Así lo hice.

—Es la conversación más rara que he tenido con una mujer que me estuviera tocando.

—No me lo agradezcas —dije sonriendo—. Me gustaría pensar que es una especie de terapia sexual agresiva.

—Es una forma de verlo.

Mira por donde, una vez que había empezado a tocarlo con la ropa puesta, no quería parar.

—Me asusta lo mucho que me ha gustado. —Se inclinó hacia mí y frotó la nariz contra la mía.

—¿Quieres que te amenace otro poquito? —pregunté, desabrochándole la hebilla del cinturón e, inmediatamente, los *jeans*. ¡Sí, deslizar la mano por sus calzoncillos fue como estar en la gloria! En ese mundo todo estaba duro, caliente y apetecible. Aunque a veces me fastidiara. Le envolví el pene con la

mano y se lo acaricié con fuerza.

Dio un fuerte gemido.

—Estoy a tu merced.

—Ya lo creo que sí. —Sonreí, y me puse de puntillas para darle un beso en los labios. Muy agradable—. No lo olvides.

—Jamás.

¡Ojalá fuera cierto!

Todo su cuerpo se inclinó hacia mí. Todo él estaba enfocado hacia lo que en estos momentos tenía en la mano, metida dentro de los pantalones. Da gusto sentir que un hombre se encuentra en ese estado. La suave piel del glande, notar cómo se estremece al acariciarlo. Me ponía por completo tocarlo y encenderlo cada vez más. Y también el estar tan cerca de él, notando su respiración entrecortada, las manos agarrándome de los hombros, como si necesitara apoyarse. ¡Toma «encanto»!

Muy despacio, le bajé los pantalones y los calzoncillos, liberándolo.

—Álex, puede llegar alguien.

—Precisamente; quiero que seas tú el que llegues.

Rio entre dientes, el muy cochino.

—Quiero decir que alguien podría pasar por aquí.

—Sí, podrían. —Me puse de rodillas, apoyándome con fuerza en él. De la cabeza de su pene salió líquido preseminal, una especie de llamada. Lo chupé de inmediato. Sabor cálido, ligeramente salado y muy masculino. No había nada igual—. ¿Quieres que pare?

—¡No, joder! —Me miró con sus ojos oscuros, absolutamente fascinado.

Empecé a trabajar con la lengua, primero chupándole la punta del pene y después introduciéndolo en la boca. La sensación de su piel contra mis labios era divina, con el cuerpo gigantesco encima de mí pero completamente controlado y a mi entera voluntad. Hasta su olor me ponía húmeda, igual que su calor. Vamos, todo él. Era algo inevitable. Tracé la línea de su pene con la lengua, explorándolo, mientras él murmuraba palabras sucias y, de vez en cuando, mi nombre. Su vocabulario bordeó la blasfemia cuando empecé a entrar y salir, además de continuar con los chupetones, cada vez más cercanos entre sí. A ese paso un ángel lo golpearía con su espada flamígera, lo subiría en un carro de fuego y se lo llevaría de patitas al infierno.

Bueno, el caso es que me había dicho que no parara. La verdad, no tenía intención de parar, aunque me lo hubiera rogado.

¡Muy bien! Que Star le administrara todos los masajes terapéuticos que le diera la gana, pero solo yo lo tenía así. O solo yo lo tendría así si es que quería mantener intactas sus pelotas. Esas cosas tan suaves y sensibles. Empecé a toquetearlas con una mano, entre otras cosas para demostrar quién mandaba aquí y ahora. Como respuesta, pude ver que en su boca se dibujaba una sonrisa torcida. Lo cierto es que resulta un poco difícil sonreír con un pene metido en la boca, pero de todas formas lo intenté.

Con una mano lo acariciaba, mientras que con la otra le daba golpecitos en los testículos. Empecé a ir más rápido y más fuerte. Pese a mis valientes palabras, no quería que ninguno de los amigos, ¡o amigas!, de Joe me sorprendiera haciéndole una mamada. Lo único que se oía eran mis chupetones y la respiración entrecortada de Joe. Le pasé los labios por la polla una y otra vez, mientras seguía trabajando con la lengua. En un momento dado empujó con las caderas, y la introdujo bastante más profundamente. Parecía a punto de llegar.

—¡Mierda! Lo siento —musitó—. ¡Qué bien!

Le hice saber que no pasaba nada con un ruido, e incluso hasta le gustó lo que hice, porque me agarró del pelo y me quitó la goma de la coleta. Seguí chupando fuerte, pues pensé que estaba muy, muy cerca. Y en efecto, terminó. Lo hizo en mi boca, mientras emitía un ruido ahogado. Empujó con la pelvis, pese a sus buenas intenciones. Me tragué inmediatamente el semen. No era momento de delicadezas, no quería escupirlo. Además, lo amaba.

¡Oh, Dios, no! ¡No lo amaba!

Apoyada sobre los talones, me golpeé la cara con la palma de la mano. Me había atragantado y me costaba respirar, todo ello como consecuencia de un ataque de pánico. ¡Y nada menos que mientras le hacía un mamada a un hombre! Sí, está claro, como para contarlo...

—¡Demonios! Alex, ¿estás bien? —Joe se subió los calzoncillos y los pantalones a toda velocidad, escondiendo la polla, ya ostensiblemente capitidisminuida, y rápidamente me ofreció una botella de agua. Me bebí de una vez más de la mitad, paré para respirar y enseguida di otro trago.

—Tenía que haberla sacado —se disculpó—. Ni siquiera te pregunté. Lo siento.

—Tranquilo, no pasa nada —dije alzando la mano.

Seguro que el pobre creía que me había medio ahogado con su semen, o algo semejante. Lo cierto es que eso fue lo que pasó más o menos, pero no

por las razones que él debía de estar pensando. El corazón me latía a toda prisa, y también sentí gotas de sudor corriéndome por las sienes. Bueno, no había ningún problema. No estaba enamorada de Joe Collins. Solo había debido de tener lugar una especie de hechizo, conducente a una aberración mental y producido por su sabia polla. O algo así. No debía ponerme sensiblera y empezar a llegar a conclusiones sentimentales completamente inadecuadas. Le había entregado la boca, no el corazón. Porque enamorarme de él sería absurdo, estúpido, negligente, etcétera, etcétera, etcétera.

Bastantes problemas estaba teniendo en estos momentos, tal cómo él mismo me había dicho.

—Se ha ido por otro lado —susurré, tocándome el pecho varias veces.

Recibí más miradas de preocupación, y con las cejas bien altas.

¡Dios, qué situación tan embarazosa! Terminé con el agua que quedaba en la botella y fui recuperando el control.

—¿Qué, volvemos al trabajo? Será lo mejor para que me recupere.

—¿Estás segura?

Asentí, aunque con la debilidad de una muñeca de trapo. Me ofreció la mano para incorporarme. Por triste que suene, lo cierto es que la necesitaba. Me apartó el pelo de la cara con mucha delicadeza, mirándome con atención. Sentí el absurdo impulso de echarme a llorar y de enterrar la cara en su ancho pecho, como si fuera una niña pequeña. ¡Por nada del mundo! Eso no traería nada bueno.

—¡A pintar! —espeté, recuperando la brocha de la bandeja. Dejé de temblar al cabo de un rato, pero Joe no paró de mirarme casi a cada momento. Daba igual. No podía saber nada acerca de mi absurda revelación medio mística. ¡En cuanto terminara pensaba beber hasta olvidar todo lo que había pasado!

No era momento para amar. Ni para él ni, consecuentemente, para mí.

Esa noche, la llamada a la puerta de mi habitación sonó más o menos alrededor de las diez de la noche, interrumpiendo el pormenorizado análisis del techo de la habitación que estaba haciendo. Me había resultado imposible centrar la mente en ninguna otra cosa. Ninguna película, libro, revista o programa de televisión había sido capaz de quitarme de la cabeza la idea de que estaba enamorada de Joe Collins. El desastre era inconmensurable,

abrumador, como si volviera a tener catorce años, aunque sin piel de gallina. Todo me molestaba, y estaba hecha deshecha.

Para mi sorpresa, abrí la puerta y me lo encontré allí, con las manos en los bolsillos de los *jeans*.

—¿Puedo pasar?

—Claro —contesté, dando un paso atrás para dejar la puerta libre. Para variar, sentí como si aspirara todo el aire de la habitación, como si ocupara todo el espacio. Estábamos solos, él y yo, sin mobiliario, sin adornos, sin nada alrededor—. ¿Cómo has venido hasta aquí?

—En taxi.

—¿Va todo bien?

De momento, no dijo nada.

La escayola del brazo le impedía conducir, así que lo hacía yo. Le había dejado en su casa hacía más o menos una hora. Pudimos irnos relativamente pronto, pues la noche en el bar había sido de lo más plácida y tranquila. Eso había estado bien, ya que él, con un solo brazo útil, y yo, absolutamente inexperta en lo que respecta a atender una barra, no garantizábamos la rapidez en el servicio, en absoluto.

Se sentó a los pies de la cama, apoyando el brazo bueno sobre la rodilla y con mirada turbada.

—Star y mi madre han ido a visitar a Nell.

—¿Cómo lo lleva?

—Pues más o menos como podía esperarse —dijo, encogiéndose ligeramente—. Está medicada para que no tenga dolores, así que, por esa parte, bastante bien. No obstante, eso no sirve para que se olvide de que ha perdido el bebé.

—Está sufriendo y de luto, Joe. Lloro su muerte.

—Sí.

—Es horrible. —Me senté en una silla frente a él, sin saber exactamente cómo debía comportarme. Solo Dios sabía qué podía pasar si me sentaba a su lado, dada la situación sentimental en la que me encontraba. Igual me daba por recitarle sonetos o algún otro tipo de versos, o me declaraba en plan novela romántica del siglo diecinueve. Tenía que evitar a toda costa darle pistas acerca de lo que sentía. Su postura, con la espalda doblada, era la imagen perfecta del peso emocional que acarreaba, así que añadir algo que tuviera que ver con mis sentimientos no ayudaría, todo lo contrario. Quería

ser para él un muro de contención, una especie de rincón en el que pudiera descansar, relajarse y recuperarse. La persona en la que se apoyara, para lo que fuera. Esa era la única forma factible de demostrarle mi amor sin causar daños colaterales.

—¿Ha tenido alguien alguna noticia de Eric? —pregunté.

—¡Ah, sí! —Sonrió someramente—. Buenas noticias. Ha mandado un mensaje diciendo que volverá dentro de uno o dos días.

—Bueno, eso está bien.

—Me había preocupado por él de verdad. —Se aclaró la garganta—. Álex... cuando mamá la dejó en casa, Star estaba preocupada, llorando.

Me puse tensa. Mi vieja enemiga, la ansiedad, pugnaba por apoderarse de mí.

—Nell y ella son buenas amigas, ¿verdad? Creo que me lo habías comentado.

Asintió.

—Supongo que habrá sido muy duro para ella ver sufrir a Nell.

Se quedó mirándome.

—¿Qué ha pasado, Joe?

—Pues que intenté consolarla, la abracé por los hombros, ¿entiendes? —Tensó los labios—. El caso es que empezó a besarme y... la detuve. Sí, eso hice.

—Bien.

—Quiere que volvamos a intentarlo. La verdad es que al principio las cosas fueron bien entre nosotros, pero después se torcieron —dijo. Fue una declaración de lo más simple, pero me dolió bastante, la verdad—. Me ha dicho que cometió un gran error marchándose.

No me sorprendió. Joe había decidido no darse por enterado, pero las intenciones de Star habían estado muy claras desde el mismísimo momento de su reaparición.

Se pasó los dedos por el pelo de forma abrupta.

—Le he puesto la excusa de que se me había olvidado algo en el trabajo. Quería irme de allí.

Se me pasaron por la cabeza un montón de preguntas, pero no verbalicé ninguna. No tenía ningún derecho a intervenir, de ninguna manera. Pese al accidentado episodio de sexo oral de hoy, él me había dejado muy claro que ya no estábamos juntos, ni siquiera de forma no oficial. Sí, era una especie de

limbo infernal, o no era nada. Y yo lo había aceptado aunque, de todas formas, me había quedado para ayudarlo.

Y, no obstante, ahí estaba él, contándome la situación, como si se confesara al modo católico. Lo cierto es que todo era de lo más confuso.

—¿Me crees? —Su mirada fue tan intensa que me sentí clavada a la silla.

—Sí.

—Bien. —Relajó los músculos y bajó los hombros poco a poco—. No puedo implicarme en una relación con ella, igual que tampoco puedo hacerlo contigo. Más pronto o más tarde, te marcharás a casa. Sabe Dios cuándo volveremos a vernos. Eric va a necesitar mi ayuda. El funeral por el bebé va a ser pasado mañana. Era una nena, ¿sabes? Iba a tener una sobrinita.

—Lo siento muchísimo.

—Mi padre no ha dicho ni una palabra, para variar, pero mamá está deshecha. Y solo Dios sabe cuándo se repondrá Nell —indicó, negando con la cabeza—. Mi familia me necesita aquí.

—Lo sé —Dije. Pero se me había caído el alma a los pies.

—Pero todavía no te he contado lo último, la guinda del pastel.

—¿El qué?

—El imbécil que chocó contra nosotros nos ha dicho que su compañía de seguros no va a cubrir los gastos de la reparación —dijo—. Así que ha decidido demandarme.

—¿Qué coj...? —Negué con la cabeza, absolutamente asombrada—. Pero ¿cómo se le ha podido ni siquiera pasar por la cabeza? ¿De qué árbol de acaba de bajar ese mono loco? ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante estupidez?

Se pasó la mano por el cuello y movió con cuidado el brazo escayolado.

—No tengo ni la menor idea. Una amiga mía del colegio es abogada. Mañana voy a llamarla a ver si podemos hablar cuanto antes.

—Es una locura, no me lo puedo creer. —La furia me inundaba de la cabeza a los pies—. ¡Maldito sea!

—Sí.

—¡Pero si era él el que conducía sin las putas luces!

Joe no dijo nada. Se limitó a bostezar muy sonoramente.

—Estoy agotado, joder. No recuerdo haber estado más cansado en toda mi vida.

—Échate —ordené. Me puse de pie y me agaché para desabrocharle los

cordones de las botas y quitárselas.

—Álex. —Su cara expresaba mucha preocupación.

—No vamos a hacer nada, ni sexo, ni caricias, ni nada. Solo descansar, dormir. —Tiré de una de las botas, y le quité el calcetín, que olía bastante—. Vamos.

—No estoy seguro. Sé que las cosas se han puesto intensas hoy, pero...

—No te preocupes —dije—. Relájate, Joe. No voy a intentar empezar nada, ni atacarte por sorpresa, ni nada semejante. ¿Crees que con Star sería igual?

Su mirada fue suficientemente expresiva.

Le quité la otra bota, con el correspondiente calcetín, y sonreí.

—Tu virtud está a salvo conmigo. Venga, échate.

—Gracias —dijo, estirándose cuan largo era.

Me alejé de la cama un momento para que pudiera ponerse a gusto. Vi que tenía sombras bajo los ojos, y me sorprendió no haberlo notado antes. Me dio la impresión de que era simple y llanamente porque le acababan de salir, ahora o tras el incidente con Star. Agarré un cojín y lo coloqué bajo la escayola, para que no se hiciera daño y estuviera a gusto durante la noche. Con los ojos cerrados, pareció que se relajaba un poco más. No demasiado, pero al menos un poco.

Cuando me metí en la cama junto a él me aseguré de que no nos tocáramos, dejando al menos unos centímetros de distancia entre nuestros cuerpos. Una zona neutral, como Suiza. Después de todo, necesitaba su espacio vital. Pese a ello, estiró la mano y agarró la mía con fuerza. Hice un gran esfuerzo para memorizar las sensaciones físicas que me invadieron: la tibieza de la piel, la rugosidad de los callosos dedos, la fuerza, aún contenida, con la que me sujetaba.

En algún punto de la oscuridad, la arena se iba deslizando en el reloj, y mi tiempo en Coeur d'Alene iba llegando a su final, lenta pero inexorablemente.

CAPÍTULO 21

No creo que haya visto en mi vida algo tan triste como el pequeñísimo ataúd blanco que estaba colocado en la parte delantera de la iglesia.

Había rosas de todos los colores del arcoíris, cientos de ellas, colocadas en vasijas, y también en ramos y sueltas, mientras un pianista tocaba música sacra con mucho sentimiento. El pastor hablaba pausadamente, pero sus palabras me atravesaban, sin quedarse en mi mente. ¿Qué es lo que se puede decir para ayudar en un momento como este? ¿Cómo sobreponerse a los millones de posibilidades que se habrían ofrecido a una vida como la que tan absurdamente se había abortado sin comenzar? Una hija, querida por ambos padres, una nieta, una sobrina... Tenía por delante todo eso, y se había esfumado.

Me senté casi al final, dejando prácticamente todo el sitio para la familia y los amigos de Nell y Eric. Casi todo el mundo lloraba. Nell estaba sentada entre Patrick y Eric. Vaughan, Lydia, Rosie y André se sentaban a la izquierda, y Joe, Star y los padres de Eric y Joe a la derecha. Al final, fuera de la iglesia, los asistentes soltaron más de cien globos de colores, que subieron hacia el cielo y desaparecieron.

La vida dura mucho menos de lo que nos imaginamos. Pese a que a veces nos parezca pesada e insoportable, hemos de ser conscientes de su fugacidad. Todo es incierto, y puede volatilizarse en cualquier momento.

Al igual que Patrick, Star permaneció durante el velatorio casi constantemente al lado de Nell. Ella apretaba la mano de su amiga casi con fiereza; evidentemente, agradecía mucho su presencia. Por el bien de Nell, esperaba que Star se quedara en la ciudad durante algún tiempo. La casa de

los Collins estaba atestada de asistentes, y Taka, Rosie y Boyd, del Dive Bar, se encargaban de servir la comida y las bebidas. La madre de Joe estaba tan pálida que parecía una versión fantasmal de sí misma, y deambulaba por las habitaciones sin rumbo fijo, como si no supiera dónde quedarse o, más bien, cómo si en realidad no quisiera quedarse en ninguna parte. Por su parte, Stan no se movía de un sillón, mirando fijamente a ninguna parte.

Me dolía infinitamente ver así a Joe, a su familia y a sus amigos.

Bien abrigada con una rebeca de lana, me dirigí al patio trasero para respirar un poco de aire puro. Seguramente llorar me habría ayudado a aliviar parte de las emociones y de la tensión que acumulaba, pero no me permití hacerlo, pues en realidad no pertenecía al grupo. Por otra parte, también empezaba a acuciarme la necesidad de volver a mi trabajo habitual. La noche anterior me había llegado por correo electrónico lo que podríamos denominar, un tanto exageradamente, eso sí, como la madre de todos los encargos profesionales. Por fortuna, el cliente podía esperar una semana y darme tiempo así a terminar lo que estaba haciendo en Coeur d'Alene. La verdad es que me sentaba muy bien el pensar en nuevas ideas y proyectos, sentir cómo fluían las fuentes de la creatividad. Pero la gran importancia del encargo, las grandes expectativas del cliente, el tener que esperar, todo me enervaba muchísimo.

Puede que una parte de mí hubiera aceptado el hecho de que no podía dilatar más el regreso a casa, pese a que casi no podía soportar la idea de dejar a Joe. ¡Joder! Demasiados pensamientos en la cabeza, demasiadas emociones en el corazón. Me habría gustado chascar los dedos y desaparecer.

—Hola —dijo Joe—. Me estaba preguntando dónde te habrías escondido.

—Hay demasiada gente ahí dentro —contesté, encogiéndome de hombros a modo de disculpa.

—Sí, es verdad. Te agradezco mucho que hayas venido.

—¿Cómo iba a faltar?

Se sentó junto a mi en el banco del viejo y fresco porche, haciéndose sitio. La noche anterior había dormido otra vez en la habitación del hotel, sin que pasara nada, igual la precedente. Al parecer Joe estaba agobiado y de libido, nada. No se lo podía reprochar, de ninguna manera.

—¡Mierda! —Hizo un gesto de fastidio, mientras intentaba colocar el brazo de la escayola en una posición algo más cómoda—. No sabes las ganas que tengo de librarme de esto.

—¿Cuándo tienes que volver al médico?

—En un par de días me hará una revisión.

Asentí.

—¿Y Eric? ¿Qué tal lo lleva?

—No lo sé, la verdad —dijo, haciendo una mueca—. El hecho de que Star siga con nosotros parece que le distrae un poco. Siempre se han llevado muy bien.

—Mejor.

Levantó una ceja.

—El hecho de que ella no me caiga bien y de que el sentimiento sea mútuo no significa que no me dé cuenta de que a Eric y a Nell les conviene su presencia.

Me apretó la rodilla con la mano libre.

—Gracias, Pequeña Miss.

—No quiero que vuelva a hacerte daño.

—Lo sé. —Me miró con cierto desánimo—. Y no te preocupes, porque no va a pasar. He decidido ir día a día, tomarme las cosas con calma. Y, de momento, las relaciones ni siquiera las contemplo, no aparecen en el horizonte.

¡Cómo si yo no lo supiera!

—Mamá va a ir al sicólogo que está ayudando a Nell a superar el luto —me informó, cambiando de tema—. He hablado con él.

—Me parece una buena idea. —Le apreté la mano—. Lo cierto es que parece muy perdida.

—Así es. —Suspiró con fuerza—. Eric se ha refugiado en el restaurante, trabaja como nunca. Y también quiere ayudar en la construcción.

—Supongo que, en sus circunstancias, yo también procuraría estar ocupada.

Asintió, y volvió a sonreír mínimamente, aunque de forma poco convencida.

—Puede que vaya a visitarte a Seattle cuando el trabajo esté terminado. Podríamos celebrarlo, ir a un buen restaurante o algo así.

—Eso estaría muy bien.

No dijo nada más, y yo tampoco. No parecía haber necesidad de hacerlo. Nos quedamos en silencio, contemplando la hermosa luz del atardecer. Los brillantes colores del otoño empezaban a inundar la ciudad: las hojas

empezaban a volverse anaranjadas, rojizas y rosas. Apostaría a que aquí hasta el invierno sería una estación bonita. Complicada, dura, jodida, pero bonita. Puede que le pidiera a Joe que me mandara fotos, dado que no iba a poder verlo con mis propios ojos.

Seguro que seguiríamos siendo ciberamigos. No concebía siquiera la idea de que desapareciera del todo de mi vida.

—Álex, ¿podemos hablar un momento?

¡Hay que joderse! Aparentando calma, esboqué una sonrisa muy falsa y me volví hacia ella.

—¡Hola, Star! Por supuesto, cuando quieras.

Había sido culpa mía y solo mía bajar a por café. Probablemente estaba rabiosa conmigo por impedir que consolara como era debido a Joe. Quien, por otra parte, no podía dejarle más claro que sus intentos no eran bienvenidos y, según me había dicho, ella había dejado de intentarlo. En fin...

Me apoyé sobre el mostrador mientras esperaba a que Lydia preparara los dos cafés para llevar. Eric estaba ocupado en la barra. Parecía que no podía dejar de moverse: terminaba de hacer una cosa e inmediatamente empezaba con otra.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estoy preocupada por Joe. —Mientras se colocaba la cola de caballo, pude escuchar, yo y todo el restaurante, el tintineo de las muchas pulseras de plata que llevaba en la muñeca—. Sé que estás procurando ayudarlo, pero no creo que seas capaz de comprenderle tan bien como crees.

Me limité a pestañear. Eso sí, varias veces.

—Los hombres como él necesitan tiempo y espacio para recomponerse por sí mismos —afirmó mirándome con intensidad—. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo.

—No sé si te has dado cuenta, pero se echa la culpa del accidente.

—Mmm.

Se frotó las manos y suspiró sonoramente.

—Y por lo que respecta a Stan... que es su padre, por cierto...

—¡Ah, no me digas!

—Bueno, Stan es un hombre muy callado —aseveró—, así que Joe

aprovechaba el trabajo con él para pensar, para tomar decisiones y eso, ¿entiendes?

No dije palabra.

—Pero ahora, estando tú aquí, y te repito que sé que te has quedado para ayudar, y eso es encomiable —repitió con una sonrisa que se volvió algo angustiada—, pues... me da la impresión de que estás contribuyendo a que esté peor, en lugar de ayudarlo.

—Ya veo —mascullé, frunciendo el ceño.

—Además, Joe me ha contado algo acerca de tu trabajo, que eres de Seattle, y demás. A final, dentro de poco, terminarás yéndote a tu casa, ¿verdad? —Creí notar un destello de alegría en sus brillantes ojillos. ¡Era el día siguiente al funeral, con toda la pena que seguía flotando a su alrededor, y se atrevía a decirme semejantes tonterías...! ¡Qué individuo!

—Sí.

Más muecas.

—¿De verdad crees que a Joe le conviene acostumbrarse a que estés cerca y luego desaparezcas?

Me quedé callada de nuevo.

—¿Me equivoco si pienso que Joe y tú estáis muy unidos?

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber, Star?

Abrió y cerró la boca varias veces.

—Bueno, lo cierto es que no es cosa mía.

—Mira, en eso te doy la razón.

—Solo me preocupo por él.

—Y eso está muy bien. —Me limpié las manos, las tenía llenas de polvo, en los *jeans*, que, por supuesto, también estaban llenos de polvo—. Y ya me doy perfecta cuenta de que has dedicado mucho tiempo a pensar en esto.

—Quiero mucho a Joe. Sí, lo quiero, y lo querré siempre. —Me miró con cierta lástima, o al menos eso me pareció—. Estuvimos mucho tiempo juntos, Álex. Un vínculo de ese tipo no puede desaparecer.

—No, es cierto. —Me hubiera gustado darle un par de bofetadas a esa cerda manipuladora. Pero no lo hice—. Aunque tampoco creo que dejarle trabajar solo en el proyecto, con la certeza de que su muñeca empeoraría muchísimo, y quien sabe si para siempre, sea la mejor respuesta. Gracias por tu preocupación, Star. Ya pensaré en ello.

—¿Todavía no sabes cuándo te vas a marchar? —preguntó, seguramente

mostrando más ganas de lo que pretendía. Nunca antes había tenido que refrenar un impulso tan fuerte de sacarle los ojos a alguien con mis propias uñas. Este putón verbenero me estaba llevando al límite—. La cosa es que ahora estoy aquí, Álex. No te necesita. Su familia y sus amigos están con él. No le hace falta tu apoyo, ya tiene de sobra. Seguro que te das cuenta de eso.

¡Vaya, vaya!

—¡Qué cosas dices! Me alegro de que seas tan abierta y tan sincera conmigo. Pero la cosa es que el hecho de que tengas una opinión sobre este asunto no implica que, de forma automática, tengas razón.

—Aquí tienes tus cafés. —Lydia dejó los dos vasos de plástico sobre la barra, y nos miró a ambas de hito en hito.

—Gracias —respondí, sonriendo con absoluta sinceridad. Por lo menos había alguien que no quería echarme de la ciudad corriéndome a gorrazos—. Voy a llevármelos antes de que se enfríen. Tranquila, Star. Puedo asegurarte que pensaré muchísimo en todo lo que me has dicho.

Me dirigió una sonrisa fugaz. E inmediatamente la vi fruncir el ceño.

¡Tanto daba!

Subí las escaleras muy deprisa y muy enfadada.

Joe se volvió para mirarme, mientras colocaba el marco de madera de una ventana.

—¿Estás bien?

—Viviendo el sueño, chico—contesté. La referencia a Jennylyn Mercado², una de mis cantantes favoritas, me pareció adecuada.

—Mmm. —Creí notar que entendía la cita y lo que quería decir, pues se estremeció levemente.

Le guiñé un ojo y sonreí con cierto cansancio.

—Aquí tienes, tu inyección de cafeína.

—Gracias. —Dio un sorbo—. Estás guapísima con el pelo lleno de polvo.

—¿De verdad? No me digas...

—Claro que sí. Hace que resalten las pecas de la nariz.

Esta vez sonreí de verdad.

—La verdad es que me ha llevado horas maquillarme para conseguir ese efecto.

Su cara se inundó de tristeza inmediatamente, apretó los dientes y movió con desesperación el brazo escayolado.

—¡Maldita sea! Es demasiado para ti...

—No, tranquilo, nada de eso —mentí—. Aunque creo que deberías adelantar la cita con el médico, para que vea cómo evolucionas.

—Es mañana. ¿Qué más da un día que otro? —Sacó del bolsillo trasero un par de calmantes para el dolor y se los tragó con otro sorbo de café—. Deja de fruncir el ceño, pequeña Miss. Voy a primera hora, no pienso faltar.

—Muy bien. ¿A qué hora te recojo?

—Iba a llevarme mi madre —indicó, suavizando la mirada.

—Muy bien.

—¿No te importa?

—No. —Creo que no sé mentir, porque sí que me molestaba un poco y seguramente hice una mueca, por ligera que fuera—. Lo importante es que te lleve alguien.

—Gracias. —Me besó en la frente con mucha levedad—. Creo que eres la mejor amiga con derecho a roce que he tenido nunca.

—Bobadas. —Agaché la cabeza en el acto, intentando esconder el daño que me estaban haciendo sus palabras. No quería llorar. Solo eran las emociones de todos estos días, que estaban a punto de desbordarse. Lo cierto es que sufría, pero tampoco de una forma insoportable. Sobreviviría. Así pues, esa era la situación en este preciso momento. Ya me había dado cuenta, por supuesto, pero oírsele decir así, alto y claro, me dolió. Y más después de la mierda de conversación que acababa de tener abajo—. Es usted muy dulce cuando habla, señor Collins.

—¿Hola? —Dijo una voz. Inmediatamente apareció Stan. Por alguna razón, parecía dudar—. Buenos días.

—Hola —respondí.

—Papá. —Joe se adelantó, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Parece que la cosa va bien —sentenció de inmediato Stan, al tiempo que se paseaba por la zona inspeccionándolo todo.

—Sí. Gracias a la ayuda de Álex hemos podido mantener el ritmo y atenernos a las fechas comprometidas.

—Eso está bien.

Eché un trago al café, dudando acerca de si debía irme o quedarme. Al final tomé el rodillo de pintor, les di la espalda y volví al trabajo. A estas alturas del partido no tenía nada que envidiarle ni al mismísimo Rembrandt: mis aptitudes como pintora, eso sí, de brocha gorda, eran ya insuperables.

—Precisamente sobre eso quería hablar contigo —dijo Stan—. He estado pensando un poco..., quiero decir, acerca de lo que dijiste sobre el negocio.

—¿Y?

—Pues que he visto claro que tienes razón. Es el momento de que tú te hagas cargo. —Se apoyó en el otro pie. ¡No le había oído articular tantas frases desde que lo conocía!—. Llevas mucho tiempo haciendo la mayor parte del trabajo, casi todo, y dirigiendo los proyectos. Simplemente me negaba a admitirlo.

¡Santo cielo!

—¡Vaya! —dijo Joe, que parecía tan sorprendido como yo, o más.

—Me gustaría seguir echando una mano cuando pueda, pero ya sabes, a causa de la artritis estoy muy limitado, esa es la verdad. —Stan suspiró—. Creo que «Collins e hijo» debe pasar a denominarse «Collins y padre», aunque no sea un nombre muy normal para un negocio.

—Papá... La verdad, no sé qué decir.

—Pues no digas nada, excepto para indicarme qué puedo hacer para ayudar —espetó Stan con su voz cascada—. Vamos a terminar estos apartamentos de una puñetera vez, y lo más rápido que podamos. Después tu madre y yo nos iremos un par de semanas a Hawái. Ya va siendo hora de que disfrutemos de unas vacaciones como Dios manda.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso —respondió Joe. Le brillaban los ojos de alegría—. Mamá debe de estar muy contenta.

Empezaron las palmaditas en la espalda y las caras de felicidad.

—Hola. —Otra profunda voz de hombre. Patrick estaba de pie en la puerta, echando un vistazo al apartamento prácticamente terminado.

—¡Hola, Pat, amigo! ¿Cómo está Nell hoy? —preguntó Joe, y de nuevo comenzó ese ceremonial tan masculino de las palmaditas en la espalda y los choques de manos.

—Mejor. Tu madre está de visita —explicó Pat—. Nell me ordenó que desapareciera durante un rato, lo más largo posible. También dijo que hiciera algo, para variar. Ya la conoces... He cerrado la tienda durante un par de semanas y parece que abajo, en el bar, se las apañan sin problemas. Así que me he pasado por aquí para ver si necesitabas un poco de ayuda, la que sea.

—Eso siempre.

Los tres se pusieron a hablar sobre distintos aspectos del proyecto. Joe parecía muy contento, mucho más de lo que lo había estado desde el

accidente. Star tenía razón al menos en una cosa: su familia y sus amigos estaban junto a él para lo que necesitara, aunque hubieran tardado un poco. Pero hay que reconocer que también habían tenido lo suyo, y lo iban superando poco a poco, cada uno a su manera. Y ella, la muy zorrón, estaría al tanto a ver qué podía pescar, pese a que Joe le había dejado muy claro que no deseaba plantearse ningún tipo de relación estando en semejantes condiciones emocionales. Desde luego no iba a ser yo quien contradijera sus deseos.

No, en absoluto. Había llegado el momento de hacer lo que me había pedido que hiciera inmediatamente después del accidente. O sea, marcharme. Volver a mi vida de siempre. Él ya estaba en condiciones de continuar con la suya.

—Voy a salir un momento —dije.

Joe asintió, mientras que los otros dos seguían hablando de los asuntos relacionados con el proyecto. Esa actitud hizo que volviera a sentirme como una completa extraña. Yo y mis delicados sentimientos necesitábamos espacio vital, aire para poder respirar. Agarré la mochila y me la puse al hombro. Dado que no eran ni las doce, tenía tiempo de sobra para tomar un vuelo vespertino a Seattle.

Como sabéis, me molestan mucho las despedidas. Tal vez esa era una de las razones, si no la principal, por la que siempre había evitado plantearme relaciones más dilatadas. Aunque también es cierto que con Joe Collins había roto todas mis normas, una por una. Hasta mi corazón empezaba a tener grietas.

Me fui sin decir ni una palabra. Esa norma no la rompí.

Dos horas después le mandé un mensaje de adiós desde el aeropuerto. No contestó.

². N. de la Editora: Jennylyn Mercado es una actriz, cantante y escritora de canciones de origen filipino. Una de ellas, *Living the Dream* (Viviendo el sueño) es a la que se hace referencia aquí.

CAPÍTULO 22

Querido Joe:

Sé que probablemente estarás enfadado por la forma en la que me marché. ¿Qué puedo decirte? Creo que los dos empezábamos a necesitar un poco de espacio vital, establecer cierta distancia entre ambos. Sinceramente, la idea de decirte adiós cara a cara me superaba por completo. Sí, sé que vuelvo a las andadas, a eso de salir corriendo para esconderme. Pero, por favor, intenta comprender que no he sido capaz de hacer otra cosa y que creo que eso ha sido lo mejor para ambos.

¿Tienes alguna noticia de tu amiga abogada acerca del imbécil que te ha demandado? Espero que lo haga picadillo. ¿Y qué tal el brazo y la muñeca? ¿Qué te dio el médico cuando fuiste a la consulta?

Espero que todo vaya mejorando y que el trabajo en los apartamentos siga viento en popa. Si pudieras mandarme alguna foto te lo agradecería mucho.

CON AMOR, ÁLEX.

Hola, Joe:

No sé si vas a leer estos correos, pero yo no voy a dejar de escribirte. El trabajo me va de maravilla. De hecho, el encargo que recibí cuando estaba en Coeur d'Alene era bastante más ambicioso

de lo habitual. El cliente aprobó todo lo referido al diseño del logo de la compañía y de sus desarrollos y ahora me han encargado que entre a fondo en otras empresas y negocios del grupo. Me gusta trabajar con ellos y pagan bien y a tiempo. ¿Qué más se puede pedir?

¿Qué tal va tu trabajo? Apuesto lo que sea a que avanzas mucho más con tu padre de lo que lo hacías conmigo, una novata y encima torpe. Por favor, da recuerdos de mi parte a toda la gente del Dive Bar, y también a tu familia. ¿Sigue Star en vuestra casa, viviendo con Eric y contigo? Espero que Nell se haya recuperado y que le vaya bien.

Val te manda saludos. También le va bien: le han encargado el maquillaje en un par de programas de la televisión local. La agenda es de locura, no para, pero le encanta el reto que supone. Ella y su compañero Liam son tan felices como siempre.

Te vas a sorprender, pero incluso a pesar del tiempo infernal que hace, estoy yendo al cine más a menudo. Y también salgo a cenar a la calle, en vez de encargarse que me traigan la comida a casa. No he quedado con nadie, de momento no me apetece nada que tenga que ver con eso. Puede que lo que fuera que pasó entre nosotros dos se quedara sin resolver, y nunca seamos capaces de hacerlo. También es posible que sigas muy enfadado conmigo durante cierto tiempo, no lo sé. Pero si terminas los apartamentos y aún tienes ganas de venir a visitarme a Seattle, serás más que bienvenido.

CON AMOR, ÁLEX.

P.S. Marty también te manda recuerdos.

Querido Joe:

Te echo de menos. Por favor, respóndeme. Aunque sea unas pocas palabras para que sepa que estás bien.

CON AMOR, ÁLEX.

CAPÍTULO 23

Decir que estaba nerviosa era poco, muy poco, para expresar lo que sentía.

Faltaba una semana para Navidad, y allí estaba yo, de pie junto a una enorme mansión/cabaña a la orilla del lago Coeur d'Alene. Este tenía que ser el lugar, sin ninguna duda. En la garita de seguridad habían comprobado mi nombre en la lista de invitados, y el taxi me había dejado al pie de las escaleras.

Si a Michael Jackson se le hubiera ocurrido hacerse una cabaña de madera, seguro que habría sido parecida a esta. La mayor de Estados Unidos, supongo.

Era el momento de ser valiente y entrar. Y, además, ya estaba bien de permanecer allí de pie, a merced del viento y a punto de congelarme.

La habitación principal tenía los techos altísimos, más o menos tres veces más que los normales, y por encima había una lámpara que probablemente no cabría en mi apartamento de Seattle. En una enorme chimenea crepitaban las llamas, y tras ellas el ventanal ofrecía una vista maravillosa de las aguas y las orillas del lago. Bastante gente, en general vestida de forma llamativa, se paseaba con copas de champán y de martini seco. En una de las esquinas, Vaughan estaba sentado sobre una pequeña plataforma a modo de escenario, tocando la guitarra. Al verle estuve segura de que sí estaba donde debía. ¡Menos mal!

—Señorita, ¿puedo recoger su abrigo? —me preguntó un hombre, vestido con un traje de tres piezas muy elegante y moderno.

—Claro, muchas gracias.

Por lo menos parecía que me había puesto la ropa adecuada, ni

excesivamente informal ni tampoco excesivamente elegante. El vestido de terciopelo azul marino, entallado y vaporoso tipo años cincuenta, podría parecer algo simple, pero los zapatos negros, de tacón de aguja y marca Yves Saint Laurent, y el collar de perlas negras de mamá ponían las cosas en su sitio. Una mujer, también con un traje de tres piezas, se acercó con una bandeja llena de una amplia variedad de bebidas. Tomé un vaso bajo de cristal grueso con dos dedos de *whisky* escocés y me lo engullí de un trago. ¡Qué bien me vino ese fuego que sentí en la garganta!

En estos momentos, el valor militar era mi único aliado. Bueno, además del agradable chucho que no paraba de olerme y de lamerme los zapatos.

—Te prometo que no voy a pisar a nadie —le dije al perro, inclinándome para acariciarlo. Inmediatamente se tumbó de espaldas, a la espera de que le pasara la mano por la tripa—. ¡Vaya, chico, sabes lo que quieres!

—Sí que lo sabe. —El que me hablaba era un hombre de pelo rubio y ondulado, largo hasta los hombros. Por supuesto no era Joe, entre otras cosas porque no llevaba barba y me sonreía abiertamente—. Hola, bienvenida a mi casa. Bueno, en realidad es la casa de mi esposa. Me obligó a ponerla a su nombre porque afirma que no soy muy cuidadoso con mis cosas. Una vez quemé una cocina entera, juro que por accidente: intentaba hacer palomitas de maíz al viejo estilo y la verdad es que prefiero no contarte los detalles sobre cómo acabó la cosa. ¡Cómo si yo tuviera que saber que una sartén llena de aceite podía incendiarse y que debía quedarme allí para estar al tanto! Una locura, ¿verdad?

—Bueno...

—Pero no, como siempre, me cayó a mí la bronca. Siempre está diciendo que no podemos tener cosas bonitas por mi culpa. La verdad, tengo que confesarte que, con la estancia aquí, me está viniendo bien no ver ceños fruncidos durante todo un mes. —Me guiñó un ojo, y apenas hizo una pausa para respirar—. En fin, te presento a *Killer*, toda una perrita de lo más alegre. Siempre está moviendo la cola.

Me quedé mirándole con los ojos como platos.

—No te lo tomes por dónde no es, pero... ¿eres Mal Ericson, de Stage Dive?

—Pues sí, el mismo. —Frunció el ceño—. Y, por cierto, ¿por qué iba a tomármelo por dónde no es?

—¡Ah, no, por nada...!

—Hola —dijo un chico de pelo oscuro y largo, peinado hacia atrás, con un precioso traje gris, y que no hubiera desentonado en absoluto en la portada de una revista de moda masculina. Eso dejando aparte los hoyuelos. ¿Serían un adorno postizo? No lo parecían, desde luego—. Oye, Mal, ¿puedes encargarte de Zeny un momento? Lena está de cháchara con Anne y Lydia y no quiero distraerlas. Pero hay que cambiarle el pañal a Steph.

¡Madre del cielo, nada menos que Jimmy Ferris! También de Stage Dive, por supuesto. Se me quedó la mente en blanco.

—¡Pues claro! —Mal tomó en brazos a una de las gemelas. Solo Dios sabe cómo podía distinguirlas, pues las dos preciosas niñas eran absolutamente idénticas, con sus ricitos oscuros y sus labios pequeños y perfectamente dibujados—. ¿Quién quiere más al tío Mal? Sí, claro, tú. No puedes resistirte a mi encanto personal, ¿a que no?

El bebé hizo unos ruiditos de alegría, y después le dio un golpecito en la cara.

—Tú también has llenado las braguitas con lo que no debías, ¿verdad? —dijo Mal suspirando.

—Ca, ca, ca, ca —contestó Zeny con convicción.

—Zeny, aprendes demasiado rápido. ¡Pues claro que te has hecho caca, cochina! —Mal se volvió hacia mí con cara de pena—. ¿De verdad te crees que ser una estrella del *rock*, un multimillonario, me salva de tener que lidiar con cambios de pañales a bebés cagones? Pues no. Mi vida se ha convertido en una ruina desde que a todo el mundo le ha dado por tener críos. Esto es un caos absoluto. No está bien. —Miró hacia la multitud, y entrecerró los ojos fijándose en alguien—. Y ella lo sabe y se ríe de mí, pequeña Zeny. ¡Casi preferiría un ceño fruncido! Estoy seguro de que tu tía Anne es la responsable de que te hayan mandado aquí para que yo me encargue de aliviar tus miserias. ¿A que sí? Todos están en mi contra, lo sé.

Zeny volvió a darle una tortita en la cara, seguida de un beso, o más bien un chupetón en la mejilla con la boca bien abierta. En ese momento no sabía muy bien cual de los dos babeaba más, si el bebé o el adulto.

—Tienes suerte de que te quiera —le dijo a la nena en tono admonitorio. Mientras tanto, la perrita *Killer* no dejaba de saltar, posiblemente de alegría, alrededor de los tobillos de Mal, lo que hacía que la niña se riera todavía más. Zeny extendió su puñito en dirección al animal.

—Kiy —balbuceó.

A nuestro alrededor, la fiesta continuaba su curso a todo trapo. Todavía no había localizado a Joe, pero tenía que estar en alguna parte. Junté las manos con toda la calma que pude, para procurar que no se notara hasta qué punto me temblaban. ¡Hola, ansiedad, vieja amiga!

—Bueno, chica alegre, pásalo bien tú, ya que yo no puedo—me dijo Mal sombríamente—. Tengo que encargarme de adecentar a la señorita de los pañales pestilentes.

—De acuerdo, muchas gracias. —Sonreí y tuve que contener la risa al ver su atribulada expresión.

Así que me quedé sola de nuevo en la habitación llena de gente. ¡Ag, las fiestas! Lo peor de lo peor. Bueno, tenía que dejarme de tonterías. Podía enfrentarme a esto sin ningún problema, y más estando entre la gente de Stage Dive, entre otros muchos. Paso a paso. Así que empecé a adentrarme entre los grupos. De hecho, dadas mis especiales características psicológicas, tuve que hacer tanto acopio de valor como un caballero avanzando y sabiendo que lo que le esperaba era un dragón, o más bien una manada de dragones que escupían fuego, o que lo lanzaban por la nariz a modo de estornudo como en *Juego de Tronos*, da igual. Había montones de personas, y no conocía prácticamente a ninguna. Menos mal que prácticamente no significa absolutamente nada para nadie...

—¡Álex! —Lydia me abrazó muy efusiva. Noté que tenía las mejillas bastante coloradas. Eso significaba seguramente que ya había dado cuenta de unas cuantas copas antes de que yo llegase. Se notaba que lo estaba pasando bien—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! No estábamos muy seguros de que te decidieras.

—¡Cómo no iba a venir! —La verdad es que terminé de decidirme la noche anterior, pero no hacía falta que Lydia lo supiera—. No podía perderme la celebración de que Nell y Pat vuelvan a estar juntos.

—¡Es estupendo!, ¿verdad? «Amor, hágase tu voluntad.»

—¿Por qué citas letras de una canción del siglo pasado, aunque sea de Prince? —preguntó Rosie mientras me daba un somero abrazo.

—Pues porque Mal nos está ofreciendo el mejor champán del mundo y estoy aprovechando la oportunidad a tope —respondió Lydia sonriendo—. El pelirrojo de la guitarra también se está poniendo alegre, así que la noche promete. ¡Caramba!

—Bien, tigresa. —Rosie soltó una carcajada—. Pero tranquilízate, porque

a este paso igual le obligas a dar el espectáculo aquí mismo.

—¿Y por qué no? —dije, intentando aprovechar al máximo los escasos y últimos momentos de alegría que me quedaban—. ¿Qué tal está Joe?

Saliendo con Star. Rectifico, casado con Star. Hasta era probable que estuviera embarazado de Star. A la velocidad que avanza la ciencia y la medicina, todo era posible. Además, el único objetivo de esos avances era arruinarme la vida. Lo sé con certeza.

—Bien —dijo Rosie de forma muy sucinta.

—Me alegro. —No le fui a la zaga, y de paso cacé al vuelo otro vaso de escocés de una bandeja en movimiento—. Me alegra saber que todavía respira.

—Sí. Desde luego que sí.

—¿Sigue trabajando en los apartamentos?

—Mmm —murmuró Rosie asintiendo.

Lydia dio otro traguito de champán, creo que intentando ocultar una sonrisa. Aunque sin demasiado éxito, la verdad, porque por poco se atraganta con el magnífico, dorado y espumoso líquido procedente de los viñedos franceses.

Yo fruncí el ceño.

—¿Por qué no me preguntas directamente lo que te mueres por saber? —espetó Rosie.

—De acuerdo, tú ganas —dije, aspirando el aire por la nariz. Igual tengo antepasados ingleses—. ¿Sale con Star?

—No, para nada —respondió, sonriendo tanto que pude comprobar que tenía los dientes, e incluso las muelas, de un blanco muy natural—. Esa cabeza de chorlito ha salido pitando.

—Una vez que comprobó que Joe no iba a caer rendido a sus pies, cayó en la cuenta de repente de que tenía asuntos importantísimos que atender en otra parte —confirmó Lydia, que parecía encantada—. ¿A Maine? ¿O a Nueva Inglaterra? ¿O a Inglaterra, sin adjetivo? En fin, lejos, con o sin océano de por medio.

—Pues sí, más o menos por ahí —confirmó Rosie encogiéndose de hombros—. Con tal de que no esté en la ciudad, nos conformamos.

—Tendrías que haberla visto flirtear con cualquier cosa que tuviera un pene en un territorio de unos cien kilómetros a la redonda. ¡Fue patético! Pero es que aquí casi todo el mundo la conoce...

—Más divertido que cualquier programa de televisión, incluidas las series de la HBO y los *reality shows* —afirmó Rosie, a la que inmediatamente después se le agrió un tanto el gesto—. ¡Hasta lo intentó con mi marido una vez que vino a recogerme! No le hizo ni puñetero caso, pero de todas formas... ¡qué asquerosa, por favor!

—No puedo estar más de acuerdo. La calé de inmediato, pero no pensaba que pudiera llegar a esos extremos —dije, emitiendo un silbido de asombro.

—¿Estás un poco más tranquila? —preguntó Rosie guiñándome el ojo—. Tu chico sigue estando soltero. Cabreado contigo, eso sí. Pero sin compromiso.

—¡Ah!

Lydia alzó las cejas y asintió.

—La verdad es que todavía no ha encajado el que te fueras sin decir adiós.

—Ya veo. —¡Vaya mierda! No me sorprendía, pero tampoco había que exagerar. Di un sorbo de *whisky*—. Ya han pasado dos meses. Esperaba que se le...

—No —me interrumpió Rosie.

—Para nada —confirmó Lydia—. Álex, te lo digo a pesar del cariño que te tengo: la verdad es que no acertaste haciendo eso.

Quizá con un exceso de dramatismo, me incliné hacia un lado.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que...

Las dos mujeres se quedaron mirándome, como si esperaran una revelación extraordinaria que lo explicara todo. Por desgracia, no había ninguna, ni mucho menos. En aquel momento lo que me pedía el cuerpo era huir, esfumarme. Todo había sido muy doloroso, muy difícil, muy... excesivo. No es una palabra demasiado espectacular, lo sé, pero sí adecuada para la situación, y significativa.

—Bueno... —intervino Rosie, tras comprobar que me había quedado sin palabras—. Espero que te hayas traído los labios de besar el trasero a los tipos.

—Claro —asentí—. Para eso tengo la asesora perfecta, o sea, Val. Es un pintalabios de Chanel que dura casi eternamente. Ella misma me lo ha comprado.

—Me gusta cómo te queda.

—Gracias. —Le dirigí una sonrisa abatida—. ¿Hasta qué punto está enfadado? Digamos, en una escala de uno a diez, siendo uno un concurso de

baile de *rock* a base de posturas y movimientos de manos, y diez Godzilla destruyendo Tokio.

Las dos chicas pensaron durante un rato.

—¿Once? —propuso Lydia.

—Estoy de acuerdo —confirmó Rosie—. Heriste sus sentimientos que, pese a su aspecto, son bastante delicados, como ya sabes. Además, teniendo en cuenta que Star se marchó unos años antes y dejando únicamente una nota bastante escueta, ya me dirás.

—¡Mierda! —Hundí los hombros. De momento, igual debería esconderme y beber durante un buen rato para dilatar la llegada del encuentro, o más bien del encontronazo—. No tenía intención de hacerle daño.

—Te deseo la mejor de las suertes, querida —dijo Lydia, chocando levemente la copa contra mi vaso—. Y recuerda, si tienes alguna duda, saca a las chicas a pasear.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, meneando la cabeza desconcertada.

—Las tetas —aclaró Rosie en un susurro.

—¡Ah, ya! —Bajé la mirada, como si necesitara comprobar lo poco que tenía que ofrecer—. No estoy segura de que, en mi caso, eso pueda funcionar.

—Aparentemente el tamaño no importa —dijo Lydia, que tenía suficiente para dos mujeres y todavía le sobraría algo—. Si le gustan, todo irá bien.

—Pues no le disgustan. —De eso estaba segura—. Pero creo que Joe es más de trasero que de tetas, la verdad.

—No tengo nada en contra del sexo anal, siempre que te guste —dijo Lydia, emitiendo un suspiro soñador. Soñador o beodo, resultaba difícil de dilucidar.

Esta vez di un buen trago. Habría que pensárselo.

—Bueno, ya está bien. —Rosie hizo el signo de pedir tiempo muerto en un partido de baloncesto—. Esto está lleno de niños pequeños e inocentes. Así que, señoras, vamos a dejarnos de sexo, y más si es duro.

—Lo siento —se disculpó Lydia.

De repente, desde el escenario Vaughan empezó a rasguear los acordes de la marcha nupcial. El ambiente se llenó de aplausos, silbidos y gritos de júbilo. La gente dejó un pasillo por el que aparecieron André, que llevaba un traje azul brillante, y Nell agarrada de su brazo, elegantísima con su sencillo vestido color marfil. Estaba resplandeciente, con el rostro y la mirada brillantes de puro amor. En la parte delantera los esperaban un personaje

disfrazado de Elvis, lo cual me dejó casi patidifusa, y también Patrick, con *jeans* negros y una camisa de botones del mismo color.

—Mal insistió en que celebrara la ceremonia el mismo tipo disfrazado de Elvis que los casó a Anne y a él en Las Vegas —susurró Lydia—. Dice que tiene poderes para evitar que los matrimonios se rompan.

—¿Vudú de Elvis?

—Algo así —respondió, encogiéndose de hombros.

Nell y Patrick merecían ser felices. Me volví a llevar el vaso a la boca y sonreí al amor que flotaba en el aire. Paz, felicidad y todas esas cosas. Pero como si el destino quisiera oponerse a todos esos buenos deseos, sentí una mano poderosa que me agarraba del brazo y me arrastraba para alejarme de la gente.

¡Joder, me había encontrado!

En ciertas circunstancias, por no decir en casi todas, pensaba que era mejor enfrentarse a las cosas cuanto antes, pero esta era la excepción que confirmaba la regla. Joe estaba poniendo una cara bastante más amenazadora que los nubarrones de una tormenta de verano, o de otoño: parecía el presagio de un tornado, de un *tsunami* o de cualquier otro desastre natural. El barbudo estaba enfadado de verdad. Aunque, en cualquier caso, había que reconocer que estaba guapísimo, con su traje negro y su hasta ese momento inimaginable corbata.

Sin decir una palabra, me llevó muy lejos de la sala en la que se iba a celebrar la boda. A toda marcha, dicho sea de paso. Atravesamos un pasillo hasta llegar a un ala distinta, completamente alejada de todo y de todos. Su mano no me hacía daño, pero en todo caso me pareció de hierro. Y pese a lo extraordinarios que eran, mis zapatos nuevos de tacón de aguja no estaban diseñados para correr. Ya tenía suficiente experiencia acerca de lo que podía pasar si se iba muy rápido con ese tipo de calzado, aunque en este caso no diluviara.

—¡Más despacio, Joe! —siseé.

No me hizo ni caso. Conforme pasábamos por las distintas habitaciones, él les iba echando un vistazo: un despacho, una sala multimedia, un cuarto de baño, una habitación con un juego completo para tocar la batería...

—¡Maldita sea! —exploté mientras casi me hacía ir arrastrando los dos pies—. ¡Suéltame de una vez! ¡Para!

Por fin llegamos a una habitación que pareció gustarle. Un dormitorio. Me

metió dentro sin excesiva delicadeza, cerró de un portazo y se volvió hacia mí. En ese momento yo ya tenía más que suficiente. Pese a la expresión de furia de sus ojos, le di un tortazo en la mejilla, fuerte, muy fuerte. No soy capaz de decir quién puso más cara de asombro al escuchar el sonido de la bofetada, si él o yo. En cualquier caso, hubo reacciones.

Estaba claro que esa nena, Zeny, tan chiquitita, sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Lo señalé con el dedo, respiré hondo y lo miré airada.

—Si te digo que te pares, hazlo, joder. No tienes ningún derecho a arrastrarme como si fuera un saco de escombros de esos de las obras y adecuados a tu medida. ¿Te queda claro?

—¿Adecuado a mi medida?

—Sabes lo que quiero decir —espeté, encogiéndome de hombros.

Se pasó por la boca el dorso de la mano, aún con los ojos enfurecidos. El enrojecimiento de la mejilla, que asomaba entre la barba, me pareció de lo más pertinente.

—¿Qué haces aquí?

—Discúlpate por no haberme hecho caso.

—Tienes razón, no debí haberte arrastrado así. Estaba muy enfadado, pero no es excusa. Lo siento. —Le temblaron las aletas de la nariz—. Y ahora, ¿se puede saber qué haces aquí?

—Pues ya ves, asistir a la nueva boda de Pat y Nell. Me apetecía verla, pero parece que tú has decidido por tu cuenta que nuestra conversación no podía esperar a esas menudencias.

—¿Te han invitado?

—No, Joe. Simplemente me he presentado porque pensé que sería divertido follar contigo... —contesté sarcásticamente, ya casi tan cabreada como él—. ¡Pues claro que me han invitado!

Se dio la vuelta y empezó a pasear por la habitación a grandes zancadas.

—No debían haberlo hecho.

—¡Vaya por Dios! ¿Me tomas el pelo?

—¿Cómo?

—Tú no puedes darles órdenes, son dueños de sus propios actos —dije—. Sí, claro, también son amigos tuyos, pero no puedes tomar decisiones por ellos.

—No creo que sea mucho pedirles un poco de lealtad. Aunque tampoco

creo que seas tú la persona más capaz de entender ese concepto.

Seguramente nunca antes ni después había abierto la boca dibujando una O más perfecta.

—¡Sí, te fuiste sin decir una puta palabra! —espetó, señalándome con dedo acusador y agresivo. ¡Menudo capullo!—. Después de todo lo que habíamos pasado juntos.

—Me habías pedido que me fuera. Me lo pediste claramente, sin el menor género de dudas —dije sin recular. Esta vez no, esta vez tocaba ser valiente—. Así que, cuando lo consideré adecuado, cuando pensé que era el momento oportuno, me fui.

—Me dijiste que me apoyarías, que me ayudarías.

—¡Claro, y vaya si lo hice! Pero después tu padre empezó a trabajar contigo de nuevo, en las condiciones que tú querías y que eran las que debían ser, naturalmente. Ya no me necesitabas.

Suspiró y se puso las manos en las caderas.

—¿No podías haberte despedido?

—¿No podías haberle explicado a Star que teníamos cierta relación?

—¡No me fastidies! ¿Te marchaste porque estabas celosa?

Yo también suspiré. Era el momento de ser absolutamente sincera, no tenía sentido guardarse nada.

—Pues sí, esa fue una de las razones, no tiene sentido mentirte a estas alturas. Pero, por otra parte, me habías dejado más que claro que, en ese momento, no había sitio para mí en tu vida. Con tu brazo roto, Eric y Nell sufriendo la pérdida de su bebé y, encima, esa tonta del haba intentando seducirte, tenías demasiadas cosas encima, y yo no quería contribuir a que te abrumaras más, o a que todo terminara desbordándote. Entiendo perfectamente que quisieras que me fuera. Tu vida ya era lo suficientemente complicada como para que yo siguiera en medio de ella. Y, por lo que a mí respecta, no podía mantener la mía en modo «pausa» por más tiempo. Y menos una vez que Eric se había reincorporado al restaurante y tu padre te iba a ayudar con el trabajo.

—¿Acaso pensabas que iba a ser incapaz de entenderte?

—No, no se trataba de eso. De ti, quiero decir. No es que pensara, es que sabía que yo sería incapaz de sobrellevarlo —dije, subrayando el «yo» claramente, mientras el corazón se me aceleraba al intentar buscar las palabras adecuadas. Lo intenté, aunque no sabía si lo conseguiría—. Quiero

decir que yo sería incapaz de sobrellevar el decirte adiós. El tiempo que pasé viviendo aquí, sobre todo al final, ha sido de lo más complicado de toda mi vida. ¿Me explico?

—Así que tomaste el camino de los cobardes.

—¡Sorpresa! —grité—. ¡Hola! Me llamo Álex Parks y soy cobarde. Encantada de conocerte. Por si no te has dado cuenta, soy una de las personas de esta era que más temen las decisiones difíciles, que más se angustia ante ellas y que casi siempre reacciona ante ellas en plan gallina. Sé que no es para estar orgullosa, pero soy como soy, qué le vamos a hacer.

Negó con la cabeza, enseñando los dientes.

—¡Por el amor de Dios!

Yo no dije nada.

—Y si todo te asusta y te angustia tanto, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó.

Era una buena pregunta. Pero que muy buena. Y no tenía ningunas ganas de responderla.

Se inclinó hacia delante, poniendo la cara a pocos centímetros de la mía.

—¿Y bien?

—No podía quedarme al margen, ¿entiendes? —casi grité—. No lo soportaba. No respondías a mis correos, y necesitaba verte.

—¿Por qué?

Miré al cielo.

—Vamos, Joe. Ayúdame un poco, es tu turno. ¿No se te ocurre el porqué sin que tenga que decírtelo yo?

Esta vez fue él el que levantó la mirada al cielo, junto con las manos.

—Pequeña Miss Sunshine, no tengo ni puta idea, ni una sola pista. Me dejaste sin despedirte siquiera y ahora, de repente, varios meses después, vuelves. ¿Se supone que debo aplaudir con las orejas?

—No, no aplaudas, ni con las orejas, ni con las manos, ni con nada... —dije, a punto de llorar—. Cabréate conmigo más todavía. Dime que me vuelva a Seattle inmediatamente, que no quieres volver a verme en toda tu vida.

—Álex...

Utilizando las dos manos, lo empujé en la tripa, lisa como una tabla. Supongo que no se lo esperaba, porque conseguí que trastabillara hacia atrás. Y, si funcionó una vez, ¿por qué no intentarlo de nuevo? Así que volví a

empujarlo y golpeó la puerta con la espalda. Nos quedamos mirándonos el uno al otro, como si estuviéramos participando en un concurso a ver quién ponía más cara de odio.

—Dime que no significo ni significaré nada para ti, ni ahora ni nunca — dije—. Vamos. Tu actitud conmigo los días anteriores a que me fuera fue fría. Al marcharme no me planteé nada, ni físico ni emocional, porque no me dejaste. ¡Te cerraste en banda, joder!

Pestañeó varias veces, no sé si por la sorpresa o por alguna otra razón. En todo caso, cuando fui a empujarle de nuevo, me agarró por las muñecas y me sujetó con fuerza.

—Estate quieta.

—Dime que soy una amiga de mierda y que no quieres ser mi amante nunca más. ¡Dímelo!

—Ya es suficiente.

—Venga, Joe Collins, rómpeme el corazón otra vez. Adelante —lo animé—. Estoy preparada.

Apretó los labios con fuerza, poniendo cara de sorpresa.

—Pero ¿de qué diablos estás hablando? ¿Cómo que te he roto el corazón?

—Por no ser directo. Por pararte justo en el momento en que me estaba abriendo a ti del todo —dije con voz ronca por la emoción, notando la garganta muy seca—. Dejándome claro que no significaba nada para ti y actuando como un absoluto capullo después del accidente. Lo entiendas o no, pudieras evitarlo o no, me destrozaste, Joe. Me dejaste deshecha.

Se quedó sin palabras, mirándome de hito en hito.

—Y lo que más me fastidia es que ni siquiera puedo echarte la culpa, porque no la tienes —afirmé. Las puñeteras lágrimas ya asomaban a los ojos—. La tengo yo. Primero, por venir aquí y terminar sin poder ni querer evitar relacionarme contigo. Después por querer arreglarlo todo y darme cuenta de que no era capaz. Por echarme muchas cosas a la espalda después del accidente, tantas que no tuve más remedio que salir pitando, porque ya no podía más.

Entrecerró los ojos y arrugó la frente. Después me tomó la cara entre las manos.

—Tienes razón. Tendría que haberte respaldado con Star. Estaba ensimismado, fui muy egoísta. No sabes cuánto lo siento, Álex. Siento muchísimas cosas. Me porté como un canalla sin corazón, por el hecho de

que no era capaz de enfrentarme a lo nuestro en ese momento. Mierda, tenía que haberlo hecho. Tenía que haber esperado, que haberte mantenido cerca de mí, no haberte dejado pensar que nuestra relación no significaba nada para mí. Lo siento, Pequeña Miss, me comporté como un maldito idiota. ¿Podrás perdonarme?

—¿Me pides perdón? ¿De verdad que lo sientes? —Tenía tantas ganas de besarle allí donde la espalda pierde su casto nombre, de rendirme sin lucha y tan dulcemente que no podía ni creérmelo—. ¿Hablas en serio?

Asintió con convicción absoluta.

—Lo peor que he hecho en mi vida ha sido pedirte que te fueras, que te apartaras de mí.

En ese momento me di cuenta de que no era capaz de seguir sosteniéndole la mirada, de que me superaba. ¡Menudo desbordamiento emocional! Cerré los ojos con fuerza y respiré muy, muy hondo. Y precisamente en el momento en que pensaba que había conseguido recuperar el control de mí misma, sus labios rozaron los míos y volví a derrumbarme.

¡Dios, era capaz de besar otra vez!

Nuestras bocas se buscaron, nuestras lenguas se pelearon, y sus manos... ¡Dios, sus manos! Pasaron de agarrarme la cara con delicadeza a acariciarme los laterales del vestido. Inmediatamente empezaron a rebuscar por debajo de la falda y se deslizaron bajo la ropa interior, negra, por supuesto.

—¡Joder, cuánto te echaba de menos! —casi rugió, con las manos bien asentadas en las nalgas.

—¿De verdad? —jadeé.

—¡Sí! ¡Ni se te ocurra volver a desaparecer!

—¡Dalo por hecho!

—Prométemelo —rogó con la voz ronca de pura urgencia. Despegó una de las manos de su lugar favorito y me agarró el cuello, incluso apretando un poco.

—Lo prometo.

Con un movimiento que fue cualquier cosa menos suave nos cambiamos de sitio y yo pasé a estar de espaldas contra la puerta. Me deslizó los dientes por el cuello y no me importó en absoluto: si esa era su forma de castigarme, que siguiera haciéndolo. Me bajó las medias, y noté que dudaba mínimamente cuando notó los afilados tacones. Levantó la vista para mirarme, con una sonrisa torcida en la cara.

—¡Tú y tus tacones de bailarina de estriptís!

—¡Joe, son de marca! —protesté mientras me secaba una lágrima de la cara y daba un saltito a un lado para no pisar mi carísima ropa interior—. Ten un poco de respeto por la calidad.

—Lo tendré, estate segura. Dame un minuto.

—¿Cómo?

Los potentes dedos se deslizaron entre mis piernas e, inmediatamente, su cabeza desapareció, cubierta por la falda. ¡Madre mía, estaba en las últimas! Una boca cálida, unos labios ansiosos, una lengua húmeda y un hombre absolutamente decidido a poner en práctica todas sus habilidades. ¡Mi perdición! Y, encima, la sensación única de su barba acariciándome suavemente la piel, muy sensible a estas alturas. En un instante todo se había convertido en una locura increíble. Estaba más que preparada para él, ya, sin esperar más.

—Joe. —Me levanté la falda y le acaricié el pelo—. ¡Vamos!

—¿Qué? —preguntó, casi al tiempo que deslizaba la lengua a todo lo largo de la raja. ¡Qué maravilla! Si no fuera porque me estaba sujetando y porque tenía detrás la puerta, ya estaría en el suelo. Las rodillas apenas podían sostenerme de pie, inundadas por tamaña oleada de placer.

—Sexo. Ahora —ordené, tirándole del pelo sin delicadeza.

Mientras se incorporaba, se limpió la boca con el dorso de la mano, y de inmediato se desabrochó la bragueta. Sacó un condón de no se exactamente dónde, creo que de la cartera, y se lo colocó en el pene, increíblemente duro ya.

—¿Ahora mismo?

Asentí, rodeándole el cuello con los brazos.

—¿Estás segura?

—No me obligues a utilizar los tacones, te arrepentirías... —le amenacé.

—A sus órdenes, señora.

Me alzó con fuerza, y lo rodeé con las piernas, apretando todo lo que pude. Con la ayuda del cielo, no dejaría que se fuera nunca, ni me volvería a ir yo, por supuesto. Una vez que la falda dejó de interponerse, se acabaron los impedimentos. Colocó el glande frente a mi vagina al tiempo que los dos gemíamos de placer. Fue una sensación exquisita. Él estaba duro y yo suave. Los dos lo deseábamos casi con locura. Poco a poco, me fue penetrando con toda la longitud de su miembro, hasta llegar a lo más profundo de mis

entrañas.

Jadeé y jadeé. Todo mi cuerpo estaba tenso y ansioso. Esto era lo que necesitaba desde hacía tiempo. Lo necesitaba a él. No había perdido el tiempo con citas ni distracciones, ni siquiera lo había intentado. Mi corazón y mi cuerpo eran propiedad de Joe Collins, lo quisiera él o no. Con su enorme polla moviéndose dentro de mí, haciéndome arder, podíamos hasta cancelar las Navidades. Nada podía ser tan perfecto, tan luminoso, tan especial.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—¡Pues claro que sí! —respondí sonriendo, con voz un tanto temblorosa.

Con una enorme delicadeza, que casi me sorprendió después de la explosión anterior, me fue bajando hasta que puse de nuevo los pies en el suelo. Me manejaba con una sabiduría y un conocimiento de mis necesidades que yo pensaba que solo podía darse entre amantes con mucha experiencia mutua. Me encontraba completamente a salvo entre sus brazos, no tenía la menor duda. Y sabía que sus ojos, en estos momentos de mirada difusa, no dejarían de estar atentos a mis reacciones ni por un segundo, registrándolo todo para ayudarme, para estar pendiente de mí, siempre conmigo. Era el éxtasis total, una sensación que solo lograba con él, y que nunca antes había experimentado.

—Te amo —afirmé, mirándole a los ojos. Ni se me pasaba por la imaginación ocultar mis sentimientos.

—No sabes cuánto te agradezco que me digas eso.

Apreté los músculos de la vagina contra su pene y, aunque me pareciera mentira, experimenté aún más placer, más calor. ¡Dios, que clímax! Por poco me quedo bizca.

—¡Joder! —murmuró—. ¡Haz eso otra vez!

Lo hice. Apretó las caderas y me clavó los dedos en las nalgas. Seguramente me estaba haciendo algunas rozaduras, pero no me importaba, ya me las besaría después. Poco a poco fue intensificando y aumentando el ritmo de los empujones, haciendo que golpeará la puerta una y otra vez. Apenas podía respirar, y no digamos pensar. Dentro de mí, cada célula, cada átomo, tenía ganas de recibir más, de llegar, pero también de que esto no terminara nunca.

Con los tobillos bien apoyados en sus nalgas, lo apreté con tal fuerza que no tenía ni la más mínima posibilidad de escaparse. El calor, el olor, todo... todo era perfecto. Grité su nombre, apretándole el miembro con todas las

fuerzas que me quedaban. Mi mente estaba en el universo profundo, con las estrellas y las galaxias. Pero, pese a todo, pude notar como se corría dentro de mí, empujándome con la pelvis contra la puerta.

La gloria. La gloria más absoluta. Por fin la había encontrado.

—No claro, no es una situación sospechosa, ni mucho menos.

—¿Cuál? —pregunté, procurando mostrar toda la inocencia del mundo: abrir mucho los ojos, pestañear, todo ese tipo de cosas, ya sabéis.

Joe se limitó a reír entre dientes. ¡Cerdo traidor!

Me senté sobre su regazo con un refresco en la mano, Mientras, él me abrazaba por los hombros. Todo iba bien. Durante nuestra ausencia, Nell y Patrick habían vuelto a casarse, sin incidentes pese al inenarrable Elvis. Al parecer las dos gemelas tenían pañales limpios, mullidos y que olían únicamente a crema de bebés. En la zona despejada, Stan y Audrey bailaban, bien agarrados, al ritmo de una antigua balada; junto a ellos, Vaughan y Lydia hacían lo propio. Sin embargo, Mal y su mujer intentaban bailar un tango. Aunque tenía la impresión de que era Mal el único que lo hacía, arrastrándola mientras ella se moría de risa, bien agarrada a él para no caerse.

El amor en todo su esplendor.

—Creo que Rosie se refiere al hecho de que tu peinado es una ruina, y de que se te ha ido la mitad del maquillaje, y termino ahí aunque me quede corta —afirmó Nell, dando inmediatamente un traguito de agua—. Y no hablemos de las arrugas de ese precioso vestido que llevas. ¡Y yo que pensaba que lo de hacer una escapadita en la celebración de una boda para hacer el amor en un armario o algo así era un privilegio exclusivo para los recién casados!

Patrick levantó las cejas.

—¡Tienen dormitorios, muñeca, y conociéndolos, con camas de lo más confortable! ¿Por qué hacerlo en un armario?

—Es verdad —reconoció—. En todo caso, ¿cuánto tiempo crees que nos llevaría hacerlo en cada uno de los dormitorios de esta casa?

—Ni idea —dijo Pat, dejando caer el brazo sobre los hombros de Nell. Su cara estaba muy tranquila, parecía definitivamente en paz con el mundo. Su expresión se tornó algo pensativa—. Podríamos hacer un experimento después.

Nell sonrió.

Sentado en el brazo del sofá, Eric negó con la cabeza poniendo cara de experto en la materia.

—La gente casada no practica el sexo. Vosotros dos deberíais saberlo. En el momento en el que se firma el contrato, se acabó. La vida que llevabas hasta ese momento da un vuelco total. Se acabó la diversión, se acabó todo.

—¡Vaya, hermanito! —murmuró Joe medio canturreando—. Habló el oráculo del amor verdadero.

Eric lo miró con cara de asco, arrugando la nariz, e inmediatamente me incluyó en la mirada. Pero casi inmediatamente levantó la botella de cerveza.

—De acuerdo, voy a portarme bien. ¡Por el amor!

Todo el mundo levantó vasos, botellas y copas, y las entrecorcaron alegremente.

—Por Nell y Patrick —insistió Eric, alzando de nuevo la botella—. Vosotros dos os merecéis toda la felicidad del mundo. Lo digo como lo siento, de verdad.

—Gracias —dijo Nell con los ojos húmedos.

Pat simplemente inclinó la cabeza un poco. Muy masculino.

—¡Por Nell y Patrick! —exclamamos a coro.

Todo iba bien. Las viejas tensiones parecían superadas y el dolor olvidado. O al menos eso me parecía. De todas formas, creí notar una sombra en la mirada de Eric. Quizá no era otra cosa que sus habituales ojeras, no lo sé. Hoy podría haber sido el día en que naciera su hijo con Nell, y eso no es algo que pudiera dejarse de lado u olvidarse, ni mucho menos. Una desgracia de ese calibre nunca se supera del todo.

—Y también por vosotros dos —continuó Eric, señalándonos a Joe y a mí con la botella medio vacía. ¡Vaya por Dios, nos tocaba! Si se le ocurría arrancarse con el habitual «te está utilizando para estar conmigo» le arrancaría la cabeza con mis propias manos. Pero no hizo eso, sino que me sonrió—. Os deseo la mejor de las suertes.

Ambos hermanos brindaron.

—No les va a resultar fácil viviendo en estados distintos —reflexionó Rosie.

—Funcionará —dijo Joe, con una convicción que no dejaba lugar a dudas—. Yo pasaré alguna temporada allí, ella lo mismo aquí y, con el tiempo, tomaremos la decisión sobre cuál es la ciudad más adecuada para los dos como pareja.

—¿De verdad que os vais a ir? —preguntó Eric frunciendo el ceño.

Joe se encogió de hombros.

—Pues no. —Apoyé la cabeza sobre su brazo—. De momento no estamos pensando en marcharnos juntos a Seattle.

Me pasó los labios por la frente en un gesto que me resultó adorable.

—Lo decía muy en serio, Pequeña Miss. Si tienes que vivir allí, ya nos apañaremos.

—Tú tienes aquí tu trabajo, mientras que el mío viaja conmigo a donde yo vaya.

—Val y tu familia viven allí.

—Sí, a Val le encanta subirse a un avión y presentarse donde sea, generalmente sin avisar, mientras que yo odio con todas mis fuerzas volar— confesé. De hecho, me había administrado un Valium y había hecho acopio de valor para volver a Coeur d'Alene—. Creo que a mis padres les encantará visitar esta ciudad. Y puede que algún día decida mudarme permanentemente y establecerme aquí. Ya veremos.

—Quiero que estés conmigo. —Me dio otro beso en la cara—. Pero no tengas prisa a la hora de tomar una decisión. No quiero que te arrepientas de nada.

—Bueno, ya veremos. —Sonreí, aspiré su aroma, sentí la suavidad de su traje y la anchura del hombro sobre el que me apoyaba. También la caricia de la barba sobre la cabeza. La gloria.

—Sí —susurró—. Te quiero.

—¿De verdad?

—Sin la menor duda.

—Muy bien, pero, en cualquier caso, yo te quiero más a ti —contesté. Y es que, en las relaciones, y más en las que aspiran a mantenerse para siempre, es importante dejar claro que tú eres la mejor persona de los dos. ¡Ja, ja!

—No aparece.

—¡Vaya! —Me acerqué a la ventana para colocarme junto a Joe. Llevaba esperando mucho rato, con infinita paciencia, mirando a través del cristal de mi despacho y con los calzoncillos como única indumentaria. Menos mal que había muchos árboles en los alrededores, porque si no se habría producido una estampida. ¡Pie Grande en Seattle!

—Supongo que es tímido —comentó, pasándome el brazo por los hombros.

—Igual se ha asustado de tu tamaño, o por el bulto que tienes ahí. ¿Por qué no pruebas a ponerte los pantalones?

Se rio y me besó en la punta de la nariz.

—*Marty* aparecerá en algún momento —dije convencida—. Ten paciencia, es una ardilla muy ocupada.

Joe se sentó en el borde del escritorio, uno de los pocos muebles que se iban a quedar en el apartamento. Me tomó por la cintura con brazos sólidos y me colocó entre sus piernas.

—¿Qué tal estás llevando todo esto?

—Bien, sin angustiarme. —Paseé la vista por los montones de cajas, que contenían todas las posesiones que tenían algún interés para mí. Me iba a mudar a Coeur d'Alene, a vivir con mi novio en uno de los apartamentos del edificio Bird. ¡Caramba! El corazón me latía a una velocidad doble de la normal—. Bueno, la verdad es que de vez en cuando me he sentido un poco abrumada.

—¿No has cambiado de idea?

Negué chasqueando la lengua y me apoyé sobre él. Había piel más que suficiente para deslizarse sobre todos y cada uno de mis dedos por ella.

—No. El hecho de que me vaya a vivir a otro sitio no afecta a mi trabajo, y la relación entre nosotros es sólida. A veces me entra un poco de ansiedad, eso sí, pero...

—Te quiero. —Me puso esos cálidos labios suyos sobre el hombro, y sentí los habituales escalofríos por toda la espalda. Era un hombre sabio, deliciosamente sabio—. Creo que podría ayudarte a vencer esa ansiedad.

—¿A relajarme, quieres decir? —pregunté con voz ronca. Debería avergonzarme, porque la habitación todavía olía intensamente a sexo. No había pasado ni media hora desde la última vez. Cuando acabamos de empaquetar, parecía como si nos hubiéramos enfrascado en una especie de competición enloquecida para comprobar cuántas veces éramos capaces de hacerlo en mi apartamento mientras todavía lo era. Lo bueno era que los dos íbamos ganando.

Me hurgó entre las caderas, exigiendo acción.

—¿A distraerme?

—Sí, de todo menos de una cosa.

—Val y su chico van a venir dentro de poco para ayudar a meter las cajas en tu furgoneta —advertí, pero arqueando el cuello para que lo tuviera más accesible—. De todas formas, todavía tenemos el colchón.

—Sería una vergüenza no utilizarlo ni siquiera una vez —dijo entre dientes, mientras me apretaba la espalda con su ya duro miembro. Era insaciable. Pero bueno, tratándose de él, yo no me quedaba atrás. La verdad es que formábamos un equipo campeón en lo que a lujuria se refiere.

Con el rabillo del ojo pude ver una especie de bola de piel ascendiendo a toda velocidad por el tronco de un árbol. Me libré del abrazo de Joe y corrí hacia la ventana.

—¡*Marty!* ¡Hola, muchacho!

Desde detrás de mí llegó un profundo suspiro.

—Polla bloqueada por una ardilla macho.

—¡Es que es tan bonita! —exclamé con voz aniñada—. ¿Eres tú, *Marty*? ¡Pues claro que sí!

Una vez más, esas manos recias, cuyo tacto ya conocía de memoria, me abrazaron desde atrás.

—Te agradezco que lo abandones por mí, Pequeña Miss.

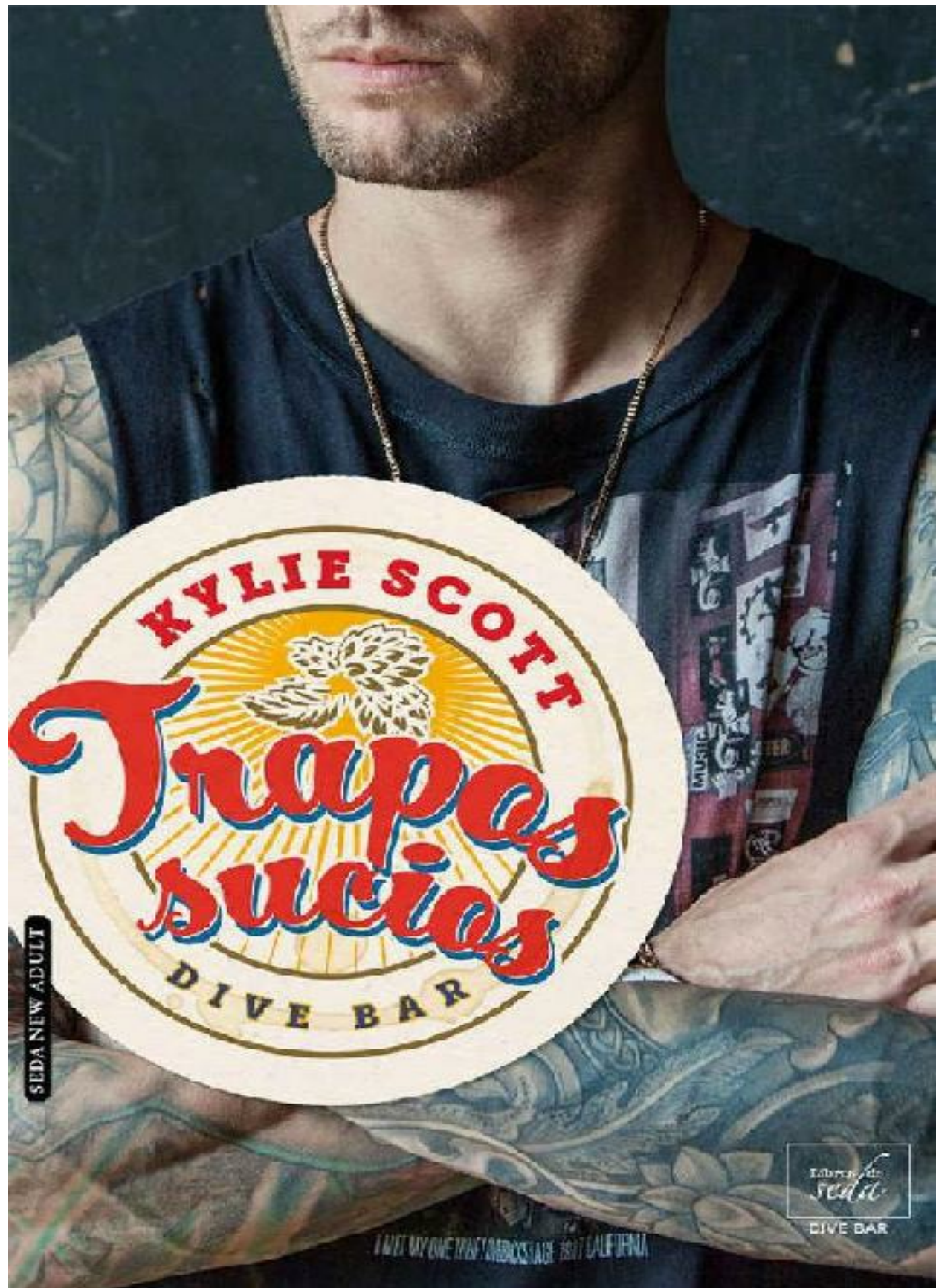
—Me ha costado mucho tomar la decisión, la verdad. Lo cierto es que... En serio, todavía no estoy segura de que deba irme y abandonar a *Marty*...

Me mordisqueó el hombro y chillé como una colegiala enamoriscada. No podía evitarlo. Joe y yo, en cuerpo y alma. Gracias a él me había librado de todas mis fobias, una detrás de otra. Me había ayudado a ser más valiente y mejor. Una persona más abierta al mundo y a todas las experiencias que este podía ofrecer.

—Te quiero —dije, cediendo para evitar que mi cuenta de moratones en el cuello creciera hasta el infinito. Lo de llevar pañuelos alrededor del cuello cada vez que iba a visitar a mis padres estaba empezando a suscitar preguntas difíciles de responder.

—Eso espero, por tu bien —dijo con voz áspera.

—Hasta el final, señor Collins. —Sonreí, con el corazón desbordante de emoción—. Iré contigo hasta el final.



KYLIE SCOTT

Trapas
sucias

DIVE BAR

SEDA NEW ADULT

Libreria de la
seda
DIVE BAR

I MET MY ONE TRAP SUCIAS IN THE TRAP

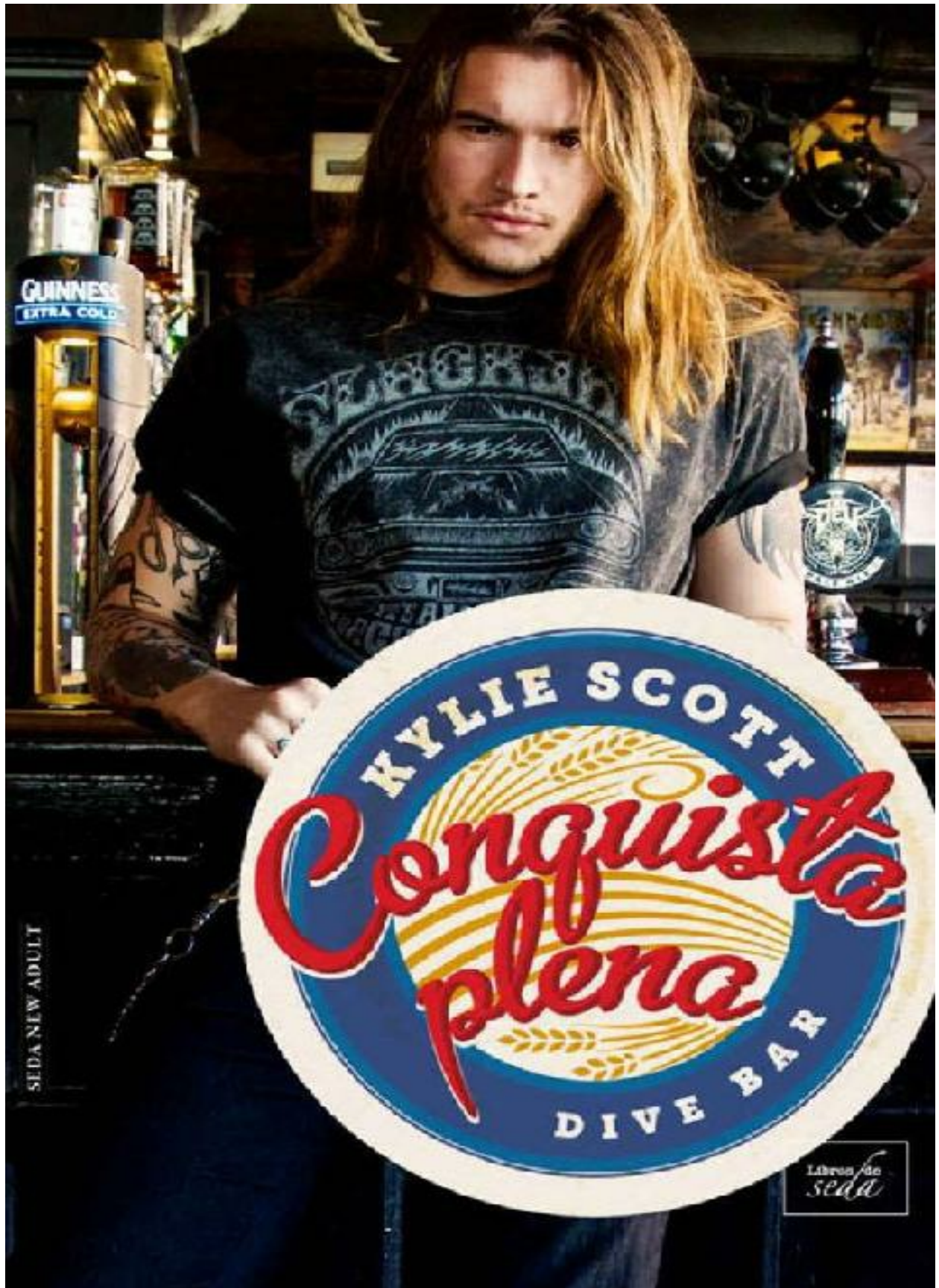
TRAPOS SUCIOS

Darte cuenta el día de tu boda de que tu novio es gay puede ser muy duro... y huir y acabar escondiéndote en la bañera de la casa de un desconocido puede tener consecuencias imprevisibles.

Vaughan Hewson vuelve al que fue su hogar cuando era niño y, al hacerlo, se topa con una novia metida en la ducha a quien según parece acaban de romperle el corazón. Menudo hallazgo: es lo último que esperaba encontrarse.

Lydia Green no sabe si quemar la iglesia donde estaba a punto de casarse o quedarse llorando en un rincón. Y es que descubrir el día de tu boda que el amor de tu vida está teniendo una aventura no es poco. Y es peor aún cuando te enteras de que la está teniendo con el padrino de tu boda. ¿Cómo ha podido suceder algo así? Ella siempre había imaginado que se casaría con un hombre de negocios maravilloso y perfecto... ¡Y menudo fiasco! Vaughan, ex músico convertido ahora en barman, le parece todo menos delicado: más bien es alguien rudo e inestable.

Sin embargo, ¿por qué no intentarlo de nuevo con alguien totalmente distinto?



SEDA NEW ADULT

Libros de
se da

CONQUISTA PLENA

¿Puede un mujeriego llegar a ser el mejor padre para tu hija? El amor lo puede todo...

Eric Collins es un chico malo y se ha ganado esa reputación a pulso. Por eso, no está teniendo mucha suerte en el amor últimamente... Cuando Jean llega a la ciudad, cree que los dioses del sexo la han enviado justo para él... El problema es que, primero, ella no quiere saber nada de él y, segundo, está embarazada.

Jean está cansada del estilo de vida que ha llevado hasta ahora. Una ciudad pequeña se le antoja el mejor sitio para empezar de nuevo y ser para su futuro bebé la madre buena y cariñosa que ella nunca tuvo. Al saber que ella está embarazada, el dueño del bar de la localidad, Eric, se olvida de ella. Sin embargo, Jean se pone de parto durante una ventisca, su vehículo se sale de la carretera y no será otro que Eric quien acuda para ayudarla. ¿Acaso él podrá dejar de ser un mujeriego para convertirse en el hombre de su vida?